DAVID B. GIL

«No estáis preparados para un monstruo como yo».

UN THRILLER VIBRANTE
E INTROSPECTIVO EN
LA COSTA DEL SOL



CIUDAD DE SAL

David B. Gil

Ciudad de sal

SUMA

Para mi madre.
Seguiré contándote historias, mamá

Una lágrima humana contiene cincuenta y cuatro microgramos de sal diluidos en seis miligramos de agua. Esa es la proporción exacta para obtener el sabor de la tristeza, el dolor y la felicidad.

Prólogo
El monstruo en la biblioteca

Baba Yagá, Vlad Dracul, el *zmey* Gorynich. Los viejos cuentos tenían una razón de ser: inoculaban una dosis debilitada de los horrores que acechan en el mundo, daban a los niños la oportunidad de generar sus propios anticuerpos. Siempre es mejor enfrentarte a los monstruos en las historias, donde el peligro desaparece al cerrar el libro y dar las buenas noches, que hacerlo a la intemperie, donde el frío quema y las dentelladas duelen. Pero las historias han cambiado. Se han vuelto romas, desprovistas de oscuridad, incapaces de nada más que reconfortar. Por eso no estáis preparados para un monstruo como yo.

Nota de voz número 113, cinta 23

La puerta se entornó con un suspiro y una sombra se deslizó al interior. El pequeño Viktor escuchó cómo los pies descalzos se aproximaban, sintió el cuerpo que se arrodillaba junto a su cama, el aliento cálido sobre la piel, el beso dulce y efímero en la mejilla sin ánimo de despertarlo. Se hizo el dormido mientras su hermana mayor se retiraba con cautela. Solo abrió los ojos cuando estuvo seguro de no delatarse, a tiempo de ver un brochazo de pelo rubio desvaneciéndose en la oscuridad.

Escuchó los silencios de la mansión, sumida en una quietud invernal. No logró dormirse de nuevo; de repente intuía que aquella no era una noche como cualquier otra. Fue entonces cuando oyó la

sacudida, el crujido, el revoloteo… Un arpegio incongruente y fantasmagórico, unos sonidos que el niño entendía ajenos a su mundo.

Durante unos instantes se debatió entre el miedo y la curiosidad, pero recordó las palabras de su padre: «La vida no es para los cobardes», así que retiró la colcha y puso los pies en el suelo. Abrió el armario de los juguetes, tomó su espada de madera y se aventuró en la oscuridad dispuesto a enfrentarse al monstruo. Dispuesto a protegerla.

Recorrió la galería con pasos leves, intentando que el entarimado no crujiera bajo sus pies, pues tenía prohibido abandonar su cuarto durante la noche. Al final del largo pasillo se encontraba la biblioteca familiar; la custodiaban dos hombres barbudos que flanqueaban el acceso. Uno señalaba hacia el cielo y el otro hacia la tierra y, según su tutor, representaban a Platón y Aristóteles discutiendo sobre la verdad.

Cuanto más se aproximaba a los filósofos, más vívidos resultaban sus rasgos, más inminente la sensación de movimiento. Lo asaltó la certeza de que abandonarían su ademán para cerrarle el paso. No fue así. Se mantuvieron impasibles; lo invitaban a traspasar los límites, a descubrir la verdad.

En la oscuridad de la biblioteca tremolaba una especie de aleteo, como si un pájaro hubiera quedado atrapado entre las interminables librerías. Viktor tragó saliva y se dispuso a confrontar al monstruo. Este lo aguardaba al fondo de la estancia, suspendido sobre el piano de cola que su hermana tocaba cuando había invitados. Flotaba con las ropas agitadas por las corrientes de aire que atravesaban la casa.

—¡Vete de aquí! —exclamó Viktor a voz en grito, pero la criatura no obedeció.

«La vida no es para los cobardes». Apretó los dedos en torno a la empuñadura y avanzó. Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, poco a poco los matices se revelaron.

Nadie supo decir cuánto tiempo permaneció allí, frente a su hermana colgada de la balaustrada; incapaz de apartar los ojos de su agonía, cautivado por un oscuro magnetismo. Las piernas se sacudían con un espasmódico aleteo, la orina chorreaba sobre la tapa del piano. La luz se encendió y oyó un grito a su espalda. Unos brazos lo rodearon, le hicieron apartar la mirada. Una de las asistentas corrió hacia el piano, la seguía uno de los hombres de su padre. Las cuerdas tañeron cuando pisaron sobre las teclas para alcanzar el cuerpo. No pudo ver más, su madre lo obligaba a esconder la cabeza en su pecho, lo cubría con sus lágrimas.

Hasta que su padre llegó. Viktor no podía verlo, pero sentía su presencia como un peso sobre los hombros. Sus dedos se clavaron en él.

—¡Dámelo! —Y arrancó a Viktor de los brazos de la madre.

Se arrodilló junto a él, lo sujetó por la nuca y le hizo girar la cabeza. Contempló el cuerpo de su hermana, que seguía oscilando mientras trataban de descolgarlo.

—Mira bien a tu hermana, porque será la última vez que la veas. Observa qué sucede cuando eres débil y procura no ser como ella.

Viktor no apartó la mirada.

1
Llamada nocturna

Uno de los parroquianos, el mayor de la mesa, volcó la caja y las fichas de dominó se esparcieron con un tableteo. De inmediato, los otros tres las colocaron bocabajo y comenzaron a removerlas con un estrépito que inundó la cafetería. Cuando estuvieron bien mezcladas, cada uno puso cinco euros en la caja y apartó siete fichas.

El viento había barrido las calles de transeúntes; la noche de viernes era mucho más apacible allí dentro. O, al menos, lo era para Andréi, que leía en la mesa contigua acunado por el olor a café y la sordina del dominó.

—¿Qué lees? —le preguntó el camarero mientras le servía otro café.

Andréi le enseñó la pantalla del libro electrónico, repleta de caracteres cirílicos. El camarero se encogió de hombros.

—Con esto puedo leer libros en ruso. Mi español bien para bar, pero libro, más difícil.

—Ya, pero ¿qué lees? ¿Dostoyevski y esas cosas?

El ruso se bajó las gafas de lectura.

—Hace poco he descubierto Stephen King.

—¡Vete a tomar por culo! —respondió el otro mientras regresaba detrás de la barra.

—¿Por qué? ¿No gustas Stephen King?

Andréi se encogió de hombros y dio un sorbo al café que le acababan de servir. Quemado y en vaso de cristal. Un mejunje de mierda, pero estaba bien así.

—¿Por qué no juegas nunca con nosotros, ruso? —preguntó uno de los parroquianos al tiempo que golpeaba la mesa con una ficha: CLAC.

—No apuesto.

—Son cinco euros na más —dijo otro de los jugadores, haciendo bailar el índice sobre sus siete fichas, indeciso.

—Mucho dinero.

—Es por alguna creencia religiosa, ¿no? —volvió el primero.

—Eso es. En mi país creemos en tener dinero para comer.

Otro de los jugadores rio entre dientes.

—Yo pensaba que los rusos estabais todos forrados. —CLAC.

—Ese es problema, ustedes creen que todos rusos vamos clubes y vestimos caro.

—Tú vistes elegante —se burló el cuarto parroquiano. CLAC.

Andréi se miró el mono azul atado a la cintura y la camiseta con manchas de grasa. Quizás debería haberse cambiado después del trabajo, pero ese día no le apetecía volver a su apartamento vacío. No tan temprano.

—Si Fermín considera suficiente elegante para bar suyo —desvió la mirada hacia el camarero, que asistía aburrido a la conversación—, yo también.

El móvil vibró dentro del mono. Comprobó el nombre en la pantalla: Elka, sin foto de contacto. Se retiró para contestar.

—¿Qué ocurre? —La voz al otro lado pretendía mostrarse tranquila, pero transpiraba nerviosismo. Andréi interrumpió las

explicaciones de su interlocutora—: ¿Dónde ahora?… OK, quince minutos.

Andréi abrió el destartalado maletero del Mazda. Sacó de su bolsa de gimnasio unos vaqueros arrugados y una camiseta blanca. Se cambió junto al coche, ignorando la desbandada de adolescentes que ya migraban hacia los clubes. Cerró de un portazo y arrancó.

La dirección que le había pasado Elka se hallaba en una zona de apartamentos próxima al paseo marítimo, junto a la salida hacia Puerto Banús. Se incorporó a la N-340 y aceleró por la vieja carretera desdoblada. Culebreó entre el abundante tráfico que cada noche se movía entre las localidades costeras, buscando las discos y los clubes que ese mes estuvieran de moda.

El Mazda cimbreaba y chirriaba en cada curva, en cada adelantamiento. En otras circunstancias lo hubiera disfrutado; le divertía el desconcierto de tanto niño rico al verse rebasados por un coche que parecía escapado del desguace. No iban desencaminados: Andréi encontró aquel Mazda 323 GT-R oxidándose en un campo de chatarra. Una pluma de metal movida por ciento ochenta y ocho caballos y tracción a las cuatro ruedas; un puto coche de rallies comercializado como utilitario por unos japoneses locos. Habría matado por uno así veinticinco años atrás, cuando era un pandillero en Vladivostok.

Tomó la salida de un volantazo y se internó en las avenidas, bullentes de vida nocturna. Aminoró y circuló con discreción hasta alcanzar las tranquilas calles residenciales: limpias, arboladas, de aceras amplias y asfalto adoquinado.

Giró en la esquina que le indicó Google Maps y los faros se deslizaron sobre la figura de Elka. Aguardaba con un cigarrillo en la mano, encogida bajo un blazer rojo casi tan largo como su vestido. Mientras Andréi se detenía en doble fila, ella guardó el móvil en el minúsculo bolso de fiesta y se aproximó.

—Me han echado del apartamento; no quieren pagarme —fue su saludo.

Lo dijo con un español de acento marcado. Polaca, lituana…, Andréi nunca lograba recordarlo.

—¿Cómo «han» echado? ¿Cuántos son?

—Cuatro.

—*Pizdets*, Elka… —gruñó él.

—No son más que niños malcriados… Sé lo que hago.

—Tú dices sabes lo que haces, pero me has llamado.

—¡Eh! —Lo señaló con el cigarrillo—. *I don't give a fuck about your shitty opinion*. Haz lo tuyo o lárgate.

Andréi le arrebató el cigarrillo de los dedos, le dio una calada profunda y exhaló el humo con disgusto. Se lo devolvió antes de abrir el maletero. Rebuscó hasta encontrar una lámina de metal flexible; la ocultó bajo el pantalón y se dirigió al portal.

—¿Qué apartamento?

—6D —respondió ella a su espalda.

—Espera en el coche.

Miró de soslayo la cámara de seguridad atornillada a la fachada, después se asomó al interior: suelo de mármol, paneles de madera y óleos en las paredes, pero nadie a la vista a esas horas. Apoyó el hombro contra la cancela, deslizó la lámina entre las hojas y bajó hasta notar el tope de la cerradura. Con un suave gesto de muñeca,

descorrió el pestillo; tan rápido y limpio que quien lo viera pensaría que había abierto con llave. Cruzó el portal con gesto despreocupado, entró en el ascensor y pulsó la sexta planta.

Pudo escuchar el martilleo de los bafles aun antes de que las puertas se abrieran. En cuanto puso un pie en el descansillo, las luces automáticas iluminaron el corredor. Las paredes se estremecían al compás de la música que atronaba desde el 6D.

Encajó la puerta del ascensor con la lámina de metal y se encaminó hacia el apartamento. Según se aproximaba, el volumen de la música lo exasperaba cada vez más. ¿Por qué ningún vecino había llamado a la Policía? Probablemente porque allí no quedaban vecinos, solo viviendas de alquiler turístico.

Andréi golpeó la puerta con el puño.

Sin respuesta.

Golpeó aún más fuerte.

—¡Eh! ¡Baja música!

El volumen bajó un poco. Aprovechó para volver a llamar.

—¡Voy avisar a policía!

Risas. La música volvió a subir. Andréi golpeó con tal violencia que los goznes temblaron y los impactos se solaparon sobre la percusión electrónica. Murmullos. Pasos. Alguien comenzó a descorrer la cerradura:

—¡Nos estás hinchando los coj…!

Andréi empujó la puerta y esta se estrelló contra quien estaba al otro lado. Entró sin premura, la cabeza fría y la mirada alerta. Era una fuerza de asalto de un solo hombre.

El joven frente a él retrocedía con las manos en la nariz, la sangre brotando entre los dedos, empapándole la camisa. Era grande:

noventa kilos de gimnasio y creatina, noventa kilos de problemas a atajar por la vía rápida. Andréi le encajó el primer puñetazo bajo el pecho, una detonación en la aorta ventral que lo dobló en dos. Quedó boqueando y con una mano en el suelo, a punto de zambullirse en la oscuridad. El ruso lo ayudó a cruzar el umbral de un codazo certero entre la oreja y la nuca: luces fuera, no menos de diez minutos para reiniciar el sistema.

Mientras los noventa kilos se desmoronaban a su espalda, Andréi llegó al salón, iluminado con un rosa eléctrico que pretendía remedar el ambiente de una discoteca. Ubicó a otros dos de un vistazo: el primero, más listo, se apresuró a encerrarse en la terraza. El otro, tras un titubeo inicial, cargó contra él. Gritó sobre el estruendo de la música, rabioso, enajenado…, abocado al desastre. El puño voló contra el rostro de Andréi para perderse en el vacío; este ya se había agachado para recibir a su atacante con la cadera. En lugar de detenerlo en seco, le envolvió el brazo con las manos y aprovechó la inercia para proyectarlo sobre el hombro. Voló con las piernas por los aires y vino a estamparse contra la mesa de centro; el cristal se hizo añicos y las rayas de coca, pulcramente alineadas sobre la superficie, se disiparon en una voluta de harina fina.

Las astillas de vidrio erizaron el brazo y la cara de aquel infeliz. Hizo ademán de incorporarse, pero el dolor y la sangre lo disuadieron. Andréi se tomó un instante para bajar el volumen de la torre de sonido. Después se acuclilló frente a él y le apoyó una mano en la cabeza.

—Te aconsejo que no levantes.

El otro asintió con un gesto de disculpa.

Quedaban dos: el de la terraza, al que tenía controlado, y el cuarto, que debía ocultarse en alguna habitación. No creía que fuera a darle problemas, pero si algo había aprendido con los años era la importancia de ser metódico.

Se rascó la barba con gesto hastiado y se dirigió hacia el distribuidor en penumbras. Los leds del salón impregnaban la oscuridad de un fulgor palpitante. Contó tres puertas: dos entornadas y una cerrada. Se aproximó a la cerrada. Apenas hubo apoyado la mano en el pomo, oyó el gemido de las bisagras a su espalda seguido del contacto del metal contra la nuca.

A veces se tiene mala suerte. ¿Quién iba a decir que uno de ellos sería capaz de pensar en esa situación? Es más, ¿quién iba a decir que tendrían un hierro? Doble mala suerte.

—¿Has quitado el seguro?

El arma se inclinó levemente, quizás para comprobarlo. Andréi aprovechó el titubeo para revolverse, apresar el brazo que lo encañonaba y deslizar hacia atrás la corredera para impedir el disparo. Con un gruñido, retorció la muñeca del inexperto pistolero hasta que el arma cayó al suelo. Después empleó los codos para golpearle en el rostro, en el pecho, el estómago… En un espacio tan angosto, el otro no pudo apartarse para protegerse, y un último rodillazo en la barbilla lo envió al abismo.

Maldijo para sí mientras se inclinaba para recoger la pistola.

No estaba familiarizado con las Smith & Wesson, pero algo no le cuadraba. ¿El tacto, el peso? Liberó el cargador para vaciarlo y entonces lo comprendió: era una réplica de *airsoft*. Una pistola de aire comprimido.

Miró de reojo al muchacho que acababa de dejar inconsciente. No sabía quién de los dos era más estúpido. Probablemente él por pensar que esos chavales podían tener un arma de verdad. Torció el gesto: le disgustaba la situación, lo que estaba haciendo. Su plan para esa noche no era enviar a urgencias a unos niños malcriados, como los había llamado Elka. Vodka, Miki Matsubara y Stephen King. Esa debería haber sido su noche.

Regresó al salón con la «Smith & Wesson» en la mano y apoyó la cabeza contra el cristal de la terraza. Tac, tac, tac, llamó con la punta del cañón.

—Vamos, sal.

El otro, temblando de miedo y quizás de frío —¿cómo podía esta gente tener frío a doce grados?—, negó con la cabeza.

—Ven, no quiero hacer daño.

—Ti… tiene una pistola.

—Es de gilipollas amigo tuyo. —Andréi se la deslizó en la cintura y la cubrió con la camiseta—. ¿Ves? Ya no pistola. Ahora ven, mejor para los dos.

El muchacho —pelo negro rizado, piel blanca, veintipocos— abrió la puerta con docilidad. En ese instante reparó en que el asaltante podría haber hecho lo mismo, nada le impedía entrar a por él. Sencillamente, quiso darle una oportunidad.

—Dame tu móvil.

El otro se apresuró a sacarlo del bolsillo y entregárselo. Andréi activó la pantalla y la colocó frente a la cara del joven. La identificación facial desbloqueó el teléfono. Navegó por la lista de aplicaciones hasta encontrar la del banco. Tomó la mano del chico con delicadeza y apoyó el pulgar sobre el lector de huellas.

—¿Qué acordado con ella?

—¿Acordado?

—¿Cuánto dinero?

—Trescientos cada uno.

—Bien. Tarifa ahora el doble, por molestias.

Andréi introdujo el número de Elka y fijó un envío de dos mil quinientos euros. Volvió a apropiarse del pulgar para validarlo. Cuando la operación se hubo completado, arrojó el móvil contra el pecho del muchacho.

—Te aconsejo que pidas amigos tuyos su parte.

Andréi se dejó caer en el asiento del conductor y cerró la puerta.

—¿Te ha llegado dinero?

—Sí.

—Bien, te llevo a casa.

Elka asintió en silencio mientras el coche se incorporaba a la vía. Al cabo, la joven comenzó a talonear en su asiento; hizo ademán de morderse una uña, pero se corrigió para no estropear la manicura. Por fin, se llevó un cigarrillo a los labios.

—Aquí no —le advirtió él.

Ella lo miró con fastidio y arrojó el mechero dentro del bolso.

—No soy gilipollas, ¿vale? Hacía tiempo que no me llamaban y me hacía falta el dinero.

—No tienes que explicar.

—Te ingresaré lo que han pagado de más.

Andréi apartó la vista de la calzada.

—No.

—¿No?

—No —recalcó—. Tenemos acuerdo. Vosotras cumplís cada mes, yo cumplo cuando llamáis.

Elka lo miró con suspicacia. Desconfiaba de los hombres que se hacían los honestos; a la larga, eran los peores. Terminó por encogerse de hombros.

—Lo que tú digas. —Se acurrucó bajo la chaqueta y apoyó la cabeza contra la ventanilla—. Despiértame cuando lleguemos.

Cerró los ojos. Se quedó dormida al instante.

2
Teniente Lobo

Riquelme —reclinado en la silla, expresión taciturna— tamborileaba con el bolígrafo sobre la mesa. Pasó una hoja del expediente y volvió a escrutar sobre el filo de las gafas, tratando de casar aquel informe con el novato sentado frente a él. Se dijo que cada vez parecían más jóvenes. Continuó leyendo en diagonal y pasó otra hoja. Finalmente, suspiró y lanzó el dosier a la mesa.

—Estoy harto de papeles. Dígame qué coño hace aquí.

—¿Disculpe? —preguntó Ángel.

—Sus calificaciones en la academia, los informes de sus instructores… Podría haber pedido un destino más cómodo.

—No quería un destino cómodo.

—Ya. —Riquelme se retiró las gafas y se masajeó el puente de la nariz—. Ha venido a hacer méritos rápidos y de vuelta a Madrid en un par de años. A la UCO, con suerte.

Ángel Lobo —el novato que parecía demasiado joven— no quiso replicar. No le gustaba la gente que hacía preguntas retóricas; aún menos aquellos que dejaban suspendidas en el aire sus conjeturas, como si él tuviera la obligación de corroborarlas o contradecirlas. Si quería saber algo, que lo preguntara. Mientras esa pregunta no llegara, se limitaría a callar.

—Mire, me da igual su plan de carrera. No sé si espera acabar en la UCO o de general de los tres ejércitos, pero si quiere que le vaya bien aquí, no se las dé de listillo. Escuche a los que tienen el culo pelado y déjese aconsejar. Sobre todo, que su capitán no tenga que limpiar sus cagadas. ¿Lo ha entendido?

Ángel asintió.

—Bien. Somerset aún no ha llegado, pero puede ir instalándose. Su mesa es la que no está hasta arriba de papeles. —Volvió a colocarse las gafas—. Ahora márchese de mi despacho.

Ángel recogió la mochila de lona que descansaba a sus pies y se incorporó.

—Con su permiso, mi comandante.

Apenas hubo abierto la puerta, Riquelme volvió a hablarle:

—Bienvenido a la Policía Judicial —comentó sin apartar la vista del ordenador.

—Gracias.

Ángel cerró la puerta tras de sí y buscó la mesa libre. Los escritorios, alineados bajo largos tubos fluorescentes, comenzaban a poblarse entre el murmullo de las primeras conversaciones del día. Aún no había amanecido, pero la lluvia preconizaba un lunes lúgubre y pegajoso. Alguien encendió una fase más en el cuadro de luces y los fluorescentes crepitaron hasta saturar de blanco la sala. El interruptor prendió también un árbol de Navidad que le había pasado desapercibido; el Papá Noel que lo coronaba comenzó a dar golpes de cadera a un ritmo mecánico, solo se detenía para proferir un robótico «jo, jo, jo».

—¿Ángel Lobo? —preguntó un tipo con gafas rojas—. Soy Fernández, de criminalística.

Ángel hizo amago de estrecharle la mano, pero se percató de que su interlocutor sujetaba un café en la derecha. Terminó por saludarlo con mano a la sien, gesto que el otro no correspondió.

—Tu mesa esta allí. —Fernández señaló con la taza hacia un espacio indeterminado. Después prosiguió su camino sin alargar el intercambio.

Lobo se guardó la mano en el bolsillo y se encaminó hacia su nuevo escritorio. Dejó caer la mochila junto a la silla y se dispuso a repartir sus pertenencias por aquel espacio pulcramente vacío. Colocó el reloj de seis dígitos junto al monitor, guardó un blíster de antihistamínicos en el primer cajón; en el siguiente, tres cuadernos sin cuadrícula, dos bolígrafos Pilot Frixion —uno azul y otro rojo, con puntas de 0,7 mm— y tres rotuladores para subrayar. Junto a ellos colocó una peonza de precisión fabricada en titanio equilibrado, un taco de notas adhesivas… Hasta que lo sobresaltó un golpe sordo.

Levantó la vista y descubrió la polvorienta caja de documentos que había impactado en su mesa con la gravidez de un meteorito. Y por encima, una mujer que lo escudriñaba con expresión severa.

—Capitán Emma Somerset —se presentó—. Ya le habrán dicho que estoy al frente de su nueva unidad.

Él se incorporó en la silla un tanto confuso. Se trataba de una mujer joven, lo que significaba que su paso por la Academia de Oficiales y su ascenso en el escalafón habían sido fulgurantes. Ceñía vaqueros y vestía un suéter azul, a juego con unos ojos de una inmensidad cerúlea. Piel blanca, pecas… Aspecto de guiri, acento malagueño.

—Soy el teniente Ángel Lobo.

Extendió la mano en un nuevo intento de presentarse. Por segunda vez no se la estrecharon.

—No sé qué le habrán enseñado en su anterior destino, pero aquí el rango se respeta.

Ángel se puso en pie de inmediato y se cuadró con un taconazo:

—¡Teniente Ángel Lobo a sus órdenes, mi capitán!

La silla volcó por el ímpetu del gesto y algunos levantaron la vista de sus pantallas.

Ella apenas aguantó la compostura unos segundos antes de reír.

—¡Lo siento! —Hizo un gesto de disculpa con las manos al ver la expresión agraviada de Ángel, pero la risa le seguía bailando en la voz—. Ha sido una tontería. Puedes llamarme Emma… O Somer, lo que prefieras.

Le ofreció la mano. Él dudó un instante, como si temiera que tras esa mano extendida se ocultara otra broma que no entendería. Había demasiadas cosas desconcertantes en aquella mujer, pero ella insistió con una mirada franca. Se la estrechó.

—¿Qué tal con Riquelme?

Ángel desvió la vista hacia la puerta del despacho.

—Bien, supongo.

—Al principio puede parecer un poco gilipollas porque, bueno…, porque es un poco gilipollas —añadió en voz baja—. Pero es un buen comandante.

En ese momento, otro oficial pasó junto a ellos y chascó los dedos.

—Somer, empezamos.

—Tengo que dejarte —dijo ella—, pero necesito que me ayudes con esto. —Palmeó la caja que había dejado sobre la mesa—. He

pedido que te asignen a una investigación de tráfico de influencias. Hay mucho papeleo, muchos apuntes contables. Necesitamos ojos frescos.

Somer esperó algún tipo de asentimiento por su parte, la más mínima función fática. Ángel esperó a que continuara con su explicación.

—Estos son movimientos de cuentas bancarias de varios concejales de municipios de la Costa del Sol —prosiguió ella—, también de sus familiares más directos. Necesito que empieces a revisarlos, ve punteando uno a uno.

Ángel sopesó cuántos folios cabían en una caja como aquella. ¿Dos mil? ¿Tres mil?

—Si te lo estás preguntando, aquí hay cinco mil quinientos folios. Nos llegarán más.

—¿Busco algo en concreto?

—Cualquier cosa extraña. Cuando veas algún movimiento que parezca sospechoso, ya sea un ingreso o una salida, lo subrayas con uno de esos bonitos rotuladores que has guardado en el cajón.

—Sospechoso —repitió él, preguntándose qué podía considerarse un movimiento de cuenta sospechoso.

—Eso es. Y si me das a elegir, prefiero el rosa —bromeó ella mientras se alejaba—. Una cosa más: antes de marcharte, guarda la caja en la sala de pruebas. Abajo te darán la llave.

—¿Para cuándo lo necesita? —preguntó alzando la voz sobre el rumor de la oficina.

Ella se giró a medio camino.

—No vas a terminar hoy, tranquilo. Tienes una hora para comer. A las seis te quiero fuera como muy tarde.

El reloj digital marcaba las 201233, las 201234, las 201235… Ángel, con los puños de la camisa remangados, rotulador rosa en mano, seguía inclinado sobre el undécimo bloque de cien páginas. Las cifras y conceptos comenzaban a solaparse, y su cabeza buscaba cualquier excusa para escapar de aquella monótona tortura.

Levantó la vista y se frotó los ojos. La oficina estaba desierta, iluminada solo por el flexo de su mesa y por el tenue resplandor de las luces de emergencia. Abrió el cajón y sacó la peonza. La movió entre sus dedos con la habilidad de un prestidigitador; finalmente, la apoyó sobre la superficie de madera y la hizo bailar con un suave gesto de muñeca. Se perdió en su contemplación.

La peonza no giraba, ese era su secreto. La peonza estaba en el centro de su mente, sujeta a un equilibrio perfecto que solo dependía de él; era el mundo —caótico, impredecible— lo que giraba alrededor. Mientras fuera consciente de ello, mientras se centrara en lo que podía controlar, el mundo no podría desestabilizar aquella inercia infinita.

El momento angular que sostenía la peonza disipó las nubes de su mente y realineó su foco. Ángel detuvo la rotación antes de que la primera oscilación desviara su trayectoria. Se reconfortó por un instante en el tacto frío de la pieza de metal y abrió el cajón para volver a guardarla; fue entonces cuando se percató de que el carril tenía mucho más recorrido de lo que parecía. Creyó vislumbrar algo al fondo, así que tiró de la gaveta hasta extraerla por completo. Descubrió un dosier de portadilla marrón, sin más nombre o indicaciones que un apunte a bolígrafo: 2020-2024.

Era lo único que el anterior ocupante de la mesa había dejado atrás. Ahora debía tomar una decisión que no había previsto: ¿Podía

mirar qué había dentro? ¿Debía destruirlo? ¿Entregárselo a un superior?… Cerró los ojos y refrenó el bucle. De nuevo le estaba dando importancia a algo que no la tenía; conocía bien los derroteros de su mente. Así que hizo lo que haría cualquier persona «normal»: hojearlo. Por curiosidad, porque debía valorar su importancia para saber qué hacer, porque no aguantaba revisar ni un movimiento de cuenta más.

Lo primero que vio al abrir el dosier fue la fotografía de una adolescente en ropa interior tendida sobre sábanas rojas. Lívida, con los labios amoratados. El cuerpo estaba enmarcado por un inmenso cabecero de cama que se elevaba hasta el techo, propio de las suites de algunos hoteles de lujo. Comprendió entonces que las sábanas no eran rojas, sino que en su origen debían de ser blancas, como lo eran siempre en las cadenas hoteleras para garantizar al cliente su limpieza. Retiró la foto y leyó el informe forense: incisión autoinfligida en la cara interna del muslo, a la altura de la vena safena interna. Muerte por desangramiento.

Ángel se apartó el mechón que le caía sobre los ojos y acercó un poco más el flexo. Pasó al siguiente informe: un cadáver irreconocible, reventado contra las rocas. Al parecer había caído desde un viaducto elevado de la Autopista del Mediterráneo; la autopsia indicaba que se trataba de un varón de entre veinticinco y treinta años. La siguiente, una mujer joven muerta por intoxicación: sobredosis de fenobarbital… Así hasta un total de trece muertes violentas en cinco años.

Buscó el patrón, el hilo conductor que había llevado a alguien a recopilar aquellos informes y ponerlos juntos en un dosier, pero fue incapaz de encontrarlo. Nada permitía deducir que los fallecidos

tuvieran alguna relación previa; las formas de morir —o de quitarse la vida, pues algunos parecían casos claros de suicidio— eran dispares, su trasfondo inescrutable a través del dictamen forense. Trece muertes anónimas, de esas que nunca saltan a las páginas de sucesos por el viejo axioma periodístico de que informar sobre un suicidio alienta a quien se lo esté pensando.

¿Por qué alguien se habría dedicado a coleccionar esos informes? Y sobre todo, ¿qué hacían en su escritorio?

3
Mar calmo

Andréi metió la cabeza en la caseta que alojaba la bomba depuradora. Encendió la linterna e inspeccionó el interior, lleno de tierra y hojarasca. No parecía que nadie la hubiera manipulado en mucho tiempo, lo que venía a corroborar su sospecha: quien vino a rellenar la piscina no tuvo la precaución de cebar antes el motor y lo hizo funcionar en vacío. Suspiró y sacó la cabeza del pequeño habitáculo.

Al otro lado del jardín se encontraba la responsable indirecta de su presencia allí: Tatjana Kuznetsova —la hija adolescente del señor Kuznetsov—, que a su llegada a Marbella consideró intolerable que la piscina estuviera vacía. Aunque se encontraran en pleno mes de diciembre.

Resignado, recogió la cubeta que había llevado consigo y se dirigió a uno de los grifos que abastecían el riego automático. Mientras la llenaba, contempló el inmenso jardín a su alrededor: no menos de una hectárea cubierta de césped, árboles y flores tropicales; una auténtica extravagancia en una de las regiones más secas de Europa. Y mientras se recreaba en la ostentación ajena, sabía que Tatjana se recreaba en él.

La muchacha, tendida en la tumbona y parapetada tras unas Gucci de lentes espejadas, bajaba su teléfono móvil cada vez que él tenía

que cruzar el jardín o entrar en la casa. Aquella atención lo incomodaba, pues sabía que podía traerle problemas.

Regresó junto a la caseta y volvió a encender la linterna. Se la colocó entre los dientes y, tras cerrar las llaves de aspiración, rellenó el prefiltro con el cubo de agua. Enroscó la tapa, abrió de nuevo las llaves y activó el motor. Este comenzó a gorgotear de forma inquietante, aspirando el agua con estertores violentos.

Se incorporó para observar si el agua filtrada estaba regresando correctamente a la piscina, momento que Tatjana eligió para dejar el móvil sobre la mesilla y desprenderse de la parte de arriba del bikini. Él sonrió y negó imperceptiblemente con la cabeza, divertido por el torpe intento de seducción. En cuanto comprobó que todo volvía a funcionar, dio la espalda a la muchacha y se acuclilló para recoger sus herramientas.

—¡¡¡Tatjana!!! —gritó alguien desde el interior de la casa.

Andréi miró por encima del hombro a tiempo de ver a la madre cruzar el jardín con grandes zancadas. Aferraba en el puño un ovillo de tela, una especie de batín de gasa que arrojó sobre los pechos de su hija. Cuando la mujer se volvió hacia él, Andréi ya había regresado a sus asuntos: colocó la última llave inglesa en el maletín y lo cerró con un chasquido metálico. Aun así, percibió con claridad cómo la tormenta se cernía sobre él. Se incorporó y se volvió para afrontarla.

—Como vuelvas a mirar a mi hija, no pones otro pie en esta casa —le espetó la mujer con un exquisito acento moscovita—. ¿Lo has entendido?

—Sí, señora.

—Me encargaré personalmente de que no vuelvas a trabajar para mi marido ni para sus amigos.

—Sí, señora.

—Ahora, ¡fuera de mi vista! —zanjó, hundiéndole el dedo en el pecho.

Andréi asintió con obediencia y se encaminó hacia la salida. En ese momento se percató de que el señor Kuznetsov los observaba desde el porche con expresión divertida. En cuanto sus miradas se cruzaron, el empresario dejó su copa de whisky en el alféizar y se aproximó a Andréi.

—Disculpa a mi mujer —susurró, cómplice, mientras caminaba junto a él—, ya no recuerda cómo eran las cosas antes. Y mi hija nunca lo ha sabido.

—No hay nada que disculpar, señor.

—¿Has podido arreglarlo?

—No había nada estropeado. La bomba no metía agua en la depuradora y el motor ha estado funcionando en vacío, pero no ha llegado a quemarse.

—Bien, bien —respondió Kuznetsov sin interés—. Me gusta la gente como tú, seria y fiable.

Andréi le agradeció sus palabras con un asentimiento quedo, sin detenerse.

—Si alguna vez quieres hacer otro tipo de trabajos… —le apoyó una mano en el hombro—, habla directamente conmigo. Debemos ayudarnos unos a otros.

Se detuvieron junto al portón. Andréi le tendió una tarjeta en ruso, inglés y español.

—Llámeme si vuelve a necesitar ayuda con la depuradora.

Kuznetsov le sostuvo la mirada durante un instante. Finalmente, le palmeó el brazo.

—Por supuesto.

Sentado en la terraza del chiringuito, Andréi contemplaba el mar de Alborán, tan distinto de aquel en el que lo bautizaran. Incluso en pleno invierno eran aguas de escaso oleaje y mareas dóciles, lo que le llevó a recordar el viejo proverbio: «Mar calmo no hace buenos marineros». No sabía si tal cosa era cierta, pero desde luego los hijos de ese verano eterno eran menos turbulentos que aquellos que se criaban en Vladivostok, a orillas del mar de Japón. Por eso Kuznetsov y tantos otros como él decidían instalarse allí; los lobos gustan de ocultarse entre corderos.

Un sol desabrido iluminaba la mañana y, cada vez que el camarero abría la puerta, del interior del local se escapaban las mismas canciones navideñas. Nada de villancicos tradicionales, sino esas melodías pop que regresaban año tras año como una plaga bíblica. Desde que vivía allí, observaba con desdén esa necesidad tan occidental de convertir cada hoja del calendario en una excusa para consumir: Halloween, Navidad, San Valentín… Una rueda que giraba y giraba sin dar tiempo al ratón para preguntarse por qué seguía corriendo.

Se burló de su súbita condescendencia, más propia de los viejos que le enseñaron a ganarse la vida en el Zolotoi Rog. Si volviera ahora a su tierra, ¿acaso no hallaría los mismos hábitos? Lo que extrañaba no era un lugar, sino una época… O ni siquiera una época, pues como buen hijo del tardocomunismo había aprendido a odiar a

la vieja Unión Soviética. En realidad, añoraba lo que todos cuando el tiempo pasa: añoraba su juventud.

Era un hecho, se hacía viejo. Y, al contemplar el ramo de flores sobre la mesa, se sintió, además de viejo, ridículo. Los girasoles eran el elemento central; un guiño hacia ella, hacia su tierra natal. Ahora le parecía una fruslería que ponía de relieve su falta de gusto, su escaso ingenio. Enfadado consigo mismo, recogió el ramo, se dirigió a la papelera junto al acceso a la terraza y lo arrojó dentro.

—¿Eso era para mí? —preguntó una voz.

Andréi levantó la vista para encontrarse con Nadja, que acababa de abrir la puerta. Se recogió la melena negra tras la oreja mientras lo interrogaba con la mirada. Él se quedó sin palabras, vencido por un inoportuno pudor.

—¿Por qué lo has tirado? —insistió, y Andréi no supo si estaba ofendida o bromeaba. Compartían el ruso como lengua materna, pero su peculiar acento de Odesa volvía indescifrable su sarcasmo.

—Pensé… que estarías harta de que los hombres te regalaran flores.

Nadja se inclinó y sacó el ramo de la basura. Olió las flores con los ojos cerrados, sonrió. Hacía tiempo le contó que la bandera de su país representaba un mar de girasoles tendido bajo el cielo azul, y él la había escuchado. Andréi tenía razón en algo: otros hombres le regalaban flores, ramos mucho más caros y exuberantes que aquel, pero ninguno de ellos se tomaba la molestia de escucharla. Solo la miraban.

—Eres un idiota.

—Lo sé.

—También sabes que me crie junto al mar, no he visto muchos más girasoles que tú.

Andréi se encogió de hombros.

—No es necesario haber visto algo para añorarlo.

Nadja lo tomó del brazo y lo condujo hacia la mesa.

—¿Qué leías?

La miró sin comprender.

—Siempre que nos vemos, me esperas leyendo.

—No leía —respondió mientras se sentaban—. Pensaba en cuánto se parecen los mares a la gente que los habita. Es curioso cómo el entorno moldea el carácter.

Ella no pudo evitar una sonrisa, nada en aquel hombre tenía sentido. Su aspecto, grande, casi intimidante, no parecía encajar con su mirada del mundo.

—Elka me ha contado que la ayudaste.

Andréi negó mientras contemplaba el mar.

—Cumplí con lo que acordamos.

Nadja se inclinó sobre la mesa, lo obligó a mirarla.

—No sé si ella te habrá dado las gracias, pero está agradecida. Yo también. No está pasando por un buen momento.

—No tienes que darme las gracias. Tampoco explicaciones.

Ella volvió a reclinarse con el ramo sobre el regazo. Era evidente que un pensamiento estaba a punto de saltarle a los labios.

—¿Por qué me has traído flores? —preguntó finalmente.

—Un detalle con una amiga.

Nadja alargó la mano para posarla en la suya. Le acarició la cicatriz que le recorría la muñeca hasta el pulgar.

—Si somos amigos, cuéntame cómo te hiciste esto.

Andréi retiró la mano de forma inconsciente, como si su contacto le quemara.

—Ni yo lo recuerdo. —Sonrió para suavizar la brusquedad del gesto—. Fue en otra vida.

—Yo también tengo otra vida que no me gusta, Andréi.

—No debería ser así. No para ti.

Nadja lo miró con ternura. Andréi no era bueno ocultando lo que sentía, pero ella sabía que nunca se lo expresaría de forma directa. No quería incomodarla con sus sentimientos, y Nadja le agradecía en secreto esa contención. Hacía tiempo que había decidido renunciar a ciertas cosas.

Aun así, ese «algo» al que ella no sabía corresponder le provocaba remordimientos, especialmente en ocasiones como esta, en las que acudía en busca de un nuevo favor.

—Tengo algo que pedirte…, como casi siempre.

Él tuvo la elegancia de no evidenciar que ya lo esperaba.

—Me han invitado a una fiesta en la mansión Sharapov y…, bueno, ya sabes la fama que tienen esas fiestas.

—No vayas, entonces.

—Es mi trabajo, Andréi. Pagan bien y solo iría como chica de imagen.

Él asintió y se guardó sus objeciones.

—Pero me gustaría que estuvieras cerca —planteó ella finalmente.

Sus ojos verdes no se llenaron de súplica, no intentaba manipularlo. Era una petición sencilla: estaría más tranquila si sabía que él la esperaba.

—Te pagaré el servicio aparte —remarcó Nadja—. Esto no forma parte del acuerdo.

Andréi resopló y negó con la cabeza.

—Así que quieres que me quede toda la noche en la puerta, esperándote sin ladrar.

—De acuerdo. —Levantó las manos con gesto arrepentido—. No debería habértelo pedido.

—¿De qué serviría, Nadja? ¿Qué podría hacer yo si necesitaras algo de mí? ¿Crees que podré entrar y rescatarte?

—¡No seas idiota! Solo necesito saber que podré marcharme de allí cuando quiera, sin necesidad de esperar un taxi o pedir que un chófer me lleve. —Nadja bajó la cabeza—. Pero tienes razón, es mi trabajo y no soy nueva en esto.

Él torció el rictus, disgustado consigo mismo. Había aprendido que el miedo era algo irracional, capaz de hacernos más daño que aquello a lo que tememos. Del mismo modo, lo que nos hacía sentir seguros, lo que nos reconfortaba, tampoco tenía por qué responder a ninguna lógica. Nadja no pedía que la salvara del peligro, solo necesitaba saber que no estaba sola.

4
Tres batallas

Ángel se ajustó los auriculares y el ruido blanco acalló su mente. Descalzo, caminó hasta el centro del salón, extendió la mano izquierda sobre la derecha y adoptó la posición *sanchin dachi*. Le rodeaban montañas de ropa por guardar, cajas sin abrir y utensilios de limpieza; aquel caos, más naufragio que mudanza, se apiñaba contra las paredes a fin de dejar espacio para la ejecución del kata.

Empezó a hacer karate por imposición de su abuela, que atendía con desesperación cualquier consejo sobre la situación de ese nieto del que debió hacerse cargo. Un médico aventuró que la práctica de un arte marcial probablemente mejorara «la psicomotricidad y la propiocepción del pequeño Ángel», así que de nada sirvieron sus pataletas ni sus amenazas de fuga: se le obligó a acudir tres veces por semana a un cuchitril que apestaba a pies y sudor. Con el paso de los meses su abuela comprobó que, efectivamente, el niño se caía cada vez menos, que ya no eran tan frecuentes sus rabietas, que los golpes y moratones que le jalonaban la piel, producto de un sinfín de accidentes domésticos, comenzaban a desvanecerse. Y eso convirtió a la buena mujer en una firme creyente de las bondades de aquel viejo arte okinawense.

Así que Ángel comenzó a practicar karate por prescripción médica e imposición familiar, pero como todo lo que se incrustaba en su

rutina, terminó por devenir en necesidad. Y con el paso del tiempo, en devoción. Pues no solo le sirvió para relacionarse físicamente con el mundo exterior, sino que también lo ayudó a relacionarse consigo mismo. Pronto descubrió que memorizar cada forma y cada técnica, repetirlas en la soledad de su dormitorio o golpear el *makiwara* hasta despellejarse los nudillos también era una manera de romper el bucle, de acallar sus pensamientos y apaciguar a sus fantasmas. Cuando ejecutaba un kata, su mente estaba alineada con su cuerpo, nada más importaba, y aquello le propiciaba un sosiego hasta entonces desconocido para él.

Avanzó un paso y, con un movimiento contenido, pleno de tensión, giró los puños y separó los antebrazos en posición defensiva. Ese era el primero de los cuarenta y seis movimientos de los que constaba el kata Sanchin: «tres batallas», en referencia al conflicto entre mente, cuerpo y espíritu que todo ser humano ha de librar. Una guerra que Ángel conocía bien.

Acompañó cada gesto, cada cambio de posición, de una exhalación gutural que manaba de su vientre hasta dejarlo vacío por completo. Era un ejercicio de movimientos aparentemente sencillos, pero estos requerían de una tensión muscular y una concentración que subyacían bajo lo evidente. La respiración le fue guiando, marcando los tiempos del kata… Hasta que unos gritos enfadados, soeces, se filtraron a través de los auriculares.

Cerró los ojos y se obligó a concentrarse. Inhaló profundo, llenando el abdomen, y avanzó otro paso mientras expelía el aire con un siseo. Un plato estalló en la distancia.

Se quitó los auriculares y oyó con claridad la bronca de los vecinos. Las voces parecían venir del piso superior, y los involucrados

se gritaban con vehemencia, ajenos al resto del mundo. Ángel echó un vistazo a través del balcón: noche cerrada, no debían ser ni las siete de la mañana. Algo tiene que ir muy mal en tu matrimonio si andas a gritos cuando los demás duermen.

Volvió a colocarse los auriculares, activó la cancelación de ruido y trató de empezar desde el principio. Pero los gritos ya se habían metido en su cabeza y atravesaban cualquier barrera física, tecnológica o mental que intentara interponer. El hombre elevó aún más la voz; se oyeron dos golpes sordos, probablemente contra la pared. Ángel detuvo sus movimientos y aguzó el oído.

Terminó por arrojar los auriculares sobre la mesa y buscó algo que ponerse encima. Apenas se hubo enfundado la sudadera, oyó un portazo y pasos retumbantes que martilleaban escaleras abajo. Alcanzó la puerta y se asomó al rellano: la madrugada volvía a estar en silencio salvo por un murmullo fantasmal, acaso un llanto, que permeaba los tabiques.

Somerset, sentada en el filo de la mesa, hablaba con medido entusiasmo a su reducida audiencia: los miembros de la Policía Judicial de la Guardia Civil en Málaga. Junto a ella, Ángel esperaba a que su presentación en sociedad concluyera. No escuchaba lo que Somerset estaba diciendo sobre él, sino que escrutaba a sus nuevos compañeros tratando de averiguar sus pensamientos —algo que nunca se le había dado especialmente bien—. Estos asistían con gesto impasible a las palabras de su capitán: brazos cruzados, crujidos de vértebras, alguna mirada valorativa al nuevo teniente. Nada más.

—… Y esto es todo por ahora —concluyó Somerset—. Me callo para que el teniente Lobo os diga unas palabras.

Ángel asintió y se adelantó un paso. Carraspeó.

—Gracias, mi capitán.

Las miradas se volvieron hacia él. Alguien estalló una pompa de chicle.

—No se me da bien andar con rodeos. —Se aclaró la voz—. Así que seré claro: sé que no os gusto. Habríais preferido a un teniente que se hubiera ganado el puesto por promoción interna, no hincando codos en la academia. Pensáis que soy un empollón que no tiene calle. —Los miró uno a uno—. Y es cierto, por eso quiero aprender, y aprender rápido. Si me ayudáis, prometo convertirme en un miembro útil de esta unidad cuanto antes.

—¡Genial! —La capitán dio una palmada—. Hechas las presentaciones, podemos…

—Pero si no vais a ayudarme —la interrumpió Ángel—, también deberíais saber que no es fácil engañarme, que puedo ser bastante cabrón si las circunstancias me obligan… Y que soy vuestro inmediato superior, por lo que tengo un sinfín de maneras de haceros la vida imposible.

Los agentes se miraron entre sí. Después miraron a Somerset, cuyo entusiasmo jovial se había congelado.

—Gracias. Es todo lo que quería decir —concluyó el nuevo teniente.

La punta del bolígrafo iba saltando de un apunte contable al siguiente. Ángel revisaba cada hoja dos veces antes de marcarla con una cruz y pasar a la próxima. Ahora escrutaba los extractos de

cuenta de la novia de uno de los concejales; un sinfín de movimientos pequeños y anodinos: cargo de un recibo, pago en cafetería, pago en restaurante, pago en farmacia…, setecientos noventa y nueve euros en una boutique de Puerto Banús. Destapó con los dientes el fluorescente rosa y subrayó la fila de extremo a extremo. Pago en un surtidor, pago en otro restaurante, pago en El Corte Inglés, pago en un spa… Cerró los ojos y se frotó las sienes. Al reclinarse en la silla, su mirada se desvió involuntariamente al cajón cerrado con llave. Sacó el dosier que encontró el primer día; no sabía qué hacer con él.

Hojeó las fotos una vez más. No hallaba morbo en ellas, tampoco lo espantaban, a pesar de la crudeza de los detalles sobreexpuestos por la fría luz del flash. Cada una era el último testimonio de una historia triste, un fracaso vital cristalizado en papel fotográfico; y pese a que no solía conmoverse fácilmente, su contemplación le oscurecía el ánimo.

Alguien golpeó tres veces sobre la mesa. Levantó la vista al tiempo que devolvía el dosier al cajón.

—Te invito a comer —le ofreció Somerset con una sonrisa.

Ángel miró su reloj de escritorio: 140333. Estiró los brazos hacia el techo, desperezándose, y recogió la cazadora que colgaba del respaldar de la silla.

La cafetería estaba lo suficientemente cerca como para llegar a pie, pero no tanto como para encontrar las mismas caras que en la oficina. En cuanto se sentaron, el camarero puso frente a la capitán un té helado y les tomó nota.

—¿Es que he hecho algo mal? —preguntó Ángel cuando se quedaron a solas.

Somer no respondió de inmediato, sino que se recreó con un largo sorbo de té. Apoyó el vaso en la mesa, sin soltarlo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me invitas a comer y me traes a una cafetería donde no hay nadie de la comandancia. Supongo que me va a caer una bronca.

Ella rio, sinceramente divertida.

—Te invito a comer porque me gusta conocer a la gente con la que trabajo. Y venimos aquí porque preparan su propio té helado, en el resto de las cafeterías se limitan a servirte un botellín de Nestea. —Agitó la bebida y el hielo tintineó contra el vidrio—. Pero si preguntas, es porque crees que has hecho algo mal.

Ángel ladeó la cabeza, valorando la posibilidad.

—Sé que a veces puedo ser… directo. Quizás alguien se ha ofendido.

—¿Por tu amable presentación ante la unidad?

—Por ejemplo.

—No tienen tanta confianza conmigo como para venir a quejarse. —Metió el dedo en el vaso y jugueteó con el hielo, pensativa—. Si te digo la verdad, es más probable que hablen directamente con Riquelme.

—Creía que llevabas tiempo en la plaza, que te conocían bien.

—Me conocen bien, otra cosa es que me consideren una de los suyos.

—¿Porque eres una mujer?

—Porque yo también soy «una empollona de academia» —parafraseó mientras le daba un pellizco al pan—. Y porque muchos

no llevan bien que una mujer de mi edad sea capitán.

—Tiene sentido que no les guste. ¿Cómo es que has ascendido tan rápido?

—Joder, sí que tienes un don.

—Quiero decir…

Ella levantó la mano para que le ahorrara la aclaración.

—La anterior capitán pasó a la reserva, y yo era la teniente de la unidad. Supongo que Riquelme movió los hilos para que el nombramiento me cayera a mí, no hay más —respondió con despreocupación—. Ser bilingüe también ha jugado a mi favor. —Dio otro sorbo de té y alejó el cesto de pan—. Ya sabes, aquí trabajamos mucho con Interpol. —Se encogió de hombros—. La cuestión es que me nombraron capitán y tú llegaste a nuestras vidas.

—Así que todo es fruto de la casualidad —observó Ángel.

Somer fue incapaz de descifrar si el comentario iba en serio o llevaba una carga de ironía.

—¿Y qué hay de ti? Dicen que podrías haber escogido destinos mejores.

Él ignoró la pregunta.

—Has dicho que eres bilingüe. Entonces ¿tu nacionalidad…?

—¿A qué te refieres? Soy de aquí.

En ese momento el camarero trajo una botella de agua para Ángel y un segundo té helado para ella. Colocó una tapa de ensaladilla en el centro de la mesa antes de volver a la barra.

—Me refiero a que tu nombre…

—¿Qué le pasa a mi nombre? Emma es un nombre bonito.

—Quiero decir…, hasta que alguien escucha tu acento, pareces…

—Cuidado con lo que dices de mi acento, aquí nos ofendemos por comentarios como ese.

Ángel comprendió que no era capaz de plantear la pregunta de forma inofensiva. Ella volvió a reír. Tenía una risa limpia, incapaz de agraviar.

—Quieres saber cómo una *English rose* de piel lechosa tiene nacionalidad española y acento andaluz —dijo, burlona.

Él se lo pensó antes de asentir.

—No has puesto un pie aquí en tu vida, eso está claro.

Ángel negó aún más despacio.

—Mis padres son *expats* —se limitó a decir, como si aquello lo aclarara todo.

—¿*Expats*?

—Británicos que se quedaron a vivir en Málaga. Si mi acento malagueño te parece curioso, espera a escuchar mi inglés de Taunton.

Consideró aquella revelación detenidamente. Emma Somerset era un tipo de persona diferente. Necesitaba crear un esquema mental donde ubicarla. Pese al desconcierto que aquella mujer le provocaba —y pese a su propensión a burlarse de él—, decidió que le caía bien.

—Por cierto, ¿sabes quién se sentaba antes en mi mesa?

Somer pareció descolocada por el súbito cambio de tema.

—Claro. La anterior capitán de la unidad, Rigo Díaz.

—¿Hay alguna forma de contactar con ella?

—No sé. Era bastante de la vieja escuela, le gustaba mantener las distancias. —Meneó la cabeza, sopesando quién podría tener una relación más estrecha con Díaz. No se le ocurrió nadie—. Supongo que alguien tendrá su teléfono. ¿Por qué lo preguntas?

Ángel no respondió, sumido en su propia introspección.

—¡Eh! —lo llamó chasqueando los dedos—. ¿Por qué quieres hablar con ella?

—¿Sabes si estaba investigando algún caso de suicidio?

Una línea apareció entre las cejas rubias de Somer. Esa maldita costumbre de contestar a una pregunta con otra.

—Los suicidios no se investigan —respondió con paciencia—. Un suicidio es un caso cerrado por definición.

El resto de la tarde transcurrió entre más extractos de cuentas. Sabía que las investigaciones que ayudaban a instruir una causa judicial solían ser más un trabajo documental que de campo; sabía también que aquella era su segunda plaza y su primera investigación, que tenía que pagar un peaje, pero debía haber una forma más eficiente de hacer todo aquello. Si le dieran acceso a la base digital del banco y no a un sinfín de páginas impresas…

El teléfono de mesa interrumpió sus elucubraciones. Miró a su alrededor, como si alguien fuera a reclamar la llamada, pero los pocos que quedaban en la oficina ni siquiera levantaron la cabeza de sus asuntos. Volvió la vista hacia el teléfono. Hasta ese momento ni siquiera había reparado en que estaba allí. Descolgó sin mucha convicción.

—Creo que tenemos a otro —dijo una voz, casi con entusiasmo.

Ángel titubeó.

—¿Capitán? —insistió la voz al otro lado.

—¿Busca a la capitán Somerset…?

—Lo siento, ha sido una equivocación.

La línea se cortó y un tono plano le atravesó el oído. Se separó el auricular y lo observó con el ceño fruncido. Finalmente, colgó y volvió a empuñar el fluorescente.

Apenas hubo punteado unos cuantos movimientos, volvió a descolgar y marcó el número de la centralita.

—Soy el teniente Lobo, de la judicial. ¿Puede averiguar a quién pertenece el número que acaba de llamar a este teléfono?

—Un momento. —La operadora lo puso en espera. La comunicación no tardó en restablecerse—. La llamada se ha hecho desde el Instituto de Medicina Legal de Málaga. ¿Necesita algo más, teniente?

Ángel se apresuró a rescatar un bolígrafo del lapicero.

—Sí, por favor. ¿Es posible saber cuántas llamadas se han hecho con anterioridad desde ese número a esta línea y en qué fechas?

Volvieron a ponerlo en espera. En esta ocasión, la operadora tardó más en regresar.

—Trece llamadas espaciadas entre 2020 y 2024. —Procedió a dictarle las fechas—. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—No, gracias. Felices fiestas. —Y colgó.

Repasó las trece fechas, trece llamadas desde el Instituto de Medicina Legal. Después abrió el cajón y rescató el extraño dosier que le había legado la capitán Rigo Díaz. Contó los informes forenses que contenía: trece.

Las fechas coincidían.

Interludio
Débil

Viktor, acurrucado en la oscuridad de la despensa, se esforzaba por apartar de sí los ruidos que lo asediaban: el borboteo de las tuberías, el murmullo de la cámara frigorífica, la gota contra el fregadero de latón, su pequeño corazón palpitando entre las costillas, los pasos aproximándose, abriendo y cerrando puertas, buscando… Buscándolo a él.

Se frotó la palma de la mano; la soga le había quemado y ahora le picaba. Sabía que lo que había hecho tendría consecuencias; aun así, habría pagado el precio de buen grado si a cambio hubiera obtenido lo que perseguía. Pero no lo había encontrado. Había sido un acto fútil que no le había propiciado placer alguno, solo una contemplación vacua y anodina.

La puerta se abrió de golpe y la pesada sombra de su padre llenó el vacío a contraluz.

—Ven —gruñó, al tiempo que clavaba sus dedos en la mano quemada.

Lo arrastró como un fardo mientras Viktor pataleaba y se revolvía hasta conseguir ponerse en pie. Se esforzó por mantener el paso, pero de tanto en tanto tropezaba ante el ímpetu con que su padre lo conducía a través de los pasillos. Sabía adónde lo llevaba.

Cruzaron el salón trasero, salieron al porche que daba al jardín invernal y continuó arrastrándolo hasta el gran pozo «que había saciado a esta familia durante generaciones». Allí, junto al brocal, aguardaba uno de los capataces de su padre; vestía ropas sucias y labriegas. Era el hombre que se encargaba de criar y adiestrar a los perros de caza.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó su progenitor.

Viktor, de rodillas sobre el suelo embarrado, levantó la vista hacia la viga del pozo. Sobre la plancha de madera que cegaba la boca, suspendido a un metro de altura, oscilaba el cuerpo inerte de un cachorro de borzói. La lengua asomaba por el largo hocico y las patas colgaban laxas.

—Porque era débil —respondió Viktor.

Los dos adultos intercambiaron una mirada hosca.

—Fue el único de la camada que me siguió cuando les enseñé la pelota —se explicó—. Se alejó de la protección de su madre, me siguió dócil y manso, confiado. Si no lo hubiera matado yo, lo habría matado un lobo.

El padre negó ante las insólitas razones de su hijo.

—¿Sabes cuánto cuesta cada uno de estos perros?

Le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos. Le reventó el labio de un bofetón. Viktor recibió el castigo con mirada gacha y en silencio. Cuando su padre se dio por satisfecho, lo agarró por la nuca y lo obligó a inclinarse aún más.

—Discúlpate.

Viktor hundió las manos en el fango.

—Lo siento mucho.

—Está bien —respondió el capataz, que solo quería poner fin a la escena.

Su padre le empujó la cabeza hasta hundirle el rostro en el barro.

—Ve a lavarte —le ordenó—. Dios sabe que solo pedía un hijo normal.

Cuando se supo a solas, Viktor se incorporó y se sacudió la cara y el pelo. Escupió un salivazo de sangre y tierra y, por fin, volvió a levantar la mirada hacia el cachorro ahorcado.

Entendía el castigo, entendía que había desafiado la autoridad de su padre, pero en el orden natural de las cosas solo había anticipado una conclusión inevitable: aquel perro nunca habría formado parte de la jauría de caza. Sus actos solo habían puesto fin a algo que no debería existir, al igual que había hecho su hermana al despedirse de un mundo en el que no encajaba.

¿Por qué, entonces, esa sensación de vacío? ¿Por qué no sentía lo mismo que aquella noche?

5
Lobos entre corderos

Andréi conducía montaña arriba, escalando en tercera la revirada carretera de Sierra Blanca. Los faros iluminaban alternativamente las mansiones y los pinares que se abrían a ambos lados de la calzada; de tanto en tanto, cuando un recoveco entre los árboles lo permitía, vislumbraba en el retrovisor la inmensa negrura del mar rompiendo contra un arrecife de luces. La casa que buscaba no se encontraba en las faldas de la colina, sino en la cima, en el corazón de una urbanización cerrada al mundo exterior. La conocía bien porque, con cierta frecuencia, debía acudir allí a limpiar piscinas o jardines.

El último tramo de carretera se hallaba adoquinado e iluminado por pequeñas lámparas ocultas entre los arbustos. Rodó entre pinos y abedules hasta que los faros se posaron sobre un pórtico enrejado. Este siempre se encontraba abierto de par en par; el paso lo vedaba una simple barrera para regular el tráfico.

Aminoró para que la cámara pudiera leer su matrícula, incluida desde hacía años en la base de datos. El sistema le franqueó el paso y los guardias ni siquiera desviaron la mirada cuando rebasó la caseta de vigilancia. Sin más obstáculos, se adentró en la avenida que enhebraba las calles del residencial.

A medida que se aproximaba a la mansión Sharapov, la orilla de la calzada se fue poblando con los Bentley, los Ferraris y los McLaren

de los invitados, así que su viejo Mazda llamaba la atención por los motivos equivocados. Circuló frente a la entrada y se detuvo unos metros más adelante, junto a la acera. Apagó las luces y orientó el espejo retrovisor para encuadrar la puerta.

Un muro de un blanco prístino rodeaba la finca; al otro lado solo despuntaban los árboles frutales del jardín y las ostentosas torres que remataban la fachada principal. No había ni luz ni música que delatara que allí se celebraba una fiesta.

Observó cómo uno de los agentes de seguridad, trajeado con esmoquin, hablaba por un micrófono de solapa. No le sorprendió que dejara su puesto para caminar hacia el coche. Tocó con los nudillos en la ventanilla.

—*You can't stop here* —le advirtió en un inglés con acento del este.

—Hablamos el mismo idioma —le respondió Andréi en ruso.

—Entonces, sabes que no puedes estar aquí. Lárgate.

Andréi puso ambas manos sobre el volante para tranquilizarlo.

—Solo estoy esperando, no os voy a molestar.

—¿Esperando a qué?

Andréi señaló con la barbilla una de las casonas al final de la calle, cerrada a cal y canto y en penumbras.

—El sistema de riego se ha estropeado. Estoy esperando a que alguien me abra para arreglarlo.

—¿La noche de un sábado?

—Los jardines se riegan de noche, amigo —respondió con aire resignado.

Su interlocutor se abrió la chaqueta para mostrarle el arma.

—Lárgate…, amigo.

Andréi no insistió. Arrancó y metió primera. Se alejó unos metros circulando muy despacio. Cuando el otro ya regresaba a su puesto, volvió a detener el coche a un lado. Apagó las luces.

Incrédulo, el vigilante giró en redondo y se aproximó de nuevo, esta vez con un ímpetu peligroso. Apoyaba la mano en la culata y seguía hablándole al micrófono de pinza. Andréi lo esperó con una sonrisa inocente; apuró hasta que estuvo muy cerca y solo entonces volvió a arrancar y a ponerse en marcha. El otro permaneció en medio de la calzada, observándolo desafiante hasta que hubo desaparecido tras la esquina.

No debería haber hecho algo así, los había cabreado innecesariamente. Pero no le gustaba recibir órdenes de un lacayo del *vorovskói mir*. Además, le quedaba una larga espera por delante, de algún modo tendría que entretenerse, se dijo mientras daba la vuelta a la manzana y volvía a entrar en la calle, esta vez con los faros apagados.

Estacionó antes de llegar a la mansión; desde allí podía ver la entrada, y le divirtió comprobar cómo los matones de seguridad revoloteaban agitados, asomándose para otear la esquina por la que había desaparecido hacía unos minutos.

Reclinó el asiento y sacó su viejo libro electrónico de la guantera. Se puso las gafas de cerca, atenuó la luz de la pantalla y comenzó una nueva lectura: *Мизери*, rezaba la portada.

El Mercedes rodó lentamente hasta detenerse con suavidad. El chófer salió del vehículo para abrir la puerta a su pasajera: Nadja descendió con ensayada languidez, se alisó el vestido de noche y dejó que el chófer le colocara el abrigo sobre los hombros. Sabía que

aquel trato formaba parte del juego y ella interpretaba su papel, pero no se dejaba deslumbrar por las formas. Ninguno de los que se daban cita esa noche en la mansión Sharapov era gente respetable; ella tampoco.

Los guardias de seguridad la saludaron con educación. Nadja cruzó el jardín con actitud altiva, sus tacones resonando sobre el empedrado. Una asistenta, joven y uniformada a la manera clásica, entornó el portón que daba acceso al vestíbulo principal y le recogió el abrigo.

La atmósfera era cálida en el interior y habían atenuado la iluminación para ceder el protagonismo al inmenso árbol de Navidad, que derramaba destellos dorados sobre el mármol. La calma acogedora de esa primera estancia contrastaba con la percusión electrónica, muy amortiguada, que se filtraba desde alguna parte.

Se aproximó a la gran mesa que hacía las veces de recepción.

—Buenas noches, señorita Vakhitova.

—Buenas noches, doctor.

—¿Tiene su informe?

Nadja abrió el diminuto bolso de fiesta y sacó el móvil. Le mostró el código QR que cifraba los análisis que se había realizado esa misma mañana; el doctor lo escaneó y su tablet mostró los resultados.

—Bienvenida —dijo a modo de confirmación.

Le dio las gracias y se dirigió hacia la zona de piscinas, pero antes de poder abandonar el vestíbulo, una joven se aproximó con una bandeja repleta de pequeñas calaveras de cristal.

—¿Qué llevan?

—Vodka y algo más.

—No me apetece —respondió Nadja.

—Es requisito del anfitrión para todos sus invitados.

—Estupendo —murmuró, y tras elegir una de las calaveras, apuró el trago.

Aún recordaba lo divertidas que les parecían las anfetaminas empatógenas en la asignatura de farmacognosia; algunos compañeros habían intentado sintetizarlas en los laboratorios de la facultad, pues por aquel entonces el MDMA no llegaba al Este. Lo que no sabían aún es la terrible resaca emocional que te dejan al día siguiente, sobre todo si la dosis excede los doscientos miligramos, como sospechaba que era el caso.

Devolvió el vaso a la bandeja y sonrió antes de proseguir hacia el jardín interior. La piscina al aire libre estaba desierta; la música procedía del pabellón con techo de cristal y ventanas empañadas. Entró en los vestuarios y de inmediato la envolvió el tibio aroma clorado de los spa. No era su primera vez en la mansión Sharapov: conocía las reglas, sabía qué se esperaba de ella y qué se encontraría una vez traspasara el umbral de la piscina cubierta.

Había llegado deliberadamente tarde, así que se encontraba sola en el vestidor. No le gustaba ser una más entre el resto de las chicas; quería que los invitados de la fiesta supieran cuál era su estatus, que no estaba obligada a nada. Se repasó los labios y se dio un poco de color en las mejillas. Junto al espejo había un perchero con ruedas del que colgaban un sinfín de máscaras de medio rostro, todas con rasgos animalescos. No utilizaría ninguna de aquellas.

Cuando se hubo retocado el maquillaje, se sacó el vestido por la cabeza y quedó desnuda, salvo por los tacones. Se coloreó los pezones con el mismo lápiz rojo que había usado para los labios y

guardó sus pertenencias en una taquilla. Antes de cerrar la puerta, sacó del bolso su propia máscara y se cubrió con los rasgos de una pantera negra.

Se volvió para contemplarse en el espejo. Sin la máscara se sentía mucho más desnuda, más expuesta, al filo de la timidez. Con ella podía ser otra persona, una depredadora. No porque le gustara jugar el papel de dominadora, sino como mecanismo de defensa. Las máscaras allí colgadas eran coquetas e inofensivas; utilizarlas la infantilizarían, la colocarían en una posición frágil que atraía, sobre todo, a cierto tipo de hombres. Con su máscara, sin embargo, llamaría la atención de personalidades más dóciles que disfrutaban siendo sometidas. Era algo que había aprendido por las malas, como se aprende todo en ese oficio.

Caminó hacia la puerta doble que daba paso al recinto climatizado. Le gustó el sonido de sus tacones sobre la solería. Al empujar la hoja de cristal, recibió una descarga sensorial amplificada por el MDMA: el calor sofocante de la estancia, la penumbra barrida por ráfagas arrítmicas, los graves que hacían retumbar los vientres con un pulso atávico… Y la lujuria, los cuerpos enredados en el baile, las lenguas devorándose, el sexo en los rincones más oscuros y en los espacios más expuestos, en la piscina y en los divanes.

Una joven camarera, desnuda salvo por una pajarita y una máscara completa de porcelana, le ofreció otra calavera. Era importante conocer la etiqueta en ese tipo de fiestas: una máscara que cubría todo el rostro significaba que esa persona no estaba allí para conversar ni para dar o recibir placer; para eso se necesitaba una máscara que dejara la boca —y los labios y la lengua— al descubierto.

Nadja tomó una de las copas y se internó en aquel espacio pseudonírico. Caminó junto a la piscina con actitud distante; había una arrogancia en sus gestos que daba a entender que no estaba allí para ser escogida, sino para escoger. Muchos rostros se volvieron hacia ella, pero nadie se aproximó. Un hombre tendido sobre una hamaca, que penetraba desde atrás a un cuerpo joven, se detuvo al verla. Se cubría con una máscara de jaguar, y Nadja volvió el rostro y siguió su camino al percibir su atención. El jaguar la siguió con la mirada, relamiéndose. Finalmente abandonó a su pareja y persiguió aquel nuevo bocado. La aferró por la muñeca y la obligó a girarse, le asaltó la boca con ferocidad. Por un instante creyó que la pantera le correspondía, hasta que un dolor penetrante le atravesó el labio. Intentó separarse, pero aquella mujer continuó mordiéndolo y ambos percibieron el sabor ferroso de la sangre.

Nadja liberó a su presa y esta se apartó con la boca inflamada y ensangrentada. Le escupió su propia sangre al pecho y lo empujó con desdén, haciéndolo caer a la piscina. Después, con calma, dio un trago a la copa para enjuagarse el paladar y continuó paseando. Reconocía a algunas de aquellas personas; no a todas, pues siempre había nuevos invitados —los más torpes e impacientes—, pero sí había muchos habituales. De repente, oyó un grito ahogado, un sollozo contenido.

Alguien más debía de haberlo escuchado, fue perceptible incluso bajo la vibrante música ambiental, pero todos habían decidido ignorarlo. Todos menos Nadja, que tuvo la inquietante sensación de reconocer aquella voz. Se internó aún más en la vorágine buscando el origen de aquel grito que no era gemido ni jadeo.

Caminó entre los cuerpos que bailaban y se amaban, se desembarazó de las manos que trataban de retenerla, de sumarla al desenfreno, hasta que vislumbró a una mujer que se abría paso a duras penas, encorvada, sollozando sin la máscara. Muchos se apartaban y la miraban escandalizados, juzgándola por quebrantar el único tabú. Nadja la reconoció de inmediato: era Elka quien huía, y su primer pensamiento fue de conmiseración. No sabía qué había sucedido, pero sabía que su amiga llevaba tiempo herida, y su dolor era perceptible para cualquiera que supiera mirar. Eso la exponía de una forma peligrosa en un mundo como aquel.

Su primer impulso fue el de ir tras ella, pero tuvo la lucidez de no mirar al cervatillo herido, sino a aquello de lo que huía. Y entonces lo vio: vestía un impecable traje gris y se sentaba en un sofá rojo, sin nadie más a su alrededor. Tras la máscara de lobo, sus ojos observaban con calma a la presa que huía…, hasta que desvió la mirada directamente hacia Nadja. Había percibido su escrutinio tan claramente como un relámpago en el cielo raso.

Por primera vez aquella noche, Nadja se sintió verdaderamente desnuda. Sostuvo la mirada del lobo durante un instante, resistiendo la necesidad de cubrirse los pechos y el pubis. Finalmente, logró romper su extraño embrujo para zambullirse en pos de su amiga. Avanzó entre la multitud y la encontró arrodillada en el suelo, encogida sobre su propio dolor.

Nadja se inclinó junto a ella y la tranquilizó hablándole al oído. La ayudó a ponerse en pie y la acompañó hacia los vestuarios. Cuando la puerta de cristal las aisló de la música y la lujuria, Elka pareció recomponerse mínimamente.

—¿Qué te han hecho?

—Nada, no me ha puesto una mano encima. —Se enjugó los ojos con dedos temblorosos.

Un súbito escalofrío la obligó a acuclillarse. Nadja tomó una toalla limpia y se la echó sobre los hombros.

—¿Ha sido ese hombre, el de la máscara de lobo?

Elka asintió, tragándose un último sollozo.

—¿Qué ha hecho?

—No es lo que ha hecho, sino lo que ha dicho. —Cerró los ojos, las lágrimas volvían a quemar—. Por favor, vámonos de aquí.

El teléfono de Andréi vibró sobre el salpicadero. Bajó el libro electrónico, fastidiado por la interrupción, y comprobó la identidad de la llamante.

—¿Tan temprano? —preguntó tras descolgar.

—Estoy en la puerta. Ven a recogerme, por favor.

Levantó la vista y vio a Nadja con el teléfono al oído. Cubría con su mano libre los hombros de otra mujer. Le pareció reconocer a Elka.

—Voy. —Puso en marcha el motor.

—¿Estás lejos?

Por toda respuesta, Andréi cortó la llamada y aceleró. Se detuvo con un frenazo frente a las dos mujeres y alargó el brazo para abrir la puerta trasera.

Uno de los guardias de la entrada lo reconoció:

—¡Eh, tú!

—Subid —les dijo, ignorando al matón de Sharapov.

Cuando sus pasajeras se hubieron acomodado, Andréi volvió a acelerar. Condujo ladera abajo entre las urbanizaciones de Sierra

Blanca, sin dejar de observar por el retrovisor a ambas mujeres. Elka tenía la mirada perdida y los ojos húmedos por el llanto; su amiga le sostenía la mano con fuerza.

—¿Qué ha pasado?

Nadja negó en silencio, indicándole que no hiciera preguntas. Andréi devolvió la vista a la carretera.

—¿Dónde os llevo?

—A su casa, no voy a dejarla sola esta noche.

6
La guarida del dragón

La cerradura ronqueó con cada vuelta. Cuando el pasador llegó al tope, Ángel se echó la llave al bolsillo y llamó al ascensor. Mientras esperaba, miró la pantalla de su teléfono: «07:33. 1 de diciembre. 12º, soleado». Otra mañana perfecta para olvidarse de la moto y caminar hasta la comandancia.

El ascensor se abrió con un tintineo y se topó con una joven madre y su hijo, de unos siete años.

—Buenos días —murmuraron casi al unísono.

Ángel observó que el botón de la planta baja estaba iluminado, así que se limitó a esperar a que la puerta se cerrara.

Ambos adultos clavaron la mirada en el vacío, pero el pequeño se retiró un paso y estudió de soslayo al nuevo vecino. Ángel no pudo ignorar aquella mirada que lo escudriñaba, así que ladeó la cabeza y le dedicó un guiño y una sonrisa afectuosa. Sabía que era una interacción que solía divertir a los críos, lo había observado en otras ocasiones, pero el niño emitió un gemido de angustia y escondió la cabeza en el regazo de su madre. Solo entonces comprendió que no era curiosidad hacia él lo que sentía. Estaba asustado.

La madre reconfortó a su hijo al tiempo que le dedicaba una mirada de disculpa a Ángel. Este sonrió para tranquilizarla, pero

creyó ver algo cuando ella, con gesto inadvertido, se peinó con los dedos la media melena.

—Disculpe, ¿podría decirme la hora?

La mujer volvió a sonreír, extrañamente inquieta.

—No llevo reloj —respondió, al tiempo que alargaba la manga del abrigo para cubrirse la muñeca.

Una alegre campanada indicó que habían llegado a la planta baja. Antes de que la puerta se hubiera abierto del todo, tomó la mano del crío.

—Que pase un buen día —musitó mientras se deslizaba en dirección a la calle.

Él asintió sin salir aún del ascensor. Una vieja angustia le oprimía el pecho.

La silla chirriaba cada vez que Ángel intentaba acomodarse, obligándolo a una penosa inmovilidad si no quería llamar la atención. Junto a él se sentaba Somerset, que atendía a la exposición de Riquelme sin dejar de clicar el bolígrafo contra el cuaderno. El resto de los asientos lo ocupaban oficiales de los servicios de Información, Delitos Tecnológicos y dos agentes de Asuntos Internos enviados desde Madrid.

«Solo vienen a marcar paquete —los tranquilizó Somer antes de la reunión—, a decirnos que el gran ojo de Sauron está sobre nosotros, así que cuidado con traspapelar informes o pruebas; si alguien la caga, que no seamos nosotros», advirtió a su unidad. A Ángel le divirtió la referencia a *El Señor de los Anillos*, y se preguntó si su capitán habría llegado a leer a Tolkien o se habría quedado en las películas.

—Teniente Lobo, su turno —dijo Riquelme de improviso, sacándolo de sus elucubraciones.

Ángel miró directamente al comandante, cuyo rostro estaba cubierto por letras y trazos de luz arrojados por el proyector. A su espalda, un enjambre de nombres de concejales, cargos de confianza, familiares y amigos conectados por líneas descendentes o transversales.

Somerset le dio un codazo y Ángel se aclaró la voz.

—Sí…, he… he estado comprobando los movimientos de cuentas de quince personas vinculadas a la trama según… según nuestras fuentes.

—Sin preámbulos, teniente.

—Sí… No tenemos nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada fuera de lo común. Pagos en comercios, pequeñas transferencias, incluso los conceptos de los Bizum son normales. Hay envíos recurrentes de setenta y cinco euros desde los teléfonos de algunos concejales, todos a un mismo número los fines de semana. Sospechamos que son pagos a quien les pasa la coca, pero… —Se encogió de hombros—. Aparte de eso, nada.

—Está bien. Almansa, que Lobo os pase el nombre del camello. Pedid autorización judicial para todo: cuentas bancarias, teléfonos, propiedades… Vamos a ampliar la red todo lo que podamos.

—Sinceramente, mi comandante, no creo que tenga nada que ver con la trama que investigamos —le advirtió Ángel.

—Para usted también hay trabajo: vuelva a revisar todos los apuntes contables e investigue cualquier gasto de más de quinientos euros.

—Pero… —quiso protestar.

Somer volvió a clavarle el codo, esta vez con más fuerza.

—¿Pero qué, teniente? —Riquelme lo aplastó con la mirada—. ¿Acaso me va a enseñar cómo llevar una investigación?

—No, mi comandante, pero soy bueno encontrando patrones. Si hubiera algo en esos papeles, lo habría visto.

Riquelme congeló el rictus y el aire de la sala. Desvió la mirada unos centímetros hasta Somerset, que estuvo tentada de encogerse de hombros, de descargar toda responsabilidad sobre el novato a su cargo, pero logró sostener la mirada del comandante sin titubeos. Aquello pareció contener el incendio.

Por fin, Riquelme se giró y señaló la proyección a su espalda.

—Escúchenme bien, porque lo mismo hay algún otro que se cree tan listo como el teniente Lobo, pero que no es tan gilipollas como para abrir la boca. —Golpeó con el dedo la pantalla retráctil y los nombres ondularon sobre el plástico—. ¡Aquí hay algo! Tenemos tres fuentes distintas, tres informantes sin relación que no ganan nada yendo a la Guardia Civil a decir que están tocando a concejales. Y tenemos a una juez de instrucción regalando autorizaciones como caramelos la noche de Reyes. Así que si no ventilamos esta mierda, la responsabilidad es exclusivamente suya. —Los apuñaló con el dedo—. ¿Lo han entendido?

Todos los oficiales asintieron al unísono.

—Muy bien, pues hagan su puto trabajo y váyanse a tomar por culo.

De inmediato, las sillas rodaron sobre el suelo y los pies se apresuraron hacia la salida.

Ángel salió tras Somer, pero antes de que pudiera dirigirse a su escritorio, esta lo tomó por el brazo y lo sacó al descansillo de la escalera de emergencias.

—Ya sé que tengo que aprender a callarme —se adelantó Ángel.

—¿A callarte? ¿Cómo se te ocurre llevarle la contraria a Riquelme? ¿Cómo puedes ser tan… tan…? —Somer se golpeaba la sien con el dedo, incapaz de encontrar una palabra que englobara tanta estupidez—. Si quieres morir, salta delante de un tren. Te dolerá menos y, sobre todo, no me salpicará.

—¿Control de Fronteras podría confirmarnos la salida del país de ciertas personas?

Somer parpadeó, confusa por la súbita pregunta.

—¿Cómo?

—¿A quién debería preguntar, a la Policía Nacional? Necesito saber si alguien ha viajado fuera del país —repitió Ángel con paciencia.

—¿Tú escuchas cuando te hablan?

—Creía que habías acabado. Tienes razón en todo lo que dices y corregiré mi actitud, pero ahora necesito saber esto.

—¿Por qué? ¿Para qué?

Ángel abrió su cuaderno y pasó las hojas hasta encontrar un nombre subrayado:

—Blanca Adánez, treinta y ocho, vecina de Benalmádena. Novia, amante, pareja o lo que sea de uno de los investigados: Sergio García, interventor en ese mismo ayuntamiento…

Somer le hizo un gesto con la mano para que abreviara.

—Adánez tiene un cargo en cuenta de dos libras. Un solo pago con tarjeta de débito en una máquina expendedora del aeropuerto de Heathrow, realizado el 12 de julio del año pasado.

Somer se encogió de hombros, impaciente.

—No tiene ni un solo cargo más en esos días. No volvió a usar sus tarjetas hasta una semana después, ya de vuelta a España.

—¿Y? Puede que llevara dinero en metálico.

—Si llevas dinero en metálico, no pagas con tarjeta en una máquina de *vending*.

Somer se rascó el cuello, la mirada perdida en el cuaderno de Ángel. Usó su propio bolígrafo para volver a rodear el nombre de la investigada.

—¿Crees que puede tener alguna tarjeta vinculada a una cuenta que no vemos…?

Ángel calló, a la espera de que llegara a la misma conclusión que él.

—Crees que la tiene la persona con la que viajaba —prosiguió la capitán—, y que esa persona fue quien lo pagó todo.

—He comprobado las cuentas de su novio el interventor durante esa misma semana: ni un solo cargo. Si podemos confirmar que viajaron juntos y que no tienen pagos durante su estancia en Londres…

—Significaría que manejan tarjetas *black* que no controlamos. —Somer sonrió—. ¿Por qué no has dicho esto en la reunión?

—Aún cabe la posibilidad de que lo pagaran todo en metálico.

Ella se sumió en un silencio reflexivo.

—Aunque hubieran pagado en efectivo, ¿de dónde lo sacaron? ¿Han retirado alguna cantidad importante de sus cuentas?

—Poca cosa, siempre en cajeros automáticos. Pero no lo suficiente como para pagar billetes, hoteles y gastos en Londres.

—La explicación más sencilla suele ser la correcta… —Somer volvió a clicar el botón del bolígrafo una y otra vez, al ritmo de sus pensamientos—. Y las tarjetas *black* es la explicación más sencilla. El pago en el aeropuerto con una tarjeta habitual debió de ser un despiste.

—Aun así, hay algo que no encaja —dijo Ángel—. La única forma de ingresar *cash* en una cuenta que no vemos es hacerlo en un paraíso fiscal, pero si algún investigado hubiera volado a un destino sospechoso, lo sabríamos.

—Hay un refugio fiscal al que no hace falta volar.

Ángel frunció el ceño, no le salían las cuentas.

—Incluso los que están dentro del espacio Schengen, como Andorra o Suiza, implican desplazamientos de más de un día. No puedes ir y volver de ellos sin dejar…

—Mucho más cerca —lo interrumpió Somer—, aunque fuera del espacio Schengen.

Él terminó por comprender:

—Gibraltar.

Ángel apretó la maneta del embrague y redujo para tomar el desvío que le indicaba el navegador. Dejó atrás la avenida Blas Infante y se adentró en Teatinos, el barrio universitario agazapado tras la autovía que encorsetaba el viejo centro urbano.

Nunca había estado en aquella zona y la recorrió con curiosidad, observando desde la moto las amplias avenidas, la armonía de sus bulevares, la ausencia de turistas. Un oasis de sensatez urbanística en una ciudad que se le antojaba vertiginosa e incongruente, con zonas que exhibían su abundancia junto a barrios al filo de la

miseria. Ese tránsito ininterrumpido le parecía una fórmula extraña, casi peligrosa: yesca ovillada de celos y recelos, presta para arder… O así habría sido en cualquier otro sitio. En la capital de la Costa del Sol ambas realidades parecían convivir sin fricción, ignorándose la una a la otra, como dos urbes superpuestas que compartieran coordenadas en universos paralelos.

Ángel siguió las indicaciones del móvil hasta llegar a la Ciudad de la Justicia. Rodó lentamente junto al edificio, buscando cómo entrar a aquella mole enclaustrada entre paneles de piedra blanca. Cuando dio con la escalinata de mármol, aparcó la moto, guardó el móvil en la cazadora y se dirigió al inmenso directorio que debía guiarlo por ese dédalo burocrático.

Bajó al primer sótano y recorrió el laberinto con la paciencia de Teseo, hasta encontrarse cara a cara con la aburrida funcionaria que atendía el mostrador de recepción. La mujer se retiró las gafas y, sin mediar saludo alguno, lo miró expectante. Solo entonces Ángel se percató de que no tenía una pregunta clara que hacerle.

Optó por tirar de rango, por si aquello pudiera conmover a la guardiana del laberinto:

—Soy el teniente Ángel Lobo, de la Policía Judicial. —Le mostró la placa—. Hace unos días recibí una llamada desde aquí, pero no pude identificar quién la realizó. ¿Hay alguna manera de averiguarlo?

La funcionaria volvió a colocarse las gafas y acercó la nariz a la placa.

—Necesitaré más datos.

—Es posible que quien llamara estuviese buscando a la capitán Rigoberta Díaz. Puede que…

La mujer levantó el teléfono y marcó una extensión.

—Tengo a uno de la judicial en recepción. Dice que alguien llamó hace unos días a… —Tapó el micrófono y le hizo un gesto apremiante.

—A la capitán Rigoberta Díaz —repitió—. Probablemente la llamaran para…

—A una tal Rigoberta Díaz —prosiguió la funcionaria tras destapar el micrófono.

Sin más explicaciones, se acunó el auricular sobre el hombro y tomó su teléfono móvil. Abrió una aplicación y se distrajo deslizando el dedo sobre la pantalla. De tanto en tanto, la mujer reía ante algo que leía o veía.

Ángel asistía a la escena con más resignación que perplejidad. Mientras esperaba, alargó el brazo para tomar un pósit del otro lado del mostrador. Como no fue reprendido por su incursión, se permitió anotar algo a bolígrafo en el papel amarillo. En ese momento, la mujer volvió a aplicarse el auricular contra la oreja.

—Sí. De acuerdo…, muy bien. —Colgó—. Nadie en el laboratorio ha llamado a la Guardia Civil.

—¿Pudo ser alguien que no esté ahora mismo?

—El turno de noche entra en una hora. Si quiere esperar. —Le señaló una hilera de asientos de plástico, como los de la sala de espera de cualquier hospital.

—Si no le importa, pase mi nombre y mi teléfono al laboratorio. —Alargó el pósit—. Si la persona que llamó llega en otro momento, por favor, díganle que la capitán Díaz ya no podrá atenderle, pero lo haré yo.

La recepcionista lo escrutó por encima de la montura de sus gafas. Él no supo qué más decir, así que le aproximó unos centímetros más

la nota, como si ahorrarle aquella mínima distancia pudiera decantar la balanza a su favor.

Finalmente, la mujer suspiró y le arrebató el papel de la mano.

Ángel aprovechó las últimas horas de la tarde para deambular por la ciudad sin bajarse de la moto. Quería familiarizarse cuanto antes con los barrios y avenidas, y encontró las calles inflamadas por la inevitable iluminación navideña, más excesiva cuanto más se aproximaba al centro. Una llovizna inesperada empapó el asfalto, convertido de repente en reflejo empañado de cuantos lo pisaban.

Cuando las ruedas patinaron al frenar en un par de semáforos, decidió que había llegado el momento de volver a casa.

Dejó la moto en el parking a media calle de su apartamento y, tras subirse el cuello de la cazadora, apretó el paso en dirección al portal. Le gustaba la zona: un barrio obrero y de estudiantes, sin ningún atractivo turístico, sin franquicias comerciales ni rostros de paso, solo el bullicio de lo cotidiano, el trasiego de quienes saben que habitarán allí durante el resto de sus vidas.

Entró en su portal y se sacudió el agua del pelo y la chaqueta. No tardó en escuchar los gritos de los vecinos: un portazo hueco, voces guturales, algo que estallaba en mil pedazos. Se agarró al pasamanos para no dejarse arrastrar por la tormenta; se dijo que el día había sido muy largo como para complicárselo aún más.

Encendió la luz y el tableteo del viejo temporizador lo acompañó escaleras arriba. A cada peldaño las voces parecían más lacerantes; el retumbar de las paredes, más estrepitoso. No había llegado a la primera planta cuando ya estaba resuelto a intervenir.

Pasó de largo su propio apartamento y subió hasta el tercero. Los gritos se agolpaban tras una de las puertas. Solo se escuchaba una voz, nadie se atrevía a contradecirla. Ángel llamó al timbre y se metió las manos en los bolsillos de la cazadora. Si temblaban, que nadie se diera cuenta.

La puerta se abrió como una estampida. Al otro lado, un hombre en camiseta de tirantes. Treinta y pocos, respiración agitada, sudor de nicotina. Tras él, en el pasillo en penumbras, vislumbró al niño asustado, y Ángel se vio al fondo de ese mismo pasillo. El crío terminó por escabullirse en la oscuridad.

—¿Qué te pasa a ti? —le increpó el hombre en la puerta. Apoyaba las manos en el quicio y se inclinaba hacia delante, como si estuviera a punto de saltar al vacío.

Ángel confrontó aquella mirada hostil, pendenciera. No respondió. Sabía que cualquier interacción carecía de sentido.

—¿Que qué cojones quieres?

—¿Puedo hablar con la madre del niño?

—¡Vete a la mierda! —Y cerró de un portazo.

Ángel apretó los puños dentro de los bolsillos. Cuando los sacó, tenía el móvil en la mano. Llamó al 062 según bajaba los escalones.

—Soy el teniente Ángel Lobo, de la judicial de Málaga. Es por un asunto privado. —Abrió la puerta de su apartamento—. Sí, quiero denunciar un caso de violencia doméstica… De acuerdo, espero.

Habló pacientemente con la operadora. Cuando hubo concluido, arrojó el móvil sobre la cama. Se descalzó y colgó la cazadora y la camisa en el armario. Se sentó al borde del colchón y comenzó a vendarse los dedos con cinta elástica. Lo hizo con una parsimonia

ritual, respirando profundamente; poco a poco las manos dejaron de temblarle. Cuando hubo concluido, su pulso volvía a ser firme.

Regresó al salón estirando los músculos, buscando la torsión máxima del cuello, de los hombros. Se detuvo frente al *makiwara*. Midió la distancia con los dedos extendidos y lanzó el puñetazo. La madera se estremeció bajo la cuerda y el cuero.

Recogió el brazo y volvió a golpear. Una vez. Otra. Y otra. Hasta que la mente desapareció y solo existieron la madera y el puño.

7
Llamada perdida

El agotamiento le oscurecía la vista y el ácido láctico le mordía los hombros, pero Andréi continuaba vaciándose contra el saco: *jab*, *jab*, gancho; *jab*, *jab*, croché; *jab*, *jab*, gancho… No dejaba de bailar, de escabullir la cabeza tras las manos. Cada dos series, cambiaba la guardia y comenzaba la tanda con el puño opuesto. El tercer golpe siempre aspiraba a ser definitivo, empujando desde el pie retrasado para emplear todo el peso del cuerpo. Con ese último embate la cadena tañía, sacudida con violencia. Tenía tan interiorizados los intervalos de cuarenta y cinco segundos que no se molestaba en llevar una cuenta mental. Cumplido el tiempo, apoyó las manos en la cintura y levantó la cabeza para abrir las vías respiratorias. El saco siguió balanceándose en el vacío.

Oyó un aplauso seco a su espalda y se volvió para localizar a su insospechado admirador. Lo había visto antes, aunque nunca había hablado con él. Solía frecuentar el gimnasio, no para entrenar, sino para vigilar sus inversiones.

—Hey, grandullón, ¿hablas español?

Andréi asintió mientras se secaba con una toalla.

—Nos ha fallado el sparring y el chaval tiene velada esta semana. Necesito a alguien que aguante, que le haga esforzarse.

Andréi miró al muchacho que hacía puños sobre el ring. Lo había visto entrenar: ágil, magro, buen juego de pies, algún aspaviento… Cuando acababa la sesión, se apresuraba a mirar las fotos que le habían hecho sus «panas». Aquello parecía interesarle más que las indicaciones de su entrenador.

—Yo no peleo —dijo Andréi, recuperando aún el resuello.

—No es una pelea, es solo chocar puños, que el chaval practique la distancia… Te doy cincuenta euros por ocho asaltos. —Le guiñó un ojo—. Son cincuenta euros más de los que te pensabas llevar hoy a casa.

¿Cuándo subió a un ring por última vez? Probablemente en Chechenia, hacía más de veinte años. Fueron tiempos de mierda, pero le sirvieron para aprender unas cuantas cosas; entre ellas, que disfrutaba boxeando. ¿Cuánto quedaba de aquel Andréi joven e imprevisible?, se preguntó, ¿cuán atrás habían quedado sus mejores días? De pronto le sedujo la idea de probarse. Sabía que al día siguiente pagaría las consecuencias, pero…

—Está bien.

El otro dio una palmada, pleno de satisfacción.

—¡En cuanto te he visto darle al saco supe que tenías cojones!

—Primero, el dinero.

—Claro, claro. —El representante sacó el billete de la cartera.

Se lo tendió a Andréi, pero antes de que pudiera cogerlo, lo ocultó con un giro de dedos.

—No te lo gastes todo en vodka, ¿eh? —Rio y volvió a ofrecérselo.

Andréi no demudó el gesto. Tomó el billete y se lo guardó. Cuando se aproximaron al cuadrilátero, el otro levantó los brazos para que le atendieran:

—¡Vamos, venid aquí!

El muchacho dejó de hacer sombras y se acercó a las cuerdas. Sus compinches, sentados en sillas plegables junto al ring, levantaron la vista del teléfono para prestar atención.

—Tenemos nuevo sparring. Se llama… —Le hizo un gesto inquisitivo.

—Andréi.

—Andréi, el León de los Urales. Una leyenda del boxeo ruso. —Se dirigió al viejo que estaba en una esquina del ring—: Hakim, ayúdale a ponerse los guantes.

Hakim, delgado y nervudo como una vara de enebro, se descolgó hasta el suelo con agilidad. Era el entrenador del «chaval» y no le gustaba lo que veía. Se detuvo frente al ruso y lo ayudó a colocarse los guantes; mientras lo asistía, no le quitó ojo de encima. Ajustó las cuerdas, le untó vaselina en la cara y le colocó la protección bucal.

Antes de que Andréi subiera al cuadrilátero, el viejo lo retuvo por el brazo.

—Nada de golpes por debajo de la cintura —le advirtió.

Andréi asintió y volvió a girarse. Hakim lo retuvo por segunda vez.

—Recuerda que es un entrenamiento.

Andréi no respondió. Se limitó a darle la espalda y encaramarse hasta la lona.

—¡Muy bien, Samu, chaval! —gritó el representante a pie de cuadrilátero—. Le he pagado ocho asaltos, así que procura alargarlo, ¿vale?

Los amigos de Samu se levantaron de sus sillas y, móvil en ristre, comenzaron a grabar. El boxeador les lanzó un beso. Después se aproximó a Andréi, engallado.

—Mira, viejo: te la voy a enseñar por aquí —levantó la izquierda—, y te va a venir por aquí. —Le apoyó el puño derecho sobre el mentón.

—¡Samu! —lo llamó su entrenador desde la esquina—. Calla la puta boca y ven aquí.

El muchacho le guiñó un ojo antes de acudir a su esquina. Escuchó las indicaciones de su entrenador sin dejar de sonreír tras el bucal, sin apartar la mirada del sparring. Andréi, por su parte, lanzó un par de puños, soltó las piernas y se permitió disfrutar de la excitación previa al combate, incluso de las bravuconadas de su joven rival. Todo formaba parte de un ritual que ahora sabía que echaba de menos.

Sonó una campana barata y los dos combatientes se reunieron en el centro del cuadrilátero. Chocaron los guantes y comenzaron a bailar.

De forma natural, Andréi ocupó el centro del ring mientras su contrincante lo flanqueaba, tanteándolo, amagando, entrando en distancia para picar y retirarse. No le preocupaba que el muchacho llevara la iniciativa; pretender lo contrario sería absurdo, pues se habría quedado sin resuello en el primer asalto. Y aunque los puños rápidos de su rival le quemaban, ninguno llegaba a alcanzarle de verdad. Se protegía bien con las manos arriba y los codos abajo; y cada vez que el chaval, contrariado, intentaba fulminarlo con una bomba, era capaz de leerlo y escabullirse. La detonación terminaba por evaporarse en el aire, simples fuegos artificiales.

Y mientras se protegía y esquivaba, Andréi observaba. Y el viejo sabía que observaba.

Sonó la campana y regresaron a sus esquinas. Hakim se apresuró a darle instrucciones a su boxeador; señalaba al ruso y le hacía severas advertencias a las que el chaval asentía con impaciencia. Andréi, por su parte, recogió la botella de agua que le lanzaron y se enjuagó la boca. En solo un asalto, la cosa parecía haberse vuelto más seria de lo que todos esperaban.

La campana volvió a repicar y ambos acudieron a la cita. El primer *jab* de su rival le confirmó lo que Andréi ya sospechaba: cuando recogía el puño, el muchacho era propenso a bajar la otra mano, aquella con que debía protegerse. La primera vez que lo hizo pensó que era un error puntual, ahora sabía que era un mal hábito. Uno que habían intentado corregirle, pues se esforzaba por mantener la derecha arriba cuando lanzaba la izquierda; pero en el último instante, después de completar el puñetazo, tendía a bajar la mano que le guardaba la cabeza. La ventana se abría una simple fracción de segundo: imperceptible para un novato; una eternidad para un boxeador experimentado.

El viejo Hakim lo sabía, y ahora Andréi también lo sabía. Porque un fallo es una raya en el agua, algo que no se repite, difícil de aprovechar por el rival. Pero un mal hábito…, eso es una grieta en los cimientos mismos del edificio.

Así que Andréi mantuvo su estrategia en el segundo asalto: se mantuvo a la defensiva y lanzó solo algunos puños de advertencia. Y continuó igual en el tercero: encogido sobre sí mismo, encajando los picotazos y esquivando las detonaciones, lanzando golpes inocuos que no inquietaran a su rival, cebando su confianza, alimentando su ego… Hasta que, de repente, Andréi dejó de retroceder y avanzó sobre la izquierda del otro boxeador. Era un movimiento

aparentemente torpe, telegrafiado, propio del luchador al que le va faltando el oxígeno y empieza a cometer errores.

Vio el brillo en los ojos de su joven adversario, la satisfacción con que anticipaba el KO, y por un instante se planteó si tenía derecho a extirparle esa confianza propia de la juventud, si era correcto disipar sus aspiraciones de un solo golpe. ¿Acaso el chico no se merecía soñar a lo grande? Ya llegaría quien le revelara La Verdad; con suerte, un auténtico boxeador ante el que caer con dignidad, y no un viejo sparring de un gimnasio de barrio.

Por desgracia para Samu, durante toda su vida Andréi se había entrenado para desactivar la mente consciente y dejar que el instinto actuase. Y su instinto decidió bloquear con la derecha el croché que había anticipado, al tiempo que le desencajaba la mandíbula a su contrincante de un zurdazo.

El protector bucal voló por los aires y el chaval se tambaleó hasta caer de espaldas. Su entrenador entró en el cuadrilátero y lo sostuvo antes de que se desvaneciera. Después llegaron los demás, sorprendidos, preocupados. Lo abanicaron y le echaron agua por la cabeza mientras el viejo Hakim le recriminaba algo al representante.

Andréi estuvo tentado de aproximarse al muchacho, de interesarse por él, pero prefirió ahorrarse un gesto insincero. Había planificado ese final durante tres asaltos y lo había ejecutado con plena conciencia del resultado. Arrodillarse junto a su rival solo serviría para mitigar sus propios remordimientos, así que se limitó a bajar para recoger sus cosas.

En cuanto puso un pie en el suelo, la descubrió sentada junto a las taquillas, esperándolo.

—¿No deberías estar más contento? Has ganado —dijo Nadja.

—No he ganado, no era un combate.

Ella observó por un instante el revuelo sobre el ring: el muchacho estaba despierto, pero aún no se mantenía en pie. Después miró a Andréi, que se desanudaba los guantes con los dientes, casi con rabia. Era evidente que no estaba orgulloso de lo que había hecho.

—Déjame a mí.

Se puso en pie y lo ayudó a desatar las cuerdas, despacio y con cuidado. La intimidad del gesto, la ternura con la que ella le fue liberando la mano, obró un efecto balsámico en él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, como si hasta entonces no hubiera reparado en lo extraño de su presencia.

—Te he llamado, pero no contestabas.

—Lo siento, suelo dejar el teléfono en la bolsa.

—Elka ha desaparecido.

Nadja le desenguantó la mano derecha. Las muñecas y los antebrazos estaban entumecidos por los golpes.

—¿Desaparecido?

—Hace días que no contesta ni a los mensajes ni a las llamadas. Ni a los míos ni a los de nadie.

—Quizás ha vuelto a su país. ¿No tiene un crío?

En lugar de responder, Nadja se echó la mano al bolsillo trasero y sacó una llave.

—Sé que siempre digo lo mismo, que odio pedirte favores, pero necesito que me acompañes. Voy a entrar en su apartamento y tengo miedo de lo que pueda encontrarme.

Andréi negó en silencio mientras se desataba el otro guante. Se lo sacó de un tirón y lo arrojó dentro de la bolsa. Terminó por suspirar.

—Está bien.

El apartamento de Elka se hallaba en la plaza Antonio Banderas de Puerto Banús, en un edificio blanco de terrazas acristaladas. Cuando Nadja giró la llave, descubrió que la cerradura no estaba echada, solo encajada. Miró de reojo a Andréi, inquieta por lo que aquello pudiera significar, y asomó la cabeza tímidamente.

—Elka, cariño, soy Nadja. ¿Estás en casa? —preguntó en español.

Ante la ausencia de respuesta, abrió la puerta de par en par. Andréi le apoyó la mano en el hombro para indicarle que esperara y se adelantó para inspeccionar el apartamento. No era muy amplio, el salón medía casi lo mismo que la terraza, pero era luminoso y estaba decorado con gusto. Un árbol de Navidad, sobrio y desubicado, era el único elemento discordante.

Cruzó el salón con cautela y se dirigió a las habitaciones. Fue abriendo las puertas entre el recato y la prudencia; le extrañó la meticulosidad con que todo había sido ordenado: ni una prenda a la vista, el baño por completo recogido, el suelo de madera relucía sin polvo. Llegó hasta el dormitorio principal y se convenció de que la casa estaba vacía.

—Puede que tuvieras razón, quizás se ha ido de viaje —dijo Nadja, que lo había seguido pese a su advertencia.

Él se limitó a mirar a su alrededor, buscando sin saber qué. Ya no parecían convencerle sus propias conjeturas.

—¿Hay algo diferente o que te llame la atención?

Nadja negó en silencio. No podía apartar la vista de la foto sobre la mesa de noche: Elka abrazaba a un niño de cinco o seis años tan guapo como su madre. Ambos reían, capturados en un instante de perfecta felicidad.

Andréi también reparó en la foto. Cuando echó mano al cajón de la mesilla, Nadja no pudo evitar el impulso:

—¡Para!

Se detuvo en seco.

—¿Quieres averiguar si le ha pasado algo?

Nadja claudicó con un asentimiento y le permitió abrir el cajón. Medicamentos, unas gafas de lectura y un cargador para el móvil. En el siguiente cajón había tangas, medias y sujetadores. Después se dirigió al armario, donde halló vestidos de noche y ropa de calle ordenada por colores. Destapó la colcha antes de pasar al baño, donde los estantes aparecían llenos de perfumes, maquillaje y objetos de aseo personal que Andréi revolvió metódicamente.

En el dormitorio de invitados encontraron una cómoda con ropa de verano, aparatos de entrenamiento y, al abrir el armario, un juego completo de maletas Louis Vuitton. Andréi le dirigió una mirada inquisitiva.

—Se las regaló un amigo. —Ambos sabían que «amigo» quería decir «cliente»—. No se iría de viaje sin ellas.

Andréi se agachó y registró las maletas. Estaban vacías, pero encontró algo en el bolso de mano. Tras examinarlo, lo levantó para que Nadja pudiera verlo: un pasaporte polaco.

—¿Viajaría sin él?

—Depende. Elka no necesita pasaporte para moverse dentro de Europa.

Volvieron al salón y Nadja se dejó caer en el sofá. Andréi, por su parte, aún se distrajo en registrar la cocina americana: no había vasos usados en el fregadero ni cubiertos en el lavavajillas. Todo estaba perfectamente guardado en sus baldas y cajones; lo más

desconcertante fue encontrar la nevera llena de alimentos, muchos de ellos perecederos.

Dándose por vencido, se sentó junto a Nadja. Ella lo miró con angustia, esperando su veredicto.

—Es todo muy extraño —fue lo único que dijo.

—Quizás…, no sé, quizás se haya ido unos días, o esté harta de todo y simplemente ha silenciado el teléfono.

Andréi asintió, más por darle algún consuelo que por convencimiento.

—No necesito que me des la razón. Dime qué piensas realmente.

Él suspiró e intentó elaborar alguna conclusión:

—¿Cuántos días hace que no hay noticias de ella?

—Tres al menos.

—¿Habéis intentado contactar con su familia?

—Quizás debería buscar la forma de llamarlos. —Se hallaba a la deriva en un mar de dudas—. Pero si no saben nada… No quiero preocuparlos. Aún no.

Andréi no insistió, aunque llamar a la familia le parecía algo inevitable. Se rascó la barba y enumeró:

—El pasaporte en casa, la nevera llena, la puerta sin cerrar. Parece que hubiera salido solo un momento. —Meneó la cabeza—. Aunque, por otra parte…

Ella lo acució con la mirada.

—En una casa suele haber ropa sin colgar, platos en el fregadero, zapatos por medio… Aquí no hay nada de eso. Es como si hubiera preparado el apartamento para que quien viniera lo encontrara presentable.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre el ánimo de Nadja. Se sentó al filo del sofá y apoyó los codos en las rodillas. Un nudo en la garganta le impedía hablar, hasta que se deshizo con un sollozo.

—Tranquila. —Andréi alargó la mano con timidez—. La encontraremos.

Le apartó el pelo que le tapaba el rostro y descubrió que lloraba sin consuelo. Ella se refugió entre sus brazos y él se reclinó en el sofá sosteniéndola contra el pecho. Notó la calidez de sus lágrimas sobre la camiseta. Estrechó aún más el abrazo cuando el llanto de Nadja le sacudió los hombros.

No dijo nada, dejó que se vaciara. La tarde comenzaba a caer y las luces de Navidad prendían en las calles y las terrazas.

Nadja cerró la puerta del apartamento y se quedó a solas, con la frente apoyada contra la madera. No se quitaba la sensación de haber echado a Andréi.

Cuando le dijo que pasaría allí la noche por si Elka regresaba, él insistió en acompañarla. Pero ella no quería seguir abusando de su paciencia y de su afecto… En cierto modo, quería quedarse a solas en el apartamento de su amiga, encerrada con sus cosas y sus recuerdos. Como si supiera que daba comienzo una larga despedida.

Negó vehementemente para desterrar aquel pensamiento y se apartó de la puerta. Se descalzó, cogió la manta que reposaba sobre uno de los brazos del sofá y encendió la televisión. No quiso cenar nada de lo que había en la nevera, no le pareció apropiado. Pasada la medianoche, le venció el sueño.

Despertó con el alba acariciándole la cara y la Teletienda murmurándole al oído. Miró hacia la puerta, como si fuera a

encontrar a Elka observándola en silencio. Entumecida por el sueño, se llenó un vaso de agua —la única licencia que se iba a permitir—, orinó y salió a la calle.

Desayunó en una cafetería cercana, preparándose para el peregrinaje que había decidido acometer. Después recorrió el barrio de Elka, uno de los más exclusivos de la Costa del Sol, pisando las huellas de su amiga: se acercó a los ultramarinos donde sabía que solía comprar, visitó los bares y cafeterías en los que habían quedado alguna vez, fue al gimnasio donde solía entrenar y, a media mañana, se acercó a la playa urbana donde se reunía su grupo de yoga. Allí le dijeron que no había asistido a ninguna de las sesiones de esa semana. Continuó deambulando por los locales que su amiga frecuentaba, visitó su peluquería habitual y el salón de belleza donde solía tratarse.

A la hora de comer regresó al apartamento, desanimada pero decidida a no rendirse. Probó a llamarla por teléfono una vez más. En las anteriores ocasiones, este había dado tono aunque nadie contestara. Esta vez la operadora le informó de que el teléfono se hallaba desconectado o fuera de cobertura. Ahogó un grito de frustración y miró a su alrededor.

Se dirigió a la nevera y arrancó una hoja del bloc magnético. Después, apoyada en la barra de la cocina, comenzó a escribir una lista de nombres. Todos de mujer. Inhaló profundamente antes de empuñar el móvil y llamar al primer nombre de la lista: Ekaterina.

Contestaron al tercer tono.

—¿Kati? Soy Nadja. Perdón por la indiscreción, pero… ¿estuviste en la fiesta de Sharapov?

—¿Tú también estuviste? —respondió la joven al otro lado de la línea.

—Sí, imaginé que también te habrían invitado.

—Ya sabes: solo las mejores —corroboró la otra con voz risueña.

—Claro… Quería preguntarte…, ¿llegaste a ver a Elka?

—No lo sé, bebé. Pero no me extrañaría que también estuviera allí.

Por un instante, Nadja no contestó. Tomó el bolígrafo y tachó el nombre de Ekaterina.

—¿Sucede algo? —preguntó la otra, extrañada por el prolongado silencio.

—No, no es nada. Gracias, te veo pronto.

Colgó y pasó a la siguiente de la lista. Al cabo de media hora había tachado ocho nombres. Sin desalentarse, volvió atrás y llamó al tercer nombre que había anotado: Milla, que no había respondido hasta ahora. Era lituana y una de las favoritas de los clientes rusos.

En esta ocasión sí respondió:

—¿Nadja? Estoy con un cliente, ¿puedo llamarte esta tarde?

—Es solo un momento, por favor.

Nadja escuchó cómo la mujer tapaba el micro y decía algo en inglés. Al cabo, probablemente desde algún lugar apartado, volvió a atenderla:

—¿Sucede algo? —le preguntó en ruso.

—¿Estuviste en la residencia Sharapov? Creo que te reconocí en la piscina.

—Sí, estaba allí.

—¿Viste a Elka?

Milla no respondió de inmediato, como si sopesara su respuesta.

—Sí.

El corazón de Nadja se aceleró. Cuando volvió a preguntar, trató de disimular su impaciencia:

—¿Viste al hombre con el que estaba?

—Sí. —Tardó en añadir—: El hombre con la máscara de lobo.

Nadja tuvo la impresión de que transcurría una eternidad mientras tragaba saliva, mientras tomaba aire para volver a hablar:

—¿Sabes… sabes quién es ese hombre?

—No sé quién es. Pero antes de la fiesta, alguien, un buen amigo, me advirtió de que no me acercara a él.

—¿Por qué? ¿Te dio algún motivo?

—No sé nada más. —Milla dudó un instante antes de concluir—: Es mejor que lo dejes estar, Nadja.

Y cortó la llamada.

8
Un mismo odio

Ángel metió la mano en el bolsillo de la cazadora y buscó el tacto frío de la peonza. No tenía motivos para impacientarse: había llegado antes de la hora de su cita y la sesión anterior apenas llevaba unos minutos de retraso. Pero el bucle manda. Sacó la pieza de titanio, la hizo saltar entre los dedos y se incorporó para apoyarla en la mesa de centro. Se lo pensó un instante antes de hacerla bailar. En cuanto la púa comenzó a girar sobre el cristal, emitió un ruido que se le antojó estruendoso. Se apresuró a devolverla al bolsillo.

Cerró los ojos y contó hasta diez. Volvió a abrirlos y miró la habitación a su alrededor. Las cortinas filtraban la tibia luz de la mañana, el hilo musical bisbiseaba una suave melodía, casi ruido blanco, y las paredes estaban pintadas de un color crema acogedor. El conjunto era armónico, un sortilegio para infundir calma a los pacientes.

Frente a él se alineaban ocho acuarelas distribuidas en dos filas de cuatro. Ángel reparó en que rimaban en binomios verticales: la aguada superior mostraba una flor característica de cada estación, y la inferior un paisaje donde dicha flor salpicaba las vistas. La elección de colores no había sido caprichosa, conformaban un suave degradado de tonos ocres, todos complementarios entre sí y con el

matiz cremoso de la pared. No solo eso: los cuadros se hallaban separados por la misma distancia y ambas hileras parecían perfectamente paralelas al suelo. Algo muy difícil de conseguir, lo sabía por propia experiencia.

Se puso en pie para observar las acuarelas con más detalle. Todas estaban firmadas a lápiz: «Alma Galán». En ese momento una puerta se abrió en el pasillo, fuera de su vista. Escuchó dos voces femeninas: una, firme y sosegada, debía ser la de la doctora; la otra —más joven, más apresurada— tenía que ser la paciente. Tuvo la impresión de que la mujer que se despedía se hallaba feliz y relajada. Aquello lo tranquilizó.

Al cabo se abrió la puerta frente a él. La doctora Galán se asomó para darle la bienvenida:

—¿Ángel Lobo?

Él asintió.

—Pase. Tenía ganas de conocerle.

Ángel la siguió dentro y cerró. Comprobó que el despacho tenía dos puertas: la que acababa de cruzar y una segunda que daba a la recepción, por donde la anterior visita debía de haber salido. Una forma sencilla de mantener la privacidad.

Se sentó en el sillón destinado a los pacientes y ella se acomodó al otro lado de la mesa.

—Sírvase un vaso de agua —le ofreció, mientras consultaba la tablet donde debía de guardar los datos de cada cita.

Agradeció la invitación, pero no se movió. Se limitó a observar a su nueva terapeuta: tendría diez años más que él, pelo negro rizado, labios carnosos, atractiva, pero no tanto como para que supusiera una distracción. A su espalda había más acuarelas firmadas por ella,

también alineadas con delicada precisión, excepto la de la esquina inferior derecha, que parecía torcida. Apenas unos milímetros. Bastaría un leve empujón con el dedo para que el conjunto fuera simétrico. Perfecto.

—Discúlpeme —dijo ella, apagando la pantalla para mirarlo a los ojos—. Quería repasar las notas del doctor González antes de comenzar. Veo que le ha tratado durante más de cinco años.

—Tutéeme, por favor. Se supone que hemos de construir una relación de confianza.

Ella sonrió, y Ángel comprendió que aquella sí era una sonrisa genuina, no entrenada. Su comentario le había divertido.

—Tengo una norma: nada de tuteo hasta la tercera sesión —respondió—. Pero me alegro de que mantenga el sentido del humor, sé que ahora mismo vive una situación estresante.

—¿A qué se refiere?

—Nuevo trabajo, nueva ciudad…, nueva terapeuta. Muchos cambios y muchas rutinas que reconstruir, ¿cómo lo está llevando?

—¿Me creería si le dijera que bien?

Ella frunció los labios y movió la cabeza a medio camino entre el sí y el no.

—Tiene razón, no está siendo sencillo. Pero tampoco tan difícil como esperaba.

—Eso está muy bien, Ángel.

Ahí estaba, primer refuerzo de la sesión.

—Si le digo que soy capaz de dormir en un piso lleno de cajas por abrir, ¿me dará un caramelo de premio?

Ella le alargó el platillo con caramelos y, en esta ocasión, Ángel aceptó el ofrecimiento.

—¿Sabe por qué el doctor González le sugirió tratarse conmigo?

—He comprobado que tienen aproximadamente la misma edad y que ambos han estudiado en la Complutense —Ángel desvió la mirada hacia el título expuesto en el mueble librería—, así que imaginé que serían compañeros de promoción… Pero ahora sospecho que ese no es el motivo.

—¿Cuál cree ahora que es el motivo?

—Si no le importa, se lo diré al final de la sesión.

—Lo cierto es que no estoy segura de que necesite terapia continuada. Por lo que veo, el doctor González y usted han hecho un gran trabajo.

—Créame, doctora, la necesito.

Ella asintió y se reclinó en su asiento. Lo observó durante un instante antes de preguntar:

—Mientras hablamos, ¿está contando mentalmente cada cuánto tiempo debe mirarme a los ojos?

Ángel sonrió, encantado de que ella hubiera reparado en ese detalle.

—No, eso me distraería demasiado y me costaría seguir el hilo. Prefiero dejarme llevar por la cadencia de la conversación. Por ejemplo, sé que es suficiente con establecer contacto visual al final de cada frase, al iniciar una pregunta o al concluir una respuesta. Con el tiempo lo interiorizas.

—¿Tiene alguien aquí con quien pueda relajarse, con quien no necesite… —movió la mano buscando las palabras— estar pendiente de la cadencia de la conversación?

—Hace tiempo que no tengo a nadie así.

—¿Qué le parece si yo empiezo a ser esa persona? Trate de relajarse cuando entre en esta consulta, sea usted mismo. No lo juzgaré.

—Hará falta tiempo.

—No tenemos prisa. Charlemos simplemente, creemos poco a poco esa confianza que mencionó al principio.

Ángel asintió y se dejó llevar por los derroteros de la conversación. Hablaron de su nuevo piso, de su nuevo trabajo, de sus planes a corto plazo. Asuntos inocuos. Cuando transcurrieron los cincuenta minutos, le sorprendió que la experiencia hubiera sido relativamente agradable.

—Volveremos a vernos en un par de semanas —dijo ella, poniéndose en pie para tenderle la mano.

Él se la estrechó. Se detuvo antes de salir de la consulta:

—Tengo una duda, ¿mueve el último cuadro cada vez que quiere evaluar a un nuevo paciente?

La doctora Galán miró de reojo la acuarela colgada a su espalda. Se volvió para enderezarla medio dedo. Después sonrió con gesto inocente.

—Es un buen truco —confirmó Ángel—. Tengo otra pregunta: ¿cuándo le diagnosticaron TEA?

—Lo hice yo misma en la universidad. Luis…, el doctor González, confirmó mi diagnóstico.

—Ahí lo tiene —constató—. El motivo de que me enviara con usted.

Se despidió con un asentimiento y cerró la puerta.

Ángel colgó la cazadora en el respaldar de la silla y se sentó en su escritorio. Papá Noel bailaba en el árbol, el sol invernal caldeaba las ventanas y un pulso festivo vibraba en el ambiente. No tenía con quién compartir la Navidad, aun así la encontraba reconfortante, probablemente porque había aprendido a verla a través de los ojos de su abuela.

Ya fuera por las fiestas o por aquella primera sesión inesperadamente positiva, lo cierto es que estaba de buen humor.

—No te pongas cómodo —anunció Somer, tirando de la cazadora para devolvérsela—. Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos?

—Los *british* han respondido a la comisión rogatoria. Nos vamos de excursión a Gibraltar.

—¿Ahora?

Ella le enseñó las llaves del coche.

—No te quejes, todo esto ha sido idea tuya. —Le lanzó las llaves —. Así que conduces tú.

—No me gustan los coches.

—Pues la dieta no nos cubre el peaje —dijo ella de camino al ascensor—. Vas a adorar la A-7.

—¿Vas al peñón, Somer? —preguntó otro oficial desde su escritorio—. Cuidado con los monos.

—Tengo experiencia en tratar con monos, Fernández.

—Y cuidado con los llanitos —le advirtió otra agente—. Tienen más peligro que los monos.

—Gracias, compañeros, no sé qué haría sin vuestros consejos —ironizó sin dejar de pulsar el botón del garaje—. ¿Vienes o qué? —le

espetó a Ángel, que se apresuraba mientras volvía a ponerse la chaqueta.

Ángel era de ese tipo de conductores solventes al volante, pero incapaces de relajarse. Siempre concentrado, pulcro con las normas, apegado al límite de velocidad… Desesperante a ojos de Somer.

—Puedes darle un poco de alegría, te aseguro que no nos van a multar.

Él la miró de soslayo, sin girar la cabeza.

—Citando a mi capitán: «No te quejes, esto ha sido idea tuya».

—Así que lo haces por joderme.

—Ya te he dicho que no me gustan los coches.

—Pero ¡si vas en moto a todos lados! Una moto es mucho más peligrosa que un coche.

—Las motos consumen menos, son baratas de mantener, fáciles de aparcar… Son la opción más sensata para moverte en una ciudad.

—*Oh my gosh*, es la defensa más aburrida que se ha hecho nunca de las motos. —Se hundió en el asiento con un suspiro—. ¡Mira, ahí hay una gasolinera! Para y cambiamos.

—Que te desesperes porque alguien conduzca bien es razón suficiente para no dejarte el volante.

Ella negó con la mirada perdida en el paisaje. Por su ventanilla desfilaba la sierra de Mijas, salpicada de pinares grises y urbanizaciones blancas. Por el lado del conductor, más allá de la autopista de tres carriles, la escarpada costa malagueña se desplomaba en sucesivas terrazas hasta llegar al mar.

—Honestamente, cuando escuché que el teniente Ángel Lobo vendría a nuestra unidad, me esperaba a alguien menos soso.

—¿Y eso?

—No sé. —Somer se encogió de hombros—. El señor Lobo… ¿Es que no has visto *Pulp fiction*?

Él asintió sin apartar la vista de la carretera.

—¿Sabías que el nombre del personaje es Winston Wolfe? —observó Ángel—. Con e al final. Su nombre no es realmente «Lobo».

—No intentes sabotear mi chiste.

—Lo siento, no sabía que estuvieras haciendo un chiste.

Una vez más, Somer fue incapaz de decidir si hablaba en serio o se burlaba de ella.

Hora y media después tomaron el desvío hacia la Línea de la Concepción y rodearon la localidad siguiendo la costa. A medida que se alejaban de la autopista, la asimétrica silueta del peñón fue creciendo contra el horizonte hasta llenar el cielo. No tardaron en toparse con la infame cola que anunciaba la proximidad del control aduanero.

Resignado, Ángel redujo hasta sumarse a la interminable fila de vehículos varados. Somer abrió la guantera y rebuscó con impaciencia.

—¿Qué haces?

—Colarnos.

Y asomándose por la ventanilla, colocó sobre el techo la sirena. La luz comenzó a destellar con ráfagas intermitentes.

—Esto no es ninguna emergencia —protestó él.

—No pienso tragarme dos horas de cola. —La sirena aulló y la capitán volvió a asomarse—: ¡Policía Judicial! ¡Háganse a un lado!

Los coches comenzaron a maniobrar para ceñirse al arcén. Poco a poco fueron abriendo un paso estrecho para permitirles avanzar. Ángel rezongó y metió primera.

—¿Qué? —se defendió ella—, no está bien hacerles esperar. ¿Nunca has oído hablar de la puntualidad británica?

Se detuvieron en la zona de aparcamientos anexa a la aduana. Somer bajó del coche y se dirigió a la oficina de la Policía española. Al cabo, se asomó y llamó a Ángel con un silbido. Este salió con un gruñido de fastidio y se subió la cremallera de la cazadora.

La capitán lo esperaba junto a un agente de paisano.

—Liam Garcia, de la Royal Gibraltar Police —lo presentó Somer—. Él nos acompañará durante nuestro recorrido.

Ángel le estrechó la mano y titubeó antes de saludar:

—*Nice to meet you.*

—*No worries*, aquí nos entendemos *on our own way* —respondió el otro con marcado acento gaditano—. Según las diligencias, necesitan visitar *all the banking entities* en el Peñón. *I was telling captain Somerset* que podemos *rule out* los *change bureaus*, que no ofrecen *banking accounts*, y centrarnos en los *savings banks*.

—¿Cuántas oficinas son en total? —preguntó Ángel.

—Ocho. *Most of them* están *on* Line Wall Road y Main Street. —Señaló hacia el peñón con un gesto de la mano—. Cuando quieran, tengo el coche *on the other side*.

Liam detuvo el vehículo frente a la sucursal del Gibraltar Standard Bank ubicada en Ocean Plaza, la más próxima a la frontera de cuantas figuraban en su lista. La mañana, cálida y despejada, no

invitaba a hacer gestiones bancarias, y en la oficina había más empleados que clientes.

Se identificaron y pidieron entrevistarse con la directora. La mujer salió a recibirlos y los hizo pasar a su despacho.

—*We will help you in any way we can* —dijo una vez hubo cerrado la puerta—. *I apologize for not being able to assist you in* español. *I'm from London, so I can't even speak* llanito.

Mientras se ponían cómodos, Ángel reparó en cómo la mujer se remangaba la chaqueta, envaraba los hombros, empuñaba el bolígrafo… Sus labios sonreían, pero parecía prepararse para un combate. Solo miraba al agente Garcia, quizás por considerarlo el único interlocutor en inglés de la sala, o quizás porque, de forma instintiva, entendía que los oficiales españoles eran una potencial amenaza.

—Estamos investigando un caso de prevaricación y enriquecimiento ilícito —dijo Somer en su inglés nativo—. Necesitaríamos que nos dijera si alguna de estas personas ha abierto una cuenta en su entidad.

La capitán desplegó un documento en el que se leía una serie de nombres acompañados de su respectiva identificación fiscal. Lo deslizó sobre la mesa hacia la directora. Esta observó el papel sin hacer el menor amago de tocarlo.

—Sé que ustedes piensan que somos un paraíso fiscal, una fuente de problemas, pero le aseguro que no es tan fácil abrir una cuenta con nosotros. Exigimos que el titular sea residente en Gibraltar o que pruebe que trabaja aquí. Le dirán lo mismo en cualquier otro banco.

La capitán se encogió de hombros.

—Adoro Gibraltar, en absoluto pienso que sea «una fuente de problemas». Cuando era niña venía mucho con mis padres a comprar té y galletas de mantequilla. —Empujó un poco más el documento—. Pero por mucho que me gusten sus galletas, sigo necesitando que compruebe esto en su base de datos.

—¿Me permite la orden judicial?

Liam sacó del bolsillo interior un papel plegado en tres partes. Esta vez la mujer sí lo recogió y lo leyó con detenimiento.

—En este documento se les permite llevar a cabo su investigación en territorio gibraltareño, pero lo que usted me está pidiendo es información privada de posibles clientes, y el juez no me obliga a dársela.

—Entonces ¿confirma que son clientes suyos?

—No. Lo que le estoy diciendo es que solo podría responder a su pregunta si estas personas no fuesen clientes, pues en ese caso no estaría infringiendo las leyes de protección de datos. Pero si lo consulto y resultan ser clientes, no podría responderle, y mi negativa ya sería una confirmación de que estas personas tienen una cuenta aquí. Por tanto, no puedo comprobar lo que me pide. Espero que lo entienda.

—¿Me está planteando el dilema del gato de Schrödinger? —preguntó Somerset.

—No sé a qué se refiere, agente.

—Capitán —la corrigió Somerset.

—Si le sirve de ayuda, no creo que el señor Schrödinger tenga cuenta con nosotros.

Somer forzó una mueca irónica.

—Está bien —intermedió Liam, recogiendo el documento judicial —, gracias por su tiempo.

Aún no habían cerrado la puerta del despacho cuando Somer comenzó a despotricar en inglés y español. Una vez fuera de la sucursal, Ángel le arrebató la lista de sospechosos.

—¿Qué haces?

—Liam, ¿podría prestarme una libra? —preguntó Ángel.

—*Uh, sure…* —Se palpó la chaqueta en busca de la cartera—. Pero con *one pound* poco se puede hacer aquí, *I'm afraid.*

—Será solo un momento. —Y volvió a entrar en la sucursal.

Esperó a que el anciano que estaba siendo atendido en caja terminara de actualizar su cartilla.

—Usted no pinta nada aquí —le espetó el jubilado en español, señalando la placa de la Guardia Civil que Ángel llevaba al cinturón.

—Que pase un buen día, caballero —respondió él, llevándose el índice a la sien.

Después se colocó frente al empleado de caja.

—*Excuse me, I would like to make a deposit into an account* —dijo con un correcto inglés de academia.

—Claro —respondió el cajero, cambiando a español—. ¿Tiene el *account number*?

—Tengo el nombre y el DNI de la persona, ¿es suficiente?

—Si el beneficiario tiene *an account* aquí, sí. ¿Cuánto quiere ingresar?

—Una libra esterlina.

El empleado levantó la vista, casi ofendido.

—¿Ha de ser más dinero?

—Puede ingresar la cantidad que desee, caballero, pero le advierto que *the bank fee* le saldrá más caro que el *deposit*.

—De acuerdo, no hay problema. —Y consultando el papel, leyó el primer nombre y su número de identificación fiscal.

—Lo siento, pero esa persona no tiene *an account* con nosotros.

—Debo haberme equivocado. —Y leyó el siguiente nombre de la lista.

—Tampoco es cliente.

—Hoy no tengo suerte. —Leyó otro nombre más.

—¿Seguro que conoce a estas personas?

—Sí, claro. A todas debo pagarles una libra, creí entender que tenían cuenta aquí.

Leyó el siguiente nombre. Tampoco hubo suerte.

—Puede que se haya equivocado de banco. Nosotros somos el Gibraltar Standard Bank, *maybe* en el Gibraltar Savings Bank.

—Puede ser. —Y leyó el siguiente nombre.

El cajero levantó ambas cejas, sorprendido.

—Sí, *he has an account* con nosotros. *One pound?*

—Eso es —respondió Ángel, mostrando la moneda—. La comisión la pagaré con tarjeta.

Después miró a Somer, que lo observaba desde la entrada con una sonrisa de aprobación. Él le guiñó un ojo.

Recorrieron el resto de las oficinas a lo largo del día. En total, cinco de los sospechosos poseían cuentas bancarias en Gibraltar repartidas entre diferentes entidades. Era un inicio prometedor, pero quedaba bastante trabajo por delante.

Aun así, Somerset se mostraba exultante en el camino de vuelta.

—Tenemos que fundamentar bien el oficio a la juez —razonaba pisando a fondo por la autopista vacía. El sol declinaba, pero aún quedaban un par de horas de luz—. Diremos que los empleados nos han confirmado de forma casual que varios sospechosos son clientes. Eso será suficiente para emitir una nueva petición internacional y, con suerte, el juez británico dará orden de que nos abran las cuentas. Si el papeleo va bien, estaremos cerca de tumbar la red. —Hablaba más para sí que para Ángel, que contemplaba el paisaje con gesto ausente—. ¡Hey, alégrate! Estás haciendo un buen trabajo.

—Gracias.

—¿Sabes qué? Vamos a celebrarlo. Quiero enseñarte algo. —Dudó un instante—. Tienes tiempo, ¿verdad?

Ángel la miró con curiosidad.

—No me espera nadie en casa.

—Perfecto.

Y dio un volantazo para tomar el desvío hacia Estepona. Ángel se agarró al asidero sobre la puerta mientras las ruedas chirriaban. Somer redujo bruscamente a segunda, irrumpió en la rotonda al final del carril y, forzando la dirección, giró para tomar la salida que subía hacia Ronda.

—Aunque nadie me espere en casa, me gustaría volver —protestó Ángel.

—*You're such a whiner…* —masculló Somer, al tiempo que aceleraba por el ramal que subía hacia la sierra.

Condujo carretera arriba durante quince minutos, con poco freno y marchas cortas. Era evidente que disfrutaba apurando las rectas, contravolanteando en las curvas… Somer se lo estaba pasando en

grande y, pese al vértigo, Ángel no pudo evitar una sonrisa al ver cómo se divertía. Él nunca sentiría ese desenfreno, era incapaz de entregarse a esa gozosa despreocupación, pero disfrutaba de ver a otros sintiéndose tan vivos.

Sin previo aviso, la conductora pisó el freno y derrapó para tomar una salida apenas visible entre los árboles. La suspensión sufrió durante unos metros por el carril secundario, hasta que Somer frenó en seco en medio de una gran polvareda.

—Vamos —dijo al tiempo que se desabrochaba el cinturón y salía del coche.

Se habían detenido en un terraplén rodeado de pinares. Ella se adentró en la nube de tierra seca, pero Ángel prefirió esperar a que el polvo se asentara. Descubrió entonces que la pequeña explanada era, en realidad, un mirador que se asomaba a un atardecer de cielo raso y colores límpidos.

La capitán se inclinaba sobre el pretil de rocas. Cuando lo escuchó aproximarse, señaló hacia el horizonte:

—Allí, ¿lo ves?

A sus pies se extendía el litoral malagueño, hermoso y escarpado. Más allá, el mar Mediterráneo, y tras este…

—¿Eso es África?

—Así es —dijo ella, satisfecha—. De noche, si el cielo está despejado, puedes llegar a ver las luces de Tetuán. Mi padre solía traernos aquí cuando éramos pequeñas.

Ángel asintió, sinceramente fascinado.

—¿Tus padres viven por aquí?

—Ya no, se trasladaron a la Axarquía. Dicen que esta zona se ha llenado de guiris. —Rio el humor británico de sus progenitores—.

¿Qué te parece?

—No me extraña que se enamoraran del paisaje.

—¿Verdad? No hay otra costa en el mundo desde la que se pueda ver otro continente.

Ángel reflexionó un instante.

—Probablemente desde Alaska se vea la costa asiática rusa.

Somer lo miró de reojo, pero esa tarde nada le iba a estropear su buen humor.

—Eres raro de cojones.

—Soy consciente —corroboró él.

Observaron África en silencio, con la puesta de sol en los ojos y el viento agitándoles las ropas. El teléfono de Ángel irrumpió en aquel momento de contemplación; se disculpó y atendió la llamada:

—¿Sí…? Comprendo… No, no será necesario… Gracias por mantenerme al tanto.

Cuando devolvió el móvil al bolsillo, su expresión había recuperado la habitual seriedad.

—¿Sucede algo? —preguntó ella.

Ángel se limitó a negar con desencanto.

—Puede que no sea asunto mío…, pero creo que eres demasiado metío pa dentro —insistió, dando rienda suelta a su acento malagueño.

Tardó en hablar, pero terminó por hacerlo:

—Mi vecina y su hijo sufren maltrato… O creo que sufren maltrato —se corrigió—. Los de EMUME han estado hoy por allí, pero ella lo ha negado.

—Ya veo —dijo Somer; se apoyó contra el murete y cruzó los brazos—. Entiendo que fuiste tú quien dio el aviso.

—La he cagado. Y ahora serán ellos quienes lo paguen.

—No digas eso —le espetó la capitán, clavándole el dedo en el pecho—. Has hecho lo que debías. Cuando ella por fin lo denuncie, habrá un antecedente, todo será más ágil…

Él asintió con la mirada perdida y Somer pensó que aún estaba poco hecho. Quizás fuera bueno para el trabajo de oficina, pero le quedaba mucha miseria por ver y mucha mierda que llevarse consigo a casa. Si no aprendía a compartimentar, le esperaban años complicados.

—No puedes salvar a quien no quiere salvarse, Ángel.

El joven teniente la miró a los ojos, parecía dispuesto a replicarle.

—Volvamos —fue toda su respuesta.

Ella suspiró, se separó del pretil y caminó hacia el coche.

Llegaron a la capital cuando ya había anochecido, dejaron el coche en el parque de la comandancia y se despidieron. Somer se quedó para redactar el breve informe que Riquelme quería sobre su mesa a primera hora, y Ángel emprendió el camino a casa con las manos en los bolsillos.

Sentía una rabia que era incapaz de expresar, que lo vaciaba más que desbordarlo. Un trueno acalló los villancicos que se filtraban desde los comercios; pronto lo siguió otro, y las primeras gotas salpicaron el suelo. Durante unos instantes, la gente quiso desentenderse de la lluvia, desafiantes en su misión de hacer compras navideñas. Hasta que el aguacero barrió las calles con furia súbita.

Gritos de sorpresa, hombros encogidos, carreras y cuerpos apiñados bajo los aleros de los portales. Mientras aquel pequeño

caos se desataba a su alrededor, Ángel continuó por el centro de la acera, indiferente ante la tormenta que le calaba los hombros y le chorreaba por el pelo. A lo largo de su vida había aprendido que la lluvia solo es un problema si no te quieres mojar.

Subió a su apartamento sacudiéndose el agua de la cazadora. En cuanto entró en casa, se descalzó y se dirigió al baño a por una toalla. Se secó el pelo mientras recorría las habitaciones y encendía las luces; las montañas de enseres por guardar reaparecieron bajo el resplandor halógeno. Debía completar la mudanza en algún momento, pero prolongaba la sensación de interinidad como un desafío personal. Aquel desorden le generaba una permanente desazón, como una pequeña astilla clavada en su mente, pero en otro tiempo lo hubiera enloquecido. El que ya no fuera así, quiso pensar, denotaba que había mejorado.

Un puño llamó tres veces a la puerta del apartamento. Un puño, no el timbre.

Arrojó la toalla sobre una silla y se aproximó a la mirilla: camiseta de tirantes, respiración agitada, olor a nicotina… Podía percibirlo aun a través de la puerta.

Cerró la mirilla y desenganchó la pistolera del cinturón. Con calma, se dirigió al dormitorio y guardó el arma en la caja de seguridad que había instalado en el armario. Volvió al recibidor mientras los golpes seguían atronando, cada vez con más impaciencia.

Abrió la puerta.

—¡Sé que has sido tú, hijo de puta! —le escupió aquel hombre a la cara, henchido de una furia que sin duda creía justa—. ¿Qué coño te has creído? ¿Quieres que entre yo en tu casa a decirte lo que debes hacer?

Empujó a Ángel hacia el interior de su apartamento y dio un paso al frente. Su mirada estaba desquiciada por un odio peligroso, pero Ángel no reaccionó hasta que el otro levantó el puño contra él. Aquel ademán lo arrancó del momento presente y lo arrojó a las llamas.

Antes de que el agresor decidiera si verdaderamente quería golpearlo, Ángel se abalanzó sobre él, le inmovilizó el brazo y lo empujó contra la pared del rellano. Le estampó la placa de la Guardia Civil contra la nariz:

—¿¡Ves esto!? —Le hablaba tan cerca que respiraban el mismo aire, con íntima violencia—. Esta placa significa que la has cagado pero bien.

Siguió presionando hasta obligarlo a girar la cara.

—Te conozco —le gruñó Ángel al oído—, eres como todos los demás, un gallo de corral chico. —Empujó al tiempo que le cruzaba el pie por detrás, arrojándolo contra el suelo—. Pero no voy a permitir que les pongas una mano encima, ¿lo has entendido?

El otro se arrastró sobre su espalda, alejándose.

—¿¡Lo has entendido!? —volvió a gritar Ángel, violento, cerniéndose sobre él.

Su vecino se puso en pie y retrocedió unos pasos, anonadado por enfrentarse a un monstruo que compartía la misma rabia. No tardó en recuperar la compostura y señalarlo con el dedo.

—Me da igual que seas un picolo, esto no va a quedar así.

Dicho esto, desapareció escaleras arriba.

Ángel regresó a su apartamento y el portazo sacudió el tabique. Se colocó los auriculares y reprodujo ruido blanco mientras caminaba en círculos por el salón. Cuando comprendió que el sonido y la respiración no lo apaciguarían, se situó frente al *makiwara* y

comenzó a golpear con los puños desnudos. Debía escapar del bucle de pensamientos que amenazaba con devorarlo… Hasta que el timbre del teléfono zumbó en los auriculares sacándolo de su enajenación.

Buscó la cazadora y sacó el móvil del bolsillo. Frunció el ceño al ver un número desconocido.

—¿Sí? —respondió con el mal humor impregnado en la voz.

—¿Teniente Ángel Lobo?

—Sí.

—Soy… —la persona al otro lado se lo pensó—, soy Luis Castillo, médico forense.

Ángel tardó un instante en comprender con quién estaba hablando.

—¿Usted es quien llamó para hablar con la capitán Rigo Díaz?

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Depende. ¿Usted es quien se hace cargo ahora de su investigación? —respondió su interlocutor.

—¿A qué investigación se refiere?

Un nuevo silencio.

—Creo que deberíamos vernos en persona, teniente Lobo. Tengo cosas que contarle.

Interludio
La dignidad de las hormigas

La estructura de metal traqueteó sobre su cabeza y una nube de hollín descendió desde las vías. Viktor se sacudió con fastidio el uniforme del instituto y volvió a consultar el reloj: Stepán se retrasaba veinte minutos. En circunstancias normales, no habría tolerado semejante falta de respeto a nadie, pero tenía especial interés en aquel encuentro.

Había citado a su amigo bajo «el puente de hierro», como llamaban al paso elevado que recorría la línea Yaroslavski a su paso por Losinoostrosvky. Aquel distrito, ubicado al noreste del óblast de Moscú, mezclaba las vistas de los parques naturales con una extensa zona industrial. Un paisaje de contrastes que tenía reflejo en su ecléctica población, pues cerca de los barrios fabriles se alzaban las residencias de sus acaudalados propietarios, cuyas mansiones miraban a la imponente naturaleza, pero que terminaban por hacer su día a día en las mismas calles que sus empleados.

El abigarrado vecindario había permitido al joven Viktor entrar en contacto con otro tipo de personas: laboriosas hormiguitas sin más aspiraciones que vivir un día más, pero que acudían puntualmente a cumplir su misión en el hormiguero.

Entre estas hormigas se hallaba Stepán, un chico de su misma edad al que conoció en la entrada del cine Orion una tarde de julio.

Viktor lo observó durante un buen rato, divertido por la avidez con que el muchacho contemplaba el cartel de *Indiana Jones y la última cruzada*. De repente, decidió llevar su observación un paso más allá y lo invitó a ver la película con un cubo de palomitas y un vaso de *kvas*.

Podría decirse que desde aquel día se convirtió en su mejor amigo, si es que Viktor hubiera tenido algún otro, y aunque no se engañaba —sabía que Stepán lo quería por su dinero—, también era cierto que Viktor lo mantenía cerca porque le permitía aprender y comprender un mundo muy distinto al suyo. Era una relación de mutuo interés.

Ese día, bajo el puente de hierro, pretendía hacerle una propuesta que hubiera espantado a cualquier otra persona de su entorno; pero tenía la esperanza de que Stepán, con su mentalidad de hormiga, estuviera dispuesto a considerarla.

—¡Hey! —saludó Stepán, descendiendo por el talud que bajaba hasta la orilla.

—Llegas tarde —le reprochó su amigo con gesto sombrío.

—Algunos tenemos cosas que hacer al salir de clase.

Viktor no respondió a su despreocupada excusa. Optó por darle la espalda e internarse en la oscuridad bajo el puente.

—¿Para qué querías verme? —preguntó el otro mientras lo seguía —. Tengo que volver antes de una hora.

Estuvo a punto de responderle que, si tenía prisa, debería haber sido puntual. Pero se obligó a recordar que ese día era él el que quería algo de su amigo, así que esbozó una sonrisa emocionada antes de volverse:

—Cuando veas lo que he traído, no te importará llegar tarde.

Stepán arrugó la frente. Nunca había visto aquella expresión en el rostro de Viktor; siempre había sido un bicho raro que observaba el mundo con una mezcla de desprecio y aburrimiento, nunca con entusiasmo.

Su amigo dio un paso al lado y le mostró lo que ocultaba a la sombra del puente: un pequeño maletín de madera apoyado sobre una roca. Viktor sacó del bolsillo una llave de bronce y la sujetó entre los dedos.

—¿Qué hay dentro?

—Compruébalo tú mismo. —Y le tendió la llave.

Cansado de tanto misterio, Stepán se la arrebató y la contempló sobre la palma de la mano. La vía férrea volvió a estremecerse y el hollín nevó desde las alturas. Esta vez Viktor no se sacudió el tizne de la ropa; ambos estaban juntos en aquel momento, respirando el mismo aire y las mismas cenizas. Stepán se adelantó e insertó la llave; casi se sobresaltó al comprobar que la cerradura se abría.

Levantó la tapa y descubrió el revólver.

—Es un Nagant 1895, como el que usaban los oficiales del ejército zarista —dijo Viktor con medido entusiasmo—. Una pistola de colección, pero funciona perfectamente.

Stepán desencajó el arma del hueco en el que estaba encastrada; el metal se embebió de la luz plomiza que se filtraba entre el andamiaje. Levantó la vista hacia Viktor.

—¿Cómo la has conseguido?

—Ayer fue mi cumpleaños.

El otro se sorprendió ante esa revelación.

—¿Te han regalado una pistola por tu cumpleaños?

—He cumplido quince, los mismos que tenía mi hermana cuando se quitó la vida. Mi padre me dio esa llave mientras desayunábamos y me dijo que, si en algún momento decidía seguir los pasos de mi hermana, al menos lo hiciera como un hombre.

Stepán negó, incapaz de comprender a aquella gente. Viktor no solía hablar de su familia, pensaba que por discreción, pero quizás fueran otros los motivos.

—¿Qué quieres que hagamos con esto?

—Mi padre ha dejado una bala en el revólver.

Su amigo inclinó el arma y la observó con aprehensión.

—¿Sabes que la tasa de suicidios entre los oficiales del zar era la más alta de cuantos ejércitos se conocen? —dijo Viktor de repente, y Stepán levantó una mirada desconcertada—. No porque la guerra se les hiciera insoportable, sino por su amor al juego. De noche los oficiales apostaban en sus tiendas de campaña; cargaban un revólver como este con una sola bala, hacían girar el tambor y, apoyándolo contra la sien, apretaban el gatillo. Si sobrevivían, la pistola pasaba al siguiente.

Stepán volvió a mirar el revólver. Parecía pesar más de repente.

—¿Por qué no juegas conmigo? —le preguntó Viktor, animoso.

Su amigo dio un paso atrás:

—¿Qué quieres decir?

—Apostemos como lo hacían los oficiales del zar. —Abrió la chaqueta gris de su uniforme y sacó un sobre. Lo abrió para que su amigo pudiera ver bien el interior—. Aquí hay cien mil rublos. Podrás hacer con ellos lo que quieras.

—¿Eres imbécil?

—¿No me vendrás a decir que un niño del barrio alto te está asustando?

—No tengo dinero para apostar, gilipollas.

—No te hace falta, eres tú el que va a jugar. Aprieta el gatillo una vez y el dinero es tuyo. Cinco posibilidades contra una de llevarte cien mil rublos a tu casa. Le cambiarías la vida a tu familia.

Stepán lo miró lleno de odio, a punto de clavarle la culata entre los ojos.

—¿Qué me impide dispararte y llevarme el dinero?

—Sabes que no puedes matar a alguien como yo. No tendríais dónde esconderos.

Su amigo bajó la mirada hacia el arma. Respiraba cada vez con más agitación; su pecho bombeaba como si corriera ladera arriba, pero tenía los pies clavados al suelo. Apretó los dientes tratando de contener su nerviosismo.

—Veo que comienzas a entenderlo —susurró Viktor—: en realidad, no tienes elección. Si no lo hicieras, te arrepentirías el resto de tu vida.

Stepán lo atravesó con sus ojos azules; ahora su odio era intenso, asesino. Viktor pensó que su amigo levantaría el arma contra él, pero cuando alzó el cañón, lo apoyó sobre su sien. No pudo evitar una sonrisa mientras el otro cerraba los ojos y comenzaba a temblar, a punto de tirar del gatillo.

—Así no. Abre los ojos. Quiero ver cómo lo haces.

Stepán quiso maldecirle, pero la blasfemia se perdió en el temblor de sus labios. Después abrió mucho los ojos, afianzó el cañón contra la cabeza y, aproximándose al rostro de Viktor, se disparó lleno de terror.

El tambor giró y el percutor golpeó la recámara vacía. El chico necesitó un instante para comprender que seguía con vida. Cuando regresó a este mundo, lo primero que vio fueron los ojos fascinados de Viktor. Aquellos ojos se asomaban a su alma, se zambullían en su desesperación, se saciaban con su miedo.

Lo golpeó con el arma para apartarlo de sí; un segundo golpe con el puño lo derribó contra el suelo. Agitado, con la respiración aún entrecortada, Stepán lanzó la pistola tan lejos como pudo y se inclinó sobre Viktor. Le arrebató el sobre que guardaba en el bolsillo y le escupió a la cara.

—¡Puto gilipollas! —le dijo, antes de darle una patada en las costillas.

Después se fue de allí, dejando a Viktor con la mirada perdida en el andamiaje de hierro y madera. Sonreía como un idiota, ajeno al dolor y las laceraciones, a la sangre que manaba de su nariz, a la nube de hollín que volvía a caer sobre él como un rocío. Ahí estaba, se dijo. Aquello que tanto había buscado.

9
Pura Life Beach Club

Nadja, con el pelo recogido y mallas deportivas, se sentaba a solas en el murete del paseo marítimo. Su expresión ceñuda contrastaba con la mañana tibia, con el murmullo risueño de las terrazas y la plácida despreocupación de quienes tomaban el sol. Sostenía el teléfono entre las manos, perforando con la mirada la pantalla negra. Había pospuesto demasiado ese momento. Exhaló un largo suspiro y llamó. La aplicación tardó en darle tono.

Alguien contestó en polaco.

—¿Eres Halina? —preguntó en inglés—. Tu hermana me dijo que hablabas inglés.

—¿Quién eres?

—Me llamo Nadja, soy una de las amigas de Elka en España… —Esperó alguna respuesta, una muestra de interés o reconocimiento, pero su interlocutora calló obligándola a continuar—: Ella me dio tu teléfono en caso de…, por si debía contactar con vosotros.

—¿Mi hermana está bien?

—No…, no lo sé.

—¿Qué quiere decir «no lo sé»?

Había conservado la esperanza de que Elka hubiera vuelto a su país, junto a su familia, pero en ese instante se supo portadora de

malas noticias. Se llevó el puño al pecho, epicentro de la angustia que llevaba tiempo sacudiéndola.

—Hace varios días que no logro contactar con ella. Pensé que quizás habría vuelto a casa.

—Hablo poco con mi hermana desde que…, bueno, desde que se fue a España, pero si estuviera aquí, lo sabría.

—¿Quizás tus padres sepan algo? Sé que los llama a menudo para hablar con su hijo.

—Lo dudo, pero hablaré con ellos. ¿Puedo llamarte a este mismo número?

—Sí, a cualquier hora —se apresuró a responder Nadja.

La hermana de Elka dejó la despedida en suspenso, como si tuviera algo más que decir. Algo que había callado desde hacía tiempo.

—No me gusta lo que hace mi hermana —dijo por fin.

Nadja conocía bien aquel reproche. Conocía la mirada reprobatoria de una hermana, el silencio decepcionado de unos padres. Todas lo conocían, por eso volvían cada vez menos a casa, por eso muchas rompían lazos con la familia. Enfadadas o avergonzadas, o ambas cosas.

—Se piensa que no nos enteramos —se desahogó Halina—, pero yo veo sus redes. Siempre de fiesta, siempre con hombres.

—Hace lo que debe para cuidar de su hijo.

—Ella solo manda dinero. Somos nosotros los que cuidamos al niño.

—Elka adora a Jan, lo quiere con toda su alma —dijo Nadja a modo de reivindicación—. Deberíais ver su cara cuando habla de él, su apartamento está lleno de fotos…

—Es cómodo querer a un niño desde la distancia —zanjó Halina—. Una madre debe estar con su hijo. Si no, no es su madre.

Nadja se quedó sin palabras. La hermana de Elka también calló, acaso sorprendida de su propia dureza. Al cabo, cortó la llamada.

Más que una conversación, había sido como recibir una paliza. Volvió a sujetar el teléfono entre las manos y agachó la cabeza. Los dedos le temblaron al secarse la primera lágrima.

Andréi contempló a su auditorio. Eran las habituales, las que nunca fallaban, a las que no les importaba hacerse moratones en los brazos o las piernas. Nadja siempre estaba entre ellas, encabezando el batallón, cuidando de todas.

Una vez por semana se reunían en el paseo marítimo y entrenaban a la sombra de un palmeral a pie de playa. Él se encargaba del material y el adiestramiento, ellas se comprometían a aprender y a no quejarse.

Aquella práctica semanal había sido el comienzo de todo, el germen de un acuerdo al que Andréi había sido reacio en un principio. Hasta que, con el paso de los meses, comenzó a reparar en lo que ellas callaban: unas marcas de dedos en el cuello, un labio cortado, una mejilla inflamada…, una súbita ausencia. Supo, aun sin quererlo, de las humillaciones cotidianas, de los agravios y vejaciones que todas sobrellevaban. Hasta que no pudo rechazar más la propuesta de Nadja. Entonces aceptó ser algo más que su entrenador; asumió un rol que aún no sabía si le gustaba, pero que le permitía pagar facturas y no tener que compartir el apartamento.

—¿Quién corrió tres veces pasada semana? —preguntó en español, el idioma que todas entendían—. Quiero ver manos.

Seis levantaron la mano. Nadja no lo hizo, aunque Andréi estaba seguro de que sí había cumplido con su entrenamiento. Parecía ausente y tenía los ojos acuosos.

—¡Mejor defensa personal es correr! —exclamó, intentando centrarse en las demás—. Si tú puedes esprintar cien metros y correr cinco kilómetros, estás a salvo de mayoría. Todo demás es para tener oportunidad de huir. ¿Espray de pimienta?, ¿puños y piernas? Bien. ¿Jiu-jitsu? Bien. Pero correr es fin último. Si no, todo esto para nada. —Miró los rostros de todas ellas: sin maquillaje, pelo recogido, expresiones decididas—. ¿Entendido?

—¡Sí! —exclamaron al unísono.

—Bien.

Andréi se acuclilló para abrir la bolsa y comenzó a lanzarles las guantillas de entrenamiento.

—Pon guantes y en parejas. Empezamos con puños y guardia alta.

Sus discípulas atrapaban las protecciones al vuelo y se emparejaban. Como de costumbre, Nadja se colocó frente a él.

—Levanta la guardia —le indicó Andréi en ruso, para después dirigirse a las demás—: Derecha, izquierda. —Lanzó uno y otro puño, solo marcando el golpe, y Nadja se protegió con la guardia alta—. Después compañera. —Nadja respondió con sendos crochés que Andréi defendió, ocultando la cabeza tras sus antebrazos—. En combate real buscas siempre aquí. —Se señaló la barbilla con el puño—. En entrenamiento, golpe más alto, no buscas impactar, solo soltar brazos.

Le hizo un gesto a Nadja para que continuara. Intercambiaron varios uno-dos, hasta que Andréi añadió algo de picante al ejercicio:

—Quiero que, sin avisar, cambies *jab* al estómago.

Lanzó un directo rápido bajo el top de Nadja. A pesar de que solo marcó el golpe, la piel del abdomen quedó enrojecida.

—Pero ¡eso duele! —se quejó una de ellas.

—Un poco de dolor es parte de entrenamiento. —Bajó los brazos y alzó la voz para que todas lo escucharan bien—: Gente no está acostumbrada a violencia física. Cuando les golpean o amenazan, quedan en shock, no saben reaccionar. Debes acostumbrar a golpes, a dolor controlado en entrenamiento, así cabeza no se bloquea cuando te golpean en mundo real.

Andréi sabía que hablar de gestión del dolor a mujeres que habían sufrido todo tipo de violencia podía parecer insensible. Pero era necesario si querían que aquellas sesiones de defensa personal no fueran un simple ejercicio de tonificación.

—Estamos en un entorno controlado, chicas —intervino Nadja—. No vamos a hacernos daño entre nosotras, pero entrenamos para defendernos de violencia real.

Asintieron en silencio.

—Bien, ¡empezamos! —Andréi volvió a levantar la guardia y le guiñó un ojo a Nadja—: *Udár menya!*

Todos empezaron a alternar golpes y bloqueos y, de tanto en tanto, un puño volaba contra el estómago.

—¡Recordad! Abdomen duro, bloque fuerte —exclamó Andréi detrás de su guardia.

Como cada semana, los curiosos se detenían a observar desde el paseo marítimo o la orilla. No era habitual ver a una docena de mujeres golpeándose a las órdenes de un ruso que las aleccionaba sobre cómo encajar y hacer daño. Tras los puños pasaron a las proyecciones y sumisiones: cómo ejecutarlas o librarse de ellas.

Concluyeron la práctica empapadas en sudor y enarenadas hasta el pelo, satisfechas y con el ánimo distendido ahora que habían sobrevivido a un entrenamiento más. Antes de que comenzaran a despedirse, Nadja se dirigió a ellas alzando la voz:

—Creo que todas conocéis la situación de Elka. No sabemos nada de ella desde la semana pasada. —Fueron callando, atentas a las palabras de Nadja—. He hablado con su familia hace un rato, tampoco saben nada.

Al verbalizarlo, sintió que la voz se le tambaleaba. Antes de la llamada podía pensar que quizás estaba exagerando, pero esa posibilidad acababa de disiparse. Debió tragar saliva para continuar:

—Su hijo vive en Breslavia con sus abuelos. Mientras ella no esté, he pensado en ayudar de alguna manera, enviar un poco de dinero para el pequeño. Si alguna quiere contribuir, con lo que sea, solo tenéis que hablar conmigo.

Andréi se mantuvo al margen mientras se iban retirando en un murmullo quedo. Algunas se detenían a conversar brevemente con Nadja, se daban ánimos y se conjuraban para encontrar a la amiga ausente, pero lo cierto es que sus gestos, sus voces, hablaban más de aceptación que de esperanza. Solo Nadja parecía albergar una verdadera determinación, y eso era precisamente lo que preocupaba al ruso.

Se dedicó a recoger el material en silencio para darles intimidad. Cuando Nadja se quedó a solas, Andréi se echó la bolsa al hombro y se aproximó a ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Triste, frustrada, enfadada… Nadie desaparece sin más, alguien debe saber algo.

—¿Has pensado en acudir a la Policía?

—¿Cuándo has visto que la Policía haga algo por nosotras? ¿Crees que si la Policía fuera una opción necesitaríamos esto? —Señaló el palmeral donde entrenaban—. ¿Te necesitaríamos a ti?

Él asintió ante el golpe de honestidad.

—Lo siento, no quería decir eso —se disculpó Nadja de inmediato —. Sabes que te considero un buen amigo.

La disculpa le dolió aún más.

—¿Por qué insistes? No es tu hermana, no es familia.

Nadja negaba según escuchaba esas palabras.

—Aquí no tenemos otra familia, Andréi. Estoy segura de que ella haría lo mismo.

No quiso insistir. Probablemente el problema fuera suyo; él nunca se había preocupado tanto por nadie.

—Tengo que preguntarte algo y quiero que seas sincera. Aparte de hablar con su familia, ¿has intentado hacer algo más?

Nadja guardó silencio. Sabía que cualquier respuesta sonaría como una justificación, y no tenía por qué justificarse ante nadie.

—Eres una mujer adulta, Nadja, no soy quién para decirte lo que puedes hacer…, pero si crees que Elka ha desaparecido contra su voluntad, si crees que alguno de sus clientes tiene algo que ver, es mejor que lo dejes estar.

Ella levantó la cabeza, quería mirarle directamente a los ojos:

—Si fuera yo la que hubiera desaparecido, ¿lo dejarías estar?

—Sí —respondió él sin titubeos.

Andréi esperó alguna reacción airada, quizás un gesto de despecho, pero Nadja se limitó a sonreír con ternura y acariciarle la mejilla.

—Me alegro de que se te dé tan mal mentir —dijo a modo de despedida.

Nadja dejó las llaves en el cuenco de la entrada, se descalzó sin desatarse las zapatillas y se fue desnudando de camino a la ducha. Su apartamento era un bajo con terraza en Park Beach, una coqueta urbanización de pequeños bloques arracimados en torno a una piscina de agua salada.

Refugio más que vivienda, se había enamorado de aquel piso en el que habitaba desde hacía cinco años. Recordaba el momento exacto del flechazo: al poco de mudarse, en una de esas noches de terral que espantan el sueño, eligió la novela más soporífera de la estantería y salió a leer a la terraza. En el silencio de la noche, sentada en bragas y camiseta en una silla de plástico, descubrió que desde su jardín se escuchaba el batir de las olas. Algo que debería haber sido obvio, pues la playa de El Saladillo estaba muy cerca, le pareció una revelación asombrosa. Respiró la sal que flotaba en la brisa, contempló el firmamento sobre su cabeza y sonrió por primera vez desde que abandonó su país. Más tarde, con el paso de los años, reunió la confianza y los ahorros necesarios para hacer una oferta por el apartamento. Hasta ahora su casero se había negado a venderlo, pero Nadja estaba convencida de que terminaría por claudicar, así que cuidaba del lugar como si fuera suyo.

El agua caliente arrastró el sudor y la arena, pero no pudo enjuagar aquella tristeza que la impregnaba desde hacía días. Terminó de secarse el pelo y, por primera vez en mucho tiempo, se miró al espejo. Se miró de verdad. Entendía por qué podía resultar atractiva a primera vista: los ojos grandes y verdes, la boca amplia,

los labios llenos… Todo lo que en su adolescencia le pareciera exagerado, excesivo, había terminado por ser lo que atraía a los hombres. Aun así, nunca se había considerado una mujer verdaderamente hermosa. Estaba convencida de que su belleza era insípida, que solo resistía un primer vistazo antes de volverse ordinaria. Pero ¿no lo eran todos los rostros con el paso del tiempo? A no ser que estemos enamorados, nadie nos vuelve a parecer tan guapo como la primera vez que lo vemos.

Nadja estaba decidida a aprovechar su belleza mientras le fuera útil, pero desde hacía tiempo tenía un plan B. Nada grandilocuente; empezaría por comprar su propia casa, pues es bueno tener un ancla que te fije al mundo, que impida que se te lleve la marea como se había llevado a Elka… Negó de inmediato para expulsar ese pensamiento; a su amiga no la había arrastrado la fatalidad. Cuanto más se prolongaba su ausencia, más se convencía de que alguien la había convertido en una víctima. Había un motivo concreto, una razón tangible que explicaba por qué Elka ya no estaba allí, y Nadja pensaba descubrirla.

Se envolvió en una toalla y se dirigió a la cocina. En cuanto se aproximó a la nevera, algo le rozó el tobillo.

—¿Tú también tienes hambre, Ruby? —preguntó a su gata, una siberiana de esponjoso pelaje gris.

Se arrodilló para recogerla del suelo, pero el animal se escabulló entre sus brazos y se dirigió al comedero automático. Volvió la cabeza para asegurarse de que la seguía. Al comprobar que no era así, maulló con impaciencia.

—Eres una glotona —la regañó Nadja, y siguió a su gata para pulsar el botón del dispensador. La ración cayó en el plato de acero

—. No más raciones extras esta semana, ¿me has escuchado? — Pero la gata ya hundía la cabeza en el plato, haciendo crujir el pienso seco entre los colmillos.

Nadja regresó a la nevera, se sirvió un vaso de agua fría y cogió una zanahoria cruda. La mordió mientras volvía a llamar a Milla desde el móvil. Era la única persona que parecía haber reparado en la presencia de Elka durante la fiesta, la única que le había dado algo a lo que aferrarse. Deambuló por su apartamento mientras el teléfono daba tono. Cuando superó el tiempo de espera, la llamada se interrumpió.

Suspiró frustrada y dio un mordisco rabioso al tentempié. Se dejó caer en el sofá, abrió Instagram y consultó el perfil de Milla: días de playa y yate, restaurantes, sesiones de yoga. Todas las fotos —sexis, encantadoras— cimentaban la ilusión de una vida perfecta, siempre de fiesta, embarcada en unas eternas vacaciones. La última publicación era de un día antes: Milla probándose un Gucci en una boutique de Puerto Banús. Como no podía ser de otro modo, le quedaba espectacular.

Probó a llamarla una vez más, en vano, y terminó por escribirle un mensaje escueto y educado en el que pedía que le devolviera la llamada cuando tuviera un momento.

No obtuvo respuesta en toda la mañana. Ni en toda la tarde.

A última hora, cumplidas cuantas tareas domésticas se le habían ocurrido, se abrió una cerveza y se sentó en la terraza a escuchar el murmullo del mar. Comenzó a recorrer su *feed* de Instagram con gesto aburrido, hasta que se topó con una publicación del ultimísimo *beach club* de la Costa del Sol:

«Estamos de inauguración en Pura Life Beach Club!!!», rezaba el pie de foto. En la captura se veía a un puñado de chicas pasándoselo bien en una concurrida pista de baile; entre ellas, Milla ataviada con un vestido dorado y un gorro de Santa Claus. Reía mientras mostraba una botella de Moët & Chandon a la cámara.

Miró la fecha de publicación de la foto: «Hace 35 minutos». Bloqueó el móvil y se apresuró a su armario.

Los tacones de Nadja repicaban sobre el empedrado mientras rebasaba la larga cola frente al Pura Life Beach Club. Enfiló la entrada vip con desparpajo, marcando las distancias con aquellos que debían esperar su turno; las cabezas se giraban al paso de su metro setenta y siete, de su larga melena negra y de su Philipp Plein a medio muslo, elegante y excesivo. Era un vestido propio de meses más cálidos, pero sabía que, cuando lo llevaba, difícilmente se le cerraba alguna puerta.

Se aproximó al mostrador de la entrada.

—¿Me permite su nombre? —preguntó el *host*, sonriente y trajeado.

—Nadja Vakhitova. Me están esperando.

El otro buscó el nombre en la lista de vips. Frunció los labios.

—Me temo que…

—¡Víctor! —llamó alguien desde dentro, chasqueando los dedos—. Nadja siempre está en la lista.

—Por supuesto —acató de inmediato el empleado—. Que disfrute de la velada, señora. —Retiró el cordón de terciopelo para franquearle el paso.

Nadja traspasó el umbral con un escueto «gracias» y sonrió, radiante, para saludar con dos besos a su rescatador: Germaine, el jefe de sala. Un veterano de los clubes de Marbella, garantía de que las cosas irían como tienen que ir, algo imprescindible en un negocio que despega.

—Vamos dentro, querida. —Germaine la tomó de la mano con gentileza—. Me ha alegrado mucho tu mensaje, no te llamé porque creía que ya no hacías este tipo de eventos.

—Y no los hago, pero esta noche vengo por placer. —Y le guiñó un ojo.

—Ah, pero el placer siempre es mío, querida.

Ella rio mientras lo seguía hasta la imponente sala principal: una estructura construida en madera y metal que miraba al mar desde una inmensa cristalera. Cientos de personas conversaban y bailaban contra la puesta de sol al tiempo que una luminaria de mil gotas de rocío sumía el espacio en una suerte de atardecer perpetuo.

Nadja avanzó de la mano de Germaine, contemplando cautivada lo que ya le parecía el mejor club de toda la costa malagueña.

—¿Cómo está yendo el primer día?

—*Ah, c'est une folie*, siempre lo es —respondió el jefe de sala—. Pero al menos los dueños saben que hay que gastar dinero si quieres que las cosas salgan bien.

—Si es una locura, está bastante bien organizada —dijo ella apretándole la mano.

—Gracias, querida. Pide lo que quieras, corre de mi cuenta. —Se despidió con otros dos besos—. Tengo que dejarte.

Nadja se inclinó sobre la barra para pedir un vodka con limonada. Una vez servida, tomó la copa y deambuló por el club con aire

distraído. Sabía que si se detenía, alguien intentaría entablar conversación, así que no dejaba de moverse, como un tiburón en aguas templadas. Hasta que localizó el banco de peces que andaba buscando: radiantes, fluyendo con las corrientes, haciéndose notar en la pista de baile.

El concepto de «chica de imagen» en un club prémium como aquel era algo más sofisticado: no se buscaba a jóvenes llamativas que incitaran a los clientes a consumir, sino a mujeres educadas, buenas conversadoras, conocedoras del terreno que pisaban y capaces de tratar con un perfil de clientes de muy alto standing. No obstante, Nadja no se engañaba sobre la naturaleza del trabajo: ya fueras una geisha del viejo barrio de Gion o la *hostess* de un club mediterráneo, tu función era entretener a los hombres, colmar su ego y ser una fruta apetecible y más o menos inalcanzable. Cambiaban las formas y los límites, pero el trabajo seguía siendo el mismo desde hacía siglos. Y Milla era muy buena en él.

Nadja la observó mientras hablaba con unos y con otros, chispeante, encantadora, jugueteando con su melena bob de reflejos rosas, animando las conversaciones sin ningún esfuerzo. Aguardó paciente el momento oportuno, y este llegó cuando Milla hizo ver que alguien la saludaba desde el otro lado de la pista. Se despidió del grupo con el que departía y se apartó a una zona más reservada para consultar su teléfono, para tomarse un respiro.

—Milla… —la saludó Nadja de improviso.

La muchacha se volvió. No halló en su gesto ni rastro del encanto con que se manejaba hacía un minuto.

—¿Qué haces aquí?

—Solo necesito un momento.

—¿Qué es lo que no entiendes de que no te devuelvan las llamadas?

Nadja se llevó la mano al hombro, como si se protegiera de la acometida.

—Solo quiero hablar de Elka.

Su interlocutora la castigó con un silencio exasperado, sin aflojar la cuerda.

—Por favor —suplicó Nadja.

Milla terminó por vaciar el pecho de aire y relajar los hombros. Comprobó si alguien las miraba.

—Vamos fuera.

Bajaron por la amplia escalera de madera que conducía a la piscina. Milla abrió la puerta y le apoyó una mano en la cintura.

—Sal ahora —le indicó sin dejar de mirar atrás.

En cuanto traspasaron el mamparo de cristal, percibieron que la temperatura había caído abruptamente tras la puesta de sol. Solo unos pocos desafiaban al relente, fumando en pequeños corros entre tumbonas enfundadas y sombrillas plegadas.

Milla caminó hasta el final del solárium y se apoyó en el barandal de acero. Se encendió un cigarrillo con un Zippo rosa y, tras cerrarlo con un sonoro clac, se lo guardó en el bolso de fiesta. Dio una primera calada, larga y profunda.

—Tú dirás. —Habló sin dejar de mirar la punta candente que sostenía entre los dedos.

Nadja supo ver más allá de la pose indolente, del castigo de su parsimonia. La realidad era que Milla estaba nerviosa, necesitaba del sencillo ritual de encenderse un cigarrillo para afrontar la conversación.

—Me dijiste que conocías al hombre que hablaba con Elka en la fiesta.

—No, te dije que me habían advertido de que no me acercara a él.

—¿Quién te advirtió?

Milla levantó la vista.

—No pienso decírtelo.

—Está bien. Háblame, entonces, del hombre de la fiesta. ¿Qué te dijeron de él?

La otra dejó escapar un suspiro de humo y nicotina. Después negó, como si ya se arrepintiera de lo que aún no había dicho:

—Lo llaman Volk, aunque no creo que sea su verdadero nombre. Al parecer viene de vez en cuando, está unas semanas y se marcha.

—¿Es ruso?

Milla se asomó a las tinieblas que se extendían más allá del solárium. Dio otra calada antes de asentir.

—¿Y qué tiene de especial ese hombre como para que te adviertan? —Nadja rio con desespero—. Como si ellos fueran mejores, como si no fueran unos cabrones una vez cierran la puerta del dormitorio.

Se obligó a callar, pues se dio cuenta de que estaba alzando la voz.

—No sé… —Milla hablaba con voz distante, la mirada llena de aquel abismo habitado solo por el batir de las olas—. Nadie dice nada concreto, pero todos hablan de él con algo más que respeto. Hablan con miedo. Ojalá pudiera decirte más.

Nadja se alejó del Pura Life Beach Club con un estremecimiento en el pecho. Encogió los hombros y se frotó los brazos, pero el

persistente escalofrío no se debía al aire nocturno. Las palabras de Milla le habían calado hasta los huesos.

Pese a sus muchas cualidades, aquella muchacha siempre le había inspirado cierta compasión. Sabía seducir, era inteligente y sabía dónde se movía el dinero; parecía alegre y desenfadada incluso cuando no trabajaba, pero Nadja intuía en ella un fondo de amargura sepultado bajo seda y maquillaje. Era la inevitable divisa de una superviviente. ¿Superviviente de qué? Prefería no saberlo y dudaba que ella quisiera contárselo.

Pero lo cierto es que Milla le había dicho más de lo que esperaba. Le había dado un nombre, algo por lo que empezar. Y mientras cruzaba el aparcamiento en busca de su BMW X1, Nadja no dejaba de preguntarse cómo debía ser un hombre al que temían gente como Sharapov y sus invitados.

Oyó pasos a su espalda, nítidos sobre el murmullo de la música que se disipaba en el aire nocturno. No eran tacones, sonaban como zapatos de hombre. Y sin más motivo, sintió una urgencia repentina. Comenzó a pulsar el botón de la llave una y otra vez, ansiosa por que la radiofrecuencia hiciera pronto contacto. Cuando los faros por fin se iluminaron y los espejos se desplegaron, Nadja se apresuró hasta entrar en el coche y cerrar de un portazo. Vio que otros dos vehículos, estacionados en distintos puntos del parking, también se habían iluminado.

No esperó a ver quién los abordaba. Arrancó y condujo hacia la salida. Los neumáticos chirriaron al callejear entre las hileras de coches aparcados y se incorporó a la circulación con más premura de la aconsejable.

Exhaló con alivio. «Te estás volviendo paranoica», se recriminó mientras seguía vigilando la calle por el espejo retrovisor. De improviso, dos vehículos salieron del aparcamiento y giraron bruscamente en su misma dirección. Se oyó un frenazo y un claxon furibundo.

Nadja manipuló con manos nerviosas la pantalla del salpicadero y comenzó a deslizar la lista de contactos telefónicos. Antes de llamar, giró la cabeza para mirar hacia atrás: los dos coches habían acelerado para aproximarse al suyo. Ahora estaban muy cerca.

Pulsó el botón de llamada y esperó.

10
Novelas de espías

Ángel aminoró hasta detenerse bajo el círculo de luz halógena; encadenó la moto a la farola, tomó el dosier de la guantera y se encaminó hacia la oscura inmensidad de la Ciudad de la Justicia. Una pátina de rocío cubría los peldaños que conducían hasta la entrada principal; no se habituaba a esa perenne humedad —marítima, salitrosa— tan propia de Málaga.

Le mostró la placa al único guardia y accedió al vestíbulo. Allí se perdió en la contemplación del inabarcable directorio de salas, oficinas y registros. Si ya durante el día, cuando el lugar barbotaba de actividad, el edificio le había parecido desmesurado e inhóspito, en la soledad de la madrugada aquella sensación se acentuaba. Optó por tirar de memoria y enfiló las escaleras que, creía recordar, bajaban al Instituto de Medicina Legal.

Una escueta señal le indicó que iba por buen camino, así que continuó internándose en las entrañas de aquella hidra burocrática. Sus pisadas retumbaban en los pasillos desiertos y las luces se activaban a su paso, revelando guirnaldas y espumillones, perezosos recordatorios de la época festiva. Le sorprendió —casi le molestó— que nadie acudiera a preguntarle quién era y qué hacía allí. Habría esperado una seguridad más diligente en el edificio que albergaba la administración de Justicia de la provincia.

Llegó al mostrador que en su anterior visita fuera barrera infranqueable; a esa hora no había rastro de la entrañable auxiliar. Lo rodeó y titubeó frente a las puertas dobles con el triángulo de peligro biológico. Aguardó por si la persona que lo había citado decidía hacer acto de presencia, pero no tardó en convencerse de que nadie vendría a su encuentro. Sacó la mano del bolsillo y pulsó el único botón a la vista.

En algún sitio zumbó un timbre y una luz rojiza destelló tras el ojo de buey. Ángel se asomó al ventanuco, pero apenas pudo vislumbrar algo en la larga penumbra del pasillo; al cabo, una puerta se abrió desparramando sobre el suelo la luz blanca y aséptica de los hospitales. Alguien avanzó en su dirección con paso calmo; se iba quitando unos guantes que terminó por tirar en un contenedor de residuos médicos. Abrió las puertas dobles y la luz roja se apagó.

—¿Teniente Lobo?

Ángel asintió, y el otro —bata blanca, pelo blanco, bigote abundante— le extendió la mano recién desenguantada. El teniente la observó un instante, aprensivo, pero terminó por estrecharla.

—¿Ha llegado sin problemas? Yo sigo perdiéndome en este puñetero laberinto.

—Ya había bajado antes.

—Claro, el día que me dejó la nota —observó el doctor Castillo—. Sígame, hablaremos mientras trabajo.

En cuanto puso un pie en el pasillo, una atmósfera glacial saturada de desinfectante le arañó la garganta. La temperatura no estaba regulada al gusto de los vivos.

—¿Sabe? No me esperaba que fuera tan joven —observó Castillo. Y mirando hacia atrás añadió—: No se ofenda.

—No me ofendo. Solo espero que mi juventud no sea un problema para usted.

El bigote se ladeó con media sonrisa.

—Ya veremos —respondió el forense, y abrió la puerta de la única sala iluminada—. Pase. Coja unos guantes y una mascarilla. No toque nada.

Ángel se detuvo en el umbral de la sala de autopsias, tan reticente a penetrar en su luz blanca como un vampiro a caminar bajo el sol. Sobre la mesa de acero yacía el cadáver de un niño. Ocho o nueve años.

—Puede dejar la chaqueta en esa silla —dijo Castillo, mientras se ponía otros guantes desechables.

Con movimientos cautos, como si temiera hacer algún ruido inconveniente, Ángel dejó el dosier y la cazadora sobre la silla. Cogió unos guantes de nitrilo de la caja de cartón y una mascarilla. Después contempló las fotos distribuidas sobre la pizarra magnética: el rostro del pequeño sobrexpuesto por la luz del flash, la cabeza apoyada contra un suelo de mármol veteado; las ropas y el pelo empapados; la piscina iluminada por una elegante luz ámbar; el jardín acordonado; la casa al fondo, con todas las luces encendidas y llena de policías.

—Una tragedia —dijo Castillo, interrumpiendo su observación—. Fortuita, como casi todas. Los mayores de fiesta dentro, los niños correteando por el jardín…, y las piscinas ya no se vacían en invierno. —El médico abrió un cajón y extrajo un perforador craneal —. En el examen externo no hay nada, ni hematomas ni cortes, las uñas intactas… Todo apunta a un accidente, pero ya sabe… —Pulsó

el botón para probar el taladro. La broca giró con voracidad—. Hay que asegurarse, sobre todo si son niños.

Ángel observó los viales con sangre recién extraída, después miró el cadáver. Tenía una incisión quirúrgica en el muslo, otra en el cuello. Le habían rapado la sien derecha.

—Creía que para una autopsia hacían falta dos forenses y algún auxiliar.

Castillo sonrió, socarrón.

—De academia, ¿verdad? —Apoyó el taladro sobre la zona rasurada del cráneo—. Súbase la mascarilla, no quiero que respire polvo de hueso.

El forense se cubrió la boca y Ángel lo imitó. En cuanto la broca comenzó a girar, la sangre salpicó la mesa de acero y una fina nube blanca se proyectó en el aire.

Trató de mantener la compostura, pero, al cabo, un sudor frío le cubrió la frente, le bajó por el pecho… El estómago se le contrajo con un espasmo y Ángel se precipitó al pasillo. Se arrancó la mascarilla justo a tiempo de inclinarse sobre un contenedor amarillo para vomitar.

Tenía el cuerpo empapado, como si le hubieran vaciado un cubo de hielo por la cabeza. Trató de incorporarse, pero una segunda arcada lo dobló en dos. Vomitó más largo y con más fuerza. Escupió, encontró un pañuelo de papel en el bolsillo y se enjugó la frente y los labios. Sabía que su reacción era natural, incluso sana desde el punto de vista mental, pero se sentía avergonzado.

Cuando por fin se incorporó, descubrió que Luis Castillo lo observaba desde la entrada de la sala de autopsias.

—¿Por qué me ha citado aquí? —le espetó—. ¿Es una clase de broma para los oficiales novatos? —Volvió a cubrirse la boca con la mano, respiró hondo para contener un nuevo acceso.

El forense cruzó los brazos y se dejó caer contra el quicio de la puerta.

—¿Sabe?, la gente piensa que un forense es alguien insensible a la muerte. Nosotros mismos llegamos a pensarlo. —Sacó un cigarro del bolsillo de la bata—. Pero yo no lo creo. No puedes insensibilizarte ante el cadáver de un niño, es algo contra natura, es algo que, sencillamente, no debería existir. Los niños no deberían enfermar y no deberían morir. —Encendió el cigarrillo tras rascar dos veces el pedernal del mechero. Aspiró—. La reacción de alguien ante la muerte de un niño te dice mucho de esa persona, más que unas horas de conversación.

Volvió a inhalar y la ceniza palpitó en la oscuridad del pasillo. Ángel desvió de forma involuntaria la mirada hacia el cartel de prohibido fumar.

—Tranquilo, mis pacientes no se quejan. —Castillo exhaló el humo con una sonrisa.

—Ahora que sabe que soy una persona normal…, de las que vomitan cuando le taladran la cabeza a un crío, ¿tiene algo más que decirme?

El médico sacudió la ceniza con un golpe de dedo.

—Si se va a meter en esto, que sepa que no va a dormir mejor, no se va a cubrir de gloria ni va a ganar puntos con sus superiores. De hecho, si se enteran, puede que lo pongan de patitas en un puesto de pueblo.

Ángel se limitó a asentir.

—Muy bien. —Castillo volvió a chupar del cigarrillo, exhaló mientras volvía los ojos hacia una noche aciaga—. Conocí a Rigo Díaz porque quiso estar presente en la autopsia de su sobrina. La autopsia más jodida que he hecho en mi vida, parecía que cada incisión se la estuviera haciendo a ella… Pero no se vino abajo. —Negó con admiración—. Aguantó hasta el final, convencida de que encontraríamos algo, lo que fuera, que demostrara que la muchacha no se había quitado la vida. —Miró a un lado, como si la capitán lo observara desde las tinieblas del pasillo—. No fue así, y me sentí como si le estuviera fallando. No hallamos señales de forcejeo ni de violencia ni indicios de abusos sexuales…, ni siquiera de relaciones previas. Solo los cortes autoinfligidos en la cara interna del muslo.

—Esos cortes…, ¿se ven habitualmente?

—No es algo tan extraño. —El médico chascó la lengua, disgustado—. Antes los chavales se cortaban las muñecas, lo que veían en la tele. Ahora, con internet, se informan bien antes de hacerlo.

Castillo sujetaba bajo el brazo el dosier que Ángel había traído consigo, el legado envenenado de Rigo Díaz.

—A los tres días llegó el informe del laboratorio. En la sangre había un cóctel de barbitúricos poco habituales, con predominancia de pentotal sódico. No sé si le suena.

—¿Eso no es… el suero de la verdad?

El forense asintió.

—Veo que es aficionado a las novelas de espías. La cuestión es que el pentotal sódico no es algo fácil de conseguir. No está en la calle, no es una droga recreativa.

—¿Cree que alguien se lo administró?

—O, por lo menos, se lo facilitó.

—¿Por qué querría alguien drogarse con suero de la verdad?

—No se deje engañar por el nombre —le reprendió Castillo—. El pentotal sódico no te induce a decir la verdad, pero te desinhibe y te hace sugestionable. Podría decirse que desarma nuestras defensas mentales: la desconfianza, el miedo, el impulso de huida… Todo a lo que normalmente llamamos «instinto de supervivencia».

Aplastó el cigarrillo contra la suela del zapato, después le tendió el dosier a Ángel. Este alargó la mano para recuperarlo, pero el forense lo apartó en el último instante:

—Tómese esto en serio.

—Lo estoy haciendo.

—No. Si lo hiciera, habría ido más allá de las fotos, se habría dado cuenta de que en todas estas autopsias se halló pentotal sódico en la sangre de los suicidas. Por eso la capitán Díaz las reunió en un dosier y decidió investigarlas.

Le devolvió por fin la carpeta y Ángel se tomó un instante para observarla. Castillo tenía razón, había sido negligente. Había hojeado aquel dosier con curiosidad, no con ojo analítico. Se había distraído con cada pequeña tragedia, se había dejado llevar por el horror de las escenas mientras imaginaba alguna historia que pudiera conectarlas, en lugar de limitarse a analizar los detalles. Lo hizo ahora: ubicó cada nombre, cada foto y cada dato en el espacio imaginario donde solía colocar las cosas importantes; así podría recurrir a ellas cuando fuera necesario.

—Cuando llamó a la comandancia dijo que podían tener a otro. ¿Se refería a esto?, ¿a un nuevo cuerpo con pentotal sódico?

El forense sonrió y se atusó el bigote.

—Le avisaré cuando tenga el informe del laboratorio. Por el momento, ahí tiene trabajo de sobra.

11
Simple mala suerte

Andréi leía tumbado en el sofá, hundido entre cojines desfondados. Era el mejor momento del día: el trabajo hecho, el cuerpo dolorido tras entrenar, los platos de la cena en el lavavajillas y dos horas por delante solo para él. La soledad tenía sus ventajas.

Cuando el sueño pesara demasiado, apagaría la luz y se metería en la cama. Mientras tanto, leía en la penumbra, el dorso de una mano en la frente y el libro electrónico en la otra, absorto en las páginas de Мизери. Las gafas de farmacia, encajadas en el puente de la nariz, resultaban diminutas —casi cómicas— en su rostro.

El teléfono móvil bailó sobre la mesa de centro. Desvió la mirada con fastidio, pero se le suavizó el gesto al ver la foto de Nadja en la pantalla.

—*Alló.*

—Andréi —comenzó ella con un hilo de voz—, creo que me están siguiendo.

Se quitó las gafas, se incorporó en el sofá.

—Siguiendo, ¿cómo?

—Tengo dos coches detrás, muy cerca del mío, giran siempre donde yo giro. —La voz ahogada delataba su angustia—. ¿Qué hago?

—¿Dónde estás? —Hablaba mientras se movía hacia la puerta.

—Cerca de la mezquita. Salgo de un club en playa Casablanca… —El manos libres del coche recogió la súbita aceleración de un motor, el chirrido de neumáticos—. Uno se acaba de poner a mi lado.

Andréi ya se había echado las llaves del coche al bolsillo. Cerró de un portazo y corrió escaleras abajo con el móvil pegado a la oreja.

—Escúchame bien: echa el seguro y no bajes del coche. Intenta no parar; cuando sea posible, sáltate los semáforos. Tienes que salir de la zona urbana.

—¿Seguro? Aquí por lo menos hay gente.

—Nadie va a hacer una mierda, Nadja. Te van a meter en su coche, van a tirar el móvil y no sabré dónde buscarte. —Giraba los tramos de escalera casi sin hacer pie, golpeando las paredes con el hombro—. Necesito que logres llegar a la autovía en dirección Puerto Banús, ¿lo has entendido?

—Sí…

—Repíteme lo que te he dicho.

—Cerrar las puertas, no detenerme, buscar la autovía.

—Dirección Puerto Banús, Nadja, es importante —insistió Andréi, que ya se había lanzado a la calle.

—Puerto Banús. Lo he entendido —replicó, nerviosa.

—Voy a colgar, quiero que te centres en conducir. Te llamaré en cinco minutos.

Nadja canceló la llamada y miró por el espejo interior. El coche de atrás se había aproximado tanto que podía ver las facciones del conductor. Conocía a ese hombre, conocía a decenas como él. Siempre en silencio, siempre en la periferia del campo visual, observando cuanto acontecía con las manos a la espalda.

Un crujido y una leve sacudida la obligaron a desviar la mirada. El todoterreno a su izquierda —negro, de llantas enormes y cristales tintados— había rozado su puerta. Era una simple advertencia; querían asustarla, no sacarla de la carretera. No aún.

Nadja se apresuró a activar el cierre centralizado y se aferró a las palabras de Andréi como una letanía: no salir del coche, no detenerme, buscar la autovía… Un semáforo se puso en rojo y el tráfico comenzó a aminorar. Más adelante estaba la incorporación a la antigua carretera litoral, ahora reconvertida en gran avenida que vertebraba las distintas urbanizaciones y resorts de la costa marbellí. Desde allí podría conectar con la autovía, pero un muro de luces rojas se alzaba entre ella y su ruta de escape.

Tocó el freno, un acto dócil e instintivo; de inmediato, el hombre silencioso reapareció en el retrovisor. Miró de reojo a su izquierda, a la monstruosidad con tracción a las cuatro ruedas que no se despegaba de ella, que la intimidaba…

Hasta que otra Nadja —una a la que no conocía, a la que solo intuía— tomó el mando. Esa otra mujer decidió que era mejor consumirse en una bola de fuego a desvanecerse como una voluta de humo, a desaparecer como Elka. Y sin el menor titubeo, su pie se separó del freno, basculó sobre el tacón y cayó sobre el acelerador.

El motor de combustión con respaldo eléctrico se desperezó, rugió en alemán, su nuca se hundió en el reposacabezas y las luces rojas se precipitaron sobre ella. Apenas tuvo tiempo de corregir con un leve golpe de volante para deslizarse entre carriles. CLAC, CLAC, CLAC…, iban golpeando sus espejos contra los coches que la flanqueaban. Gritos airados, bocinas furiosas, puños crispados desde las ventanillas y Nadja acelerando sobre la línea discontinua.

Al llegar a la altura del semáforo, se asomó al vértigo de la avenida con tráfico en ambos sentidos. Contemporizó, no sabía si lo lograría. Debía atravesar tres carriles y girar a la izquierda en el cuarto, «dirección Puerto Banús», se repetía. Indecisa, miró por el retrovisor y comprobó que uno de sus perseguidores se aproximaba, que estaba aprovechando el paso que ella misma había abierto.

Volvió la vista al frente, pisó a fondo.

El BMW X1 atravesó en perpendicular los carriles de la antigua N-340; los vehículos a su alrededor frenaron, los neumáticos gimieron y los sucesivos impactos por alcance repicaron como un eco que se alejaba. Nadja giró el volante para evitar el morro de un coche, primero a la derecha, luego contravolanteó a la izquierda. El X1 subviró, derrapó hacia la acera, pero Nadja apretó los dientes y logró forzar la dirección hasta embocar el último carril. El coche aún bandeó varios metros antes de enderezar el rumbo.

Cuando por fin recuperó el control, se permitió contemplar los estragos provocados por su temeridad. Una decena de coches se apiñaban al otro lado de la mediana enredados en una colisión en cadena. Estuvo tentada de aminorar, necesitaba asegurarse de que no hubiera heridos, pero las luces largas de un coche destellaron en su retrovisor. Allí estaban de nuevo sus perseguidores, incólumes tras circular con paciencia entre los coches varados en ambos sentidos. Ahora, con la vía expedita, volvían a devorar la distancia que los separaba de su presa.

Nadja pisó a fondo, aunque no le sirvió para poner tierra de por medio. Conducía un coche bonito, con un buen motor para incorporaciones y adelantamientos, pero no apto para persecuciones. Impotente, golpeó el volante y se sacudió en el

asiento hasta que el tensor del cinturón la inmovilizó. Aquello no hizo sino aumentar su frustración.

Quiso gritar, pero el canturreo del manos libres la sacó del trance. Pulsó el botón verde.

—¿Dónde estás? —preguntó la voz de Andréi.

—En la avenida, acabo de dejar atrás Puente Romano.

—¿Aún te siguen?

—Los tengo encima.

—De acuerdo, no pierdas la calma. Sigue recto y toma el desvío hacia Algeciras.

—¿Qué estoy haciendo, Andréi? —Apretó el volante con los puños —. No puedo seguir huyendo, ya he provocado un accidente en cadena.

—Solo necesito que conduzcas, Nadja. Olvídate de ellos, en la carretera no podrán abordarte.

Nadja se obligó a respirar, a confiar.

—Cojo el desvío a Algeciras, ¿y luego qué?

—Ya estarás en la autovía. Sigue hasta atravesar el túnel de San Pedro de Alcántara. Cuando vuelvas a la superficie, toma el primer desvío. El carril termina en una rotonda, la segunda salida es una vía auxiliar que se interna en una zona sin urbanizar. Te estaré esperando allí.

—Son muchas indicaciones y ahora mismo no pienso con claridad. —Volvió a mirar por el retrovisor. Estaban casi a su altura—. No sé si lo conseguiré.

—Lo vas a conseguir. Te mandaré la ubicación en cuanto esté allí, solo tendrás que seguir las instrucciones del navegador, ¿de acuerdo?

—Sí…, de acuerdo.

—Una vez estemos juntos, yo me encargaré de todo. —La voz de Andréi era firme, como si hubiera hecho aquello miles de veces—. Voy a colgar, Nadja.

—¡No cortes! —le rogó ella—. Si cortas…, puede que no volvamos a hablar.

Hubo un instante de silencio al otro lado de la línea.

—Está bien. ¿Ves el desvío hacia Algeciras?

Nadja circulaba lo más rápido que el tráfico le permitía, cambiando de carril constantemente.

—Aún no.

—Quédate a la izquierda. La carretera se bifurca y ese es el carril que baja hasta la autovía.

Nadja oía a través de los altavoces la respiración de Andréi, el sonido de la caja de cambios manual al conectar las marchas… Ambos disputaban la misma carrera.

—Lo veo —dijo Nadja.

La entrada a la autovía era una larga curva a la izquierda con cambio de rasante. Cuando completó el giro, aceleró por el carril de incorporación hasta irrumpir en la A-7.

—Ya estoy en la autovía, pero sigo teniéndolos encima.

—Mantente en el carril de la izquierda hasta llegar al túnel, así no podrán forzarte a tomar otra salida.

Nadja obedeció. Era una buena conductora, disfrutaba al volante, pero nunca había hecho algo así. Y no quería volver a hacerlo.

—Hay mucho tráfico…

—Sigue a la izquierda y conduce con calma. Lo último que necesitamos es provocar un alcance.

Ella asintió para sí. Las farolas iluminaban el interior del habitáculo cada cincuenta metros. Volvió a buscar a su perseguidor en el retrovisor: allí estaba, su rostro barrido por las mismas luces, silencioso e inexpresivo al volante de la berlina negra. Buscó con el rabillo del ojo al todoterreno y lo halló dos carriles a la derecha. La había rebasado y ahora maniobraba para invadir su carril. Terminó por colocarse frente a ella.

—Andréi, sigo a la izquierda, pero tengo a uno delante y a otro detrás…

—¡Sal de ahí! —exclamó Andréi, en el mismo instante en que el todoterreno clavaba los frenos y se precipitaba sobre ella.

La adrenalina inundó el torrente sanguíneo de Nadja. Le dilató los bronquios y las pupilas, liberó glucosa en sangre, aguzó sus sentidos y sumió su cerebro en un trance que le permitió reaccionar por puro instinto. Giró el volante y logró salir de la trayectoria de colisión. Quiso la fortuna que no hubiera un coche en el carril contiguo, así que pisó a fondo y se apartó de sus perseguidores, que aún maniobraban a su izquierda para no chocar entre ellos.

Ajena ya a toda precaución, cimbreó entre carriles aprovechando hasta el último resquicio, empujó a golpe de claxon a los que no se apartaban y usó las vías de desaceleración para adelantar por la derecha. Nada de eso sirvió para sacarse de encima a los dos vehículos que la hostigaban.

—Estoy llegando al túnel —anunció al ver el fogonazo de luz blanca que horadaba la noche.

—Cuando estés cerca de la salida, pásate al carril de la derecha. El desvío está justo después.

El túnel la engulló y el mundo se tornó blanco led y negro asfalto. Una campanada anunció un mensaje entrante.

—Acabo de enviarte la localización.

—La estoy pasando al navegador.

«Manténgase a la derecha más adelante», anunció animosa la voz de Google Maps. Nadja giró la rueda de volumen hasta silenciarla. Una línea azul trazaba su ruta en la pantalla del coche.

Buscó el carril de la derecha y sus perseguidores acompañaron el movimiento como el ala de un escuadrón. El todoterreno aceleró y comenzó a rebasarla de nuevo. Intentaban repetir la maniobra: cerrarle el paso y provocar un accidente que pusiera fin a su fuga. Hundió el pie en el acelerador en un intento de no verse superada, pero no podía competir contra el motor hipertrofiado de aquel monstruo. El 4x4 no tardó en adelantarla para colocarse de nuevo frente a ella. Tenía que decidir entre rehuir la colisión o mantenerse firme en el carril e intentar alcanzar la salida que la conduciría hasta Andréi.

El todoterreno aminoró para reducir el espacio entre ambos; quería asegurarse de que esta vez no tuviera tiempo de reacción. Intentó resistir el impulso de huida cuanto le fue posible, pero el miedo tiraba cada vez más de su mano izquierda. Comenzaba a girar el volante en esa dirección cuando el túnel desapareció a su alrededor y se vio arrojada a la noche sin estrellas.

Los ojos rojos de la bestia se encendieron y volvió a abalanzarse sobre ella. Casi al unísono, Nadja pisó el freno y giró el volante a la derecha. La carrocería basculó, se estremeció al apoyarse en las dos ruedas exteriores. Durante una fracción de segundo pareció a punto

de volcar… Hasta que los neumáticos traccionaron y la sacaron de la autovía.

El todoterreno desapareció de su campo de visión, pero, de algún modo, el otro conductor reaccionó para tomar la misma salida y mantenerse a su cola.

—Nadja, ¿va todo bien? —se escuchó la voz de Andréi. Casi se había olvidado de él.

—Estoy bajando a la rotonda. La veo enfrente.

—¿Los otros?

—Aún tengo a uno detrás.

—De acuerdo. Te espero con el motor en marcha y la puerta abierta. Detente a mi derecha.

Nadja acometió la rotonda sin desacelerar, lo que obligó a un utilitario a frenar y girar bruscamente para eludir el impacto. Tomó la segunda salida con el pie en el acelerador y los ojos en el retrovisor, a tiempo de ver cómo su pertinaz perseguidor frenaba para esquivar el vehículo cruzado en medio de la glorieta. Aquello le dio unos segundos de ventaja.

Los neumáticos del X1 vibraron al pisar el asfalto cuarteado de la vía de servicio. La única iluminación era la de sus faros, y la calzada no tardó en devenir en camino de tierra. «¿Dónde estás?», gruñó Nadja mientras oteaba la oscuridad. Como respuesta, dos luces rojas palpitaron en la noche. Andréi pisaba el pedal de freno para indicarle su posición y ella navegó hacia aquel faro en la tormenta.

Sus luces delanteras no tardaron en enmarcar la línea achaparrada del viejo Mazda de Andréi. La puerta del copiloto se abrió y Nadja frenó hasta detenerse en una nube de tierra. Apenas se tomó un instante para desconectar el motor, coger el bolso y saltar al coche

de Andréi, que pisó el acelerador antes de que pudiera cerrar la puerta.

Nadja se abrochó el cinturón con manos nerviosas y miró hacia atrás. Tenían a su perseguidor encima, pero la tracción integral del compacto japonés se aferraba al polvo y la grava como un gato en desbandada. Ambos vehículos, a apenas unos metros de distancia, se lanzaron por la pista de tierra como si se dispusieran a despegar. A su izquierda se alzaba el inmenso talud vertical que los separaba de la autovía; a su derecha, un arroyo o un canal que alimentaba campos de cultivo.

La detonación de un disparo se impuso al ruido del motor. Nadja se encogió en su asiento, pero Andréi se limitó a reorientar el retrovisor para que no lo deslumbraran los faros de la berlina.

—¿Nos acaban de disparar?

—No levantes la cabeza —dijo Andréi, poniendo una mano en su espalda.

Una segunda detonación perforó la oscuridad, pero Andréi se mantuvo impasible hasta que, al cabo de unos metros, tiró del freno de mano y giró abruptamente el volante a la derecha.

Nadja creyó que se precipitarían al canal, pero descubrió frente a ellos un angosto camino de tierra que lo salvaba. Mientras la suspensión absorbía con un traqueteo las irregularidades del viaducto, comprendió por qué Andréi la había conducido hasta ese paraje. Miró atrás y vio cómo el coche negro frenaba en seco por la pista de tierra e intentaba corregir marcha atrás. Mientras tanto, Andréi se alejaba entre los campos de cultivo sin levantar el pie del acelerador.

Dos restallidos consecutivos iluminaron la posición de su perseguidor. Nadja volvió a agacharse.

—Tranquila, estamos a salvo —dijo Andréi.

El ruso aminoró la marcha y apagó las luces. Rodó con precaución por la angosta carretera, adentrándose entre tinieblas solo mitigadas por los claros de luna. Al cabo de unos trescientos metros, se desvió por una vereda que se separaba de los regadíos. Terminaron por incorporarse a una solitaria carretera comarcal. Una vez en el asfalto, volvió a conectar los faros.

Nadja miró atrás una última vez. Por fin, suspiró con alivio:

—Gracias.

Andréi la miró de reojo.

—No me las des aún, la noche no ha terminado.

Ella asintió al tiempo que se abrazaba los hombros. Se hundió en el asiento, temblando por el bajón de adrenalina.

—Busquemos un lugar tranquilo —dijo él—. Necesito que me expliques por qué me han disparado esta noche.

Andréi, sentado en la incómoda silla de hotel, miraba al vacío mientras escuchaba correr el agua de la ducha.

Había alquilado la habitación a su nombre y pagado en metálico mientras Nadja lo esperaba en el coche. No sabía si tales precauciones tenían sentido en su situación, pero dadas las circunstancias, prefería ceñirse al libreto. Y el libreto dictaba que el próximo acto de la obra era desaparecer.

La puerta del baño se abrió y Nadja salió envuelta en un albornoz blanco. Se frotaba el pelo con una toalla; un gesto cotidiano que Andréi halló encantador. Se alegró de comprobar que la tensión ya

no le contraía el gesto, no le envaraba el cuello. Ya no parecía tan asustada, solo agotada.

—Sé que estás cansada, pero tenemos que hablar.

—Nunca te he contado por qué se me da bien el español —comentó de repente, ajena a las palabras de Andréi.

—No era eso lo que tenía en mente, Nadja.

Ella prosiguió, decidida a ignorar sus objeciones:

—Durante cinco años pasé los veranos en Benahavís —recordó con nostalgia—. No porque mi familia pudiera pagarse unas vacaciones en la sierra de Málaga, sino porque mi hermana y yo estábamos en un programa de acogida. Se pusieron en marcha en los noventa, después de Chernóbil, y siguen funcionando hasta hoy. —Subió los pies a la cama y se ajustó el albornoz a las piernas—. Ya ves, miles de niños ucranianos repartidos cada verano por Europa, siempre por culpa de los rusos. Cuando no es una de vuestras centrales nucleares, es uno de vuestros presidentes psicópatas.

—No sabía que hubieras vivido antes aquí.

—No lo sabes porque nunca quieres hablar de estas cosas. Es como si tuvieras miedo de echar la vista atrás —le reprochó.

Andréi se cruzó de brazos. Asintió.

—De acuerdo, echemos la vista atrás.

—¿Ahora quieres hablar? —preguntó ella, terminando de secarse las puntas para dejar caer la toalla sobre el regazo—. Pensé que querías interrogarme por lo de esta noche.

—Llegado el momento, pero antes hablemos de algo distendido. ¿Cuéntame por qué volviste a España?

Ella negó con una sonrisa triste.

—No hay nada de distendido en esa historia, Andréi.

—Da igual, quiero escucharla.

—Está bien. —Nadja se encogió de hombros, se recogió el pelo húmedo tras la nuca—. No te quejes si los rusos no salís muy bien parados en esta historia.

—Estamos acostumbrados.

—Ya… —Tomó aire para empezar, la mirada en algún punto entre esa noche y su Odesa natal. Terminó por suspirar—. No sé, supongo que tendría que empezar por mi padre. Pavel era un buen tío, ¿sabes? Nos quería de verdad. También era un puto ludópata. —Meneó la cabeza, quería ser justa—. Era un desastre, no sé cómo mi madre no lo mandó a la mierda… Aun así, se las arreglaron para que mi hermana y yo tuviéramos una vida más o menos normal. Incluso pudieron pagarnos la universidad. Me pasé años creyendo que, pese a su adicción, mi padre había encontrado fuerzas para no apostarse también el futuro de sus hijas. —Se rio de sí misma—. Hasta que el último año de Farmacia supe que había llegado a un trato con unos rusos. Por supuesto, eran *voriv zakone*[1]… Sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

Él guardó silencio. La invitó a proseguir con un gesto de la cabeza.

—Llegaron a un acuerdo civilizado con mi padre: ellos no lo descuartizarían por sus deudas y dejarían en paz a su familia; a cambio, su hija mayor trabajaría para una de sus empresas farmacéuticas en Podolsk una vez acabara la universidad. —Miró a Andréi directamente a los ojos—. Ya ves, sin saberlo estudié con el programa de becas de la mafia rusa. —Nadja negó ante su propia broma—. Por supuesto, obedecí como una buena hija, ¿qué podía hacer? Ellos se quedarían con la mitad de mi sueldo, que iba a cubrir la deuda de mi padre, y a cambio nos permitían tener una vida

normal. Incluso me pareció un acuerdo razonable para unos criminales. Así se aseguraban de recuperar una parte del dinero, más de lo que conseguirían apretándole las tuercas a un jugador.

—Nadja, lo siento mucho. Tu padre no tenía derecho…

—Ya sabes lo que me encontré al llegar a Podolsk, ¿verdad?

Andréi asintió:

—Un laboratorio de la hermandad Sontsevskaya. Desde allí controlan el tráfico de metanfetaminas en el óblast de Moscú.

—No solo metanfetaminas, también oxicodona, fenciclidina, fentanilo… Tenían varias líneas de producción. —Rio y miró al techo —. Yo, como una auténtica gilipollas, pensaba que me incorporaba a un trabajo de verdad, no a una red de narcotráfico.

—¿Cómo saliste de allí?

—Era una cría. Les dije que no había estudiado una carrera para hacer aquello, y me respondieron que si no me gustaba, tenía ojos grandes y labios gruesos, ideal para hacer mamadas a sus clientes. De un modo u otro, yo les pertenecía.

—Por eso estás aquí —constató él—. Escapaste.

—Escapé al único sitio que conocía lejos de Rusia y lejos de mi casa. —Hizo un hatillo con la toalla que descansaba sobre sus piernas—. Ya ves de lo que me ha servido.

—Al menos no eres una esclava del *vorovskói mir*.

—Nadie escapa de los *vory*, Andréi. —Le miró a los ojos—. Mi padre ya no está, pero yo sigo mandando dinero cada mes para pagar sus deudas. Así dejan en paz a mi hermana y a mi madre.

Andréi se reclinó en la silla con expresión grave. Exhaló lentamente.

—Sé que es una situación de mierda, pero dentro de lo que cabe, no es un mal acuerdo.

—Lo sé. Elka lo arregló. —Nadja se encogió de hombros antes de aclarar—: Era mi «amiga polaca de los veranos», ¿sabes? Una de las niñas del programa de acogida. Hablé con ella antes de venir aquí; cuando llegué, estaba esperándome en el aeropuerto. Me acogió en su casa, me mantuvo escondida y pidió a uno de sus amigos que mediara con la hermandad Sontsevskaya.

—Comprendo.

—Y ahora ya no está.

Algunas piezas comenzaban a encajar para Andréi.

—¿Crees que lo de esta noche tiene algo que ver con la hermandad?

—No lo sé… —Se arropó con el albornoz—. Creo que he estado haciendo demasiadas preguntas.

—¿Demasiadas preguntas sobre Elka?

Ella asintió en silencio.

—¿A quién has preguntado?

—A unas cuantas amigas, sobre todo por teléfono. Y esta noche me he encontrado en un club con una chica que estuvo en la fiesta de la mansión Sharapov.

—¿Esta misma noche? ¿Justo antes de que empezaran a seguirte?

Nadja bajó la mirada y negó para sí.

—No creo que ella… —Se pasó las manos por la cara, abrumada por todo lo sucedido—. El caso es que Milla vio a Elka en la residencia Sharapov, ha escuchado cosas del hombre que estaba con ella. Me dijo que es ruso, que lo llaman Volk y que los demás le

tienen algo más que respeto. Es alguien que no les gusta, pero al que tienen que invitar a sus fiestas.

—Joder, Nadja… —Andréi se frotó los párpados con el índice y el pulgar—. Te dije que lo dejaras estar.

Nadja se puso en pie y deambuló por la habitación. Se debatía entre el miedo y la lealtad:

—Tengo que averiguar qué le ha pasado. Al menos le debo eso.

—Después de lo de esta noche, ¿aún no sabes qué le ha pasado?

—Pero ¿por qué? ¿Por qué a ella?

—No le busques sentido a lo que no lo tiene, Nadja. Elka ha tenido simple mala suerte, se ha topado con un monstruo que se la ha comido. Hay muchos más de donde ha venido ese, es mejor no despertarlos.

Nadja se mordió una uña, le temblaba el labio inferior.

—Sabes qué debes hacer ahora, ¿verdad? —dijo Andréi.

Ella negó con la cabeza.

—Tienes que irte. Debes desaparecer esta misma noche.

—Puedo irme a Barcelona una temporada, conozco…

—No, nada de amigos o familiares. Quien te está buscando tiene recursos y no sabemos hasta dónde llegará para encontrarte. Mientras lo averiguamos, debes estar lejos. Iremos al aeropuerto y cogerás el primer vuelo con plazas libres, sea cual sea su destino.

—¿No… no estamos exagerando un poco? —protestó, embargada por el vértigo y la angustia—. Además, no puedo dejar sola a Ruby.

—Yo me encargaré de la gata, pero debes asumir cuanto antes tu situación. Dos sicarios han intentado darte caza esta noche. Estás sola, eres vulnerable. Tu vida no volverá a ser la misma. —Movió la

silla, buscó su mirada—. ¿Tienes dinero suficiente para desaparecer un par de meses?

—Creo que sí.

—¿Tu pasaporte?

—En mi apartamento, en la cómoda del dormitorio.

—¿Hay algo más que necesites? Me refiero a cosas imprescindibles.

—No sé…, llevo encima mis tarjetas y el móvil… Tengo unos dos mil euros en metálico en esa misma cómoda.

—Está bien —corroboró Andréi, cerrándose la sudadera—. No salgas de aquí. Si tienes hambre, llama al servicio de habitaciones.

Nadja se puso en pie para abrazarlo, apoyó la cabeza contra su pecho.

—Lo siento mucho —murmuró—. No tengo derecho a meterte en esto.

Él la estrechó, apoyó la mano en su nuca y se perdió en el olor a champú del pelo húmedo. Cuando quiso darse cuenta, se estaban besando. Andréi se dejó llevar por un instante…, hasta que la sostuvo por los hombros y se apartó abruptamente.

Le dio la espalda, incapaz de mirarla a los ojos. Abrió la puerta y se detuvo en el umbral.

—Puede que tarde.

Cerró sin mediar más despedidas. Hundió las manos en los bolsillos y se encaminó hacia el ascensor. El suelo enmoquetado ensordecía sus pasos. Se sentía torpe, se sentía extraño, pero sabía que no lo quería así. Si había de suceder, que fuera sin que el miedo o la necesidad contaminaran su voluntad.

12
Crueldad fortuita

Un mejunje negruzco cayó en el vaso de papel, lo siguió un hilo de cacao aguado y, por último, unas gotas de crema que hacían las veces de leche. Ángel abrió la portezuela de plástico y sacó su «café» recién hecho, sospechaba que el primero de muchos aquella mañana. Trasnochar con forenses tiene sus consecuencias.

Bostezaba de camino a su escritorio cuando oyó que alguien lo llamaba por su apellido. Levantó la vista y vio a Riquelme chascando los dedos para que fuera a su despacho. Ángel se envaró, aún estaba reciente la bronca que le había caído durante la reunión informativa. Y la bronca subsiguiente de Somerset. Así que, vaso en mano, se aproximó con cautela intentando anticipar qué había hecho mal.

—Mi comandante —saludó desde la puerta.

—Lobo, buen trabajo con lo de Gibraltar. Sigan tirando de ese hilo.

—Sí, mi comandante.

Hasta ahí llegó el intercambio. Riquelme ya había bajado la vista al documento que sujetaba entre los dedos.

—Con su permiso.

Se retiró con más alivio del que le hubiera gustado admitir.

Regresó a su puesto, dejó el café junto al teclado y se derrumbó en la silla con otro bostezo. Movió el ratón hasta que se activó la

pantalla del ordenador. El premio por el «buen trabajo con lo de Gibraltar» había sido redactar el nuevo oficio dirigido a la juez de instrucción. Antes de poder ponerse a ello, unas uñas lacadas en rosa tamborilearon sobre su mesa.

—¿Qué pasa, has estado toda la noche aullándole a la luna?

Ángel levantó la vista hacia una Somer fresca y risueña.

—¿Aullando?

—Ya sabes: teniente Lobo.

Él asintió con escaso entusiasmo.

—Da igual. ¿Sigues interesado en el teléfono de la capitán Díaz?

—¿Lo has conseguido?

—No, pero te he conseguido esto.

Le mostró una postal ilustrada con dos niñas que patinaban sobre un lago helado, felices y rubicundas. Lo bucólico de la escena no pareció conmover a Ángel, que miró con ceño inquisitivo a su capitán.

—Todos los años los de personal nos envían una felicitación navideña a casa. —Dio la vuelta a la postal y le mostró la dirección escrita en el reverso—. Esta es la de Rigo Díaz.

Ángel se estiró para coger la tarjeta, pero ella la retiró con un giro de muñeca.

—¿Por qué todos hacéis eso? —preguntó él, frotándose los ojos.

—Antes dime para qué quieres hablar con Díaz.

—Es mejor que no lo sepas.

—Puede, pero si quieres esta dirección, me lo vas a contar.

Ángel se obligó a mirarla directamente a los ojos. ¿Podía confiar en ella? Su mente obsesiva le gritaba que no. No la conoces lo suficiente, calla lo que sabes, mantén esto en secreto, busca otra

vía, no te expongas ante tus superiores… Los motivos se agolpaban en su córtex prefrontal. Ángel llevaba toda la vida conviviendo con esa voz que lo empujaba a desconfiar de todo y de todos, que lo arrojaba a un bucle de negatividad y le susurraba cuanto podía salir mal si se exponía al mundo. Pero como le desvelara su abuela, aquella voz no era él. Tampoco era alguien en quien confiar. Nunca le había hecho la vida más fácil, jamás lo había hecho más feliz.

Terminó por suspirar, agotado.

—¿Recuerdas que te pregunté si Díaz estaba investigando algún suicidio? —dijo mientras abría el cajón—. Pues bien…

Colocó sobre la mesa el dosier y lo deslizó hacia Somer. Ella se detuvo en el membrete del Instituto de Medicina Legal, después abrió la portadilla y se encontró con el primer informe forense, con las primeras fotos. Hojeó varias páginas con la frente arrugada.

Sin mediar palabra, arrastró una silla hasta colocarla frente a Ángel; se sentó con el respaldar entre las piernas.

—¿Qué coño es esto? —preguntó mientras agitaba la carpeta en la mano.

—Informes forenses de trece casos de suicidio en los últimos cinco años. Entre ellos, el de Lucía Guerrero Díaz, la sobrina de la capitán.

Somer volvió a abrir el dosier y buscó el nombre entre los informes… Negó al ver a la joven desnuda entre sábanas rojas, ausente en una muerte serena. Había escuchado hablar de la tragedia, pero sucedió antes de que ella se incorporara a la comandancia. Por lo que decían, aquello hundió a Díaz y terminó por precipitar su paso a la reserva. A petición de Riquelme.

—¿Por qué tienes esto?

—Era lo único que había en mi escritorio cuando llegué aquí. Mi primera intención fue contactar con la capitán Díaz para devolvérselo, pero ahora sospecho que lo dejó para mí. Creo que su deseo era que quien viniera después prosiguiera con su investigación.

—¿Qué investigación, Ángel? —Dejó caer el dosier sobre la mesa —. Aquí no hay nada que investigar. Lo que hay son trece tragedias y el dolor de una persona que no acepta la muerte de un ser querido.

Ángel se incorporó en la silla y tomó los informes.

—Anoche estuve en el Instituto de Medicina Legal.

—¿Que estuviste…? No puedes hacer algo así.

—Contacté con el forense que le estuvo pasando los informes a la capitán. —Abrió la carpeta, la giró hacia Somer y le señaló algo—. En todos los cuerpos encontraron esto. También en el de Lucía Guerrero.

Somer leyó las palabras perdidas entre la verborrea medicolegal:

—¿Pentotal sódico?

—Un barbitúrico usado para hackear las inhibiciones mentales, para predisponernos a decir o hacer cosas que no haríamos en plenas facultades. Antes se utilizaba en los interrogatorios.

—¿Y qué tiene eso que ver con las muertes?

Ángel se encogió de hombros.

—No lo sé, pero se ha encontrado en trece personas que se han quitado la vida. Eso es un patrón.

Emma Somerset se frotó el cuello con gesto pensativo.

—Quizás sea algo nuevo, algo que están tomando los chavales para… atreverse a dar el paso.

—Parece que es bastante complicado de conseguir. No es un medicamento legal en España y no circula como droga recreativa. ¿Cómo ha llegado a sus cuerpos? Creo que merece la pena investigarlo. —Ángel cerró el cartapacio, como si quisiera preservar la intimidad de aquellas vidas perdidas—. Si alguien está repartiendo esto como droga entre los jóvenes, en el mejor de los casos estamos ante un delito contra la salud pública… Aunque quizás sea algo peor.

Somer puso las manos sobre la mesa y tamborileó con los dedos, tratando de decidir algo.

—Escúchame bien —dijo por fin—: no digas nada de esto a nadie, y menos a Riquelme. Antes de poner trece cadáveres sobre la mesa, debemos saber qué coño tenemos entre manos. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi capitán.

—No, no lo entiendes. Trece suicidios es algo trágico, pero… cómodo. No hay nada que investigar, no hay caso. Pero trece posibles homicidios es una tormenta de mierda para la que no tenemos recursos ni tiempo ni… nada. Por no hablar de lo que pasaría si saliera a la opinión pública. Créeme, no quiero ese tipo de presión y tú tampoco la quieres.

Ángel volvió a asentir.

—¿Estamos de acuerdo, entonces? —dijo Somer—. Discreción hasta que no sepamos si esto es algo.

—Estamos de acuerdo —corroboró él, y señalando la felicitación, preguntó—: ¿Me la das ahora?

Ángel leyó la postal que sostenía entre los dedos enguantados: «Rigoberta Díaz. Paseo de Miramar, 9». Volvió a mirar la casa que tenía frente a él: un chalé en uno de los barrios más viejos y

privilegiados de la ciudad, a diez minutos a pie de la Malagueta. Desde luego, no parecía la vivienda de alguien del cuerpo, por más trienios que hubiera acumulado.

Giró el contacto, bajó el caballete de la moto y se guardó los guantes en el bolsillo. La calle era estrecha y umbría, resguardada por el dosel que formaba el ramaje de los árboles. Los edificios, antiguos y bien conservados, lucían en su mayoría jardín y piscina dentro de la finca. Se aproximó a la cancela y tocó en el único botón del interfono. Al cabo de unos segundos, se encendió el piloto de la videocámara.

—Dígame —crepitó una voz de mujer.

—Buenas tardes. Soy el teniente Ángel Lobo, de la Policía Judicial de…

El cierre electrónico zumbó y la cancela quedó entornada. Ángel entró con prudencia; no se sacaba de encima la sensación de que no sería bienvenido en esa casa. O quizás fuera el niño de barrio humilde que había en él, intimidado por la gente que vivía en sitios así.

El jardín, cuidado y exuberante, lo recibió con una cacofonía de fragancias y colores. ¿Cuánto tiempo —cuánto dinero— hacía falta para mantener aquel pequeño vergel? En cuanto puso un pie en el porche, se percató de que la puerta de la vivienda ya estaba abierta. Desde el umbral lo observaba una mujer delgada, de melena rubia y mirada inquisitiva; vestía un mandil blanco con manchas de pintura seca. La prenda no le restaba ni un ápice de una elegancia que se intuía innata.

—¿Rigo Díaz?

—Soy su mujer, Judith. —Extendió la mano y se la estrechó con firmeza—. ¿Es compañero de Rigo?

—No nos conocimos, pero trabajo en la que fue su unidad.

Ella asintió con expresión indescifrable.

—Adelante. —Se hizo a un lado.

Ángel agradeció la invitación y pasó al recibidor. La casa era amplia, amueblada con lo imprescindible y, aun así, acogedora. La escasa decoración navideña le pareció indicativo de buen gusto.

—Siéntese en el salón —dijo la anfitriona mientras se quitaba el delantal—. No sea tímido.

Obediente, entró hasta el salón y se sentó en el sofá. Estudió su entorno, las posibles salidas, como hacía siempre que llegaba a un sitio desconocido. La puerta a su espalda, que probablemente condujera a la cocina; la escalera que llevaba a la planta superior; la terraza acristalada al fondo del salón… Allí, sobre un caballete, había un óleo de una mujer de melena gris y tez morena; se sentaba desnuda en la arena, abrazada a sus rodillas, ensimismada en el horizonte. Pese a que había zonas donde el color solo se había esbozado, Ángel percibió la soledad del gesto, la distancia de su mirada.

—Rigo está de viaje —dijo Judith, interrumpiendo su contemplación—. ¿Por qué la busca? Creía que ya estaba al margen de los asuntos del trabajo.

—Puedo venir en otro momento. ¿Sabe cuándo…?

—No sé cuándo volverá —respondió la mujer, doblando cuidadosamente el mandil. Lo colocó en el respaldar de un sillón—. Pero si ha venido en persona, debe ser por un asunto importante.

Ángel sintió que pisaba hielo fino, como las niñas que patinaban en la postal.

—Quería darle esto. —Le entregó la felicitación navideña.

Judith la recogió y la observó con una sonrisa descreída.

—¿Ha venido solo para entregarle la felicitación de cada año? —Dejó la tarjeta sobre la mesa de centro—. Dígame la verdad.

De repente, Ángel se sintió en un interrogatorio. Midió a la mujer que tenía en frente: sus maneras, su actitud levemente imperativa, el aspecto cuidado y saludable que, a partir de cierta edad, solo procura el dinero… No lo aparentaba, pero podía tener la edad de su madre. Si siguiera viva.

—Lo cierto es que quería consultar con ella otro asunto…

Dudó un instante. Por fin, se abrió la cremallera de la cazadora y sacó el dosier.

—Cuando me incorporé a la unidad, me asignaron el escritorio de la capitán Díaz. Allí encontré esto.

Deslizó la carpeta sobre la mesa, en dirección a Judith. La mujer no hizo el menor ademán de tocarlo.

—¿No quiere ver de qué se trata?

—Sé perfectamente de qué se trata. He visto esa carpeta durante años en el despacho de Rigo. Los informes, las fotos, las llamadas a deshora… Lo he visto todo.

Ángel asintió.

—¿Por qué cree que su esposa dejó esto en mi escritorio? No parece un simple olvido.

—Rigo está obsesionada, teniente —respondió con tono desabrido —. No es capaz de aceptar que, a veces, las tragedias simplemente ocurren, que no siempre hay un malo al que atrapar. Y usted es

demasiado joven para perder el tiempo con los fantasmas de una mujer amargada.

—Entiendo lo que dice —respondió Ángel, retirando el dosier—. No era mi intención importunarla.

Se puso en pie, dispuesto a marcharse.

—Aun así, me gustaría comentar con la capitán algunas coincidencias entre estos casos. Coincidencias que indican que quizás sí hubiera un… malo. —Se guardó el dosier dentro de la cazadora—. Si le pudiera pasar…

—Dígame, teniente, entre la información que Rigo le ha dejado, ¿está lo que encontraron en el ordenador de su sobrina?

Ángel calló. Negó con la cabeza.

—Yo adoraba a Lucía, ¿sabe? Esa niña era un encanto, pero no lo estaba pasando bien. Su hermana había muerto hacía tres años, sus padres se separaron al poco. Había mucha culpa y mucho resentimiento en esa casa. Seguro que eso no está en su carpeta. —Judith se cruzó de brazos, se masajeó la sien—. Cuando los informáticos abrieron el ordenador, vieron que llevaba meses visitando…, no sé ni cómo definirlo, webs de chicos que se quieren quitar la vida. —Volvió a mirar a Ángel—. Llevaba meses preparándolo, ¿comprende? Nadie la mató, lo hizo ella… Aunque ninguno entendamos por qué.

La noche había caído cuando Ángel llegó a su nuevo barrio. Callejeó sobre la Yamaha Tracer evitando el tráfico de la tarde y las furgonetas de reparto; antes de poder entrar en su calle, vislumbró los barridos de luz azul sobre las fachadas. Aquello no formaba parte de la iluminación de Navidad.

Giró la esquina y vio la ambulancia del 061 sobre la acera, el zeta de la Policía Nacional, los curiosos asomados a las ventanas… Enfiló la calle en dirección al parking, pero aminoró al pasar frente a su portal, presa de un terrible presentimiento.

Aunque no podía distinguir su rostro, sospechaba quién estaba dentro de la ambulancia, sedada, con oxígeno. Sí vio al crío sentado en los escalones del portal con una manta isotérmica sobre los hombros. Una psicóloga del servicio de emergencias se arrodillaba junto a él, lo reconfortaba con palabras en voz baja. Era imposible saber si el niño, con la vista hundida, escuchaba algo.

Hasta que levantó la cabeza y le miró directamente a él. Ángel detuvo la moto, se abrió la visera del casco. El niño estaba llorando, los ojos arrasados. No articuló palabra, pero Ángel sabía lo que estaba diciendo: «Esto ha sido tu culpa. Tú has despertado al monstruo».

13
No ser nadie

Al volante del Mazda 323, Andréi trataba de serenar sus pensamientos. La epinefrina y el cortisol aún le corrían por la sangre, y su organismo tardaría al menos media hora más en metabolizarlos. Durante ese lapso de tiempo, su cerebro continuaría en alerta, proclive a decisiones precipitadas.

Empujó la cinta que asomaba en el radiocasete y el city pop de los ochenta inundó el habitáculo. Era la música que sonaba en las radios y negocios japoneses de Vladivostok; formaba parte del paisaje urbano de su adolescencia y, con el tiempo, había descubierto que regresar a aquellos ritmos suaves y melódicos lo ayudaba a relajarse. Se obligó a respirar profundamente y a centrarse en la conducción, en los sonidos del cambio de marcha, en el rumor del motor.

Aún tardaría unos veinticinco minutos en llegar al apartamento de Nadja, tenía tiempo para meditar sobre sus próximos pasos. Se dijo que lo más difícil estaba hecho: habían logrado escapar. Pero ¿escapar de quién? Era evidente que las preguntas de Nadja suponían un inconveniente para alguien. Alguien con recursos, porque los que trabajaban para él no eran matones de discoteca. ¿Trataban de tapar el posible rastro que hubiera dejado la desaparición de Elka? ¿O todo aquello lo había disparado la simple

mención del tal «Volk»? Nunca había escuchado el nombre ni disponía de recursos para investigarlo, así que preocuparse por eso era un desperdicio de energía. Debía centrarse en lo que podía controlar: poner a Nadja a salvo, cubrir su rastro y esperar a que la marea bajara.

Primero recogería el pasaporte de su apartamento y se reuniría con ella en el hotel. Después comprarían un billete en alguna de las aerolíneas que tenían oficina en el aeropuerto, donde no quedara rastro electrónico de la transacción. Eso significaba hacer tiempo hasta las ocho de la mañana, hora en la que los mostradores levantaban la persiana. Marruecos, Argelia o Túnez serían buenos destinos para los primeros meses: países relativamente bien comunicados donde se podía vivir con mucho menos dinero que en Europa. En los próximos días, cuando la situación se hubiera calmado, recogería el coche de Nadja y le buscaría estacionamiento. No quería que terminara achatarrado, pues podía necesitar venderlo para disponer de más efectivo.

Llegó a Park Beach y utilizó el mando a distancia para abrir la verja automática. Circuló por las calles de la urbanización y aparcó en la plaza vacía que ella le había indicado. Solo unas cuantas luces salpicaban las ventanas de los apartamentos, vacíos la mayor parte de ellos en invierno.

El dúplex de Nadja daba directamente a la calle. Sintió un extraño reparo antes de insertar la llave en la cerradura. Adentrarse en su intimidad sin que fuera ella quien le franqueara el umbral le resultaba una especie de traición, pero era una traición necesaria. Pasó al recibidor y tanteó la pared en busca del interruptor; al pulsarlo, descubrió que la luz estaba desconectada. Alerta, miró a su

alrededor hasta atisbar un reflejo metálico en la penumbra del salón. Se movió para buscar cobertura, pero una voz lo disuadió:

—Ah, ah…, te tengo a tiro.

Sus pupilas comenzaban a adaptarse al interior de la vivienda, y no tardó en distinguir al hombre arrellanado en el sofá. Apoyaba en el brazo del asiento un arma que encañonaba directamente a Andréi.

—¿Dónde está la puta? —preguntó el pistolero.

El primer pensamiento de Andréi fue que había perdido el filo que una vez tuvo. Había dado por sentado que la orden de atrapar a Nadja era una decisión tomada esa misma noche, de modo que sus perseguidores eran justamente eso: individuos que corrían tras ellos, siempre por detrás. La presencia allí de un sicario, sin embargo, indicaba que alguien se había molestado en reunir información sobre ella para anticipar sus pasos.

Su segundo pensamiento fue más una apuesta que una conclusión: aquel hombre lo necesitaba para encontrarla, por lo que no tiraría de gatillo a la primera de cambio. Entró en el salón al tiempo que se movía hacia un costado, obligando al otro a corregir el ángulo.

—No sé de qué me hablas —respondió en ruso—, solo he venido a dar de comer a la gata.

Y sin mediar más palabras, se abalanzó hacia la escalera que llevaba a la segunda planta. La alcanzó de tres zancadas y, mientras subía los peldaños, se dijo que había ganado aquella primera apuesta.

Ahora las cartas se habían vuelto a repartir y comenzaba una mano diferente. El sicario esperaba un objetivo que no opusiera resistencia, pero se había encontrado con alguien capaz de

reaccionar ante la amenaza de un arma. No sabía quién era el recién llegado, desconocía sus recursos o si estaba armado, así que a partir de ahora sería más prudente y, por tanto, más peligroso.

La escalera desembocaba en un pasillo abierto a tres habitaciones y un cuarto de baño. En otras circunstancias habría huido por una ventana, pero no podía irse de esa casa sin el pasaporte de Nadja. Aquello lo obligaba a enfrentarse con las manos desnudas a un pistolero experimentado.

Se escabulló tras la última puerta y apoyó la espalda contra la pared. Resultó ser un vestidor. Mientras escuchaba a su perseguidor subir con pasos cautos, se apresuró a manipular el teléfono móvil. Por último, lo bloqueó y, agachándose junto al umbral, lo empujó para que se deslizara hasta la habitación de enfrente. Se incorporó y comenzó a contar mentalmente. Tres, cuatro, cinco…

El suelo del pasillo crujió bajo las primeras pisadas. Los pasos se detuvieron frente a la sala contigua y, tras un instante, oyó cómo la puerta se abría con violencia. Diecinueve, veinte, veintiuno…, continuó Andréi mientras imaginaba al otro barriendo con la punta del arma la estancia vacía. El pistolero no podía demorarse más de tres segundos si no quería descuidar su espalda.

La tarima volvió a crujir. Se desplazaba con pasos cortos, lo justo para aproximarse a la sala opuesta. Era el proceder habitual en una operación de asalto: despejar las habitaciones una a una, avanzar solo cuando estabas seguro de que no quedaban amenazas a tu espalda. Treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta… El estampido de la segunda puerta le confirmó la maniobra. Otros tres segundos. Oyó de nuevo los pasos, muy cerca, a apenas un metro de distancia.

El sicario se lo tomó con calma. Sabía que su presa estaba en una de las dos habitaciones que quedaban y la dilación siempre juega en contra de quien se esconde. Propicia su nerviosismo, lo empuja a cometer errores.

En la mente de Andréi, sin embargo, solo había una cuenta acompasada al ritmo de su respiración: cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve… La alarma del teléfono vibró desde la habitación de enfrente, y esa fue la señal que lo sacó de su trance. Se asomó justo a tiempo de ver cómo el pistolero, por puro instinto, desviaba el arma hacia la puerta de donde procedía el sonido. Una trampa simple, como lo son todas las que funcionan.

Andréi asaltó a su oponente por la espalda. Le estranguló con el brazo izquierdo mientras que, con la derecha, aferraba la mano que empuñaba la pistola. Antes de que su adversario pudiera revolverse, le clavó las rodillas en las corvas derribándolo de espaldas. Ambos cayeron al suelo y Andréi se apresuró a rodearle la cintura con las piernas y afianzar su presa en torno al cuello.

El pistolero, súbitamente consciente de la envergadura y fuerza de su asaltante, intentó liberar la mano para descerrajarle un tiro en la pierna, pero Andréi le torció el brazo hasta luxarle el hombro. El otro gruñó, reacio a abrir los dedos, pero el ruso le estampó la mano contra el suelo varias veces y la pistola rodó sobre el parqué.

Libre ya de la amenaza del arma, se aplicó por completo a la estrangulación: aseguró el brazo izquierdo bajo la barbilla y utilizó el derecho para cerrar la presa sobre la nuca. Su oponente se zarandeó con violencia, clavó los dedos en el antebrazo que le aplastaba las carótidas, pero su resistencia se volvía cada vez más laxa. Andréi mantuvo la presión aun cuando el otro dejó de moverse.

Una vez seguro de que no fingía, lo liberó y se dirigió a la pistola que le había arrancado de la mano. Sacó un pañuelo para recogerla, no quería sus huellas en el arma de un sicario. Pese a la escasa luz, en cuanto la sostuvo la identificó como una Serdyukov SPS: semiautomática, compacta, ideada para disparar munición *gyurza* capaz de atravesar chalecos antibalas. Era un arma habitual entre las fuerzas especiales rusas, lo que corroboraba sus sospechas: aquel hombre tenía formación militar o policial.

Andréi amartilló el arma y le apuntó a la cabeza. Sopesó las consecuencias de dejar un cadáver en el apartamento de Nadja. Finalmente, se agachó y apoyó dos dedos en la carótida; el pulso era débil y la respiración superficial, tardaría mucho en recuperar la consciencia. Optó por descargar el arma y desmontar la corredera; se guardó la pieza en el bolsillo, recuperó su teléfono y se dirigió al dormitorio de Nadja. Encontró el pasaporte y el dinero donde le había indicado.

No quería perder más tiempo, pero era reacio a dejar libre a un asesino que les daba caza. Arrancó el cable de una lámpara de pie y lo empleó en atar las muñecas del pistolero a la espalda, corrió el cable hasta los tobillos y los rodeó con varias vueltas. Después rebuscó en los bolsillos de aquel hombre hasta dar con su teléfono móvil. Lo desbloqueó con la huella dactilar del propietario y comprobó si contenía información útil. No había mensajes ni llamadas almacenadas en el historial y la cronología de Google Maps estaba desactivada. Terminó por llamar al 112:

—Llamo desde Park Beach… Sí, Estepona. Alguien entrado en casa de vecinos. He visto que desconectan alarma y fuerzan puerta. Sí…, apartamento 48.

No respondió más preguntas de la teleoperadora. Colgó y dejó caer el teléfono sobre el cuerpo inconsciente.

Pasaban las tres y media de la madrugada cuando aparcó en el garaje del hotel. Llamó a Nadja mientras subía en el ascensor: «El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura». Cerró los ojos y esperó con las manos en los bolsillos. Cuando las puertas se abrieron, cruzó el corredor con pasos largos. Tocó a la puerta de la habitación:

—Nadja, soy yo.

Insistió tras unos segundos. Por último, abrió con su tarjeta.

Lo primero que vio fue la ropa de cama revuelta. Los detalles lo golpearon entre los ojos: la lámpara caída, un cuadro astillado, la ropa de Nadja esparcida por el suelo, su móvil en un rincón. Reparó en que la puerta del baño permanecía entornada. Se aproximó con zozobra, como quien recorre un alambre sobre el abismo, abrió con cautela… Vacío, constató con alivio.

Después llegaron las preguntas, la primera y más evidente: ¿Cómo la habían encontrado? Estaba seguro de que no los habían seguido. ¿Alguien del personal había alertado a sus perseguidores? Improbable, había elegido aquel hotel al azar. La única respuesta lógica era que Nadja hubiera revelado su ubicación a alguien, pero sabía bien que no habría cometido esa estupidez. Entonces ¿cómo? ¿Alguien había triangulado su posición a través del móvil? Se necesitaba la colaboración de la operadora de telefonía para algo así.

Mientras las preguntas le martilleaban la cabeza, recorría la estancia en busca de respuestas. Su mirada vino a detenerse en el bolso de Nadja. Lo vació sobre la cama deshecha: maquillaje, un

tarjetero, un tampón, pañuelos… Y una pequeña chapa metálica con el famoso icono de la manzana mordida: un AirTag, un puto dispositivo de geolocalización, minúsculo y con una precisión de centímetros, que se podía comprar en cualquier centro comercial del planeta. Alguien se lo había deslizado a Nadja en el bolso, quizás su confidente de esa noche. Los hechos tendían a ser mucho más simples que las conjeturas.

Andréi se sentó al filo de la cama y hundió la cabeza entre las manos. ¿Qué podía hacer para encontrarla? No tenía aliados, no tenía recursos, no tenía informantes. Era un simple manitas que limpiaba piscinas y desatascaba cañerías. Allí no era nadie porque justamente eso es lo que había querido ser.

Casi rio desesperado cuando comprendió cuál era su única opción.

Miró una última vez la foto de Nadja en la pantalla del móvil. Sonreía a cámara bebiéndose la vida con sus enormes ojos verdes. Bloqueó el teléfono y se lo echó al bolsillo. Subió los escalones del puesto de la Guardia Civil, desierto a esas horas, y se dirigió a la agente junto a la puerta:

—Quiero denunciar desaparición.

Interludio
No hay más ley que nuestra voluntad

—¡Inclinaos ante el Gran Maestre! —exclamó el senescal con un golpe de báculo, y todos los presentes doblaron la rodilla formando un pasillo.

Vestían capas blancas como sudarios y se cubrían con máscaras de silicona; mientras se postraban en la penumbra, alzaban un cáliz vacío en la mano izquierda. Escucharon con la cabeza inclinada la llegada del Gran Maestre, cuyos pasos resonaban entre las columnas de la capilla como si en verdad viniera desde un lugar lejano.

Emergió de la oscuridad envuelto en una túnica roja con ribetes blancos, a imagen de los patriarcas de la Iglesia bizantina, y penetró en el resplandor difuso proyectado por los cirios. La fragancia de la cera quemada impregnaba la cámara y aturdía los sentidos.

La misteriosa figura se detuvo frente al primero de sus acólitos y escanció vino en su cáliz vacío, como símbolo del conocimiento transmitido. El senescal hizo repicar el báculo contra el suelo y el acólito se incorporó. A continuación, el Gran Maestre pasó al siguiente discípulo y, con la misma solemnidad y ceremonia, fue vertiendo vino de su jarra en cada una de sus copas, así como había vertido sus enseñanzas en sus mentes.

El último al que sirvió fue a su mano derecha y senescal, que inclinó la cabeza con devoción mientras su cáliz se colmaba. Por fin,

el Gran Maestre se sirvió a sí mismo y ascendió al altar. Sobre este unas palabras rezaban: «Saludamos al nuevo milenio».

Viktor observó a su pequeña camarilla, diez compañeros y ocho compañeras, todos estudiantes de la Universidad Lomonosov. Lo mejor de la sociedad moscovita. Se retiró su máscara y todos hicieron lo mismo; después dejaron caer sus capas al suelo, quedando desnudos en la penumbra.

—Queridos míos, estamos aquí reunidos para expandir nuestra conciencia y dar la bienvenida al nuevo milenio como seres plenos, liberados por fin de las ataduras morales de los que nos precedieron, de la miseria intelectual de los que solo adoran el poder y la riqueza, liberados del deseo que otros imponen sobre nosotros. Somos seres superiores que han trascendido las inhibiciones y las normas de este mundo corrupto, y como tal le damos la espalda. —Viktor alzó el cáliz hacia las tinieblas—. ¡No hay más ley que nuestra voluntad!

—¡No hay más ley que nuestra voluntad! —respondieron las dieciocho gargantas, y apuraron sus copas con vehemencia.

Después se aproximaron unos a otros, se besaron y se acariciaron. Se hicieron el amor bajo la atenta mirada del Gran Maestre.

14
Desagravio

—¿Teniente? —llamó la enfermera.

Ángel levantó la mirada.

—Está despierta, puede entrar a verla —le informó con voz cálida antes de alejarse por el pasillo.

Se puso en pie y observó la puerta entornada. A solas en la calma blanca y aséptica de la UCI, Ángel sentía un falso sosiego. Sabía que la tormenta lo aguardaba al otro lado. La rabia nunca se había ido; ahora, simplemente, corría más profunda.

Empujó la puerta de la habitación con suavidad y entró.

La mujer —había descubierto que se llamaba Virginia— estaba reclinada en la cama con la mirada vuelta hacia la noche más allá del ventanal. Allí, en el reflejo del vidrio, Ángel vio la mejilla tumefacta, la nariz entablillada, el ojo reventado. Vio la vía clavada en el dorso de la mano, goteándole tramadol en la sangre y la consciencia, vio la férula que abrazaba los dedos quebrados, vio la expresión ausente, desencantada con esta vida. Y se vio a sí mismo, impasible, tranquila la mirada y crispado el puño sobre el marco de la puerta.

Virginia volvió el rostro hacia él, no mudó la expresión. Pese a la violencia que la había desfigurado, aún podía intuirse que era una mujer hermosa. Como lo fue la madre de Ángel.

—¿Cómo se encuentra?

Ella no respondió. La pregunta había sido una estupidez, no se le daba bien aquello. En la academia habían descubierto que era bueno interrogando a sospechosos, sacando a relucir las contradicciones, analizando los patrones casi imperceptibles de la comunicación no verbal. Un interrogatorio, al fin y al cabo, era lo opuesto a una conversación trivial: había un objetivo, un puzle que resolver, un rival al que batir.

Pero hablar con testigos, o aún peor, con las víctimas, tenía un componente emocional que lo desgastaba. Nunca había sabido mostrar empatía o dar consuelo. No es que no lo sintiera, es que no sabía expresarlo. Las fórmulas y conductas socialmente aprendidas solían ser útiles, pero Ángel había descubierto que no servían si se quería establecer una conexión real.

—¿Me culpa de lo que le ha sucedido? —preguntó.

Virginia parpadeó. Regresó a este mundo.

—Usted es el policía que vive abajo… —Los calmantes le embotaban los sentidos y la voz.

—Nos conocimos en el ascensor. Iba con su hijo. —Tardó en añadir—: Después conocí a su marido.

Ella cerró los ojos. El llanto le torció los labios, pero no se llegó a romper. Tragó saliva y terminó por negar.

—No, no le culpo —dijo con la voz más despejada—. Es el ciclo habitual. Cada seis o siete meses, Emilio estalla. Si no hubiera sido usted, habría sido cualquier otra cosa.

Ángel arrastró una silla y se sentó junto a la cama.

—Cuando los agentes vinieron, ¿por qué no interpuso la denuncia?

Ella negó al tiempo que apartaba la mirada.

—No es tan sencillo.

—Se ha abierto una investigación, pero si insiste en exculparlo, quedará en nada. —Se inclinó hacia ella—. Hay casas de acogida, protección para usted y su hijo durante el proceso. Tenemos recursos, pero debe ayudarnos.

—Si hiciera eso, me lo haría pagar de la peor forma posible.

—Hay pocas cosas peores que esto, Virginia.

—Para una madre, sí las hay.

Ángel exhaló un aire tibio, un hálito que manaba desde el fuego que le ardía en las tripas.

—¿Le ha puesto la mano encima al niño?

—Nunca —musitó—. Pero si yo me revolviera contra él…, buscaría hacerme todo el daño posible. Y lo haría a través de Daniel.

—¿La ha amenazado con eso?

—No hace falta que lo diga. —Hundió la nuca en la almohada; dos lágrimas brotaron desde la comisura de sus ojos—. Cuando me hace… esto, deja que Daniel lo vea. Quiere que sepa que su madre no puede defenderse, que no puede defenderlo.

Ángel se removió en la silla. Las manos comenzaban a temblarle, así que las ocultó en los bolsillos de la cazadora.

—Cree que así protege a su hijo, pero el niño ya está sufriendo. Cada día cae en un pozo más y más profundo.

Virginia negó, se secó las lágrimas.

—Mientras solo me pegue a mí, estará bien.

—¿Por cuánto tiempo, Virginia? Tarde o temprano la tomará con él. Bastará con que un día su hijo deje de mirarle con miedo y empiece a mirarlo con odio.

—No lo entiende, no ha vivido en esa casa.

Podría haber respondido tantas cosas, pero optó por guardar silencio. Conocía bien ese miedo que va sedimentando en los huesos y esclaviza la mente; era una jaula que no se podía forzar desde fuera.

—Por favor, márchese —zanjó ella.

Y volvió de nuevo el rostro hacia la noche.

Somer subía en el ascensor de la comandancia; tarareaba entre dientes algo parecido a «Jingle Bells». Era tarde, venía del almuerzo que, cada año, celebraban las oficiales y suboficiales de la Guardia Civil en la provincia. En su primer año no le gustó cómo sonaba aquello: ¿Por qué solo mujeres? ¿Y por qué solo de la escala de oficiales, por qué no también las guardias? Ahora comprendía que estaba bien tener un día al año para poner a parir a los compañeros que les miraban el culo y a los mandos que las miraban por encima del hombro.

La comida se había alargado con las copas de la sobremesa, y ahora, pasadas las siete de la tarde, volvía para asegurarse de que Riquelme no le hubiera dejado sobre la mesa nada urgente. Sería una putada muy propia de su comandante.

La puerta del ascensor se abrió a la planta oscura y en silencio. Solo un puesto de trabajo permanecía iluminado por el resplandor blanco del monitor. Chascó la lengua en señal de desaprobación.

—¿Aún aquí? —preguntó al llegar junto al escritorio.

—Un momento —respondió Ángel mientras terminaba de teclear.

Por fin, volvió hacia ella una mirada cansada. Su expresión cambió al verla.

—¿Qué? —inquirió Somer.

—Nunca te había visto con el pelo suelto.

Somer se contempló un instante: tacones negros, medias claras, falda muy corta de cuadros escoceses. La asaltó un estúpido pudor y se cubrió las piernas con el abrigo que sujetaba entre las manos.

—¿Por qué no te has ido ya a casa? —insistió tras un carraspeo.

—Estoy terminando de fundamentar el oficio a la juez.

—Te dije que no te quería aquí más tarde de las seis.

—Nadie me está esperando y el trabajo me ayuda a distraerme.

—Encuentra otras formas de distraerte —le ordenó Somer—. Vete al cine, o a ver las luces de la calle Larios.

—La gente no calla en el cine. Tampoco me gustan las multitudes ni la iluminación navideña.

Ella levantó la vista y negó para sí. Era complicado discutir con quien lo llevaba todo a la literalidad.

—No me trago esa pose antinavideña, te he visto coger polvorones de la bandeja.

—No es una pose antinavideña. Me gusta la Navidad familiar, pero me da igual la Navidad religiosa e intento evitar la Navidad consumista e histriónica.

—Ya veo —dijo ella—. Entonces ¿vuelves a Madrid por las fiestas?

—¿Por qué iba a volver a Madrid?

—Acabas de decir que te gusta la Navidad en familia —respondió con impaciencia.

—No tengo familia.

Por la expresión perpleja de la capitán, Ángel supo que debía añadir algo más:

—Mi madre murió cuando yo era un niño y mi abuela murió hace tres años. Supongo que ahora el cuerpo es mi única familia —añadió

con pretendido sentido del humor.

—Joder… —murmuró Somer—. ¿Y no tienes a quien visitar en estas fechas? ¿Algún pariente, amigos…?

—Ni siquiera tengo casa en Madrid. Vivíamos en el piso de renta antigua de mi abuela.

—Vaya…, lo siento mucho.

—¿Por qué? No tiene nada que ver contigo.

—¿Como que por qué…? —Sacudió la cabeza—. Da igual. Buenas noches, supongo.

Apenas se había dado la vuelta cuando regresó sobre sus pasos:

—¿Sabes? No te voy a dejar aquí trabajando. Apaga el ordenador, es una orden.

—Claro, ya había terminado.

—Así me gusta. —Dudó un instante antes de añadir—: Y tampoco voy a dejar que pases la Navidad solo, te vienes a mi casa.

Ángel la miró con extrañeza.

—Capitán Somerset, ¿es posible que esta sea una de esas cosas que se dicen con dos copas de más y de las que te arrepientes al día siguiente?

—Es posible —corroboró ella.

—No es que me disguste pasar la Navidad con tu familia…

—Mi familia estará en Taunton.

En cuanto lo dijo, se llevó la mano a la sien y agachó la mirada, consciente de lo que aquello parecía.

—No es que me disguste —repitió Ángel—, pero preferiría que me extendieras esta invitación en otro momento. Para asegurarme de que sigue pareciéndote una buena idea estando sobria.

Ella negó con la cabeza aún gacha.

—Apaga el ordenador y vete a casa de una vez, por favor —dijo un tanto avergonzada. Después recogió el dosier que tenía sobre su escritorio y se despidió.

Una vez se cerraron las puertas del ascensor, Ángel rescató el papel que había enviado a la impresora justo antes de que Somer hiciera acto de presencia. Leyó por encima: Emilio Martín Torres, treinta y cuatro años, DNI, dirección postal… Antecedentes por un delito de lesiones en 2012 —altercado al volante— y por un delito de daños en 2018 —le reventó el parabrisas a un VTC—. La base de datos de tráfico y el registro municipal le indicaron su número de licencia de taxi, vehículo y matrícula.

Sopesó un instante qué hacer con aquello. Finalmente, lo guardó en el bolsillo de la cazadora y se dirigió al ascensor.

Colocó la peonza sobre la mesa de centro y la hizo girar. La punta trepidó al deslizarse sobre el cristal hasta alcanzar un delicado equilibrio centrífugo. Mientras la llovizna repicaba contra las ventanas, Ángel se abstrajo en la contemplación de la pieza de titanio, se perdió en el momento angular que la sostenía en pie y la convertía en el eje de todo su universo… Una puerta se abrió en el pasillo.

Escuchó cómo la doctora Galán despedía al último paciente de la tarde. Después entró en la sala de espera y se cruzó de brazos:

—¿Qué es eso tan urgente?

Ángel detuvo la peonza con los dedos y el universo recuperó su precario equilibrio. Se la echó al bolsillo.

—¿Quiere que pasemos? —preguntó él señalando el despacho.

—¿Quiere que le cobre la consulta? —respondió la psiquiatra—. Será mejor que nos quedemos aquí y mantengamos esto como una charla distendida.

—¿Una charla distendida está sujeta a secreto profesional?

—Mientras sea mi paciente, todo lo que hablemos es confidencial.

Estuvo a punto de replicar que prefería pagar y hacer las cosas como es debido, pero la mirada inquisitiva de Alma Galán le dio a entender que no iba sobrada de paciencia. Así que se reclinó en el sofá y buscó las palabras. Tras un suspiro, optó por soltarlo sin más:

—Mi abuela solía decir que yo era su ángel de la guarda —comenzó—. Estaba convencida de que había llegado a este mundo para cuidar de mi madre. Y cuando ya no estuvo, me quedé sin nadie a quien cuidar. —Se pasó la mano por la nuca—. Me temo que todo aquello solo estaba en sus ojos.

—No creo que esta sea una conversación urgente, Ángel.

Él ignoró el reproche, abstraído en unos recuerdos que eran más sensaciones que memoria.

—Me esforzaba por portarme bien, eso sí lo recuerdo. No quería darle motivos para arrepentirse de aquella maternidad sobrevenida. Supongo que, de algún modo, intenté convertirme en lo que ella quería ver.

Alma Guerrero suspiró y se sentó en una silla frente a él.

—¿Por eso eligió su profesión? ¿Quería ser el ángel guardián que veía su abuela?

—Es un buen motivo, ¿no le parece? —dijo con un punto de cinismo—. Uno plausible, amable… Una buena historia que contarme a mí mismo.

—¿Acaso tiene otros motivos menos amables? —Alma se retiró las gafas. Su mirada, cansada por la larga jornada, denotaba no obstante un genuino interés—. ¿Cree que hay malos motivos para hacer algo bueno?

—Sí, lo creo.

—¿Como cuáles?

—Dolor, rabia…, retribución.

Ella asintió.

—Aun así, ¿no le parece que ayudar a otros es una buena forma de canalizar esas emociones negativas?

—Quien se mueve por rabia no busca justicia, doctora, busca venganza.

—¿Por eso quería verme esta noche? ¿Teme estar buscando venganza?

—Temo no poder encontrarla.

Pasaban las diez de la noche y Ángel era el último cliente en el Hopper's, un local donde servían desayunos por la mañana y cócteles por la noche. El bar —o cafetería— estaba cerca de su piso y, al pasar de largo, siempre le llamaba la atención la enorme cristalera en esquina que permitía observar a la clientela en el interior: gente distendida e interesante, envuelta en una luz diáfana que invitaba a sumarse a la escena.

Esa noche, sin embargo, no había conversaciones alrededor de las copas, solo un hilo musical que desgranaba temas navideños en versión acústica. Acodado en la barra anexa al ventanal, Ángel observaba la lluvia fina y persistente que se materializaba bajo la luz de las farolas. En la mano derecha sujetaba un botellín que no había

probado; la izquierda descansaba sobre el casco de la moto. El teléfono vibró en el bolsillo de los vaqueros y lo distrajo de su vigilancia.

Leyó el mensaje de Somer: «Hay novedades en el caso de los concejales. Mañana te cuento». Y un segundo mensaje: «Espero que te fueras a casa cuando te dije».

Bloqueó el móvil y lo devolvió al bolsillo. Al levantar la vista, descubrió los faros que emergían del aparcamiento y se incorporaban a la circulación. Comprobó la matrícula: era el taxi que estaba esperando. Dejó un billete de cinco euros sobre la barra y salió a la calle. Montó en la Yamaha, se ajustó el casco y bajó la visera; sus ojos desaparecieron tras el cristal tintado.

No le costó seguir al taxi a través de la ciudad. Mantenía encendida la luz roja sobre el techo pese a no llevar ocupantes. El conductor terminó por incorporarse a la MA-20 y, pocos kilómetros después, tomó la salida hacia la depuradora del Guadalhorce. Ángel se mantuvo a una distancia que no resultara sospechosa y desconectó los faros cuando se adentró en las destartaladas calles del polígono industrial.

Cabía la posibilidad de que el taxista estuviera atendiendo una llamada, pero sospechaba que lo urgían motivos menos profesionales. Un enorme corazón de neón recortado contra la noche terminó por corroborar sus conjeturas. El vehículo se internó en los aparcamientos del club y el motorista se detuvo en la acera. Al cabo, Emilio Martín Torres salió de su taxi jugueteando con las llaves, saludó a las parejas repartidas por la entrada y se perdió en el interior del local.

Con calma ceremonial, Ángel desconectó el motor y se ajustó los guantes. El cuero crujió al rodear el puño izquierdo con la cadena de la moto. Desmontó y cruzó el aparcamiento tras los pasos del taxista.

—¡Eh!, ¿adónde vas? —le advirtió una de las chicas al verlo con el rostro embozado.

La ignoró y se adentró en la atmósfera malsana del prostíbulo. La música, pulsante y reiterativa, le llegaba amortiguada a través del casco; la visera oscurecía aún más aquella penumbra saturada de humo y luces led, pero no le costó orientarse entre las mesas y sortear a las camareras. Todas las miradas apuntaban al escenario, donde una bailarina menuda y musculosa se enroscaba alrededor de una barra de baile.

El motorista se detuvo en el centro de la sala y miró a su alrededor; destellos rosas y azules se deslizaban sobre la superficie del casco. No tardó en divisar al hombre, sentado con una mujer sobre su regazo. Alternaba entre el vaso que sujetaba en una mano y la botella de champán barato que ella le escanciaba en la lengua. Parecía exultante, como si tuviera algo que celebrar.

Se aproximó a la mesa y el otro lo miró de arriba abajo con gesto burlón:

—Joder, ¿aquí también entregáis paquetes? —rio mientras le daba un trago al vaso de tubo.

El motorista golpeó el cristal y se lo reventó contra la boca. La mujer se puso en pie, horrorizada al ver cómo la sangre estallaba sobre su top de gasa blanca. El agresor, no conforme, sujetó al otro por la nuca y le estrelló la nariz contra la mesa. La sangre manaba ahora con tal profusión que el taxista debía boquear para tragar aire.

Sin darle tiempo a asimilar lo que sucedía, le enredó los dedos en el pelo y tiró hasta derribarlo de la silla.

Lo arrastraba hacia la salida cuando uno de los camareros saltó sobre el mostrador y se interpuso en su camino. El motorista lo recibió con el puño encadenado, encajándole un golpe que le drenó todo el aire de los pulmones. Retomó su marcha mientras el otro quedaba atrás, buscando el suelo con la mano para no desplomarse.

Mientras lo arrastraba, su presa se retorcía y pataleaba ante la pasividad de la parroquia. Al cabo de unos metros, el motorista se quedó con un puñado de pelo en la mano, arrancado de cuajo por las continuas sacudidas. Sin más contemplaciones, le metió los dedos enguantados en la boca y siguió tirando mientras el otro se aferraba a su muñeca con desesperación, en un intento de que no le desencajara la mandíbula.

De esa guisa lo llevó escaleras abajo y lo arrojó sobre el asfalto cuarteado del aparcamiento.

—¿Quién coño eres? —chilló el otro, con sangre y vómitos empapándole los labios.

El motorista le calló la boca de dos puñetazos y volvió a arrastrarlo, momento en el que dos hombres salieron precipitadamente del burdel. Uno de ellos aún se remetía los bajos de la camisa en los vaqueros. Un tercero se bajó de un taxi recién aparcado y cerró la puerta con gesto fúnebre:

—¡Emilio! —gritó—, ¿estás bien?

—¿Tú qué coño crees? —gimoteó el otro desde el suelo.

—¡Cabrón, te vamos a matar! —amenazó con el dedo uno de los que habían salido del local.

La escalinata del prostíbulo se había convertido en un improvisado palco donde se iban apiñando autónomas y clientes. Ninguno pisaba el suelo de alquitrán, dejando claro su papel de meros espectadores en aquel drama costumbrista.

Los dos compañeros de Emilio, sin embargo, rodearon a su adversario con un movimiento de tanteo, indecisos ahora que veían que el otro no se amilanaba. El motorista giró para no perderles la cara, hasta que su cabeza se sacudió con un terrible impacto. Trastabilló un par de pasos y apoyó una rodilla en el suelo. Volvió la cabeza a tiempo de ver cómo el que se había bajado del taxi empuñaba un bate de madera. No tuvo oportunidad de dilucidar mucho más: alguien le pateó la cabeza y cayó de costado, momento en el que una lluvia de golpes arreció sobre su cuerpo.

Sintió cómo el miedo y la confusión ganaban densidad en el mismo centro de su ser. Un núcleo negro y compacto cuya fuerza gravitacional lo arrastraba hacia su interior, anulaba su mente, plegaba su cuerpo sobre sí mismo… Una sensación tan familiar como el aguacero que se abatía sobre él. Pero ya no era un niño. Ahora sabía que cerrar los ojos y dejar el mundo fuera no servía, pues el mundo no desaparece por la simple negación de su existencia. El mundo termina por abrirse camino hasta ti, y si no estás preparado, te devora.

De improviso, la lluvia amainó y unos dedos palparon bajo el casco buscando el cierre de la correa. Allí estaba de nuevo. La mano que tantea implacable bajo la cama, que no le da respiro, que lo agarra por el tobillo y lo arrastra al exterior. Por desgracia para ellos, llevaba toda una vida aprendiendo a no ser una víctima.

Atrapó la mano que intentaba arrancarle el casco y pasó el otro brazo entre las piernas del taxista. Apoyó un pie en el suelo y se incorporó proyectándolo sobre su espalda. Sin saber muy bien cómo, el otro se vio arrojado contra uno de sus compañeros.

El motorista se revolvió buscando, en primer lugar, al que sostenía el bate. Este ya lo alzaba sobre su cabeza, dispuesto a descargarle un nuevo mandoble, pero su oponente detuvo el arma sujetándola por la parte más próxima a la empuñadura. Antes de que el bateador pudiera reaccionar, le clavó un puñetazo en el centro del pecho. El esternón crujió con la misma consistencia que el *makiwara* de entrenamiento y el taxista se tambaleó hacia atrás.

Aquello le dio la oportunidad de girar y ubicar a los otros. Emilio había recuperado el aliento y se disponía a recuperar también su dignidad clavándole una navaja entre las costillas. Antes de que tentara la primera puñalada, el motorista le arrancó la hoja de una patada al tiempo que aprovechaba la inercia del giro para estrellarle el codo contra la barbilla. Volvió a girar y golpeó con una patada hacia atrás al del bate, que aún se sostenía.

Ángel giraba en un equilibrio perfecto. Su mente era el ojo de un huracán vuelto sobre sí mismo, consciente solo de su propia calma, ajeno al vértigo y al caos que sembraba a su alrededor. Al cabo de un lapso indefinido, en el aparcamiento solo quedaba él en pie.

Cuando se supo a solas, se volvió hacia el hombre en cuya busca había venido. Estaba tendido de espaldas, apenas consciente, entregado a una respiración estertórea y superficial. El último codazo le había destrozado la barbilla y le había fundido los plomos. Ángel, con el cuerpo entumecido por los golpes, se inclinó sobre él y volvió a arrastrarlo. El otro nada hizo por resistirse.

Lo llevó junto a su taxi, rompió la ventanilla con el puño encadenado y abrió la puerta desde el interior. Después, con un gruñido, levantó al taxista por la pechera y le metió la cabeza dentro del habitáculo. Abrió la hoja de par en par, dispuesto a triturarle el cráneo a portazos, pero su víctima, en un atisbo de lucidez, alcanzó a negar lastimeramente.

Ángel, con el filo de la puerta en la mano, contempló los labios reventados, la nariz aplastada, la equimosis que se extendía bajo la piel como un cáncer tumefacto. Seguía pareciéndole insuficiente, un atisbo del desagravio que aquella mujer merecía… Pero terminó por darse la vuelta y marcharse de allí.

Mientras caminaba hacia la moto, escuchaba el llanto desconsolado del hombre al que había perdonado la vida. Apresuró la marcha, pues con cada sollozo temía volver sobre sus pasos para poner fin a tan miserable sufrimiento.

Interludio
Bosque de sal

Lucía cerró la puerta de su dormitorio, dejó caer la mochila en el suelo y lanzó la sudadera sobre la cama. Se apresuró a conectar el ordenador, debía aprovechar ahora que estaba sola en casa.

El sistema operativo tardó una eternidad en arrancar. Mientras esperaba, abrió la aplicación de música del móvil y eligió un tema de Sierra. La música sintetizada, grave y oscura, hizo palpitar los bajos del teléfono. Lo dejó junto a ella, en el escritorio, y tableteó con las uñas sobre el ratón. En cuanto el navegador estuvo disponible, lo ejecutó.

Inició sesión de incógnito y sacó de los vaqueros un pequeño papel arrugado. Antes de desplegarlo, miró por encima del hombro para asegurarse de que la puerta seguía cerrada. Había dos líneas manuscritas a lápiz; la primera era una dirección IP de doce cifras separadas por puntos. Dejó el papel sobre el teclado y transcribió cuidadosamente los dígitos en la barra del navegador. Respiró hondo antes de pulsar intro.

La página, sepultada entre los millones de sitios sin indexar de la *deep web*, cargó de inmediato. Frente a los ojos de Lucía aparecieron dos cajas de texto vacías. Escribió su dirección de correo electrónico y transcribió la segunda línea de dígitos anotada en el

papel. Volvió a pulsar intro. Al cabo, cargó la desfasada interfaz de un viejo foro.

En la cabecera se leía el nombre del sitio, «Bosque de sal», flotando sobre un ominoso paisaje de árboles retorcidos y atormentados. Debajo, un escueto saludo: «Bienvenidos al bosque que surgió de nuestras lágrimas». Nerviosa, Lucía recorrió con el cursor los distintos hilos del foro: «Edificios abandonados», «Bosques remotos», «Estaciones abandonadas», «Mil formas de decir adiós», «Los que quedan atrás», «Mar de estrellas»… Intuía el contenido de cada uno, pero optó por el primero: «Bienvenid@s». Al clicar comprobó que el sistema le había asignado automáticamente un código de invitado.

Cerró los ojos, quiso escribir, pero las manos le temblaban. Las apoyó sobre las rodillas y se obligó a reunir fuerzas. Finalmente, tecleó: «Busco a alguien que esté dispuesto a acompañarme», y lo publicó.

La frase quedó suspendida en el centro de la pantalla. Estaba hecho, había dado el primer paso. Al día siguiente volvería y comprobaría si alguien había dejado una respuesta. Deslizó el ratón hasta la esquina de la ventana, pero, antes de que cerrase el navegador, alguien respondió:

«Yo estaré contigo».

15
Telaraña

Ángel torció el gesto cuando el ascensor se detuvo abruptamente en la tercera planta. La más pequeña compresión de las vértebras, incluso el simple peso de la cazadora sobre los hombros, le recordaban que tenía el cuerpo lacerado y cubierto de hematomas. Por suerte, no habían llegado a romperle ninguna costilla y el casco le había protegido la cabeza y el rostro, lo que le ahorraría alguna que otra explicación.

Quizás debería sentir vergüenza o arrepentimiento por sus acciones, pero cada vez que transitaba aquel camino, a su regreso jamás hallaba el menor atisbo de contrición en su conciencia. Más bien al contrario: sentía una paz mental que se prolongaba durante días, una satisfacción que podía paladear junto al sabor oxidado de la sangre en su lengua.

—¡Teniente! —lo asaltó Riquelme.

Se detuvo en seco sin saber muy bien qué esperar. El comandante le apoyó ambas manos en los hombros y lo sacudió con vehemencia.

—Bien hecho. —Le palmeó el hombro con inopinado entusiasmo antes de seguir su camino.

Ángel contuvo un gruñido y permaneció un instante con los ojos cerrados. Por un momento tuvo la confusa ensoñación de que lo

felicitaba por lo que había hecho la noche anterior. Cuando el dolor remitió, prosiguió hacia su puesto.

—¡Lobo! —lo llamó Fernández desde su escritorio—, de un oficial novato se espera que nos alivie el trabajo, no que nos dé más —le advirtió, socarrón.

El interpelado asintió sin saber muy bien a qué venía todo aquello. Finalmente, halló a Somer esperándolo junto a su mesa. Por algún motivo, le sonreía con malicia.

—Una felicitación de Riquelme no se ve todos los días. Enhorabuena, teniente. —Y le descargó en el hombro un puñetazo cargado de premeditación—. ¿Qué te ha pasado aquí? —le preguntó mientras Ángel encogía el brazo.

—Clases de *kickboxing* —rehuyó—. ¿A qué ha venido lo de Riquelme?

—Lo de Gibraltar está dando sus frutos. Tener indicios de que los pagos se hacían desde el peñón nos ha permitido hablar con Interpol. Ellos a su vez han hablado con la National Crime Agency, que a su vez han hablado con nuestros amigos de la Royal Gibraltar Police… —Ángel le hizo un gesto para que abreviara—. En resumen, tenemos el nombre del testaferro que lleva el *cash* a Gibraltar. Los ingresos se hacen a nombre de una empresa que ofrece servicios de…, ¡vamos, los dos juntos…!

—Consultoría —dijeron al unísono.

—¡Eso es! La actividad favorita de toda empresa pantalla —concluyó Somer.

—¿Le hemos puesto vigilancia al testaferro?

—Fernández está solicitando el auto a la juez.

—Es la quinta solicitud que fundamento este mes —protestó Fernández sin levantar la vista de la pantalla—. Como después de todo el trabajo venga la UCO a llevarse la medalla…

—Los de la UCO no mueven el culo por unos concejales —replicó Somer—. Solo de alcaldes para arriba.

Ángel se llevó a la capitán a un aparte:

—Sobre el otro asunto…, ¿has podido hablar con los de delitos tecnológicos?

La expresión de Somer se ensombreció. «El otro asunto» no le resultaba tan excitante como dar caza a un puñado de concejales corruptos. Lo de la sobrina de Díaz era un tema incómodo en esa oficina y, sinceramente, no entendía el interés de Lobo por removerlo.

—Aún conservan el expediente de la chica, pero como no hubo investigación oficial, no pudieron ir mucho más allá. —Bajó la voz antes de agregar—: Puede que la cabo Rubio te diga algo, ella fue la que más ayudó a Díaz.

Rubio resultó ser una joven retraída de mirada esquiva y pocas palabras, salvo cuando hablaba de algo que despertara su interés. Entonces el entusiasmo le vibraba en la voz como una cuerda de guitarra, tal como Ángel comprobó en cuanto le preguntó por sus indagaciones sobre Lucía Guerrero.

—La verdad es que fue más jodido de lo que me esperaba —dijo la cabo mientras rescataba una pequeña unidad SSD de la mochila. La conectó a uno de los portátiles que tenía abiertos sobre la mesa —. Que conste que lo hice en casa y con mi propio equipo —añadió, sin mirarle en ningún momento a los ojos.

—No se preocupe por eso —la tranquilizó.

El Equipo de Delitos Tecnológicos se encontraba en un semisótano ubicado junto a la sala de servidores. La luz, oblicua y mortecina, penetraba desde unos tragaluces próximos al techo; el persistente ronroneo de los discos duros y los NAS, sumado al calor que disipaban los equipos informáticos, hacían que el lugar se antojara incluso apetecible en una fría tarde de invierno.

Los dedos de Rubio bailaron sobre el teclado e hicieron volar el cursor por la pantalla, navegando por el laberinto de carpetas y subcarpetas que compartimentaban la unidad. Segundos después se desplegó un escritorio de Windows; tenía como fondo de pantalla la célebre portada del *Unknown Pleasures*, de Joy Division.

Ángel comprendió que estaba viendo el escritorio de Lucía Guerrero.

—Había encriptado el disco duro —explicó Rubio—. No es algo habitual, pero tampoco un obstáculo insalvable.

—Entonces ¿ese es su disco duro? —preguntó Ángel, señalando la pequeña unidad que la cabo acababa de conectar.

Ella se detuvo un instante, atónita por la pregunta.

—No, eso es un SSD externo. Ahí creé una imagen forense del disco duro. Después utilicé Hashcat para ejecutar un ataque de fuerza bruta contra el encriptado. Tardé dos semanas en abrirlo, pero pude acceder a todo el contenido.

Ángel asintió con expresión circunspecta. Intuía en la cabo Rubio cierta propensión a explayarse en aspectos técnicos, así que trató de encauzar la conversación hacia terreno firme:

—Hablé con la esposa de la capitán. Me dijo que la muchacha visitaba webs de contenido… preocupante.

—Me costó recuperar el historial de navegación. Debí reconstruirlo a partir de los archivos temporales del sistema porque lo borraba después de cada sesión. —Negó para sí—. Eso, desde luego, no es buena señal.

—¿Por qué no es una buena señal?

Rubio giró la cabeza para mirarlo de soslayo; el resplandor de las pantallas se reflejó en los cristales ambarinos de sus gafas.

—La mayoría de estos chicos dejan un rastro de lo que planean hacer. En el fondo no quieren quitarse la vida, solo quieren comprobar si hay alguien que se preocupe por ellos. Es como un grito de auxilio. —La cabo volvió la vista a la pantalla—. Pero ese no era el caso de Lucía. Ella se documentó a fondo, fue metódica y se preocupó en todo momento de no dejar rastro. Parecía muy decidida.

Seleccionó con el cursor un puñado de carpetas que contenían archivos HTML. Los ejecutó en el navegador y las ventanas comenzaron a abrirse en cascada.

—Estuvo buscando información sobre el suicidio y la depresión durante meses, como si intentara comprender lo que le pasaba por la cabeza. Después comenzó a buscar notas de suicidio.

—¿Hay notas de suicidio en internet?

—En la comunidad online llaman «notas de suicidio» a las últimas publicaciones de alguien que se ha quitado la vida —aclaró Rubio—. Lo normal es que los buscadores no indexen contenido con la palabra «suicidio» o similar; ese tipo de búsquedas solo muestran páginas de apoyo, como el Teléfono de la Esperanza. Pero la web está llena de blogs abandonados, perfiles de redes sociales o viejas cuentas de MySpace de personas que terminaron suicidándose. Los

chavales las conocen, las comparten y las leen para saber qué sentían esas personas antes de dar el paso. —Rubio amplió una de las ventanas—. Lucía fue bajando por esa madriguera de conejo hasta terminar aquí, en un foro de la *deep web*.

Ángel observó que el sitio no tenía un dominio adjudicado, su dirección URL era una simple sucesión de números. El título del foro, «Bosque de sal», flotaba sobre un paisaje anegado de niebla.

—El nombre y la imagen hacen referencia a Jukai, el bosque de los suicidas en Japón. —Rubio movió el cursor sobre la cabecera—. Es un lugar célebre dentro de esta subcultura. Todos los meses aparece alguien colgado de las ramas.

—¿Llegó a entablar contacto con alguien del foro?

Rubio le mostró una escueta conversación:

»Guest 833: Busco a alguien que esté dispuesto a acompañarme.
»Lonewolf: Yo estaré contigo.

Así que ahí estaba, la piedra sobre la que Rigo Díaz había erigido todas sus certezas. Alguien se había ofrecido a estar con su sobrina en sus últimos momentos. No con la intención de disuadirla, no para salvarle la vida, sino para ser testigo de sus instantes finales, acaso para animarla si su voluntad flaqueaba.

Si ese encuentro se había consumado, el suicidio de Lucía no sería una simple tragedia sobrevenida. Habría un segundo actor implicado, y el papel que hubiera jugado aún estaría por esclarecer. Si a ello se le sumaba la droga encontrada en el cuerpo de la muchacha, podía entender la obsesión que había consumido a Rigo Díaz durante los últimos años.

Pero él debía recorrer el camino opuesto al de la capitán. Ella estaba convencida de que la muchacha no se había quitado la vida por sí sola y había buscado hechos que corroboraran esa certeza. Era un error frecuente entre los investigadores que se dejan llevar por una corazonada: solo prestan atención a los datos que ahondan en su tesis. Para Ángel, esa no era la forma de conducir una investigación; no puedes ir por delante de los hechos, debes ceñirte a ellos y ver hasta dónde te llevan. Y si no te llevan a ningún sitio, debes tener la entereza de asumir la derrota.

—Veo que ella no le respondió —constató señalando las dos líneas que flotaban en el centro de la pantalla—. ¿Continuaron la conversación por privado?

—Eso pensé en un primer momento, pero Lucía tenía un perfil de invitada, no había manera de enviarle un mensaje privado a través del foro mientras no creara una cuenta de usuaria. Y nunca lo hizo.

—Puede que el contacto entre ambos terminara aquí —aventuró Ángel—. Quizás ella se echase atrás y decidiera hacerlo sola.

—Podría ser, pero no lo creo. Ya le digo que meditaba bien todos sus pasos. Si buscaba a un acompañante, seguro que terminó por encontrarlo.

—¿Hay alguna forma de que el tal… Lonewolf —releyó—, contactara con ella por otra vía? Quizás averiguó su dirección de email o número de teléfono.

Rubio lo sopesó un instante.

—Improbable —concluyó—. Con ciertos conocimientos podría haber obtenido su dirección IP, pero no le habría servido para contactarla. Como mucho, podría haber ubicado desde qué ciudad

se conectaba. —Se recolocó las gafas con la punta del dedo, pensativa—. Siempre que fuera un simple usuario del foro, claro.

—¿A qué se refiere?

—La web solicita una cuenta de correo y una clave incluso a los invitados. El administrador de la web tendría acceso a esa información.

Ángel negó en silencio, agotado de caminar sobre conjeturas y condicionantes. Si fuera un simple caso que le hubieran asignado, ¿seguiría adelante con la información que tenía sobre la mesa? Quizás sí estaba dejándose arrastrar por la obsesión de Rigo Díaz.

—Sé lo que está pensando —dijo Rubio, y por primera vez se volvió para mirarle directamente a los ojos—. La capitán Díaz no era una loca que se negara a aceptar la realidad. Era una buena guardia civil a la que nadie quiso ayudar.

Ángel intentó articular una réplica, pero la cabo no había terminado:

—No tenía muchos amigos en el cuerpo porque nunca se calló lo que pensaba y nunca ocultó lo que era. Si ahora tenemos que aguantar mierda, imagínese lo que fue esto en los noventa —dijo más triste que enfadada—. Tenga por seguro que si ella hubiera sido una «compañera ejemplar», o mejor aún, un compañero, todo el mundo se habría volcado con lo de su sobrina.

El teniente terminó por exhalar un suspiro, incapaz de oponer resistencia. Finalmente, preguntó:

—¿Podría hacerme una copia de todo esto?

Ángel tiró de la anilla y el gas escapó de la lata con un chasquido. Dio un primer sorbo y dejó el refresco junto a él. Estaba sentado en

el viejo suelo de tablones de su apartamento, con las piernas cruzadas y el ordenador sobre el regazo. El salón continuaba tomado por las cajas, aunque varios libros salpicaban ya los estantes y parte de la ropa colgaba de los armarios.

Había repartido plantas por toda la estancia; potos y dracaenas principalmente. Le fastidiaba tener que invertir tiempo y atención en ellas, pero, desde que era pequeño, su abuela había insistido en que debía aprender a cuidarlas. Estaba convencida de que Ángel necesitaba algo que dependiera de él, un ser vivo que lo obligara a salir de su ensimismamiento y le recordara que desconectar del mundo tenía consecuencias. Una mascota estaba fuera de toda consideración, pero las plantas eran una buena alternativa. Y como tantas cosas que ella impuso, habían terminado por convertirse en una constante en su vida. Ahora era incapaz de considerar habitable un espacio si no tenía plantas.

Continuó haciendo *scroll* por la pantalla. Era la una de la madrugada y llevaba más de tres horas recorriendo las distintas secciones del foro, cristalizado en la copia que Rubio le había entregado. El contenido de la web le resultaba perverso y patético a un tiempo. Halló poemas de aspirantes a Baudelaire, hilos dedicados a suicidas célebres, leyendas urbanas, fotógrafos que jugaban a recrear la escena de su propio suicidio ejerciendo de modelos en su propia fantasía de muerte.

Descubrió que existía la *suicide aesthetic*, pero que el fetichismo en torno al suicidio se consideraba, paradójicamente, una depravación. Todos los que estaban allí afirmaban que, en algún momento, querían dar el paso, por más que bastara un rápido vistazo a la cronología para percatarse de que había usuarios que

llevaban años activos. Por desgracia, el contenido no se limitaba a dorar con un barniz romántico la idea del suicidio. Había hilos con información inquietantemente práctica.

A medida que se hundía en las profundidades de aquella web, su ánimo se fue tornando lúgubre e insomne. No sabía qué buscaba exactamente.

Hasta que lo encontró:

> »Clara de Luna: Vengo a despedirme. He decidido que ha llegado la hora. Pero quisiera que alguien me tomara de la mano.
> »Lonewolf: Yo lo haré.

Durante un instante no pudo apartar la vista de la pantalla. Después se apresuró a una estantería, tomó el dosier con los informes forenses y regresó frente al ordenador.

Repasó la fecha de publicación del mensaje de Lonewolf: 28/11/2023. Estaba seguro de que las fechas encajaban; aun así, hojeó las páginas para corroborar el dato que había ubicado en su imagen mental. Ahí estaba: «Fecha estimada de la muerte: 11 de diciembre de 2023», apenas dos semanas después de la publicación de los mensajes. «Identidad de la fallecida: Clara Miguel Coves, 18 años». Ángel observó el retrato de la joven sobre la mesa de autopsias: la nuca contra el acero, los párpados oscurecidos, los labios de una carnosidad lívida. Levantó la vista para volver a leer el escueto diálogo. ¿Estaba ante dos instantáneas de una misma historia?

Se apresuró a comprobar algo; abrió la captura del único mensaje de Lucía en el foro: «Busco a alguien que esté dispuesto a acompañarme». Sobre la frase, su fecha de publicación: 3/6/2021.

Volvió a hojear los informes forenses hasta encontrar el de Lucía Guerrero Díaz. «Fecha y hora estimada de la muerte: Entre las 20:00 y las 22:00 del 14 de junio de 2021». Casi dos semanas de diferencia.

Bastaban dos puntos para trazar una línea, pero aún no sabía si aquello podía ser una tendencia. Desde un principio había dado por sentado que la interacción de Lucía con Lonewolf había sido algo casual, pero ahora que ese nombre aparecía por segunda vez, quizás se hallara ante un *modus operandi*. Había una forma rápida de comprobarlo: abrió el buscador de palabras del navegador y escribió «Lonewolf». Sintió algo de vértigo antes de ejecutar la búsqueda.

La aplicación le listó los resultados al instante: Lonewolf había intervenido ocho veces en el foro. Navegó a golpe de clic de un mensaje a otro. El primero lo publicó en 2018. Los siguientes, en febrero y septiembre de 2019; otro en 2020; la respuesta a Lucía en junio de 2021 fue el quinto; dos más en 2022 y el último en diciembre de 2023. Todos ellos, respuestas a personas que decían estar seguras de dar el paso, pero tenían miedo de hacerlo solas. Cotejó los mensajes con los informes forenses y comprobó que cinco de los mensajes coincidían en fecha con otras tantas defunciones, con un margen de dos o tres semanas entre la intervención en el foro y la fecha del suicidio.

Se pasó la mano por el pelo mientras empezaba a contemplar aquella web como lo que verdaderamente era: una telaraña tejida para atrapar a un tipo específico de insecto.

Se sobresaltó cuando el teléfono móvil vibró con un tintineo. Alargó la mano para comprobar quién podía enviarle un mensaje a la

una y media de la madrugada. El doctor Castillo había escrito: «Llámeme cuando se despierte. Tengo algo en la nevera para usted».

16
El asceta en la montaña

Durante unos días, Andréi trató de ceñirse a esa rutina que le era tan preciada: madrugar, correr, trabajar, entrenar y leer. Mientras lo hacía, no dejaba de repetirse que se hallaba en un país civilizado en el que la Policía hacía su trabajo. Pero la tercera noche de riguroso insomnio lo convenció de que sentarse a esperar no estaba en su naturaleza. Esa mañana, cuando puso un pie fuera de la cama, ya había decidido regresar al apartamento de Nadja para asegurarse de que la gata estuviera bien. No era la mejor excusa que se había inventado para engañarse. Lo cierto era que, con el paso de las horas, había fraguado la esperanza de encontrar algo —cualquier cosa— que sirviera como punto de partida para iniciar su propia búsqueda.

No disponía de recursos, información o contactos. Solo tenía un nombre, Volk, y la determinación de saber qué había sido de la única persona que lo había tratado como a un ser humano en mucho tiempo. Así que mandó a la mierda sus obligaciones de esa mañana —lo esperaban para deshollinar la chimenea de un chalé en la Milla de Oro— y condujo hasta Park Beach.

Ahora que se disponía a recorrer el mismo camino que Nadja, se obligó a recordar cuántas veces la había cuestionado por buscar a Elka, por asumir un riesgo innecesario, por ser, en definitiva, una

buena amiga. No había sabido entenderlo hasta que se había encontrado en la misma situación. Ella lo llamaría karma; un chico como él, criado en los barrios portuarios, simplemente diría que la vida te enseña a hostias.

Por segunda vez usó la llave que Nadja le había confiado, y por segunda vez no le gustó la sensación de invadir su intimidad. Pulsó el interruptor junto a la puerta y casi se sorprendió al comprobar que, en esta ocasión, la luz se encendía. Observó a su alrededor antes de arriesgar un primer paso, a la espera de encontrar a otro sicario encañonándolo desde cualquier rincón.

Lo que encontró fue una tarjeta de la Policía sobre la consola del recibidor. Solicitaban al inquilino de la vivienda que se pusiera en contacto con ellos para interponer una denuncia por allanamiento.

Andréi dejó la tarjeta sobre el mueble y continuó hacia el salón, buscando algún rastro de Ruby, la gata siberiana a la que solo conocía por fotos. Subió a la planta superior y descubrió que, a plena luz, la vivienda parecía un espacio muy diferente. Las habitaciones le resultaron acogedoras, desordenadas con cierto encanto, y reparó en el aroma íntimo, familiar, que impregnaba todo el lugar. Conocía bien aquella fragancia, había intentado ignorarla durante años. Era el olor de su pelo cuando inclinaba la cabeza al reír, el de su abrigo cuando le pedía que se lo sujetara, el de su sudor cuando entrenaban juntos. Era el olor de ese beso en la habitación del hotel.

Se sustrajo al envite de los recuerdos y se obligó a centrarse en el momento presente. Recorrió las estancias como un espectro ajeno al mundo material, sin abrir cajones o armarios, sin descorrer cortinas o destapar las camas. Ya habría tiempo de eso si no hallaba nada a

simple vista, pero, por el momento, prefería respetar la intimidad de Nadja. Se dijo que no fue tan pudoroso a la hora de registrar el apartamento de Elka.

Regresó a la planta baja y descubrió a la gata plantada junto al comedero. Maulló, demandante, al comprobar que el extraño había reparado en su presencia. Andréi se aproximó con cautela y el animal se tendió junto al cuenco vacío, su natural desconfianza vencida por el hambre. Estudió el comedero automático con el ceño fruncido: era la primera vez que veía uno, pero no le costó deducir cómo se abría la tapa superior. Comprobó que el depósito estaba vacío. Buscó bajo el fregadero y encontró la bolsa de pienso justo donde esperaba. Llenó el cuenco de acero y el animal se apresuró a hundir el hocico en la montaña de comida. Le sirvió un tazón con agua del grifo, pues sospechaba que también llevaba tiempo sin beber.

Continuó recorriendo las habitaciones de la planta baja. No tocó ni movió nada más, no lo haría hasta haberse empapado del lugar. Buscaba la aguja en el pajar, el elemento levemente discordante que atrapara su atención. Nadja se había obsesionado con encontrar a su amiga, prácticamente no había hecho otra cosa durante la última semana; algo así debía haber dejado una huella en su casa, una impronta que él era incapaz de ver.

Regresó al salón y se sentó en la barra de la cocina con gesto derrotado. La gata seguía inclinada sobre el cuenco, y Andréi se consoló pensando que, al menos para ella, su visita había sido fructífera. Entonces lo vio: pisada con el frutero para que no se perdiera, había una nota manuscrita, una lista con nombres de mujeres, ocho de ellos tachados y uno rodeado con un círculo.

Milla Andreeva.

Había escuchado antes ese nombre. ¿Era la misma Milla con la que Nadja se había reunido? Parecía una hipótesis con la que empezar a trabajar. Sacó el móvil del bolsillo y escribió a una de las amigas de Nadja; le explicó que estaba intentando localizarla desde el día anterior, y que lo último que supo de ella era que había estado con Milla Andreeva en la inauguración de un nuevo club.

En cuanto el mensaje con el número de teléfono apareció en su pantalla, lo seleccionó y pulsó el botón de llamada. Se inclinó para acariciar a Ruby mientras escuchaba los tonos en el auricular. Descolgaron entre el tercero y el cuarto. Ni muy pronto ni muy tarde.

—*Alló?*

—¿Milla Andreeva?

La voz al otro lado del teléfono titubeó.

—No tengo tu número —respondió la mujer en ruso, pues por la mera pronunciación de su nombre supo que quien llamaba hablaba el idioma—. ¿Quién eres?

—Disculpa, debería haberme presentado. Soy Nik Lukuchev, el amigo de un amigo me ha pasado tu número —improvisó.

—¿Qué amigo?

—Estaré en Málaga un par de días —prosiguió, eludiendo su pregunta—. Negocios. No conozco la zona y me han recomendado que te llame. Dicen que no hay mejor guía que tú.

—Tengo una agenda ocupada. Para reservar «un par de días» hay que llamarme con antelación.

—Lo entiendo, pero comprobarás que soy generoso y, a cambio, pido poco.

Silencio al otro lado de la línea.

—Llego el jueves temprano y me alojo en el Marbella Club. Podemos quedar en la cafetería y nos conocemos. Si después no te interesa mi propuesta, nos despedimos. Sin más.

Andréi casi podía escucharla elucubrar. La invitación a quedar en un sitio público, la mención de uno de los hoteles más exclusivos de la Costa del Sol, su forma de hablar, amable y confiada a un tiempo… Conocía aquel juego y sabía cómo resultar tentador.

—Está bien. El jueves a las once.

Se despidieron y dejó el teléfono sobre la barra de la cocina. Le invadió una profunda sensación de alivio mezclada con un repentino sopor. Por primera vez desde la desaparición de Nadja, sentía que estaba haciendo lo correcto, y su conciencia le dio tregua en forma de una súbita somnolencia.

Se descalzó, tomó la manta doblada sobre el sillón y se tendió en el sofá. El dormitorio de Nadja era un umbral que no estaba dispuesto a traspasar, pero creía haberse ganado el derecho a dormir en su salón. De improviso, sintió el peso de un cuerpo cálido que se arrellanaba sobre su estómago.

Sin abrir los ojos, Andréi rascó a la gata tras la oreja y la escuchó ronronear.

—Has pasado frío, ¿eh? —fue lo último que dijo antes de que le venciera el sueño.

Enrolló la alfombra persa tejida a mano y la embolsó, después cubrió el suelo y los muebles con sábanas de plástico; finalmente, se colocó el respirador con filtro de partículas, se bajó las gafas herméticas y se introdujo en la chimenea. Comenzó a rascar con un cepillo

telescópico para desprender el hollín; de tanto en tanto, usaba una linterna para comprobar que no quedaran cenizas ni creosota incrustadas en los recovecos.

Era una chimenea grande que daba calor a una planta de casi trescientos metros cuadrados, por lo que le llevó toda la mañana completar el trabajo. Inspeccionó una última vez el conducto para asegurarse de que no hubiera fisuras ni grietas, apagó la linterna y retiró con un aspirador las cenizas que se habían depositado en la base. Por fin, se quitó el EPI y recogió las sábanas con cuidado de no levantar una nube de hollín.

En aquella casa, como en tantas otras, un empleado le había confiado las llaves por orden de los propietarios. Trabajaba a solas, pulcra y metódicamente, realizando las tareas de mantenimiento que fueran necesarias antes de que sus clientes, generalmente rusoparlantes, llegaran para pasar una temporada en sus residencias de la Costa del Sol.

No le pagaban mal. O, por lo menos, le pagaban justo lo que Andréi necesitaba. Durante los últimos ocho años había aprendido a vivir una vida sencilla: no dependía de nadie ni nadie dependía de él, se iba a la cama cansado y con la conciencia tranquila, despertaba sin ningún tipo de inquietud por el futuro. Al fin y al cabo, todos aquellos años eran una prórroga que había robado al destino. ¿Cómo no sentirse agradecido de estar vivo e indemne?

Salió al jardín, vació los residuos en un contenedor y rodeó la mansión en dirección a la piscina. Dejó caer el macuto junto a la ducha exterior, se agachó para sacar un bote de gel y se desnudó por completo. Se encogió al sentir el latigazo del agua fría corriendo por la espalda. Maldijo al tiempo que se reía de sí mismo. ¿Cuál

podía ser la temperatura? ¿Doce, trece grados? En Vladivostok, las máximas en diciembre nunca llegaban a cero; nadie tenía una ducha exterior porque el agua se congelaría y reventaría las tuberías.

Se obligó a enderezar los hombros y se enjabonó concienzudamente, resistiendo el impulso de apartarse del caño. Aquella era su meditación bajo la cascada, el hábito que es, a un tiempo, castigo y recompensa.

Cuando se hubo secado y vestido con ropas limpias, recogió la bolsa y se dirigió a la salida. Ahora que había concluido la jornada, sentía que el gusano de la impaciencia volvía a retorcerse en su estómago. Miró el reloj: aún faltaban dieciséis horas y cincuenta y dos minutos para su cita. Le convenía mantenerse ocupado hasta entonces o sería incapaz de conciliar el sueño. Decidió que esa tarde se pasaría por el box para ofrecerse como sparring; un combate lo obligaría a centrarse en lo que tenía justo delante.

Milla se llevó la taza a los labios mientras observaba a los clientes que entraban y salían de la cafetería. Se había sentado junto al gran ventanal abierto a la piscina principal, desierta en aquella época del año. Era su segundo café desde que había llegado. Odiaba que la hicieran esperar, pero con cada minuto de demora, crecía su curiosidad por el misterioso hombre de negocios que tanto interés había demostrado en ella.

Una pieza redonda de metal, del tamaño de una moneda, cayó en el centro de la mesa y se deslizó hasta chocar contra sus dedos. Desprevenida, Milla tardó un instante en comprender qué era aquello. Levantó la vista y se encontró con un hombre de cuarenta y

pocos, metro ochenta y muchos, manos en los bolsillos del abrigo y mirada desdeñosa.

—¿Quién te pidió que se lo colocaras a Nadja?

La muchacha afiló la mirada. Un atisbo de reconocimiento brilló en sus ojos.

—Te conozco —musitó—. Eres el perro guardián de Nadja.

Milla recogió su bolso y se puso en pie.

—Te conviene sentarte y hablar.

—¿O qué? —lo desafió ella—. No tengo nada que hablar contigo.

—Nadja ha desaparecido, al igual que Elka —dijo Andréi con calma —. Alguien está cubriendo un rastro y tú eres el único cabo suelto que queda.

Milla dudó, su ímpetu súbitamente aplacado.

—¿Qué sucedería si averiguaran que has estado hablando de Volk?

Supo que había acertado en cuanto ella alzó el mentón con furia:

—Nunca he mencionado ese nombre —masculló, casi amenazó.

—Lo hiciste, pero aunque no lo hubieras hecho, ¿qué más daría? Basta con una sombra de sospecha. —Andréi endureció el tono de voz—: Dime, ¿quién te buscará cuando seas tú la que desaparezca?

Milla lo miró con desprecio a través de su flequillo de reflejos rosas. Volvió a dejar el bolso sobre la silla y se sentó. Cruzó las piernas y tiró del bajo de la falda.

—Solo hice lo que me pidieron —se defendió con aire indiferente —. Ni siquiera sé qué es eso. —Señaló con la barbilla el pequeño dispositivo.

—No eres tonta, sabías que le estabas poniendo un geolocalizador —dijo Andréi, al tiempo que se sentaba frente a ella—. ¿Duermes

bien sabiendo que has vendido a alguien que confió en ti?

Ella apartó la mirada.

—Estoy acostumbrada a hacer cosas que no me gustan.

—¿Quién te pidió que lo hicieras? ¿La misma persona que te presentó al tal Volk?

Milla sonrió con tristeza.

—Vas a hacer que me maten, ¿verdad?

—¿Qué ganaría yo con eso? —respondió Andréi—. Ayúdame a encontrarla y te prometo que nadie sabrá de esta conversación.

La joven le sostuvo la mirada mientras hacía sus propios cálculos. No conocía a aquel hombre ni sus auténticas intenciones, pero estaba en su mano complicarle la existencia. Si se ganaba fama de indiscreta, su lista de clientes mermaría drásticamente. Quizás también su esperanza de vida.

—Fue Sharapov —claudicó.

—¿Mijaíl Sharapov? —preguntó Andréi para asegurarse de que estaban hablando del mismo hombre, uno de los pocos rusos que residían de forma permanente en Marbella. No conocía todo su historial, pero sí sabía que era un viejo hedonista con fama de organizar buenas fiestas. Millonario, por supuesto, pero no tanto como para incomodar a hombres más poderosos.

—Misha me pidió que le colocara eso a Nadja. No me dio explicaciones ni yo se las pedí.

«Misha».

—Entiendo que tenéis una buena relación si te pidió algo así.

—Confía en mí —respondió ella con la vista perdida en el café.

—Tanto como para hablarte de Volk.

Milla tensó la mandíbula, pero terminó por responder.

—De ese hombre solo sé que no conviene acercarse. Cuando Nadja comenzó a preguntar por él, le advertí que era peligroso.

—Pero Sharapov es amigo del tal Volk.

—Sharapov es amigo de todos porque no supone una amenaza para nadie. —Empujó la taza de café, fría ya—. Ese es su poder: no tener enemigos, guardar secretos y hacer favores. Creo que Volk es uno de esos favores, uno que le ha pedido alguien importante. —Alzó la mirada hacia Andréi—. Es un favor que no le gusta hacer, pero que no puede evitar.

Andréi se inclinó hacia delante y bajó el tono de voz.

—¿Qué hace exactamente Sharapov por ese hombre?

Ella se encogió de hombros.

—Nada especial. Lo tiene todo organizado cuando viene por aquí. Le busca alojamiento, lo invita a los eventos importantes… He podido verlo algunas veces, pero nunca lo he tratado, Misha no quiere que hable con él. —Calló por un instante, como si intentara expresar un pensamiento un tanto difuso—. Todos esos hombres tan arrogantes, tan seguros de sí mismos, cuando lo tienen cerca…

—¿Qué? —la incitó Andréi.

—Se vuelven como ovejas —concluyó la muchacha—. Es como ver a un lobo invitado a la fiesta de las ovejas.

Andréi cerró la puerta de su apartamento y permaneció de pie en medio del salón. Sabía lo que tenía que hacer a continuación, pero necesitaba tomarse un instante para asimilar el final de aquella vida que había construido durante ocho años. ¿Cuándo había comenzado a desmoronarse todo, cuál fue el golpe de cincel que fisuró la roca?

La respuesta era sencilla: Nadja era el cincel y el martillo. Ella había quebrado la cáscara con la que pretendía aislarse del mundo. La vida que tanto anhelaba —sencilla, sin disrupciones— solo era posible desde el más profundo desapego, y aunque creyera haberlo logrado, lo cierto es que no era un asceta en la montaña. La desaparición de Nadja lo había hecho evidente: carecía de recursos o aliados para dar con ella, sabía que era una causa perdida; aun así, era incapaz de renunciar.

Decidido a acabar con la vida que tan cuidadosamente había creado, fue a la cocina, abrió un cajón y empuñó el cuchillo para el sacrificio. Apoyó la mano sobre la pared de azulejos blancos y contó cuatro palmos hacia arriba y tres hacia la izquierda. Hundió la punta entre las baldosas y comenzó a rascar la lechada; el yeso cayó sobre la encimera a medida que iba limpiando el perímetro. Por fin, introdujo la hoja hasta la mitad y, haciendo palanca, desprendió por completo la placa.

Metió la mano en el hueco y extrajo una caja de seguridad del tamaño de un libro. Alineó las cinco ruedas numeradas y liberó el cierre. Dentro había dos pasaportes envueltos en plástico —ambos con su rostro, completamente legales y extendidos por el MVD ruso —, tres fajos de billetes —un millón de rublos, diez mil libras esterlinas, diez mil euros—, una Glock 19 con cañón roscado, un cargador de quince cartuchos y un supresor para silenciar los disparos.

Desde el mismo momento en que empuñó el arma, supo que Andréi Sokolov acababa de morir y un viejo monstruo se había alzado en su lugar.

17
La decimocuarta pieza

Ángel mostró su placa de la Guardia Civil, rodeó el detector de metales y se zambulló en la marejada de abogados, funcionarios y atribulados ciudadanos que barría la Ciudad de la Justicia. Se abrió paso hasta las escaleras que conducían al Instituto de Medicina Legal, donde halló a la amable auxiliar hablando por teléfono, firme en su puesto tras el mostrador de recepción. La mujer levantó un dedo para indicarle que esperara, pero Ángel optó por seguir su camino hacia el ala de autopsias.

—¡Oiga, un momento! —lo llamó tapando el micrófono con la mano.

—Gracias, conozco el camino —se disculpó él, justo antes de desaparecer tras las puertas dobles.

Recorrió el pasillo hasta dar con la sala ocho. Abrió y se asomó a la antecámara. Al otro lado del cristal, Castillo y dos asistentes trabajaban sobre la mesa de autopsias mientras un grupo de estudiantes se apiñaban a su alrededor. Todos vestían bata y mascarilla, y atendían con evidente interés a las explicaciones del forense. Ángel cerró la puerta a su espalda y observó desde la pecera. No podía escuchar lo que decían, pero acertó a ver entre las batas el cadáver de un hombre de unos treinta años. Estaba cubierto de hematomas y le faltaban jirones de piel en la pierna y el brazo del

lado izquierdo. El tejido muscular, expuesto bajo la potente luz blanca, brillaba con una humedad sanguínea.

Había visto suficiente. Tocó con los nudillos sobre el cristal y todas las cabezas se volvieron hacia él. Castillo lo saludó con un asentimiento antes de darle algunas indicaciones a sus ayudantes; después se quitó el equipo de protección, recogió una carpeta de cartón y salió.

—¡Teniente Lobo, qué placer volver a verle! —Le tendió una mano que, una vez más, Ángel estrechó con cierta aprehensión—. Chavales de la facultad —explicó, señalando al otro lado del cristal—. Prefiero que entren y pregunten, desde aquí se ve poco.

Ángel miró de reojo hacia la mesa de autopsias. Los técnicos habían recogido una pasta amarillenta que supuraba desde la cabeza del cadáver. Los estudiantes se inclinaban para observarla de cerca y tomaban notas con fruición.

—Para mi gusto, se ve demasiado.

—¿Eso? —rio el forense—, eso no es nada. Un accidente de moto en las Pedrizas. Lo más llamativo es el traumatismo craneoencefálico: medio cerebro se le ha salido por la fractura.

—En serio…, no necesito conocer esos detalles.

Castillo le dio una palmada afectuosa en el hombro.

—Vamos, acompáñeme. —Levantó la carpeta que llevaba en la mano—. Le mostraré algo mucho más interesante.

—¿Ha llegado el informe del laboratorio? —se anticipó Ángel.

—Haga el favor de no quitarle la emoción.

Lo condujo a través de un corredor hasta una cámara donde la temperatura era sensiblemente más baja. Ángel contempló las paredes a su alrededor, cubiertas de nichos de acero, al tiempo que

se subía la cremallera de la cazadora. Volvió la vista al oír el chasquido de un mechero.

El doctor terminó de encenderse el cigarrillo con gesto calmo.

—No se preocupe —dijo tras dar una calada—. Aquí el sistema de filtración se lo lleva todo.

Exhaló con deleite y, tras meter una mano en el bolsillo de la bata, le tendió un caramelo de menta.

—No me apetece —declinó Ángel.

—Hágame caso, es para el olor.

Reticente, tomó el caramelo y lo deslió tirando de los extremos. No le gustaban, especialmente los de menta, pero se obligó a metérselo en la boca. La explosión de eucalipto le anestesió el paladar.

Castillo consultó el dosier que traía consigo y se dirigió a una de las celdas refrigeradas; tiró de la gaveta hasta extraerla por completo. Ángel contempló el cadáver de la joven por un instante, expuesto en su decadente desnudez; después el olor pútrido lo obligó a retroceder.

—Aguante. El olfato tarda unos segundos en acostumbrarse —dijo el médico con el cigarrillo colgado de los labios.

Era una mujer joven, en torno a los treinta. Pese a los ojos hundidos y el rictus que le retraía los labios, pese a la hinchazón que le deformaba el vientre y la pátina cerosa bajo la piel, se podía intuir que, hacía tan solo unos días, había sido hermosa.

—Hasta ayer no tuvimos el informe del laboratorio —le explicó Castillo—. La encontraron en una vieja torre romana en la playa de Manilva. Se supone que es un monumento protegido, pero muchas parejas se cuelan para echar un casquete y ver acaramelados el

amanecer. —Sacudió las cenizas dentro de una caja de cerillas—. Aunque en estas fechas hay que ponerle voluntad, porque en invierno el sitio es una nevera. Por eso el cuerpo está más o menos conservado.

—Veo que conoce bien el lugar.

—¿Qué se piensa, que yo no he sido joven? —dijo el forense con fingida indignación—. Ya le he dicho que la torre es de la época romana.

Pese a la situación, el teniente Lobo tuvo que sonreír. Había pillado el chiste y eso no siempre ocurría.

—¿Cómo murió?

—Sobredosis de heroína. Calculo que llevaba unos seis días muerta cuando la hallaron. —Castillo se apoyó contra el nicho contiguo—. Según el informe policial, había al menos otra persona con ella, pero no hemos hallado signos de violencia ni de relaciones sexuales. —Agitó el dosier en la mano para indicar que todo estaba allí—. Hemos podido identificarla por las huellas; la chica era de Europa del Este. Eso sumado a la sobredosis, el lugar donde la encontraron, el que estuviera acompañada pero nadie avisara de su muerte… El juez ha dado por sentado que se trata de una de las prostitutas que frecuentan la zona. Muerte por sobredosis, cliente que huye…

—No ha ordenado investigación —concluyó Ángel.

Castillo asintió al tiempo que daba una calada.

—Pero yo no lo tengo tan claro —exhaló.

—¿Y eso por qué?

—Llevo cuarenta años en esto, he tenido sobre la mesa a muchas mujeres que hacen la calle. —Negó para sí—. Créame, no están en

las mejores condiciones de salud. Ahora mire esto —dijo mientras señalaba las piernas—: Incluso con el enfisema, se aprecia que tenía una musculatura firme y desarrollada. Era una persona muy en forma. —Señaló los pechos—. Las prótesis son de calidad y las cicatrices indican que la intervención se hizo en una buena clínica. —Recorrió el dorso interior de los brazos—. ¿Ha visto alguna vez a una heroinómana con la vena intacta? Yo no.

—Cree que no era una prostituta.

—Desde luego, no es una de las chicas que se buscan la vida por allí.

—Pero no me ha llamado por eso.

Castillo apagó el cigarrillo contra la suela del zapato antes de echar la colilla en la cajita. Después hojeó el dosier hasta dar con lo que quería enseñarle. Se lo mostró: las palabras «pentotal sódico» estaban subrayadas con fluorescente verde.

—El decimocuarto cadáver con suero de la verdad en las venas. El fan de las novelas de espías ataca de nuevo —bromeó el forense.

El trazo de luz dibujado por la puerta del ascensor fue disminuyendo hasta desaparecer bajo sus pies. La sala quedó en penumbras y Ángel avanzó entre los ordenadores hibernados. Al pasar junto el árbol de Navidad, el Papá Noel cobró vida:

—¡¡¡Jo, jo, jo!!! —se burló a golpe de cadera.

—¡Joder! —masculló, mientras apuñalaba con la mirada su navideño corazón metálico.

Arrojó la cazadora sobre el perchero, encendió el ordenador y se dejó caer sobre la silla. Mientras la CPU crujía por el esfuerzo de cargar el sistema operativo, sacó del bolsillo la peonza y la hizo girar.

La pieza de titanio mantuvo el equilibrio, y él dejó de estar sentado a su mesa de la comandancia en Málaga. Había regresado al vetusto escritorio de roble en casa de su abuela. Allí había estudiado durante años, desde la primaria hasta los exámenes finales de la academia de oficiales; conocía cada una de sus vetas, muescas y decoloraciones. Allí disponía y catalogaba toda la información que era importante para él.

Aceleró con los dedos la peonza para que no perdiera su inercia y distribuyó la información colocando notas mentales sobre el escritorio. Una mujer joven hallada hacía una semana en una zona poco frecuentada. Ropa cara y cirugía cara. En buena forma física, pero muerta por sobredosis de heroína. Pentotal sódico en la sangre. La presencia del barbitúrico la emparentaba con el resto de los casos que había recopilado la capitán Díaz, pero aquellos eran supuestos suicidios. ¿Lo era también este?

Colocó un último pósit: según el doctor Castillo, la mujer no era consumidora, pero ¿podría haber recurrido a la heroína para quitarse la vida? Las muertes por sobredosis de opiáceos suelen ser pacíficas. Volvió a girar la peonza.

Si contemplaba la hipótesis del suicidio, había un nuevo elemento que pasaba a encajar con su investigación clandestina: la presencia del misterioso acompañante que no había informado de la muerte. Un fantasma que se había limitado a estar presente en el momento del tránsito, la misma propuesta que Lonewolf hacía a aquellos que visitaban su bosque de sal.

El sistema operativo terminó de cargar. Ángel recogió la peonza y se incorporó sobre el teclado. Entró en SIGO[2] y, tras consultar de reojo el informe forense, introdujo el nombre de la mujer con

cuidado de no traspapelar ninguna letra. Ahí estaba: treinta y dos años, residente en el país desde hacía once, sin antecedentes penales…, con una denuncia por desaparición presentada hacía dos días.

Arrugó la frente y clicó en el archivo adjunto. La denuncia había sido interpuesta en el puesto de la Guardia Civil en Mijas por un ciudadano ruso: Andréi Sokolov.

18
Emisario

Andréi redujo a segunda y circuló alrededor de la manzana, dejando que los demás coches lo rebasaran. Observó los restaurantes —caros, pretenciosos— despoblados una noche de entre semana; las boutiques, tan exclusivas que contaban con más empleados que clientes; los salones de belleza con una firma en el rótulo: BLUSH & GLOW MARBELLA, BY HANAKO, como si sus *peelings* y peinados precisaran de autoría. Con el paso de los años, su desdén hacia el insustancial estilo de vida de la Costa del Sol se había anestesiado, pero en los últimos días había regresado con un ímpetu que creía lejano.

Pasó frente al lujoso Mālaqa Hamman, un prohibitivo *spa* de inspiración árabe, y giró para entrar en una calle lateral menos amplia y más terrenal, salpicada de ventanas bajas y angostos portales. Estacionó junto a un contenedor de basura y miró el reloj del salpicadero: las siete y cincuenta y tres.

Desde allí podía vigilar el acceso a una oscura plazoleta encajonada entre edificios; uno de esos «no lugares» que proliferan en las ciudades, tan feos como útiles, solo transitados cuando resulta inevitable. En este caso la plazoleta funcionaba como patio trasero de los negocios que había recorrido antes. Allí se depositaba la basura y se descargaba la mercancía, allí exhalaban los

extractores y ronroneaban los aparatos de aire acondicionado, y por allí entraban y salían los empleados del Mālaqa Hamman, cuyo acceso principal estaba destinado a los clientes.

Si lo que había averiguado era cierto, Mijaíl Sharapov solía visitar el spa después de la hora de cierre, cuando ya se habían depurado las aguas y limpiado las instalaciones. Al viejo Misha, como a todos los *vor*, le gustaba un baño caliente, pero no compartirlo con extraños. Solo se invitaba a aquellas sesiones privadas a algunos socios y amigos; un buen momento para hacer negocios, pues según rezaba el viejo adagio, sin ropa no hay nada que esconder.

Abrió la guantera y rebuscó en la maraña de casetes: Junko Ōhashi, Billy Joel, Alisa, Miki Matsubara… Finalmente rescató una vieja cinta de Mariya Takeuchi. La sacó de la caja, sopló en la banda magnética y la deslizó en el radiocasete. Los altavoces desgranaron los primeros acordes de «Plastic Love». Andréi se reclinó en el asiento y se dispuso a esperar.

A las ocho y treinta y tres, el primer grupo de empleados se congregó en la plazoleta. Tras una breve charla de rostros hastiados y cigarrillos rápidos, se despidieron. Cuarenta minutos más tarde salieron las limpiadoras; peor pagadas, sin duda, pero menos enfadadas con el mundo. Cambió a David Bowie y continuó esperando.

Sonaba «This Is Not America» cuando una berlina Bentley asomó por el extremo de la calle. Andréi se mantuvo inmóvil mientras el coche lo rebasaba. Contó al chófer y otro ocupante en la parte delantera, cristales tintados en la trasera. Memorizó la matrícula y observó cómo el vehículo maniobraba para embocar la estrecha bocacalle que conducía a la plazoleta.

Desde su posición no pudo ver quién abandonaba el automóvil, pero traía los deberes hechos de casa. Sacó un papel del bolsillo y revisó las matrículas que había atisbado desde el exterior de la mansión Sharapov. Una coincidía.

Se cubrió con la capucha del chaquetón, se subió la cremallera a modo de embozo y bajó del coche. Encorvado y con las manos en los bolsillos, como cualquier transeúnte aterido por la humedad invernal, cruzó la calle y se asomó a la plazoleta desde las sombras. El lugar no tenía más iluminación que una vieja farola atornillada a la fachada. Contó siete puertas más varias ventanas cegadas con cartones; la luz blanca de cocinas y trastiendas se deslizaba por las rendijas, y el olor a glutamato que desprendían los extractores se mezclaba con el hedor de los contenedores de basura.

El coche, estacionado en el centro de la plaza, estaba vacío. Nadie guardaba la puerta trasera del balneario; al menos, no desde fuera.

Sabía que, a diferencia de Rusia, allí las cámaras privadas no podían grabar la vía pública; aun así, buscó alguna por si alguien se había despistado con la normativa. No la encontró, pero eso no significaba que los accesos estuvieran desprotegidos. Lo más probable es que aquellas puertas estuvieran conectadas a un sistema de alarmas y a cámaras que grababan el interior. No tenía por qué ser un problema, bastaba con no poner un pie dentro.

Miró a su espalda, a la calle vacía, y volvió a observar el Bentley, estacionado con total despreocupación en el centro de la plazoleta. Milla tenía razón: Sharapov se comportaba como un hombre sin enemigos. Estuvo tentado de hacerlo esa misma noche, pero se obligó a desestimar la idea. Cuando has perdido facultades, solo el

método te mantiene con vida, y el método dicta que primero se observa, después se planifica y por último se actúa.

Se echó el aliento en las manos, se aseguró una vez más de que no hubiera cámaras y regresó al coche.

La gata se enroscó entre sus piernas y maulló con profunda lástima por sí misma. Finalmente, la había rescatado del apartamento de Nadja y se la había llevado consigo. Junto con el dichoso comedero automático.

—¿Qué es lo que quieres? —le respondió Andréi mientras vaciaba en un cuenco la tercera lata de atún—. Ese chisme ya te sirve las raciones que te tocan.

Cortó un tomate en dos y lo trituró sobre el atún, después añadió dos cucharadas de humus y lo removió todo. Ante el olor de semejante festín, la gata subió a la encimera de un salto, pero él la apartó con el brazo obligándola a bajar.

—Olvídate, no pienso devolverle una bola malcriada a tu dueña.

Recogió el cuenco y salió al salón, preguntándose qué decía de él que su cena resultara más apetitosa para una gata que para el común de las personas. El sofá crujió, desvencijado, cuando se dejó caer sobre él. Ruby saltó al asiento contiguo y lo observó mientras se llevaba la primera cucharada a la boca.

—Está bien —claudicó.

Tomó un poco de atún entre los dedos y se lo acercó a la nariz, la gata lo engulló de un bocado y se relamió el hocico. Andréi le rascó tras la oreja antes de volver a su cena. Fue vaciando el cuenco con la mirada perdida en la pared.

¿Qué estaba haciendo exactamente? Le hubiera gustado decir que se veía impelido por una convicción férrea, pero cada noche las dudas lo asaltaban. ¿Realmente existía alguna posibilidad de encontrarla con vida? Y cada noche se respondía con otra pregunta: ¿era capaz de olvidarla y seguir adelante? Esa era la única pregunta pertinente y la respuesta era atronadora. Así que seguiría buscando hasta saber qué había sido de Nadja. Hasta darle un final a su historia.

En ocasiones, sin embargo, un atisbo de oscura esperanza se deslizaba entre su pragmatismo. Se decía que quizás el castigo a la curiosidad de Nadja no hubiera sido la muerte, sino verse arrojada a las cloacas de la trata de blancas, a la muy opaca industria rusa de la prostitución y la pornografía, que fagocitaba cada año a miles de mujeres. ¿Era ese un destino mejor que estar muerta? Andréi lo dudaba, pero —acaso de forma egoísta— intentaba mantener viva esa esperanza.

Terminó su cena fría, se tendió en el sofá cama y apagó la lámpara de lectura. Aguardó a que Ruby se acurrucara sobre su vientre antes de cerrar los ojos. La acarició mientras esperaba a que el sueño los alcanzara a ambos.

Durmió a merced de las pesadillas.

Al día siguiente, Mijaíl Sharapov no acudió a los baños árabes. Tampoco lo hizo una noche después, y Andréi comenzó a lamentar sus cautelas. Quizás las visitas al *hamman* no fueran tan frecuentes como le habían dicho, quizás alguien se había percatado de su vigilancia, o puede que Milla hubiera advertido a su benefactor de que un tipo hosco de casi metro noventa había preguntado por él.

Se dejaba atormentar por todas aquellas tribulaciones mientras tamborileaba sobre el volante con la mirada colgada del retrovisor. Como en las noches anteriores, no llevaba consigo el móvil para evitar que se le pudiera ubicar en ese sitio a esa hora. Billy Joel ronroneaba desde el radiocasete y la lluvia ponía la percusión sobre los cristales. Eran las nueve y media, las calles estaban desiertas y Andréi empezaba a convencerse de que ese sería otro día perdido… Pero el Bentley asomó en el espejo.

Se arrellanó en el asiento mientras el coche lo rebasaba y giraba hacia la angosta bocacalle. El reloj marcaba las nueve y cuarenta.

Aguardó tres canciones más. Cuando Billy terminó de cantar su «Honesty», Andréi empuñó la Glock y enroscó el supresor. La deslizó en la funda que llevaba a la cintura, disimulada bajo la chaqueta impermeable, y salió del coche. La llovizna le empapó la barba y el pelo.

La berlina estaba aparcada en el mismo punto que la última vez. Sobre su carrocería, negra como una concha de quitina, resbalaban miles de gotas embebidas de luz halógena. Andréi buscó el rincón más oscuro y se sentó al amparo de un voladizo. Allí aguardó, inmóvil y en silencio, mientras la plazoleta se iba encharcando. Se concentró en la respiración y vació la mente. Alejó toda expectativa o anticipación de cuanto iba a suceder y penetró en un estado de conciencia sin conciencia.

Esperó durante unos minutos o unas horas hasta que la puerta se abrió. Casi al unísono, como si un hilo invisible los conectara, Andréi se puso en pie y se cubrió con la capucha.

Alguien alargó una mano desde el umbral, pulsó un botón y las luces del coche se encendieron. A continuación, el chófer desplegó

un paraguas para acompañar a Sharapov. Este salió del edificio seguido por su guardaespaldas, un hombre de aspecto prosaico, en absoluto imponente, lo que no solía ser buena señal.

Aquel tipo demostró pronto su instinto. Apenas puso un pie en la plazoleta, captó el destello metálico en la penumbra y volvió la mirada hacia quien lo encañonaba. Al ver la mirada tras el arma, se supo muerto; aun así, echó mano a la sobaquera en busca de su propia pistola. Para su sorpresa, ninguna bala le perforó el cerebro antes de desenfundar.

Con el dedo sobre el gatillo, los ojos de Andréi ya no contemplaban un callejón lluvioso, sino que confrontaban el abismo que se había abierto ante él años atrás. Un agujero negro al que había entregado decenas de almas y que, desde hacía tiempo, ansiaba devorar la suya. Había llegado a ese momento con el ánimo dispuesto, convencido de que podría hacerlo por ella; pero, ahora que no había marcha atrás, solo constató lo que ya sabía: arrebatar una última vida le impediría seguir escapando del horizonte de sucesos. Un gramo de lastre más sobre su conciencia y no podría bracear contra la corriente que lo arrastraba hacia el vórtice.

Dos balas desgarraron el aire a un palmo de su oreja y lo sacaron de aquel rapto de fatalismo, a tiempo de que su instinto respondiera con sendos disparos: uno contra la cadera y otro contra el hombro de su víctima.

Mientras el guardaespaldas se desplomaba sobre el asfalto, Andréi desvió el arma en busca del chófer; se encontró con el paraguas abierto volando hacia su rostro. Rodó a un lado mientras el conductor disparaba a través del paraguas. Fuera de la zona iluminada por los faros, Andréi se acuclilló y tiró contra las piernas.

El primer impacto le destrozó la rodilla y el segundo le mordió en la cara externa del muslo.

Con sus dos adversarios abatidos, avanzó sobre el círculo de luz encharcada, recogió las armas y, tras vaciarlas, las arrojó hacia la oscuridad. Después contempló a los dos pistoleros: el primero había perdido el conocimiento por el shock hipovolémico, el segundo gruñía y se retorcía sobre el suelo, incapaz siquiera de arrastrarse con la rodilla deshecha. Que vivieran o murieran ya no dependería de él, sino de lo que sucediera a continuación.

Giró en redondo y encañonó a Sharapov. Este retrocedió mientras se palpaba bajo la chaqueta, buscando algo desesperadamente. Andréi mantuvo el dedo en el gatillo, a la espera de comprobar si estaba armado. Al cabo, el hombre sacó una cartera que se le escapó de las manos.

—*Here you go!* —dijo mientras se quitaba también el reloj—. *I'll give you whatever you want!*

—¿Te parezco un ladrón? —le preguntó en ruso.

Al escuchar su propio idioma, el rostro de Sharapov demudó. Dejó caer los brazos a un lado, con el reloj aún entre los dedos.

—¿Quién te envía? Si he ofendido a alguien, si lo he perjudicado de algún modo, estamos a tiempo de arreglarlo —suplicó.

Andréi lo agarró por el cuello del abrigo y lo empujó dentro del coche. Después apagó la luz del habitáculo y se sentó junto a él. Cerró la puerta.

—Dame tu teléfono móvil —le espetó mientras le apoyaba el cañón entre las costillas.

Sharapov lo sacó de su abrigo y se lo entregó.

—Si me dices quién te manda, podríamos…

—Volk —lo interrumpió Andréi—. Eres su hombre de confianza aquí. Dime su verdadero nombre y cómo puedo dar con él.

El interpelado calló. Durante un instante, permaneció con los labios entreabiertos y la respiración agitada, como un pez que boquease fuera del agua.

—No sé de qué me hablas.

Andréi, con gesto calmo, apoyó la punta del cañón sobre el muslo y disparó.

Sharapov se dobló sobre sí mismo, gritó y golpeó una y otra vez el asiento delantero con la cabeza. Sorbió el aire entre los dientes, intentando alejar el dolor que le estallaba en la pierna, pero Andréi lo agarró por la pechera y le estampó la espalda contra el respaldar.

—He tenido cuidado de no atravesarte la arteria femoral —le informó—, eso significa que aún tenemos unos veinte minutos antes de que mueras desangrado. —Le mostró el teléfono—. Si me dices lo que quiero saber, te devolveré el teléfono y me marcharé. Cuanto antes me lo digas, más posibilidades tendrán los médicos de salvarte la vida.

—No puedo —gimoteó—. Me matará.

—Ya estás muerto. Te estoy dando la oportunidad de vivir.

Sharapov apretó los ojos y asintió entre lágrimas.

—No… No sé su verdadero nombre —balbuceó—. No sé nada de él en realidad. Solo me avisan cuando va a venir para que lo tenga todo listo.

—¿Qué es lo que debes tener listo?

—Siempre quiere cinco residencias a su disposición, nunca las mismas. No sé en cuál se queda… Ni siquiera sé si se queda en

alguna de ellas. —Lo miró de soslayo, buscando el contacto visual—. Te lo juro.

—¿Está aquí ahora?

El viejo *vor* negó con la cabeza.

—Sé cuándo llega, pero no cuándo se va. Normalmente está una semana, luego desaparece. —Consciente de que estaba ofreciendo muy poco, quiso añadir—: Algunos dicen que viene de Rusia en avión privado, otros que vive en Londres, pero en realidad nadie sabe una mierda.

Andréi sopesó la posibilidad de que Sharapov estuviera mintiéndole u ocultando información. Pero la súplica en su voz, aquella desesperación por complacer a quien podía disponer de su vida, lo convencieron de que estaba dando todo lo que tenía. No había en él ni atisbo del orgullo propio de los auténticos *voriv zakone*. Sharapov era un simple testaferro, alguien que había prosperado a la sombra de hombres poderosos; útil en tiempos prósperos, débil para la guerra.

—Has dicho que te avisan para que esté todo dispuesto. ¿Quién se pone en contacto contigo?

El otro eludió su mirada. Casi podía oír su mente intentando pergeñar algún subterfugio, buscando una salida. Antes de que la encontrase, Andréi apoyó la punta del cañón sobre el otro muslo.

—No tienes tiempo que perder, Mijaíl Sharapov. Decide si esto es algo por lo que merece la pena morir.

El viejo frunció los labios y bufó de dolor. Terminó por responder.

—Un hombre del consulado…, Konstantin Arshavin. —Tragó saliva —. Él es su emisario.

Andréi retiró el arma, pero no bajó del vehículo. El agua continuaba barriendo la plazoleta, empapando los cuerpos que yacían bajo los faros. En otro tiempo, otro Andréi habría ejecutado a Sharapov sin dudarlo. Esa era la decisión táctica más aconsejable, aunque no exenta de riesgos. La eventual muerte de dos guardaespaldas era una pérdida asumible, pero la muerte de alguien como Sharapov suponía una leve conmoción en el *statu quo*. Podía poner en marcha mecanismos impredecibles.

En cualquier caso, ese otro Andréi ya no existía. Ahora sabía que los motivos por los que huyó habían arraigado en él y crecido con el tiempo, así que dejó el teléfono de Sharapov sobre el asiento y bajó del coche. Se alejó con las manos en los bolsillos y la lluvia en el rostro, consciente de que había emprendido un viaje del que no saldría con vida.

Condujo el resto de la noche, pues sabía bien que sería incapaz de conciliar el sueño. Aquel insomnio era otro fantasma del pasado que había regresado en los últimos tiempos. Tras callejear por Marbella y deambular por la A-7, terminó en el apartamento de Nadja. Había descubierto que le gustaba empaparse de su ausencia.

En esta ocasión se limitó a sentarse en el jardín y dejar que pasaran las horas. Cuando la luz del sol comenzó a despuntar, se puso en pie, regó las plantas y recogió de la cocina una bolsa de pienso para gatos. Pretendía dotar así de algún sentido práctico a aquellas visitas.

El mundo volvía a girar cuando llegó al que era su barrio desde hacía unos años: un conglomerado de viejos apartamentos turísticos apiñados tras la autovía. Estaban lejos de la playa y la mayoría no

había recibido una capa de pintura desde los ochenta, lo que se traducía en un alquiler, si no barato, tampoco exorbitado.

Dejó el coche en la zona habitual y remontó la calle con paso cansado. Frente a su portal había un joven que, brazos cruzados, gesto paciente, se apoyaba sobre una moto aparcada en la acera. Parecía esperar a alguien sin tener la vista perdida en un teléfono móvil, y eso lo convertía en un ser excepcional.

Andréi lo saludó con un gesto de la cabeza y se dispuso a entrar, pero el motorista se incorporó tras él:

—¿Es usted Andréi Sokolov?

El interpelado se detuvo con un pie sobre el escalón. Se volvió lentamente para observar a quien le hablaba. Era más joven de lo que parecía por su forma de vestir —menos de treinta años probablemente—. El pelo castaño le caía desordenado sobre la frente. Podría decirse que tenía el aspecto de alguien distraído, un tanto desconectado del mundo, si no fuera por una mirada inquisitiva.

—¿Quién pregunta? —respondió Andréi, al tiempo que se llevaba la mano a la espalda, allí donde ocultaba la Glock.

—Policía Judicial. —El joven sacó del bolsillo una placa identificativa de la Guardia Civil. Después, extendiendo la mano, agregó—: Soy el teniente Ángel Lobo.

Andréi soltó la empuñadura del arma para estrecharle la mano. Le sorprendió la fortaleza de sus dedos, los nudillos encallecidos. Era el puño de alguien que había golpeado muchas veces con las manos desnudas.

—Llevo dos días intentando localizarle, pero no responde al teléfono.

—Dejo teléfono en casa cuando trabajo.

—Ya veo… —musitó, como si registrara aquel dato en alguna parte de su cerebro—. En cualquier caso, estoy aquí por una denuncia que puso hace unos días.

De repente, Andréi sintió que el miedo le robaba el aliento, le secaba la boca.

—Necesitamos que se persone en el Instituto de Medicina Legal —prosiguió el guardia civil—. Debe identificar un cadáver.

Aquellas palabras retumbaron en su pecho como un disparo a quemarropa, le hicieron sangrar. ¿Qué le había hecho pensar que podría contribuir de algún modo a la historia de Nadja, que se convertiría en su caballero blanco? No, la vida no funciona según la lógica de los cuentos; la vida te recuerda cuán insignificante eres por boca de un muchacho que aparece en tu puerta. Ahí termina tu papel.

Interludio
Walter Graves

Lucía se había puesto guapa, como si acudiera a una cita. Como si acudiera a la cita más importante de su vida. Se había maquillado utilizando los colores más claros de la paleta —aquellos que nunca llegaba a gastar—, se había puesto un vestido, una chaqueta vaquera y había elegido el bolso caro y pequeño que le regalaran sus tías, no una mochila.

Aun así, se sintió extraña cuando llegó al restaurante y la acompañaron al reservado. El camarero le acomodó la silla y la dejó a solas en aquella sala con óleos en las paredes y un enorme ventanal asomado al teatro romano.

Esperó sin saber a quién esperaba, con la mirada distraída a través del cristal. No sabía si la persona con la que había hablado durante semanas era un chico o una chica, un adulto o alguien de su edad. Solo sabía que, cuando le propuso verse en el mundo real, se sintió más nerviosa que en toda su vida. Aceptó porque debía aceptar, porque ya no podía echarse atrás y porque, al fin y al cabo, no quería hacer aquello sola.

Cuando la puerta del reservado se abrió, sintió un sobresalto en el pecho. No se volvió para mirar, incapaz de descubrir por sí misma la identidad del recién llegado. Aguardó a que fuera él o ella quien se pusiera ante sus ojos.

Lo primero que vio fueron sus manos, firmes y huesudas, que depositaron sobre la mesa un maletín de cuero. Frente a ella se sentó un hombre trajeado de unos sesenta años: ojos azules, pelo blanco cortado a cepillo y cicatriz en el mentón.

—Buenas noches, señorita Guerrero. —Su acento era moderadamente extranjero.

—¿Cómo… sabe mi nombre?

—Me llamo Walter Graves, represento a la persona con la que ha contactado a través de «Bosque de sal».

Abrió el maletín y extrajo una minigrabadora de cinta magnética que colocó entre ambos. Pulsó el botón rojo.

—En primer lugar, ¿podría decir su nombre completo?

—Sí…, me llamo Lucía Guerrero Díaz.

—¿Ha asistido voluntariamente a este encuentro?

Lucía titubeó antes de asentir.

—¿Podría verbalizar su respuesta para que quede registrada?

—Sí…, he venido voluntariamente.

—¿Ingresó en el foro por iniciativa propia?

—Sí.

—¿Publicó un mensaje en el que pedía contactar con alguien que quisiera acompañarla en sus últimos momentos?

La muchacha, un tanto anonadada, volvió a asentir. De inmediato, se inclinó sobre el aparato y repitió:

—Sí.

—Durante las conversaciones que ha mantenido con mi representado, ¿él la ha inducido o incitado de algún modo a quitarse la vida?

Pese a sentirse violentada por la pregunta, respondió:

—N-no. Solo escucha lo que yo quiero contarle.

—Bien. Muchas gracias.

El hombre alargó la mano y detuvo la grabación. Después guardó el aparato y cerró el maletín.

—¿Hay algo que desee preguntarme, señorita Guerrero?

—¿Cuándo podré conocerlo?

—Él se pondrá en contacto con usted. Pronto. —Se puso en pie y aproximó la silla a la mesa—. Disfrute de la cena, corre de nuestra cuenta.

El extraño abandonó la sala, dejándola a solas con su desconcierto.

Al cabo, regresó el camarero:

—¿Desea consultar la carta de vinos? —Y tras escrutarla con más detenimiento, agregó—: ¿Tiene la señora edad para beber?

19
La calma y la tormenta

A una semana de Nochebuena, todo el mundo parecía tener algo mejor que hacer. Todos salvo Ángel, que esperaba a los pies de la Ciudad de la Justicia con las manos en los bolsillos. La noche había cubierto las calles con una capa de humedad que ahora sabía característica de Málaga. También sabía que podía ser peor, pues algunas tardes, al salir de la comandancia, se veía arrojado a una niebla que reptaba desde el mar hasta anegar por completo la ciudad.

Cuando el Mazda rojo se detuvo ante él, su primer pensamiento fue que aquel coche no encajaba con el hombre que lo conducía. Ni por tamaño ni por carácter. Andréi Sokolov bajó del vehículo y le estrechó la mano. Su semblante —tan inexpresivo como esa mañana — tenía, no obstante, un cariz diferente: una sombra que le empañaba la mirada y que Ángel no supo leer. «Tristeza», supuso, mientras lo conducía hacia las entrañas del Instituto de Medicina Legal.

Los esperaba un ayudante del doctor Castillo, que los guio a través del laberinto de pasillos vacíos. Mientras lo seguían, Ángel observaba de soslayo al hombre que caminaba junto a él. Era evidente que se trataba de una persona disciplinada en extremo, así lo delataba tanto el control de sus emociones como su constitución:

magra y con una musculatura poderosa pero en absoluto hipertrofiada. No parecía un simple asiduo al gimnasio, sino alguien que sigue una preparación minuciosa para un fin concreto.

El forense abrió la puerta de la sala frigorífica.

—Está en la treinta y tres. Cierre cuando hayan acabado.

Ángel asintió mientras desliaba un caramelo de eucalipto y se lo metía en la boca. Le ofreció uno a su acompañante, que declinó con la cabeza. Después se dirigió a la cámara indicada y tiró del cajón hasta abrirlo por completo. La vaharada del cuerpo en descomposición se dispersó en el aire saturado de cloro.

Levantó la vista y comprobó que el denunciante no se había aproximado.

—Si es tan amable, necesitaría que identificara el cadáver.

Andréi asintió, pero continuó con los pies pegados al linóleo.

—Tómese el tiempo necesario —añadió Ángel.

El ruso se aproximó por fin. Ángel no perdió detalle de sus gestos, de su lenguaje corporal. Le sorprendió el alivio en el rostro, la relajación de los hombros, seguidos de un atisbo de tristeza.

—Conozco, pero no es ella.

—¿No es quién?

—Mujer que denuncié.

—No es la mujer cuya desaparición denunció, pero ¿aun así la conoce? —trató de comprender.

Andréi buscó las palabras. Habló con cuidado:

—Esta mujer es Elka Kowalski. Mi amiga buscaba a ella cuando llevaron.

Con el ceño fruncido, Ángel sacó el móvil y consultó la base de SIGO. Comprobó que, efectivamente, había una segunda denuncia

registrada el mismo día a la misma hora por el mismo ciudadano. Otra desaparición.

—Su amiga es… —Ángel leyó detenidamente— ¿Nadja Vakhitova?

Andréi asintió.

—Me está diciendo que la señora Vakhitova desapareció mientras buscaba a Elka Kowalski, de cuerpo presente.

—No desapareció en aire —respondió el ruso con un asomo de impaciencia—. Llevaron. Fue secuestro.

Ángel comenzaba a comprender lo sucedido. Al denunciar la desaparición de una mujer que, a su vez, busca a otra desaparecida, estás denunciando la desaparición de dos personas. No intentó explicárselo, aquel hombre no parecía interesado en los pormenores del sistema informático policial.

Cerró la gaveta. Había llegado el momento de dejar descansar a esa muchacha, pero se mantuvo con la mano colgada del tirador, intentando aclarar las ideas. Dos mujeres desaparecidas, una mientras buscaba a la otra. Pentotal sódico y heroína en el cuerpo de la que había aparecido… ¿Qué cojones era todo aquello?

Levantó la cabeza y miró a Andréi.

—Hay una cafetería en la planta baja. ¿Le importaría tomar un café conmigo?

El camarero, malhumorado por la interrupción, colocó los dos cafés en vaso de cristal sobre la mesa. Regresó a su puesto tras la barra y continuó viendo el partido de Champions League en el móvil.

Andréi dio un breve sorbo y sonrió con resignación.

—¿Hay sitio en este país con café bueno?

—Si lo hay, desde luego no es la cafetería de un edificio público —respondió Ángel mientras rechazaba la segunda llamada de Somer en cinco minutos.

Silenció el teléfono y lo devolvió al bolsillo. Cruzó las manos sobre la mesa, obligándose a centrarse.

—¿De qué conocía a Elka Kowalski?

—Conocía por Nadja. Eran amigas de tiempo. Más tarde Nadja trajo ella a mis entrenamientos.

—¿Es entrenador personal? —preguntó Ángel, que por fin parecía encontrar una explicación para su imponente físico.

—No exactamente. Defensa personal.

—Así que estas dos mujeres, una muerta y otra desaparecida, querían aprender a defenderse. ¿Estaban en peligro?

Andréi bajó la barbilla y le sostuvo la mirada. Aunque hubiera cafés de por medio, estaba claro que aquello era un interrogatorio. Y no le gustaba la perspicacia que demostraba su interlocutor; parecía exprimir cada palabra hasta inferir la última gota de información que se podía extraer de ellas. Podía ser agotador hablar con alguien así, pero se obligó a recordar que ese joven investigador podía resultarle útil.

—Ellas tenían profesión… complicada.

—¿Complicada?

—*Escorts*.

Ángel asintió. De nuevo, pareció etiquetar aquel dato como relevante antes de colocarlo en algún lugar de su mente.

—Elka Kowalski murió por sobredosis de heroína. ¿Encaja con la persona que conocía?

—No. Era sana y en buena forma. No puedes si metes heroína.

La siguiente pregunta era un disparo a ciegas, pero también era el principal motivo por el que había contactado con Andréi Sokolov:

—¿Sabe si Elka Kowalski podría haber tenido ideaciones suicidas?

En esta ocasión, el ruso no fue tan categórico:

—Elka era chica joven lejos de familia. —Meneó la cabeza—. Parecía sola…, pero tenía motivos para seguir adelante. Tenía hijo en su país. Hacía este trabajo para enviar dinero, como muchas de ellas. Eso contó Nadja.

—Ha dicho que su amiga… Nadja —repitió con buena pronunciación— buscaba a Elka. ¿Cuántos días llevaba desaparecida?

—Elka desapareció hace quince o dieciséis días. Nadja estuvo buscando todo ese tiempo, hasta que ella también llevaron hace una semana. —Se pellizcó la frente con gesto cansado—. Una semana desde denuncia, ¿comprende?

—¿Por qué sabe que se la llevaron? Quizás se marchó por su cuenta.

Andréi negó con vehemencia.

—No marchó. Lo sé porque yo estaba con ella. Pidió ayuda porque seguían a ella. Seguía gente que no quería que preguntara por Elka —explicó inclinándose sobre la mesa—. Recogí a Nadja, la dejé en hotel. Cuando volví, ya no estaba. Habitación destrozada, su bolso… Cosas tiradas. —Apretó el puño, frustrado por su dificultad para explicarse en español.

Respiró hondo. Cuanto más nervioso estuviera, peor se expresaría, y necesitaba que aquel policía lo entendiera.

—Yo estaba con Nadja la noche que llevaron. Estoy seguro que gente que ha llevado a Nadja es misma que ha matado a Elka.

Ángel asintió con gesto serio. Lo que aquel hombre decía tenía sentido. Ambas se dedicaban a una actividad que les permitía relacionarse con gente poderosa, pero también peligrosa. No era descabellado pensar que sus desapariciones pudieran estar conectadas, lo que carecía de sentido era el pentotal sódico en el cuerpo de Elka Kowalski; un elemento que la emparentaba con los trece suicidas de Rigo Díaz, aparentemente ajenos a un entramado capaz de hacer desaparecer a dos personas.

Ángel tenía las piezas del puzle dispuestas sobre la mesa, pero por primera vez era incapaz de hacerlas encajar. El móvil volvió a vibrar. Lo sacó del bolsillo, molesto por la interrupción. De nuevo Somerset.

—Señor Sokolov, me temo que debo dejarlo. —Le ofreció una tarjeta de visita—. No me voy a desentender de esto, trataremos de encontrar a su amiga. Mientras tanto, si recuerda algo más, póngase en contacto conmigo.

Se despidió y dejó a Andréi frente a los dos vasos de café. El ruso bajó la mirada y contempló la tarjeta que sujetaba entre los dedos. La tarjeta de un muchacho al que prácticamente doblaba la edad.

Ángel redujo y el freno motor recogió el impulso de la Yamaha. Combinó la desaceleración con un ligero toque de frenos para evitar el deslizamiento sobre el asfalto húmedo. Embocó el acceso a la comandancia y le extrañó encontrar la barrera abierta; terminó por clavar los frenos al toparse con el despliegue de vehículos en el patio central: dos furgones de la Unidad Especial de Intervención, tres todoterrenos blindados y un coche sin distintivos, todos con las puertas abiertas de par en par mientras los de operaciones especiales, más soldados que agentes, ultimaban los preparativos.

Somerset, de pie junto al coche camuflado, dio dos manotazos sobre el techo para llamar su atención.

—¿¡Dónde coño se había metido, teniente!? —le increpó, al tiempo que le arrojaba algo a las manos.

Al recogerlo, Ángel descubrió que se trataba de un chaleco antibalas con las palabras POLICÍA JUDICIAL impresas en amarillo. Se sacó el casco, un tanto desconcertado y sin saber muy bien qué hacer.

—¡Vamos, joder! Sube ya o nos vamos sin ti.

Ángel se apresuró a apartar la moto y colocarse el chaleco. Subió al asiento del copiloto y, antes de que hubiera podido cerrar la puerta, la capitán pisó a fondo. El operativo se había puesto en marcha.

Atolondrado, Ángel forcejeaba con el cinturón de seguridad, que insistía en bloquearse a cada tirón. Fernández, sentado en el asiento de atrás, le dio dos palmadas en el hombro:

—Tranquilo, esto es un día más en la oficina.

Somerset, con el cabreo quemándole la mirada, dio un volantazo para mantenerse a rueda de los vehículos blindados. Las luces del convoy barrían la noche a su paso.

—Cuando tu capitán te llama, contestas —le espetó—. ¿Qué coño estabas haciendo?

—Vamos, Somer, que Lobo ni siquiera está de guardia —terció Fernández.

—¡Los cojones! —respondió la capitán—. Si quería desentenderse del teléfono, que se hubiera metido a picoleto de pueblo.

Ángel calló, consciente de que cualquier explicación solo enfadaría más a su superior. Tras unos instantes de silencio, se decidió a

preguntar:

—¿Puedo saber adónde vamos?

—Lo creas o no, todo esto es culpa tuya —respondió Fernández mientras se limpiaba las gafas contra la manga del jersey.

Somer, con una mano en el volante, lo miró de soslayo. Aunque malhumorada, terminó por responderle:

—Nos han soplado que el testaferro se reúne esta noche con quien pone la pasta. Si lo pillamos con el dinero antes de que entre en Gibraltar, cerramos el caso.

—¿Y quién pone la pasta?

—La policía holandesa cree que la Mocro maffia va a realizar un pago importante a un proveedor de la Costa del Sol. El dinero salió hace dos días de Rotterdam, lo que coincide con la presencia del testaferro en Marbella. —Cambió de marcha y pisó a fondo para incorporarse a la autopista—. Según nuestro informante, esta noche preparan un encuentro en un chalé de Estepona. Puede que sea ahí donde se efectúe el pago.

—La Mocro maffia no está mal para estrenarse —dijo Fernández—. Si me preguntas, no son mi banda favorita, yo soy más de clásicos como la Camorra o la mafia rusa. Pero hay que reconocer que los muchachos empezaron como simple banda tributo y, con el tiempo, han sabido abrirse camino en el panorama internacional.

Somerset negó con un suspiro antes de retomar la palabra:

—El tipo cena aquí con los marroquís y mañana a primera hora pasa la frontera de Gibraltar. Antes de las diez cada concejal tiene el dinero en su cuenta *black* —remató.

Ángel asintió. No pudo evitar un aguijonazo de emoción:

—Nunca había participado en una operación con la UEI[3].

—Tampoco es para tanto —dijo el de criminalística—. De hacer el Rambo se encargan los muchachotes de ahí delante. Los empollones entramos cuando los malos ya tienen las esposas puestas.

Los de operaciones especiales establecieron un perímetro invisible alrededor de la urbanización y controlaron los accesos a la A-7. Ubicaron un tirador en la antigua torre de Guadalmansa, que dominaba desde su posición todas las salidas a la playa, y otro en el puente peatonal que saltaba sobre la autovía.

Mientras el dispositivo enjaulaba la urbanización sin conocimiento de sus residentes, los «empollones» esperaban en la retaguardia, aparcados en una de las calles que rodeaban el resort. Por estricta orden del capitán Franganillo, mando de la operación, debían mantenerse en silencio y con todas las luces apagadas. Incluidas las pantallas de los móviles.

Fernández, repantingado en los asientos traseros, miró el reloj:

—Hora y media ya. Esto es un puto coñazo —protestó antes de bostezar—. Voy a ver si me entero de algo. —Salió del coche y cerró con más ímpetu del que probablemente le hubiera gustado a Franganillo.

Somer y Ángel permanecieron en silencio, oteando las profundidades de aquella villa de paredes terracota. Las palmeras, asomadas sobre el abigarrado desconcierto de tejados y terrazas, eran lo único que se movía en la noche.

—Estaba en la identificación de un cadáver —dijo Ángel de improviso.

—¿Cómo?

—Antes me preguntaste dónde estaba. Acompañaba a un hombre en la identificación de un cadáver.

—¿Qué cadáver? No estás en ningún caso de…

—Han encontrado el cadáver de una mujer en la zona de Manilva. El doctor Castillo se puso en contacto conmigo porque hallaron pentotal sódico en su sangre.

Somer puso los ojos en blanco. El puñetero suero de la verdad.

—Ya lo hemos hablado, no hay base para pensar que se trate de nada más que una serie de suicidios. No puedes obsesionarte con los fantasmas de…

—No fue eso lo que hablamos. Me pediste que fuera discreto hasta saber qué teníamos entre manos. Estoy siendo discreto.

—¿Eso es lo que dije? —preguntó ella con resignación—. El mensaje entre líneas era que te olvidaras del asunto.

—Cuando quieras darme una orden, te ruego que lo hagas de forma explícita —replicó Ángel—. Aun así, ¿cómo voy a olvidarme de catorce muertes sin investigar?

—Esperaba que la urgencia del día a día te convenciera de ello, pero ya veo que te gusta jugar a los misterios.

—No estoy jugando a los misterios —se ofendió—. Es nuestra obligación…

—Ya, ya —zanjó la capitán con un suspiro—. Mejor dime qué has averiguado.

Le molestó la interrupción, pero quería compartir con ella sus pesquisas. Somerset tenía una mirada de la que él carecía.

—La víctima murió de una sobredosis de heroína…

—¿Lo ves? Otra muerte sin victimario.

—No está tan claro. La Policía cree que había alguien con ella —se apresuró a apostillar—. Esta noche he acompañado a la morgue al hombre que denunció su desaparición. La ha identificado y me ha explicado que hay una segunda desaparecida: una mujer que estaba buscando a la que han encontrado muerta. Según él, la secuestraron para que no siguiera preguntando.

Somer terminó por cabecear con gesto ponderativo:

—Eso empieza a parecerse a un caso. Pero ¿qué tienen que ver estas dos desapariciones con los suicidios de…?

—¿Qué ha sido eso? —la interrumpió él, inclinándose sobre el salpicadero.

—¿Qué ha sido el qué?

—He visto a alguien saltar de una terraza a otra.

Ángel abrió la puerta y se abalanzó al exterior, dejando a su capitán con la palabra en la boca.

—¿En serio? —protestó Somer, al tiempo que retiraba las llaves del contacto y salía tras él.

Ángel cruzó la calzada, saltó la mediana ajardinada y llegó a la acera opuesta justo a tiempo de ver cómo el sospechoso se descolgaba de una terraza baja.

—¡¡¡Alto, Policía Judicial!!! —gritó sin dejar de correr.

El otro, que se supo descubierto aun antes de caer al suelo, arrancó la huida. Pese a la oscuridad, era fácil distinguir que se trataba de alguien joven y en forma; por desgracia para el prófugo, Ángel también lo era.

Ambos se lanzaron a una persecución frenética separados por unos treinta metros. Tras ellos corría Somer, no tan rápida, pero con entrenado fondo físico.

El fugitivo aprovechó una zona más iluminada para mirar sobre el hombro. Ángel esperaba que se rindiera al ver que no conseguía quitárselos de encima. En lugar de eso, volvió a girarse y, sin detenerse, disparó sobre sus perseguidores.

Somer se parapetó tras un coche, pero Ángel siguió adelante, ignorando un segundo disparo dirigido contra él.

—*What the fuck is he doing?* —masculló la capitán, y se obligó a salir de su cobertura para no abandonar a su teniente—. ¡Ángel, cúbrete! —Pero este ignoró el aviso y continuó con la persecución.

El fugado, al comprender que no iba a quitárselo de encima, giró en redondo para encañonarlo directamente.

—¡¡¡Lobo, abajo!!!

Ángel miró atrás y vio a Somerset echando rodilla al suelo con el arma preparada. Rodó a un lado para salir de la línea de tiro.

—¡Alto o disparo! —gritó la capitán.

Pero el huido no depuso el arma, sino que orientó el cañón hacia ella. Su tiro se perdió en la noche, no así el de Somer, que disparó con pulso firme.

El sospechoso tropezó y cayó de espaldas. De inmediato, la tiradora se puso en pie y se aproximó con el cañón a media altura. Ángel desenfundó y avanzó desde el costado.

El fugitivo sollozaba y maldecía echándose la mano a la cadera. Somer le había alcanzado en un punto no vital, demostrando una envidiable precisión incluso con las pulsaciones desbocadas.

La pistola había caído unos pasos más allá. Ángel la custodió mientras su capitán ponía las esposas al prófugo.

—Sospechoso detenido en la bajada este a la playa —avisó el teniente por el walkie-talkie—. Presenta herida de bala. Solicitamos

asistencia médica.

Apenas hubo recibido confirmación, comprobó que uno de los vehículos blindados enfilaba la calle, probablemente alertado por los disparos. Exhaló para liberar la tensión y se aproximó a Somer; quiso preguntarle cómo se encontraba, pero ella avanzó hacia él y le clavó el dedo en el pecho:

—¿¡Qué coño ha sido eso, Lobo!? —le increpó mientras lo empujaba por el hombro—. *What's wrong with you?*

Ángel había aprendido que solo farfullaba en inglés cuando estaba realmente cabreada, así que intentó ser lo más elocuente posible:

—Las posibilidades de acertar a alguien mientras corres son muy escasas. Sin apuntar, casi nulas.

Para su desconcierto, aquello la enfureció aún más.

—¡¡¡Me importan una mierda las posibilidades, teniente!!! ¡¡¡Si vuelves a hacer una gilipollez así, te saco de mi unidad!!!

Alguien carraspeó tras ellos.

—Lamento interrumpir la pelea de enamorados —intervino el capitán Franganillo, que se aproximaba desde el vehículo blindado.

Traje táctico, pecho ancho y mandíbula de granito, Franganillo no comprendió su error hasta que los ojos de Somerset estallaron en llamas.

—¿Pelea de enamorados? —repitió ella, encarándolo desde veinte centímetros más abajo—. ¿Cada vez que un superior abronca a un subordinado es una pelea de enamorados? ¿O solo lo dice porque yo soy una mujer y usted es un machista de mierda?

Franganillo alzó las manos pidiendo paz. Tarde.

—Le voy a decir una cosa: al teniente Lobo y a mí nos han disparado porque su unidad ha montado un perímetro de mierda —

sentenció mientras daba un paso al frente—. Así que métase esa sonrisa por el culo.

Y volviéndose hacia otro de los agentes de la UEI, le espetó:

—Si ya habéis hecho lo vuestro, llevadnos con los detenidos. Alguien tendrá que hacer bien su trabajo esta noche.

El fugitivo resultó ser Amin Cherkaoui, uno de los comandantes de la Mocro maffia en el estrecho de Gibraltar. En el chalé encontraron al testaferro español, a otros cuatro miembros de la mafia marroquí —uno de ellos un sicario con orden de arresto internacional— y cien mil euros en metálico a punto de cambiar de manos.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando terminaron de registrar y levantar acta de lo incautado. Ángel se encargó de custodiar el dinero y las armas hasta el depósito mientras Somer enviaba el informe a la juez de guardia. Solo Fernández, que a la mañana siguiente debía poner el desayuno a dos niñas, llegó a casa antes de las tres. Lobo y Somerset acordaron entrar dos horas más tarde a su turno.

Al día siguiente, somnoliento y vagamente eufórico, Ángel pulsó el botón del ascensor que debía llevarlo a la tercera planta de la comandancia. Las puertas comenzaban a cerrarse cuando escuchó a Somer dar los buenos días a los guardias del vestíbulo. Se apresuró a retener las puertas.

La capitán llegó con un café en la mano y la cartera en la otra. Llevaba el pelo recogido y un exceso de corrector para disimular las ojeras. A pesar de que se habían despedido hacía tan solo unas horas, Ángel sintió un extraño pellizco al verla. Prefirió no ahondar en aquella sensación. Ella, por su parte, no mostró mayor alegría por

el encuentro. Tras un ronco «buenos días», se colocó junto a él a la espera de que el ascensor se pusiera en marcha.

Ángel tomó aire para decir algo, pero optó por callar. No sabía cómo descongelar la situación.

—Mira, no sufras —lo tranquilizó ella—. No es que le vaya a pedir a Riquelme que te traslade ni nada parecido, pero aún me dura el cabreo.

—Lo siento —dijo él.

—Ah, ¿sí? ¿Qué es lo que sientes exactamente?

—Debería haberme dado cuenta de que te ponía en una situación comprometida. Primero al no atender tu llamada y después al desobedecer una orden directa. —Se llevó la mano al bolsillo de la cazadora buscando el contacto de la peonza—. Sé que a muchos no les ha gustado tu ascenso y que con mi actitud parece que te desautorizo. No volverá a pasar. Te considero una buena capitán y…

—Déjalo ya, ¿quieres? Sé que no eres ningún imbécil. Si acaso, un poco insufrible —zanjó ella.

Ángel asintió justo en el momento en que el ascensor se detenía. Cuando pusieron un pie fuera, la oficina prorrumpió poco a poco en aplausos. Ambos se miraron, y Somer le guiñó un ojo.

Fernández alzó la voz desde su mesa:

—Que sepáis que Somer no solo pilló a Cherkaoui, ¡también mandó a la mierda a Franganillo!

Aquello hizo que los aplausos se redoblaran y sonaran vítores.

Ángel sonrió —quizás por primera vez en aquel lugar— y se hizo a un lado para aplaudir a Somer junto a los demás.

—¿Queréis dejarlo ya y volver al trabajo? —los riñó ella mientras se escabullía—. ¡Me va a caer una bronca de Riquelme por vuestra

culpa!

Como si lo hubiera invocado, el comandante se aproximó a Ángel desde atrás y le hizo un gesto para que lo acompañara a su despacho.

—Cierre la puerta —le ordenó mientras se sentaba al otro lado del escritorio.

El teniente obedeció antes de tomar asiento. El gesto de Riquelme ya auguraba que no le había hecho entrar para felicitarlo.

—¿Conoce a un tal Emilio Martín Torres?

La mirada de Ángel se endureció. Tardó un instante en responder.

—Sí, vive en mi edificio.

—¿Y qué más?

—Mandó a su mujer al hospital. Hablé con ella, pero no ha querido presentar denuncia.

Riquelme deslizó un documento sobre la mesa. Ángel lo leyó por encima, sin tocarlo.

—¿Sabe lo que es?

—Un parte de lesiones —respondió el joven teniente.

—El tal Emilio recibió hace dos días el alta y se fue derechito a los juzgados. Ha interpuesto una denuncia contra usted.

Ángel levantó la vista del papel. No dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó Riquelme—. ¿Qué le digo a Asuntos Internos? Porque ya están buscando billetes para Málaga.

Interludio
Inmersión

Lucía llamó al portero automático y apoyó la espalda contra el muro. Al cabo, la cerradura saltó con un zumbido eléctrico y la cancela quedó entornada. Empujó la puerta y se zambulló en una explosión de fragancias y colores primaverales.

En otra época —en otra vida— le había encantado pasar el tiempo en ese jardín; se recordaba tomando el sol mientras leía mangas *shōjo* en una tumbona. Por un instante llegó a sentir en la lengua la acidez cítrica que acompañaba a esas tardes de verano y limonadas caseras.

—¡Lucía! —exclamó Judith desde el porche—. Vienes muy guapa, ¿tienes planes?

La chica se miró, como si cobrara conciencia en ese momento de su aspecto. Llevaba el pelo suelto, un maquillaje somero y vestía colores alegres. La ocasión lo merecía.

—Algo así —sonrió—. ¿Está la tita Rigo?

—Llegará tarde. Otro día complicado. —Al ver la decepción en sus ojos, Judith agregó—: ¿Querías hablar con ella de algo en concreto?

Lucía se encogió de hombros.

—Nada importante. Solo quería saludarla… Saludaros.

—Pasa y la esperamos juntas. Puedo preparar limonada —se le ocurrió.

Lucía subió los dos escalones que las separaban y la abrazó. Le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, siempre me han gustado tus limonadas. —Tardó un instante en deshacer el abrazo—. Pero me están esperando.

Bajó los escalones y cruzó el jardín en dirección a la salida.

—Dale un beso a mi tía —dijo desde el umbral, y se despidió con un gesto de la mano.

Cerró y miró hacia el cielo que se abría de par en par sobre su cabeza. Por primera vez en mucho tiempo nada la apremiaba, así que decidió pasear hasta el centro. La brisa marina la despeinó mientras caminaba al encuentro de la playa. Recorrió el paseo marítimo entre bañistas, *runners* y parejas que entrelazaban los dedos y sonreían a la puesta de sol. La inminencia del verano parecía embriagar a toda la ciudad.

Deambuló entre los museos y los yates del puerto deportivo, capeó las mareas de turistas que confluían en la plaza de la Marina y varó a las puertas del hotel donde se había citado. Se peinó con los dedos, cerró los ojos y exhaló los nervios antes de sumarse al flujo de visitantes que se filtraba entre las puertas giratorias.

El arrebol estival atravesaba los ventanales y reverberaba en los suelos blancos y en los altos techos. Intimidada por el lujo y la arquitectura del establecimiento, se aproximó al larguísimo mostrador de recepción. Una empleada levantó la mirada y la recibió con una sonrisa.

—Tengo una reserva a nombre de Lucía Guerrero —dijo ella, deslizando su carné sobre el mármol.

La recepcionista lo recogió y comprobó sus datos en el terminal.

—Su estancia ya está pagada, señora Guerrero. Solo una noche, ¿verdad?

Ella asintió con timidez.

—Muy bien, aquí tiene su tarjeta. Su habitación está en la última planta, es la suite Pablo Picasso. La encontrará saliendo del ascensor hacia la izquierda, al final del pasillo.

Lucía musitó un gracias y recogió la tarjeta. A nadie pareció sorprenderle que una adolescente de dieciocho años se alojara allí, y comprendió que no era la primera mujer joven, sin equipaje y con vestido corto a la que invitaban al hotel.

Cruzó el vestíbulo, cohibida por lo que pudieran haber asumido sobre ella, y no se relajó hasta que la campana del ascensor indicó el cierre de las puertas. El trayecto hasta la planta doce fue largo, casi interminable, pero Lucía no tuvo la sensación de estar ganando altura. Se sentía, más bien, en una lenta inmersión, zambulléndose a una profundidad donde no alcanzaban la luz ni el ruido de la superficie.

Cuando las puertas por fin se abrieron, lo hicieron a otro mundo. Puso un pie fuera y miró hacia la izquierda. El pasillo parecía enmarcar la puerta que aguardaba su llegada. La moqueta amortiguó sus pasos hasta que se detuvo frente al nombre del pintor. Aproximó la tarjeta a la cerradura y se estremeció al comprobar que esta se abría.

La habitación en penumbras desprendía un suave aroma a especias y canela. Una luz difusa perfilaba el cabecero de la cama y permitía intuir las formas y volúmenes que poblaban la estancia. Tardó en percatarse de que había alguien más con ella: una presencia silenciosa en un sillón próximo a la cama. La luz apenas

rozaba sus facciones, pero por su gesto y actitud supo que era un hombre.

—Hola, Lucía.

Ella se llevó la mano al pecho, sobrecogida al oír su nombre en los labios del extraño.

—Tranquila, no tienes nada que temer. —La voz era cálida, matizada por un leve acento extranjero—. Me conoces bien, pero aún no te he dicho mi verdadero nombre. Me llamo Viktor.

Lucía cerró los puños para infundirse valor y cerró la puerta. La oscuridad ganó peso dentro de la sala.

—Te explicaré las reglas —dijo Viktor, al tiempo que colocaba una grabadora de voz sobre la mesa auxiliar—: No me moveré de este sillón, solo hablaremos. Estoy aquí para acompañarte, pero no puedo ayudarte en lo que has de hacer. Si me pides que me vaya, me levantaré y me iré.

La muchacha quiso dar su conformidad, pero su voz no llegó a levantar el vuelo. Él tomó su silencio como un acuerdo tácito.

—Antes de empezar, ¿hay algo que quieras preguntarme?

Lucía tragó saliva y reunió valor:

—¿Por qué haces esto? —inquirió—. El tiempo que me has dedicado, pagar el hotel, estar aquí conmigo… ¿Por qué?

Viktor no respondió de inmediato. Cuando habló, su voz perdió el cariz amable, casi afectuoso, que hasta ahora había mostrado:

—Porque sé lo que es sufrir hasta el punto de que esta vida se te haga insoportable. Lo he visto en alguien a quien quise y nadie debería vivir así. Todos tenemos derecho a una salida. Todos merecemos descansar.

Ella asintió, conmovida por escuchar sus propios pensamientos —su propia amargura— por boca de otro. Después miró al centro de la suite, a la blancura cegadora de las sábanas. Parecían refulgir bajo la tenue luz del cabecero, como un faro en la oscuridad que les circundaba, como un altar inmaculado a la espera de una virgen.

Se descalzó antes de aproximarse a la cama. Apoyó la mano izquierda sobre las sábanas y percibió cada hebra arañándole las yemas de los dedos. Sus sentidos se habían expandido, como si quisieran embeberse de ese momento. Sobre la almohada, el vial y el bisturí.

Sabía qué tenía que hacer, lo habían hablado durante sus conversaciones. Ella había elegido el modo y él la había guiado para hacerlo de la forma correcta. Se desprendió del vestido —el favorito de su hermana—, subió a la cama y apoyó la espalda contra el cabecero. No había reticencia alguna en sus movimientos, sentía más alivio que miedo. Tomó la inyección y buscó con los dedos la vena cubital en su antebrazo izquierdo. Había visto cientos de veces cómo hacerlo. El pinchazo le dolió más de lo esperado y la sangre manó profusa.

—Respira. Te prometo que esta es la parte más difícil.

Ella asintió mientras empujaba el émbolo con el pulgar. La quemazón se extendió rápidamente desde su antebrazo, como un fuego voraz que consumiera sus miedos y sus pensamientos. Apoyó la nuca contra el respaldo y esperó a que la sustancia hiciera efecto. Nunca había consumido drogas, ni siquiera le gustaba el sabor del alcohol, así que no sabía qué esperar.

La boca se le llenó de herrumbre y descendió a profundidades insólitas, hasta posar los pies en un lecho que nadie más había

hollado. Estaba sola allí abajo, libre del dolor que le infligían y que se infligía. Por primera vez en mucho tiempo se sintió lúcida y serena, asumiendo libremente lo que estaba por venir.

Tanteó con la mano hasta encontrar el bisturí. Lo sujetó entre los dedos y separó las piernas. En la cara interna del muslo había una cruz dibujada con rotulador rojo.

—Recuerda que el corte ha de ser profundo —dijo Viktor con calma.

—¿Crees que ella estará al otro lado, esperándome?

—Nadie sabe qué nos aguarda al otro lado, *dorogáya*. Solo estamos seguros de lo que dejamos atrás.

Tenía razón. No lo hacía por la incertidumbre de la muerte, sino por la dolorosa certeza de la vida. Apoyó la cuchilla sobre la vena safena y hundió el índice con fuerza. Le sorprendió la facilidad con que la piel se sajaba, como si su propia carne ansiara abrirse de par en par, purgarse de tanta vida. Y esta escapó a borbotones; cada bombeo del corazón, un paso más hacia el otro lado.

Lucía cerró los ojos y se abandonó a la deriva, cortadas al fin todas las amarras. Mientras se alejaba, quiso recordar una última vez el rostro de su hermana. Después solo habría olvido y oscuridad.

20
Ojos que han visto demasiado

Riquelme se reclinó en la silla al tiempo que exhalaba un largo suspiro. Se pasó el índice y el pulgar por el mostacho, ponderando cómo manejar la situación. No era la primera vez que uno de sus oficiales era acusado de cometer un exceso, pero en todas las ocasiones anteriores el presunto infractor se había mostrado indignado, sorprendido o locuaz en sus explicaciones. Nunca antes se había encontrado con un muro de silencio como el de Ángel Lobo, así que intentó explicarle su situación de la manera más didáctica posible:

—Escúcheme bien, porque creo que no entiende la tonelada de mierda que se le puede venir encima. —Riquelme cerró los ojos para ordenar sus pensamientos—: El juez no nos va a joder; lo normal es que espere a que le pasemos los resultados de la investigación interna antes de decidir si abre una causa contra usted. Pero necesitamos que salga guapo y formal en el informe preliminar, ¿comprende? Si lo hacemos desde aquí y evitamos que vengan los de Asuntos Internos, mejor aún. Así que ayúdeme a ayudarle: ¿tiene coartada para la noche del 8 de diciembre?

—No tengo nada que decir. Asumiré el resultado de la investigación —repitió Ángel con voz átona.

Riquelme estrelló el puño contra la mesa e hizo saltar un lapicero.

—¡Me cago en Dios! —masculló—. ¿Entiende que puede verse de patitas en la calle, teniente?

Ángel respondió con serenidad:

—Soy consciente de las posibles consecuencias. Desde un expediente disciplinario a un proceso penal. Sea cual sea el resultado, lo acataré.

El comandante negó al tiempo que se frotaba los ojos por debajo de las gafas.

—Mire, Lobo, me da igual si se le hincharon los cojones y le dio una paliza a un maltratador. A nivel personal, incluso podría aplaudirle el gesto. —Apoyó el dedo índice contra la mesa—. Pero no es la verdad de los hechos lo que le estoy pidiendo; solo necesito saber si tiene una coartada que servir en bandeja a los de Asuntos Internos. A partir de ahí, me las apañaré.

—Le agradezco su preocupación, pero no puedo darle lo que me pide.

Riquelme apretó los dientes y se obligó a respirar despacio, la nariz dilatada como la de un boxeador. Cuando pasó el amago de tormenta, terminó por sacudir la cabeza.

—Regrese a su mesa y dígale a su capitán que venga aquí cagando leches.

—A sus órdenes, mi comandante.

Lobo se retiró y, al cabo de unos minutos, Somer tocó a la puerta con expresión desconcertada:

—¿Me estoy perdiendo algo?

—Cierre la puerta y siéntese —le ordenó Riquelme.

Cuando la tuvo al otro lado del escritorio, lanzó entre ambos el parte de lesiones. La capitán recogió el documento y lo consultó sin

abandonar su confusión.

—¿Qué estoy mirando?

—El parte de lesiones de un putero y un maltratador. Alguien le ha hecho lo que él suele hacerle a su mujer.

Somer levantó la mirada, inquisitiva.

—Ha denunciado al teniente Lobo —aclaró el comandante—. Alega que son vecinos, que lo había amenazado con anterioridad y que está seguro de que fue él quien lo mandó al hospital.

La capitán se cruzó de brazos.

—¿Hay testigos?

—Para saberlo tendríamos que abrir una investigación, pero me extrañaría que alguien pudiera identificar al agresor. De ser así, este cabrón ya lo habría mencionado en la denuncia.

—Entonces, es su palabra contra la de Lobo, y yo tengo claro a quién creer.

—No es tan sencillo. Es cierto que son vecinos, y parece que Lobo visitó a su esposa en el hospital el mismo día en que le dieron la paliza. Hay un relato lo suficientemente verosímil para que el juez admita a trámite la denuncia. Sobre todo, porque Lobo se niega a decir dónde estuvo la noche de los hechos.

—¿Qué noche fue? —quiso saber Somer.

—La del 8 de diciembre.

—Estuvo conmigo —respondió ella, tajante.

—¿Cómo que estuvo con usted?

—Pasó la noche conmigo.

—¿En la comandancia?

—Aquí no, mi comandante. En mi casa. ¿Quiere que se lo explique con muñecos?

Riquelme se dejó caer contra el respaldar y relajó los hombros. ¿Por eso Lobo no había querido responder, para respetar la intimidad de su capitán? ¿O Somerset se estaba tirando a la piscina para ayudar a un compañero?

En realidad, no importaba la respuesta. Le estaba ofreciendo la coartada que necesitaba para salvarle el culo a su teniente, y Riquelme pensaba aprovecharla.

Ángel arrojó el casco entre los cojines y continuó hacia el dormitorio con paso fúnebre. Allí se desplomó sobre la cama. Eran las once y media de la mañana de un miércoles y no tenía nada que hacer. Dos semanas de vacaciones forzosas, después podría reincorporarse a su puesto siempre que el informe preliminar le fuera favorable.

Súbitamente despojado de su rutina, la ansiedad había hecho nido en su pecho. Tras el vértigo inicial, había ocupado el camino de vuelta a casa intentando idear un programa con el que llenar los días. Dedicaría las mañanas a entrenar y zanjar de una vez la mudanza; por las tardes recorrería las zonas de la ciudad que aún no conocía, volvería a entrenar, leería e intentaría irse pronto a la cama. Si aun así no conseguía ocupar todas las horas del día, aprovecharía los ratos muertos cocinando y congelando; eso le permitiría comer mejor cuando se reincorporara al trabajo.

Así que se cambió y se preparó para salir a correr. Cuarenta y cinco minutos de carrera con esprint seguidos de otros cuarenta y cinco de calistenia en las instalaciones del parque. Eso debería ser suficiente para dejar de rumiar sobre su situación. De vuelta a casa, dedicaría una hora a abrir y ordenar cajas antes de preparar la comida.

Pero al enfilar la salida, vio sobre la mesa del salón el informe forense de Elka Kowalski. Volvió a asaltarlo la certeza de que había pasado algo por alto y, como tantas otras veces en su vida, sucumbió a ese rapto de curiosidad que era virtud y obsesión a un tiempo. Comenzó a repasar el documento hoja por hoja, intentando desentrañar algún detalle que permitiera darle coherencia a la historia. ¿Por qué alguien que no consumía se había metido pentotal sódico y heroína en una misma noche? El suicidio podría ser una hipótesis, pero el ruso le había dicho que la mujer tenía un hijo que dependía de ella. Ese es un buen motivo para seguir adelante aunque tu vida sea una mierda.

Continuó con el informe policial anexo, elaborado por los agentes antes del levantamiento del cadáver. Nada que no supiera ya…, salvo por una nota al margen a la que no había prestado atención antes: «Halina Kowalski», seguido de un teléfono con prefijo extranjero. Al parecer, alguien había consignado el único número que se pudo rescatar del móvil de la fallecida: el de su contacto de emergencias.

La embajada ya habría notificado a la familia el fallecimiento. Estarían en pleno proceso de duelo y quizás una llamada para interrogarlos sobre Elka no fuera lo más oportuno. O quizás tuvieran aún más interés que él en esclarecer las circunstancias de su muerte. No tenía nada que perder, salvo una posible conversación incómoda.

Torció el gesto, disgustado por lo que estaba a punto de hacer, pero finalmente marcó el número en la aplicación de WhatsApp y pulsó el botón de llamada. Los tonos se alargaron más de lo habitual.

Estuvo tentando de desistir, convencido de que nadie atiende una llamada anónima desde el extranjero, pero antes de separar el teléfono de la oreja, descolgaron:

—*Słucham?*

Titubeó. Quizás debería habérselo pensado mejor.

—¿Halina Kowalski?

—*Zgadza si*ę.

—Soy el teniente Ángel Lobo, de la Policía Judicial española —se presentó en inglés.

Aguardó algún tipo de reacción. Silencio al otro lado. Carraspeó antes de continuar:

—¿Es usted familia de Elka Kowalski?

—Soy su hermana.

Ángel tomó aire.

—No sé si la embajada le ha informado de su fallecimiento.

Otro silencio suspendido en la línea.

—Estamos al tanto —terminó por responder.

—Si no le importa, me gustaría hacerle algunas preguntas al respecto.

—¿Preguntas sobre qué?

—Hay algunas circunstancias del fallecimiento de su hermana que me gustaría aclarar.

—Adelante —fue la respuesta, seguida de un suspiro de impaciencia.

—¿Sabe si Elka era consumidora de drogas?

—Aquí no lo era, no sé qué hacía en España. Tampoco me hubiera sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

—¿No sabe a qué se dedicaba?

—Ya, entiendo a qué se refiere. —Volvió a aclararse la voz—. ¿Cree que su hermana podría haber sufrido depresión antes de su muerte? ¿Expresó tristeza o añoranza en alguna ocasión?

—Hace tiempo que no hablo con mi hermana de esas cosas.

No se lo estaba poniendo fácil, pero no iba a abandonar hasta haber hecho todas las preguntas:

—¿Puede decirme, al menos, si era una persona propensa al desánimo?

—¿Por qué me pregunta estas cosas?

—Intento averiguar si su hermana se quitó la vida o si, simplemente, cometió una imprudencia.

Un nuevo suspiro al otro lado, pero este sonó diferente. Halina se tomó un instante antes de responder:

—Elka era una persona alegre cuando las cosas iban bien, pero no podías contar con ella cuando venían mal dadas. Se hacía pequeña ante los problemas, huía de ellos en lugar de afrontarlos. —Calló de forma abrupta, como si de repente se reprochara hablar mal de su hermana fallecida—. Si lo que me pregunta es si mi hermana se pudo suicidar… No sé, supongo que si se sintió desbordada por las circunstancias, sin nadie a quien recurrir… —La voz se le fue quebrando a medida que cobraba conciencia de sus palabras—. Quizás se sintiera muy sola —logró articular.

—Comprendo —musitó él.

Las situaciones emotivas lo incomodaban, subrayaban su torpeza, pero debía descifrar cómo abordarlas si quería ser un buen investigador. Decidió que las palabras de consuelo estaban fuera de lugar, pero le dio un instante a su interlocutora para recomponerse.

Cuando los sollozos hubieron cesado, aventuró una última pregunta:

—¿Sabe si su hermana expresó alguna situación como la que menciona? ¿Un problema del que… no pudiera escapar? Cualquier cosa inusual podría ser relevante.

El silencio fue más prolongado en esta ocasión. Por un instante, Ángel temió que la mujer fuera a cortar la llamada. Finalmente, respondió:

—Sí, hay algo extraño… —Halina se aclaró la voz—. Hace dos semanas, cuando mi hermana ya estaba desaparecida…, alguien ingresó medio millón de euros en la cuenta que comparte con su hijo.

Pese a la asfixia que le constreñía los pulmones, Ángel apuró el esprint unos metros más. El corazón se esforzaba por enviar sangre oxigenada a unos músculos al límite. Cuanta más velocidad y más sangre en las piernas, menos en la cabeza. Ese era el objetivo: drenar su cerebro, obligarlo a apaciguarse, derrotarlo por agotamiento.

Terminó por dejarse ir, desconectó las extremidades del esfuerzo y acortó las zancadas hasta detenerse por completo. Se dobló y se concentró en llenar los bronquios. El aire le quemaba la garganta y la sangre le pulsaba en las sienes. Gotas de sudor se desprendieron de su nariz y apelmazaron la pista de tierra a sus pies.

Alzó la cabeza hacia un cielo vespertino troquelado por las ramas de los árboles. Eran las seis de la tarde y aún no había comido. Tras la conversación telefónica, su mente había entrado en un bucle de posibilidades y conjeturas del que solo había conseguido escapar

echando a correr. Ahora todo volvía a estar en su sitio; prueba de ello era que, por primera vez en horas, reparaba en que tenía hambre.

Inició el camino de regreso con la cabeza y el estómago vacíos. Era normal que lo de esa mañana le hubiera afectado, pero no podía caer en una espiral obsesiva. Nadie mejor que él sabía lo importante que era conservar una rutina, un orden en su vida que le permitiera compartimentar su mente y mantener cada cosa en su sitio, sin que un pensamiento recurrente lo desbordara.

Metió la mano en el bolsillo y acarició la peonza de metal. Había fijado un nuevo pósit imaginario sobre la foto de Elka Kowalski: «Quinientos mil euros», más de dos millones de zlotis polacos al cambio transferidos desde una cuenta rusa, según le había dicho la hermana. No se habían atrevido a tocar ni un céntimo, a la espera de que alguien se percatara del error y decidiera recuperar su dinero. Pero Ángel sospechaba que el error no era tal.

Entró en el portal y, al cruzar el zaguán, reparó en que un sobre asomaba por la boca de su buzón. Lo recuperó con los dedos; tenía el membrete de la Comandancia de Málaga. Suspicaz, lo rasgó usando las llaves como abridor, sacó la tarjeta y descubrió a las dos niñas patinando sobre el lago helado. En el reverso se leía: «El comandante Antonio Riquelme y su equipo le desean felices fiestas».

Sonrió ante aquella ironía y enfiló las escaleras.

Comenzó a desnudarse en cuanto cerró la puerta del apartamento. Metió la ropa en la lavadora —llevaba dos coladas de retraso—, programó un lavado largo y se dirigió al cuarto de baño antes de enfriarse. Se regaló una ducha larga, se vistió con ropa holgada y se dirigió a la nevera encastrada en un rincón del salón.

Contempló las magras posibilidades que esta le ofrecía. Quizás la primera tarea de su nueva rutina debiera ser hacer la compra.

Fue entonces cuando llamaron al timbre.

Ángel desvió la mirada hacia la puerta, como si pudiera ver a través de las planchas de madera y acero. Nadie hasta ahora había tocado a su timbre, nadie salvo Emilio Martín Torres, el hombre al que había golpeado hasta la inconsciencia.

Una bola de hierro frío se materializó en su estómago mientras tomaba la pistola para guardarla en la caja fuerte del armario. Después se encaminó a la puerta con los pies descalzos y los puños crispados. Se obligó a serenar el gesto antes de abrir.

Al otro lado halló a una desconocida. Una mujer de cincuenta y pico, alta y de hombros fuertes. Vaqueros azules, cuero negro, melena gris. Ojos grandes que habían visto demasiado.

—¿Teniente Lobo? —preguntó la recién llegada.

Ángel asintió a la espera de una explicación.

—Soy la capitán Rigo Díaz. Creo que tenemos una charla pendiente.

21
Un fantasma de la Guerra Fría

Andréi se ajustó la mascarilla y volvió a hundir el cepillo en el amoníaco diluido. Lo escurrió sobre el cubo y continuó cepillando el interior de la piscina, asegurándose de blanquear bien la lechada de los azulejos. Allí donde se había desprendido una pieza, se agachaba, aplicaba la pasta adhesiva y recolocaba la tesela. Apretaba hasta que el adhesivo hubiera hecho su trabajo, pisaba con la bota para asegurarse y continuaba rastrillando el fondo.

Permaneció durante tres horas en aquel pozo de gresite azul, con el sol invernal sobre la nuca y la mente vacía, entregado por completo a un trabajo anodino. Cuando hubo limpiado y revisado cada centímetro, aspiró los residuos que había acumulado en una esquina, recogió los materiales y escaló fuera. Se tomó un instante para contemplar el reluciente vaso cerámico, listo para ser rellenado con noventa mil litros de agua.

Satisfecho, devolvió el equipo al cuarto de mantenimiento y buscó al conserje que guardaba la finca. Una vez avisó de que el trabajo estaba hecho, se permitió salir por la cancela que daba directamente al paseo marítimo.

La mansión se encontraba en el extremo oriental de Torremolinos, en una zona apartada del centro urbano solo frecuentada por los vecinos de aquel barrio de mansiones y chalés. La playa, desierta en

pleno diciembre, era una tentación demasiado apetitosa para un solitario como él, así que se descalzó y bajó a la arena.

Caminó hasta la franja humedecida por la marea, se quitó el mono de trabajo y se adentró en aquel mar de aguas calmas. Nadó para sacudirse el frío y aprovechó la inercia de la brazada para tumbarse sobre el oleaje. Con el mar en la espalda y el cielo en la frente, dejó flotar sus pensamientos.

Pensó en Elka, a quien ahora sabía barrida de la faz del mundo. Recordó su rabia y su melancolía, el desamparo con el que vivía la vida, y recordó la noche en que ella y Nadja subieron a su coche escapando de la mansión Sharapov. Esa noche Elka vio u oyó algo que la acabó matando. La sobredosis no había sido la causa, solo el medio para hacerla desaparecer.

Tomó aire y se zambulló en busca de conclusiones. La sal le quemó los ojos y las olas restallaron sobre su cabeza. Dos personas habían mencionado el nombre de Volk, era la única constante en aquel laberinto de espejos. Pero estaba seguro de que ese nombre era otra máscara; quien se ocultara tras ella podía ser la clave para esclarecer la muerte de Elka y, quizás, para encontrar a Nadja.

Había un segundo nombre: Konstantin Arshavin, el emisario, el conseguidor. ¿Una persona real u otro fantasma en el laberinto? Para averiguarlo, tendría que exponerse.

Emergió y llenó los pulmones de aire y yodo. Braceó hacia la orilla.

Si pretendía seguir adelante con aquello, solo había un camino abierto ante él, pero era un camino de renuncias. Para recorrerlo debía desprenderse de la vida que ahora vivía, y su resistencia a ese cambio hacía que sus pasos fueran torpes. «Si decides sentarte,

siéntate; si decides caminar, camina; pero hagas lo que hagas, no te tambalees», decían los viejos de Vladivostok.

Andréi jamás había puesto un pie en el consulado de Rusia en Marbella, y tuvo que revisar la dirección cuando el navegador lo condujo hasta un pequeño centro comercial de carretera a orillas de la A-7.

Paró el motor del Mazda y recorrió con la vista los locales alineados ante él, casi todos con cartelería en ruso que anunciaba salones de belleza, agencias de viajes o tiendas gourmet especializadas en caviar. Bajó del coche y se aproximó al pequeño directorio que desgranaba los negocios allí alojados. Efectivamente, entre ellos se encontraba la oficina consular.

Siguió la dirección indicada entre comercios y parterres ajardinados, hasta dar con el escudo de la Federación de Rusia grabado en un ventanal. Echó un vistazo a través del cristal para ubicar las cámaras, se ajustó la gorra y las gafas de sol y empujó la puerta.

—*Dóbroye útra* —saludó al guardia de seguridad.

—Buenos días —respondió este en español—. Deje los objetos metálicos en la cinta y pase bajo el arco.

Andréi obedeció como un buen chico. Recogió la cartera y las llaves del coche al otro lado del escáner y se dirigió al mostrador de recepción. La oficina era mucho más amplia de lo que se podía prever desde el exterior, con salas separadas por paneles de cristal translúcido y una zona para tramitar pasaportes.

La funcionaria de recepción, una joven a la que le había tocado en suerte uno de los destinos consulares más codiciados, le sonrió y lo

saludó en ruso.

—Estoy citado con un empleado de la embajada, Konstantin Arshavin —mintió Andréi.

La joven, acostumbrada a consultas más administrativas, frunció el ceño.

—No me suena ese nombre. ¿Está seguro de que trabaja en la misión consular?

—Por lo que sé, trabaja aquí, en el consulado de Marbella.

La joven negó con extrañeza.

—Aguarde un momento, por favor.

Se puso en pie y desapareció por una de las puertas de vidrio esmerilado. Andréi quedó atrás, cada vez más convencido de que no sacaría nada de aquella visita. ¿Se la había jugado Sharapov? Era posible, pero la experiencia le decía que, cuando escupió el nombre de Arshavin, solo pensaba en salir con vida de allí. No creía que su estado mental le permitiera calcular ningún tipo de engaño.

Cabía otra posibilidad: que Konstantin Arshavin fuera un personaje opaco incluso para los funcionarios del consulado. No sería el primer agente del FSB[4] desplegado sobre el terreno con pasaporte diplomático, pero sin ninguna vinculación real con la embajada.

Cuando la joven regresó, Andréi creyó reconocer en su forma de andar, en la expresión de su rostro, un cambio sutil. Acaso un intento levemente exagerado por aparentar normalidad.

—Lamento haberle hecho esperar. ¿Me permite una identificación para tramitar su solicitud?

Andréi se bajó la visera de la gorra con los dedos.

—No será necesario. Muchas gracias.

Giró en redondo y salió de allí.

Sentado en el murete del paseo marítimo, Andréi contempló el cigarrillo y el mechero en la palma de su mano. Hacía mucho que no fumaba de verdad. Otro mal hábito del que se había creído libre, pero que ahora regresaba para demostrarle que cambiar no es un logro que se alcanza, sino un camino que se recorre.

Se llevó el cigarrillo a los labios con gesto renuente. No lograba comprender por qué su cerebro exigía, tanto tiempo después, una dosis de nicotina para afrontar una simple llamada; supuso que las adicciones, al igual que el sentimiento de culpa, roturan surcos cerebrales que se activan por asociación. Lo encendió y dio una primera calada con sabor a derrota. Sus bronquios intentaron expulsar el veneno con un golpe de tos, pero los receptores neuronales pronto liberaron dopamina para decirles que todo estaba bien. Solo era una vieja amiga que volvía a casa.

Contempló la puesta de sol mientras fumaba apaciblemente, con la calma del marino que sabe que pronto ha de volver al mar. A su espalda la vida fluía por el paseo marítimo: conversaciones casuales, risas despreocupadas, niños que jugaban… Voces próximas que se hallaban a un mundo de distancia. Cuando el cigarro se hubo consumido, sacó el móvil del bolsillo, activó la VPN y llamó a un número que había memorizado veintitrés años atrás.

Tras cinco tonos, se estableció la conexión, pero nadie respondió.

—Iván Egorov —dijo Andréi—, ¿eres tú quien está ahí?

Al otro lado se mantuvo el silencio.

—¿Sabes quién soy? —insistió Andréi.

—Koschéi… —respondió con asombro una voz.

—Koschéi es un sobrenombre ridículo. Llámame por mi nombre.

—No es posible… —Se prolongó un silencio perplejo—. Dijeron que habías muerto, que uno de los Inmortales había muerto.

—Puede que no mintieran.

—¿Por qué enmascaras tu llamada? ¿Dónde estás?

Andréi sonrió entre dientes.

—¿Recuerdas cómo iba esto? Era yo el que hacía las preguntas y tú las respondías.

—Ya no soy tu apoyo táctico. Ni tú estás en una misión para la familia.

—Tienes razón. Pero algunas lealtades permanecen vivas más allá de la muerte.

No presionó, le dio tiempo para sopesar la situación.

—Puedo darte tres minutos. Si la llamada se prolonga más, tendré que dar explicaciones.

—Solo necesito que busques a alguien. Su nombre es Konstantin Arshavin.

Su interlocutor calló, y Andréi percibió su desconcierto a cinco mil kilómetros de distancia.

—¿Konstantin Arshavin? —repitió finalmente la voz—. Esa persona no existe, amigo mío.

—¿Qué quieres decir?

—Konstantin Arshavin es un fantasma de la Guerra Fría, un nombre falso utilizado por los antiguos operativos del KGB. Lo usaban para todo, para enviar un correo o para reservar en un hotel. Era casi una broma interna. —Su interlocutor se tomó un instante antes de añadir—: Si estás buscando a alguien que usa ese nombre, probablemente sea un antiguo operativo del Centro. O alguien con un extraño sentido del humor.

Nadja despertó con la boca seca y una punzada que le perforaba de una sien a otra. Dudaba de haber abierto los ojos, tan densa era la oscuridad a la que la habían arrojado. También su memoria parecía haber sido engullida por las tinieblas: no sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado inconsciente, no sabía cómo había llegado a aquella oscuridad, si estaba en peligro o recuperándose en algún sitio seguro.

Nunca se había enfrentado a una desorientación tan absoluta, y una creciente angustia le embotó la mente y le robó el aliento. Apoyó las manos en el suelo e intentó ponerse en pie. Necesitaba salir de allí, pero apenas tenía fuerzas para no desplomarse sobre los brazos. Fue consciente del corazón percutiendo en su pecho, oyó su propia respiración agitada y comprendió que estaba sufriendo un ataque de ansiedad.

Se obligó a inhalar y exhalar lenta, profundamente. No podía permitir que la ansiedad marcara el ritmo de su respiración. Se aferró a los pocos detalles que podía dar por ciertos, por obvios o nimios que resultaran. Estaba viva, esa era su primera certeza. ¿Estaba desnuda? No, vestía una especie de abrigo grueso…, ¿un albornoz de hotel? El suelo bajo sus rodillas era una superficie dura y uniforme, como cemento pulido. Por tanto, estaba dentro de algún tipo de edificio. Quizás, si avanzaba en alguna dirección, acabara encontrando los confines de aquella oscuridad.

A medida que recuperaba el control de sí misma, sus sentidos fueron capaces de interpretar nuevos estímulos. El aire estaba impregnado de un leve olor a humedad mezclado con un cariz químico, probablemente algún producto de limpieza. Aún no se atrevía a ponerse en pie, pero miró a su alrededor. Tuvo la impresión

de que a su espalda la oscuridad era más densa, por lo que algo de luz debía filtrarse desde el extremo opuesto. ¿Una salida?

Animada por aquella idea, se obligó a apoyar un pie, se apartó del suelo con las manos y, tras superar un primer instante de vértigo, logró incorporarse. Caminó con pasos inseguros, tanteando las tinieblas. Parecía que, efectivamente, la luz era menos asfixiante en aquella dirección: empezaba a intuir la forma de sus dedos extendidos, el contorno de sus brazos… Hasta que sus manos tropezaron con otra superficie dura y lisa. ¿Una pared? No podía ser, aquel atisbo de luz seguía flotando ante ella. Una pared de cristal, comprendió.

Desesperada, se dejó caer contra la superficie y resbaló hasta sentarse en el suelo. Apoyó la mejilla contra el grueso cristal, el llanto le estremeció los hombros. Y, de repente, un fogonazo.

Apartó el rostro y se protegió con el antebrazo. Cuando la luz dejó de cegarla, se atrevió a mirar. No procedía de un foco, como podría haber pensado, sino de una sencilla lámpara de pie con una bombilla halógena. Junto a esta, una pequeña mesa auxiliar y un viejo sillón de lectura. Sus alas abrazaban a un hombre que, mano en la barbilla, la observaba como quien observa a un insecto. Vestía traje gris y su rostro era el de un lobo.

Era el mismo hombre con el que Elka hablaba en la mansión Sharapov. Un sollozo le convulsionó el pecho y amenazó con escapar entre sus labios, pero se obligó a tragar y a secarse las lágrimas.

La máscara se inclinó hacia delante y sus rasgos se tornaron aún más grotescos al contraluz. Miró a Nadja a los ojos desde el otro lado.

—Señora Vakhitova —dijo en ruso—, ¿qué voy a hacer con usted?

22
Violencia meditada

Ángel contempló a la mujer en el vano de la puerta, aquella mujer a la que solo conocía por referencias, documentos y obsesiones. No parecía alguien que se hubiera retirado del servicio activo; daba la impresión, más bien, de encontrarse plena de fuerzas y voluntad.

—¿Y bien? ¿Puedo entrar o prefiere que hablemos en el descansillo?

Ángel se hizo a un lado.

—Lamento el desorden.

Rigo pasó al salón mientras se desanudaba la bufanda. De espaldas, con el móvil en el bolsillo trasero y la chaqueta de cuero entallada, bien podría parecer una mujer de treinta años. Salvo por la melena gris que bajaba entre sus hombros.

La capitán giró sobre sí misma contemplando las cajas sin abrir, las plantas repartidas por doquier, los cojines sobre el viejo suelo de madera…

—¿No tiene televisor?

—Prefiero leer. Si tengo que ver algo, lo hago en el portátil —respondió el teniente, sintiéndose evaluado.

—¿Ni sofá?

—Sentarse en el suelo es mejor para la espalda y las caderas.

Rigo dejó de examinar el entorno para escrutar a su interlocutor.

—Es usted un tipo raro, teniente. —Señaló la mesa que hacía las veces de escritorio y comedor—: ¿Puedo sentarme aquí?

Ángel retiró la silla para ofrecerle asiento.

—¿Le apetece beber algo?

—¿Una cerveza? —probó ella.

—No tengo, pero puedo prepararle una infusión.

—Joder —murmuró la capitán, antes de añadir—: Se lo agradezco, pero la loca del té es mi mujer.

Ángel se sirvió un vaso de agua y se sentó frente a ella.

—Así que usted es quien ha venido a sustituirme… Un muchacho recién salido de la academia de oficiales.

—No acabo de salir de la academia, este es mi segundo destino. Y para ser precisos, la capitán Emma Somerset es quien la ha sustituido. Yo solo he sido asignado a su unidad.

Rigo dibujó media sonrisa.

—Me sorprendió que eligieran a otra mujer, había muchos tíos detrás del puesto.

—Creo que a ella también le sorprendió.

—Riquelme puede ser un cabrón, pero no es gilipollas. Si la ha elegido, es porque sabe que es la mejor para hacer el trabajo. Que se quede con eso.

Ángel asintió y guardó silencio, a la espera del verdadero motivo de aquella visita.

—Así que lo han suspendido —disparó Rigo a bocajarro.

—No me han suspendido, estoy de vacaciones —se defendió él, quizás de forma un tanto ingenua.

—Está de vacaciones porque es un oficial joven y guapo al que no quieren joderle la carrera. Si fuera un chusquero, estaría suspendido.

El teniente se removió en su asiento.

—Necesitaba a alguien dentro con capacidad operativa, alguien que pudiera abrir una investigación llegado el momento…, pero en poco más de un mes lo han mandado para casa. —Rigo suspiró y apoyó la barbilla sobre el puño—. ¿De qué coño me sirve ahora?

—Lamento no seguir siendo útil para sus propósitos.

—¿Para mis propósitos? ¿Acaso cree que trece muertes no merecen ser investigadas?

—Catorce. Hace unos días apareció otro cadáver con suero de la verdad.

La capitán asintió, extrañamente satisfecha.

—Veo que Castillo sigue pasando información.

—¿Por qué no lo avisó de que se había retirado? Sospecho que preferiría seguir tratando con usted.

—No. Necesitaba que Castillo entrara en contacto con usted, que le picara la curiosidad. —Se reclinó en la silla y calló durante un instante. Por fin, le hizo la pregunta que había venido a hacerle—: Dígame, ¿qué opina de estas muertes?

Ángel acarició la peonza en el bolsillo de la sudadera.

—Opino que no son casos de suicidio.

—¿Qué son, entonces?

Sabía lo que Rigo Díaz quería escuchar. Y tenía razón. Si había seguido adelante era porque él había visto lo mismo que ella, aunque sus motivaciones fueran distintas.

—Creo que hay alguien buscando a personas con inclinaciones suicidas —terminó por responder—. Creo que contacta con ellas para alentar sus intenciones y creo que les administra pentotal sódico para inhibir el impulso de supervivencia. Se asegura así de disfrutar

la fantasía de muerte que tan cuidadosamente ha elaborado. Y creo que usa la web para captar a los que son más… propicios.

—Eso es —respondió la capitán, fascinada por que alguien hubiera alcanzado sus mismas conclusiones—. El foro no solo le sirve para establecer ese primer contacto. Tiene acceso a la dirección IP de los usuarios y los ubica geográficamente, así puede elegir a aquellos que están en su coto de caza.

—Por tanto, hay un *modus operandi* que lleva años repitiendo.

Rigo asintió.

—Reconozco que es más espabilado de lo que pensaba, teniente. Pero ha llegado al mismo punto que yo: sabemos que hay un monstruo en el bosque, pero sigue siendo un fantasma.

—No creo que estemos en el mismo punto. Si ha venido a verme, es porque tiene algo y me necesita.

—Lo necesitaba. Ahora que está apartado no me sirve de nada —le reprochó ella.

—¿Qué ha averiguado?

La capitán sopesó la utilidad de ponerlo al tanto. Concluyó que no le sobraban aliados en aquella guerra.

—Acabo de volver de Egipto.

Ángel arrugó el entrecejo, incapaz de encajar aquello en su diagrama mental.

—Allí está alojada la web en la que mi sobrina acabó —prosiguió Díaz—. Así se aseguran de que el servidor sea opaco para las autoridades europeas.

—¿Y ha ido hasta allí solo para hablar con la empresa que aloja el foro?

—Empresa… —rio ella con desdén—. Un cuchitril en un polígono industrial de El Cairo, hasta arriba de servidores y administrado por un pajillero de treinta años. Por doscientos euros me largó toda la información que le pedí.

Rigo desbloqueó su teléfono móvil y le mostró una foto tomada directamente a una pantalla de ordenador.

—El alojamiento lo contrató desde Londres un tal Konstantin Arshavin. Se pagó con criptomonedas —explicó la mujer—. El nombre no aparece en ninguna base de datos de delincuentes internacionales. Haría falta que un juez español enviara un requerimiento a las autoridades rusas, y para eso lo necesitaba a usted.

—Después de lo de Ucrania, no pondría mis esperanzas en que Rusia colabore con un país europeo.

—Siempre hay canales que se mantienen abiertos, aunque sea por interés mutuo.

—Aun así, habría que convencer a un juez de que inicie una investigación basándose solo en conjeturas —replicó Ángel—. Tenemos los puntos, pero debemos unirlos con líneas. Mientras no lo hagamos, lo que hay sobre la mesa son catorce personas que se han quitado la vida.

La capitán frunció los labios y apretó la espalda contra la silla, molesta por las objeciones. O molesta porque estas fueran certeras.

—¿Y qué propone?

—La última fallecida es una *escort* que trabajaba para clientes rusos. Hay alguien convencido de que la chica vio o escuchó algo que no debía, y por eso la han silenciado.

—Para matar a alguien no hace falta inyectarle pentotal sódico.

—Quizás para interrogarlo, sí.

Lobo hacía bailar la peonza entre los dedos.

—Y cree que ese alguien puede ayudarnos a… —Rigo trazó una línea en el aire— conectar los puntos.

—No pierdo nada por intentarlo. Ahora mismo tengo tiempo.

—Muy bien —dijo Díaz poniéndose en pie—. Mientras tanto, yo buscaré más puntos que conectar.

Ángel continuó observándola mientras se envolvía con la bufanda y se subía la cremallera.

—¿Por qué no me pidió ayuda directamente? —le preguntó de improviso—. ¿Por qué se limitó a dejarme el dosier en un cajón?

La capitán metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—He pedido ayuda a muchas personas —respondió—. Les explicaba mis sospechas y mis averiguaciones, y lo único que veía en ellos era compasión. Compasión por alguien que ha perdido la cabeza de tanto llorar. Eso es lo que piensan todos en el cuerpo. —Asintió para sí, reafirmándose en una íntima convicción—. Pero usted llegaba con la mente limpia, así que no cometí el mismo error. No le conté mis sospechas, no le pedí ayuda…, simplemente le dejé unas migas de pan en el cajón con la esperanza de que indagara por su cuenta. Cuando descubres la verdad por tus propios medios, esta te golpea entre los ojos. Se convierte en tu verdad.

—Me manipuló —constató él, aunque no como un reproche.

—Hago lo necesario para encontrar al hombre que mató a Lucía.

Ángel dejó de mover la peonza.

—¿Por qué cree que es un hombre?

—Porque el noventa por ciento de los psicópatas lo son, teniente.

Ángel pasó la tarjeta de identificación por el lector y el torno se liberó. No sabía si durante sus «vacaciones» podía acceder a las instalaciones dependientes de la comandancia, así que prefirió no preguntar. Se guardó la tarjeta en el bolsillo y accedió a la galería de tiro. En cuanto puso un pie en el vestíbulo, oyó las primeras detonaciones amplificadas por el efecto túnel.

No le gustaba el ruido y no le gustaban las armas, pero había logrado desarrollar la tolerancia necesaria para convivir con ellas e ir superando las prácticas obligatorias. Con el tiempo había descubierto que si era él quien efectuaba el disparo, o si podía ver el arma en el momento en que se disparaba, su cerebro era capaz de gestionar el ruido con mayor facilidad.

Aun así, una galería de tiro estaba lejos de ser su plan ideal para una tarde de jueves. Y tampoco pensaba que pudiera serlo para Somer, de ahí su sorpresa cuando Fernández le sugirió buscarla allí. Según el de criminalística, la capitán acudía allí para pensar, desahogarse o, simplemente, olvidarse del teléfono.

Se dirigió al control de acceso, pero antes de tocar en la ventanilla reparó en un gran tablón de pizarra dividido en filas y columnas. Era un ranking de puntuaciones en el que se listaban decenas de nombres de guardias y oficiales. En la columna correspondiente a «9 mm / 25 m», figuraba el nombre de Emma Somerset en tercer lugar, escrito a tiza con su pulcra caligrafía de colegio inglés. Junto al nombre, su puntuación: 267/300.

El teniente silbó admirado; si Somerset tuviera que vestir de uniforme, sin duda luciría distintivo de tiradora selecta. Por pura malicia, tuvo el impulso de buscar los registros de Franganillo: era el sexto con una puntuación de 252/300. Disimuló una sonrisa. Aquello

quizás explicara algunas cosas, se dijo mientras tocaba con los nudillos en la ventana.

No tardó en acudir un guardia que le solicitó su identificación.

—¿Trae su arma, teniente?

—No vengo a practicar. Busco a la capitán Somerset.

El agente consultó el listado de accesos.

—Pase por allí —dijo mientras le entregaba unos auriculares—. La capitán está en el puesto siete.

Se adentró por el pasillo que le habían indicado. Era largo y angosto, iluminado por tubos de luz blanca que pendían del techo. La pared de la derecha mostraba cada cinco pasos un cartel con las medidas de seguridad a observar; la de la izquierda se abría al campo de tiro, cada puesto separado del siguiente por un murete de ladrillos sin enlucir. Las detonaciones reverberaban contra el techo y, de tanto en tanto, un casquillo rodaba por el suelo.

Se detuvo al llegar al séptimo cubículo. Allí estaba Somer concentrada en su práctica, ajena al mundo. Él se apoyó contra la pared opuesta y la observó en silencio. Su postura era sencilla y relajada, con los hombros firmes, el torso levemente inclinado hacia delante y el arma a la altura de los ojos. Pese a tirar rápido, controlaba a la perfección el retroceso de su Beretta 92FS. Su agrupación de disparos era sencillamente envidiable, y Ángel se preguntó cuántas horas había pasado «reflexionando» en el campo de tiro para alcanzar semejante pericia.

La capitán vació el cargador sin percatarse de la persona a su espalda. Se apresuró a recargar, bajó la retenida de la corredera con el pulgar e inició una nueva ronda. Ángel esperó sin hacer el menor movimiento, salvo entornar levemente los ojos con cada detonación.

Una vez efectuados los doce disparos, Somer volvió a recargar y se perfiló para tirar con una sola mano; fue entonces cuando reparó en su presencia. Un relámpago le cruzó el ceño. Descargó el arma y la dejó sobre la mesa. Después se retiró los auriculares y lo miró a través de las gafas protectoras.

—¿Podemos hablar? —preguntó él, quitándose también los antirruidos.

—Eso depende de lo que vayas a decirme.

Ángel suspiró.

—Así que estás enfadada.

Somer se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Veremos.

—Si estás enfadada, ¿por qué mentiste para ayudarme?

—Porque eso es lo que hace una capitán. Primero respalda a los suyos y luego hace las preguntas.

Lobo podía entender esa forma de proceder, aunque ella había asumido un riesgo que él no le había pedido.

—Muy bien, pregúntame.

—¿Lo hiciste? ¿Mandaste a ese tío al hospital?

Ángel guardó silencio. Terminó por asentir.

—¡Joder, Lobo! —explotó Somer—. ¡¡¡Joder!!!

Ahora sabía que había mentido para encubrir un delito. No solo la carrera de Lobo estaba en peligro.

—Si temes que esto pueda salpicarte, no te preocupes. No hay manera de que me relacionen con la agresión, ninguno de ellos me vio la cara.

—¿Cómo que ninguno de ellos? ¿A cuántos más mandaste al hospital?

—Eran cuatro. No creo que los demás necesitaran hospitalización, pero no puedo estar seguro.

Ella se echó la mano a la frente y miró a su alrededor, incrédula.

—Pero ¿tú te estás escuchando?

—Asumo la gravedad de lo que hice. Comprendería que me quisieras fuera.

Somerset meneó la cabeza con asombro.

—Contéstame a algo, ¿eres una persona violenta? ¿Tengo en mi unidad a una persona armada y violenta?

—No estaba armado. Dejé la pistola en casa.

—Enhorabuena por no ser gilipollas del todo —le espetó ella.

—Respecto a si soy una persona violenta… —Pareció reflexionar sobre ello antes de responder—. Nunca he hecho daño a nadie de mi entorno, no disfruto provocando dolor, no tengo impulsos violentos. No más que cualquier otro, al menos. Lo que hice ese día fue un acto meditado.

—¿Acaso eso es mejor?

Ángel agachó la cabeza, levantó la mirada.

—Hay monstruos que solo entienden su propio idioma.

Somer se sorprendió de la mirada ofuscada, de la rabia pueril.

—Ni siquiera te arrepientes —comprendió.

Él negó casi como un desafío, y ella negó con decepción.

—No tenemos nada más de qué hablar —zanjó la capitán. Y, dándole la espalda, se colocó los cascos con una mano y recuperó el arma con la otra.

Los disparos atronaron en los oídos de Ángel como un castigo. No se los cubrió. De algún modo, sabía que se merecía ese dolor.

23
El hijo de Iván el Terrible

Como cada día, Ángel abrió los ojos a las seis y cincuenta y nueve, sin necesidad de despertador. Durante un instante creyó estar contemplando el techo de su antiguo dormitorio, pero la vigilia se fue abriendo paso hasta confrontarlo con la realidad: ese no era el techo de su segunda infancia y su vida era ahora la de un adulto. Tuvo el impulso de esconder la cabeza bajo el edredón y darle la espalda al mundo.

La conversación con Somer no había arreglado nada; solo había servido para hacer que se sintiera un poco más solo y miserable, y ese sentimiento lo anclaba a la cama, le susurraba que siempre sería un bicho raro, que no había motivos para enfrentarse a la decepción que, tarde o temprano, provocaba en quienes lo rodeaban. Precisamente por eso, porque conocía bien esa voz, apartó la colcha y apoyó los pies en el suelo.

Su abuela le había educado con una disciplina no exenta de cariño y, a la larga, esas dos constantes se habían convertido en las mejores herramientas para enfrentarse a sus fantasmas. La disciplina le servía para ordenar su mundo, para mantener un equilibrio interior frente al caos incontrolable de lo exterior. El amor de la que fuera su otra madre le había infundido autoestima y lo había alentado a ser mejor. Gracias a esa educación era consciente

de que la voz que le susurraba en sus peores momentos era una impostora a la que no convenía prestar oídos.

Salió del dormitorio, se bebió un vaso de agua con la mirada perdida y cumplió con su entrenamiento de movilidad. Después practicó golpeando el *makiwara* con puños y piernas hasta romper a sudar. Despejó así la mente de los fantasmas que la acuciaban durante la noche. Ahora veía claro cuáles debían ser sus siguientes pasos, aunque lo más importante no tuviera por qué ser lo más urgente.

Primero pondría fin a la mudanza y al estado de perenne provisionalidad que incitaba en su ánimo. Estaba allí para quedarse durante una larga temporada y su espacio debía estar alineado con esa voluntad, así que dedicó el resto de la mañana a vaciar las cajas que quedaban, a tirarlas al contenedor y a guardar el resto de sus enseres.

Sin bultos a la vista, con los libros en las estanterías y las plantas cerca de las ventanas, se sintió por fin en su propio hogar. Debería haber hecho aquello mucho antes.

Llegaba el momento de lo importante. Tomó el teléfono y tecleó el número de contacto que figuraba en la denuncia. No tardaron en responder.

—¿Señor Sokolov? Soy Ángel Lobo, de la Policía Judicial. Necesito hablar de nuevo con usted sobre Elka Kowalski.

Ángel cruzó los jardines del Museo Ruso con las manos en los bolsillos y la mirada en los edificios a su alrededor. De paredes blancas y vértices enladrillados, con azulejos andaluces ornamentando columnas y dinteles, la antigua fábrica de tabaco

albergaba la mayor delegación del Museo Estatal Ruso fuera de sus fronteras.

Era tal su éxito que sus puertas se habían mantenido abiertas incluso durante la invasión de Ucrania, en los momentos de mayor tensión política entre Rusia y Europa. Le hubiera gustado pensar que se trataba de una muestra de civismo, como si el arte propiciara una tregua entre aquellos muros, pero mucho se temía que el museo seguía adelante por una mezcla de intereses turísticos y diplomáticos. Al fin y al cabo, los rusos seguían siendo una de las más poderosas comunidades extranjeras en la Costa del Sol.

Compró la entrada y se adentró en las galerías de mármol blanco, atento a las indicaciones que conducían a la exposición sobre el realismo ruso del XIX. Mientras contemplaba los enormes lienzos —vívidos, apabullantes—, se preguntaba por qué había sido citado en un lugar tan… pintoresco. Era un espacio tranquilo, cierto, pero como podían serlo tantos otros que no requerían del pago de una entrada. Lo achacó a una extravagancia de su contraparte y se limitó a disfrutar de uno de los tantos atractivos de Málaga que había pasado por alto.

Llegó al punto de encuentro elegido por Andréi Sokolov: frente al inmenso óleo de Iván el Terrible. Ángel conocía la obra —o sería más preciso decir que se había cruzado en su visión periférica—, pero nunca había confrontado cara a cara el abrazo crispado de aquel hombre que sostenía el cuerpo de su hijo. El hijo al que acababa de dar muerte en un arrebato de cólera. Ángel casi dio un paso atrás al contemplar los ojos enajenados del zar. Aquella mirada lo atravesó como un relámpago, retorció sus terminaciones nerviosas como

ramas ennegrecidas, le hizo comprender que él conocía a Iván el Terrible, conocía su locura y su postrer arrepentimiento.

—¿Teniente Lobo?

Se sobresaltó al escuchar la voz a su espalda. Se giró para descubrir a Andréi Sokolov.

—Veo que cuadro impresiona tanto como a mí.

Ángel volvió la vista al frente. Asintió sin voz.

—Primera vez que vi fue en Moscú. Más de veinte años. Desde entonces, procuro ver cuando tengo oportunidad. —Andréi dio un paso al frente y se colocó junto a él, contemplando ambos la siniestra escena—. Creo que obra mejor expresa qué es Rusia para los rusos.

El teniente lo miró de soslayo.

—¿Por qué?

Andréi se encogió de hombros con las manos a la espalda.

—Rusia es padre terrible. Te quiere, pero te puede matar. Por eso pueblo ruso no confía en zares, no confía en gobiernos. Por eso siempre poderes… —buscó la palabra— ¿paralelos?

—¿Poderes paralelos?

—Soviets, *oligarji*, *voriv zakone*…

—¿Los *vory*? –Ángel identificó la palabra—. La mafia rusa.

Andréi asintió.

—Ellos dicen poder que defiende a pueblo de poder oficial. —Torció el gesto con una sonrisa torva—. Al final, otra mano que asfixia.

—¿Por qué me ha citado aquí?

—Pensé que le gustaría obra de Repin —respondió con ironía, señalando con la barbilla el óleo frente a ellos—. También pensé que

bueno para entender lo que tengo que explicar.

—¿Lo que tiene que explicar está relacionado con el Estado ruso? ¿O con los *vory*?

—En algunos casos, misma cosa —dijo entrelazando los dedos—. ¿Le apetece caminar?

Ángel lo siguió mientras el ruso echaba a andar por la amplia galería, observando cada obra sin detenerse en ninguna. Andréi Sokolov había resultado ser una persona más reflexiva y compleja de lo que hubiera imaginado, y no estaba seguro de si eso era bueno.

—¿Lobo es nombre habitual aquí?

—Es un apellido…, un nombre familiar —aclaró—. No es muy frecuente, pero tampoco extraño.

—Persona que buscamos también hace llamar «lobo», *volk* en ruso. Pero no es nombre real, es máscara.

—¿La persona que buscamos?

—Usted viene a preguntarme por muerte de Elka. Elka fue asesinada por hombre llamado Volk.

—Elka murió de sobredosis —puntualizó Ángel.

—*Eto khernya!* Elka no provocó sobredosis, ella mataron. Mataron mismos que llevaron a Nadja.

El guardia civil frunció el ceño. Las certezas de ese hombre eran muy similares a las de Rigo Díaz. Difíciles de constatar, sustentadas solo por su obcecación, pero igualmente difíciles de obviar. Sobre todo cuando las coincidencias no paraban de acumularse.

—¿Por qué está tan seguro? ¿Ha averiguado algo más tras interponer la denuncia?

Andréi desvió la mirada hacia una abigarrada multitud que lloraba la ejecución de unos rebeldes. Respondió sin apartar la vista del

cuadro:

—¿A qué refiere?

—Quiero decir que no creo que se quedara en la denuncia. —Ángel se detuvo para obligar a su interlocutor a mirarlo—. Sospecho que ha ido más allá, que ha investigado por su cuenta.

Escrutó su rostro en busca de algún microgesto, del menor detalle que delatara lo que pasaba por la mente del ruso, pero aquel hombre habría sido un excelente jugador de póker. Eso no hizo sino reafirmar sus suspicacias.

—Usted solo preguntas, nunca explica nada —replicó Andréi—. Si cree que Elka muerta por sobredosis, ¿para qué hablar otra vez conmigo?

—De acuerdo, le explicaré por qué he querido entrevistarle de nuevo, y después usted me dirá si ha averiguado algo más por su cuenta. —Se tomó un instante para ordenar mentalmente sus notas —. Investigo la muerte de trece personas en distintos puntos de la Costa del Sol. Todas muertes violentas, pero sin intervención de terceros.

—¿Accidentes?

—Suicidios. Aparentemente, al menos. Todos los casos tienen algo en común: había pentotal sódico en la sangre de las víctimas, al igual que en el cuerpo de Elka Kowalski.

Andréi miró a su alrededor. En aquella sala solo había una vigilante del museo.

—Muerte de Elka coincide. Muerte extraña, pero no… violencia de tres.

—De terceros —lo corrigió Ángel—. Mi teoría es que todas estas personas fueron contactadas antes de su muerte por un mismo

individuo. Alguien cuya identidad desconozco, pero que opera en la Costa del Sol. —Se lo pensó antes de añadir—: Creo que podría tratarse de un ciudadano ruso.

—¿Por qué ruso?

—Ha surgido un nombre durante la investigación…, Konstantin Arshavin.

Y ahí estaba. La leve conmoción que Ángel buscaba: la comisura que se alza, la dilatación de las pupilas. Andréi terminó por negar con la cabeza.

—No va a encontrar a Konstantin Arshavin.

—¿Cómo está tan seguro?

—Escuché mismo nombre hace unos días. Es distracción.

—¿Dónde lo escuchó?

Andréi afiló la mirada y bajó el mentón. No le gustaba que lo presionaran.

—Le he contado lo que sé —insistió Ángel—, es su turno si quiere que lo ayude.

—Me dijo otro ruso —se obligó a responder—: Mijaíl Sharapov. Dijo que Arshavin es hombre de confianza de Volk aquí. Investigué, pero Arshavin no es nombre real. Es otra máscara de mismo hombre o de alguien que trabaja para él. —El ruso aguardó a que su joven interlocutor asimilara la información antes de añadir—: Ambos estamos buscando misma persona, creo que podemos ayudar uno a otro.

Ángel se subió la cremallera de la cazadora hasta el cuello y bajó la escalinata con pasos rápidos. Los detalles de la conversación le daban vueltas en la cabeza mientras avanzaba entre las calles

ajardinadas. Andréi Sokolov podía ser un recurso mucho más útil de lo que esperaba, pero no podía fiarlo todo al plan de acción que le había propuesto el ruso. También debía avanzar en otras direcciones.

Mientras clavaba el nombre de Mijaíl Sharapov en su esquema mental, desbloqueó el teléfono y llamó a Rigo Díaz. Esta no tardó en contestar.

—Puede que tenga algo, pronto lo sabré.

—¿Ha hablado con el amigo de la *escort*?

—Se lo explicaré si llegamos a algo, pero no la llamaba por eso. —Ángel buscó la peonza en el bolsillo—. En el dosier que me pasó no hay nada sobre las familias de las víctimas. ¿No interrogó a nadie?

Oyó una especie de gruñido exasperado.

—Lo hice, pero sirvió de poco. Algunos padres habían salido de un duelo bastante duro, otros aún no lo habían superado. No tenían ganas de hablar del tema precisamente.

—Comprendo —respondió Ángel, que creía atisbar lo que sintió Rigo Díaz al interrogar a personas que habían pasado por lo mismo que ella. Y, precisamente por eso, no confiaba en que lo hubiera hecho de forma adecuada—. Los adolescentes no suelen abrirse con sus padres, es más fácil que hablen con sus amigos.

—No puedo ir por ahí interrogando a menores, teniente —se revolvió la capitán—. No sin una investigación oficial en curso.

—No he sugerido que debiera hacerlo, pero hay un caso concreto que me llama la atención. Es el único que no encaja con los demás.

—El joven que saltó desde el viaducto —constató ella.

—Tenía veintiocho años. Puede que su entorno esté más dispuesto a hablar del asunto.

No obtuvo respuesta inmediata. Casi podía oír girar los engranajes mentales de Rigo Díaz.

—Lo intentaré.

—Gracias. Manténgame al tanto, por favor.

Se echó el móvil al bolsillo y retiró el caballete de la moto.

24
Equilibrar la balanza

Rigo apoyó la mejilla contra la copa de whisky mientras contemplaba a la mujer en el óleo: la mirada distante, el gesto con el que parecía encerrarse en sí misma, abrazándose las rodillas desnudas…

No estaba segura de si le gustaba.

—Al menos sigues viéndome guapa —comentó.

Judith salió a la terraza colocándose un pendiente de perlas. Llevaba un vestido de fiesta que resaltaba aquella belleza lánguida, despreocupada, que poseía desde que la conociera con veintitantos.

—¿Qué quieres decir con «al menos»?

—Quiero decir que aunque me pintes como una mujer amargada, al menos soy una amargada bastante follable.

Bebió un trago y el hielo tintineó contra el vidrio.

—Sí, sigo viéndote atractiva. No creo que nunca deje de hacerlo. Y sí, sigo esperando a mi mujer, la que me hacía reír con sus tonterías.

Rigo se volvió hacia ella.

—Me temo que ya no estoy para tonterías.

Judith suspiró con una mano en la cadera. No tenía tiempo ni ánimos para aquella conversación.

—¿Por qué no vienes conmigo? Nos distraeremos, puede que hasta nos lo pasemos bien.

La capitán sonrió con gesto descreído.

—Es imposible que yo me lo pase bien con esa gente.

—Mi familia es parte de «esa gente».

Rigo levantó las manos a modo de disculpa.

—Sé que quieres que vaya, pero créeme, ellos no me van a echar de menos. —Y no pudo evitar la maldad que le picaba en la lengua —: Así podrán olvidar por una noche que su Judith es lesbiana.

Su esposa negó con decepción.

—Haz lo que quieras. No voy a quedarme a discutir.

Agarró el bolso que colgaba de una silla y guardó las llaves.

—Hay cena en la nevera —le informó con voz distante.

Rigo la observó cruzar el salón sobre sus tacones y cerrar la puerta sin mirar atrás. Llevaban treinta años juntas y su relación seguía pareciéndole una concatenación de milagros. El primer milagro fue que se fijara en ella; el segundo, que estuviera dispuesta a poner su mundo patas arriba para estar juntas. Y el tercero, que no la hubiera mandado a la mierda tras tantos años de respuestas hurañas, de desplantes a su familia y de anteponer su trabajo.

Si hacía balance de su relación, la báscula salía muy inclinada en su debe, e iba siendo hora de equilibrarla; no solo por justicia hacia su esposa, sino por puro egoísmo. Quería a Judith. Lo cierto es que la quería como nunca pensó que pudiera querer a alguien. Este mundo de mierda se le haría insoportable sin ella, así que debía empezar a hacer las cosas bien si pretendía retenerla a su lado.

Pero hoy no sería el día en que empezara a equilibrar las cosas, se dijo mientras recogía el casco y las llaves de la moto. Hoy tenía una cita con otra mujer.

Rigo, con las manos apoyadas sobre la mesa de aglomerado, contempló el minúsculo salón a su alrededor: los muebles de Ikea, el sofá demasiado cerca del televisor, las paredes de gotelé…

Se detuvo en el cuadro sobre la mesa de comedor, un amanecer manufacturado cuya única razón de ser era cubrir un espacio vacío. Se sintió una idiota por opinar a la ligera sobre la pintura de Judith.

Su anfitriona depositó frente a ella una taza de café. Se sirvió otra antes de sentarse con las piernas cruzadas sobre la silla. Iba descalza y vestía unos vaqueros rotos por las rodillas.

—Si le soy sincera, hacía tiempo que esperaba esta visita —dijo casi con timidez.

Rigo se sorprendió del comentario.

—¿Qué quiere decir?

La joven —Marta, treinta y un años— abrazó su taza con las manos y observó cómo el café giraba lentamente.

—La muerte de Samuel no fue normal, se lo dije a sus padres y se lo dije a la Policía. Pensé que en algún momento llegaría alguien haciendo preguntas, pero no esperaba que tardaran más de tres años.

La capitán se aclaró la voz.

—No quiero que se lleve a equívocos. Soy capitán en la reserva, esto no es una investigación oficial.

—Da igual, me basta con que alguien quiera escucharme. ¿Qué necesita saber?

Rigo dio un primer sorbo a la taza. Meditó sobre cómo enfocar la conversación, no quería tratar a esa joven como un simple medio para sus fines.

—¿Llevabais mucho tiempo juntos?

—Ocho años. Empezamos en la universidad.

La respuesta la conmovió. Aquella tristeza le resultaba familiar.

—Y… ¿teníais planes?

—No íbamos a casarnos, porque…, ya sabe, necesitábamos el dinero para otras cosas. No es que lo descartáramos, pero no nos corría prisa. Sí estábamos buscando un niño. —Marta giró la taza entre las manos, sin intención de beber—. Ahí empezó todo.

—¿Las cosas salieron mal?

—Tardé mucho en quedarme. Terminó siendo un aborto. Supe desde el principio que algo iba mal con ese embarazo, pero no le dije nada porque estaba muy ilusionado. —Calló, perdida en sus pensamientos. Rigo le dio tiempo—. Después supimos que no podíamos tener niños…, o que no podía tenerlos yo, mejor dicho. Útero bicorne.

—Lo siento.

La joven asintió en silencio. Intentó forzar una sonrisa.

—¿Aquello estropeó vuestra relación?

—No. Él siempre había querido niños, le encantaban, pero siguió conmigo. Nos queríamos de verdad, pero perder al bebé y la posibilidad de ser padre… Eso lo dejó bastante tocado. Tampoco encontraba trabajo, ¿sabe? Demasiado tiempo solo en casa.

—¿Cree que… se quitó la vida por eso? ¿Por una depresión?

Marta se encogió de hombros y borró con el pulgar el brote de una lágrima.

Rigo volvió a sentirse culpable, estaba infligiendo dolor a alguien que ya había sufrido bastante.

—No lo sé. Intenté todo lo que aconsejan. Organizaba planes cada fin de semana, trataba de hacer cosas juntos, planear a largo

plazo…, pero cada vez lo sentía más lejos, más aislado en su tristeza.

Debía hacerle la siguiente pregunta, aunque todo su ser clamara por levantarse y huir de aquella casa.

—¿Sabe si antes de hacerlo…, antes del suicidio, conoció a alguien? Alguien que no perteneciera a sus círculos habituales.

Marta se enjugó los ojos con el dorso de la mano y atemperó la respiración. Por un instante pareció no haber escuchado la pregunta.

—Estaba viéndose con alguien.

Rigo sintió una punzada en el estómago. ¿Era posible que hubiera estado ahí todo este tiempo, en el propio dosier que ella misma había reunido?

—¿Le habló de esa persona?

La joven negó lentamente.

—No, pero sabía cuándo se habían visto porque su actitud cambiaba. Parecía… más aliviado, como si el mundo le pesara un poco menos. —Marta agachó la cabeza—. Empecé a pensar que me estaba engañando, por eso lo seguí.

Rigo se esforzó por mantener la calma. Cerró los ojos y tragó saliva antes de preguntar:

—¿Vio a esa persona?

La joven retiró la silla y se puso en pie de forma abrupta. Su primer impulso fue retenerla, pero se obligó a permanecer sentada hasta que Marta volvió con su teléfono móvil. Lo desbloqueó y no tardó en encontrar lo que buscaba. Se lo ofreció y, al extender la mano para recogerlo, la capitán descubrió que su pulso no era firme.

La foto se había tomado desde la acera opuesta, entre el tráfico, pero se distinguía a los dos hombres sentados en la terraza de una

cafetería. Uno era Samuel, había visto sus fotos en el informe del forense. El otro rondaba los cuarenta y vestía traje sin corbata. La foto era borrosa por la distancia, pero permitía apreciar las gafas de sol y el pelo claro.

Rigo apretó el teléfono en la mano, como si temiera que pudiera echar a volar. Ahí estaba. Ese era el hombre que había matado a Lucía.

25
Campo a través

Un fogonazo de luz cenital dispersó la oscuridad en torno al retrete. El tableteo del temporizador despertó a Nadja, que se incorporó para observar con ojos somnolientos el inodoro de acero.

Se obligó a ponerse en pie y avanzar hacia la luz. Aquel era el único vestigio de civilización que le habían permitido. No tenía cama, no tenía ducha, solo disponía del sanitario y de las bandejas de comida que le deslizaban por una escotilla. Todo lo demás era inhóspita oscuridad.

Apoyó las nalgas sobre el acero y orinó. No tenía ganas de defecar, pero había aprendido que debía hacerlo. Días atrás —¿semanas atrás?— sintió la necesidad y fue incapaz de encontrar el inodoro. Comprendió entonces por qué no estaba instalado junto a una de las paredes, sino perdido en aquella inmensidad; era una pequeña isla de dignidad en medio de la nada, ilocalizable hasta que la luz marcara su posición. Se negó a hacerlo en cualquier sitio, así que lo pasó mal hasta que, al cabo de las horas, el foco se activó de nuevo.

Después de aquello pensó en no apartarse del retrete nunca más, pero este estaba muy alejado de la pared de cristal, y debía aproximarse a la escotilla para recoger sus raciones de comida. También para recibir las visitas del hombre con rostro de lobo. Volk.

Los primeros días se negó a acudir a su encuentro, permanecía en la penumbra como un animalillo agazapado. Pero pronto comprendió que no solo necesitaba la comida que este le traía, también necesitaba sentir la luz de la lámpara tras el cristal y, aunque le costara reconocerlo, necesitaba la presencia de otro ser humano. Aunque fuera uno despreciable.

Buscó en el bolsillo del albornoz y sacó una servilleta de papel usada. Se limpió a oscuras, pues el temporizador ya había cortado la luz. Al levantarse, el inodoro descargó automáticamente y el olor a lejía inundó el aire. Nadja aguardó hasta que la taza se hubo rellenado y se quitó el albornoz. A ciegas, se arrodilló junto a la pieza de metal y sacó agua con las manos para asearse. Se frotó la piel y el pelo, se enjuagó las axilas, las ingles y los pies. Lavarse con desinfectante no podía ser bueno para la piel, pero desde que lo hacía, olía menos, así que lo incorporó a su exigua rutina.

Se secó con el albornoz y caminó hacia el tenue resplandor que usaba como referencia. Quería pensar que lo percibía cuando era de día y que la oscuridad se volvía absoluta cuando anochecía, aunque lo cierto es que ya no estaba segura de nada. Quizás aquella luz difusa solo estuviera en su imaginación.

Se tendió al cabo de unos pasos y se acurrucó desnuda sobre el suelo, pues la única almohada posible era hacer un hatillo con el albornoz. Al menos, el lugar estaba calefactado. Supuso que aquello, junto al inodoro y las raciones de comida, significaba que su anfitrión no quería que enfermara.

Cerró los ojos y pensó en su hermana. Últimamente imaginaba largas conversaciones con ella, o repasaba mentalmente capítulos de *El olfateador*, la serie de detectives que solían ver juntas. Trataba de

un investigador que resolvía casos gracias a su nariz. Su hermana decía que los guionistas no habían entendido que lo del olfato de los detectives era una simple metáfora, y gracias a eso habían escrito la mejor serie de investigación criminal de la historia. Nadja rio en la oscuridad.

La privación sensorial había aguzado su percepción; quizás no tanto como la del olfateador, pero lo suficiente como para oír al recién llegado mucho antes de que encendiera la lámpara. La luz se filtró entre sus párpados. Abrió los ojos y vio al visitante acomodado en el sillón, con las piernas cruzadas en gesto relajado. Consultaba algo en la pantalla del móvil, que iluminaba con un destello blanco sus rasgos lobunos.

Se incorporó y se cubrió con el albornoz. Se aproximó con paso cansado hasta el cristal y se sentó frente a Volk. Este bloqueó el teléfono y lo dejó sobre la mesilla de lectura.

—¿Por qué me haces esto? —Nadja apoyó una mano en el cristal —. ¿No sería más fácil acabar conmigo, sin más?

Él se reclinó y la observó con actitud valorativa.

—No soy un asesino, Nadja. Nunca he matado a nadie, y tú no vas a ser la excepción.

La joven agachó la cabeza y un mechón de pelo apelmazado veló sus ojos. Aquel gesto ocultaba una sonrisa afligida.

—Fue esto lo que le hiciste a Elka, ¿verdad? ¿También la trajiste aquí para morir?

Volk se puso en pie y ella se sobresaltó. Se reprochó su reacción, no quería que supiera el miedo que le provocaba. Caminó hasta ella, se desabrochó el botón de la americana y se sentó en el suelo con

las piernas cruzadas. Frente a frente, con el grueso cristal laminado entre ambos.

—Elka nunca puso un pie aquí. Murió con el amanecer en los ojos, tal como ella eligió. Era una muchacha triste de cuya necesidad otros se aprovechaban.

Nadja observó las oscuras incisiones en la máscara del lobo. Allí donde debería haber ojos, solo había negrura.

—¿Qué le hiciste? —masculló.

—Yo no hice nada —respondió Volk, y Nadja hubiera jurado que se relamía—. Solo le garanticé el futuro de su hijo. Si aceptaba mi oferta, no tendría que seguir sometida a la lascivia de los hombres, esclavizada por un amor que debería ser puro.

—¿Le… le ofreciste dinero a cambio de que se quitara la vida?

Volk se enderezó sobre las piernas cruzadas. Se encontraba cómodo en esa postura. Estaba en buena forma física, se dijo Nadja, que había decidido recabar cuanta información pudiera del enemigo. Acento moscovita, treinta o cuarenta años a juzgar por su voz, con capacidad económica para vestir trajes a medida y construir aquella… jaula.

—Creo que, con el tiempo, lo hubiera hecho de todos modos —respondió él—. Así, al menos, lo hizo por algo.

—¡No hables como si la conocieras! —se enfureció, y golpeó el cristal con la mano—. ¡No sabes nada de ella!

—Oh, sí que la conocía —replicó Volk con calma—, al igual que te conozco a ti. Las personas no sois tan complejas.

Sintió un escalofrío al escuchar el «sois».

—Ya en la fiesta de Sharapov supe que tenías algo especial. Eras fuerte y orgullosa, pero también compasiva… Qué ironía que esa

compasión te haya traído hasta mí. —Se levantó y se sacudió las arrugas del traje—. No tengo prisa, sé que no me lo pondrás fácil. Tienes mucha rabia y mucha tristeza que expiar, pero estoy deseando recorrer este camino contigo.

Andréi echó el freno de mano y paró el motor.

—Este es sitio —anunció, señalando hacia el parabrisas.

Ángel observó el edificio de planta única frente al que habían aparcado. De líneas limpias y amplias cristaleras, el local se encontraba en una pequeña urbanización de Cala de Mijas, con el Mediterráneo a la espalda y rodeado solo por palmeras. Sobre la entrada se leía: KOROLEVSKY REAL ESTATE, un oasis de ultralujo inmobiliario oculto en el corazón de la Costa del Sol.

—¿Estás seguro?

—Solo puede ser aquí. Todos clientes *oligarji*, *football players*, actores…, todos rusos. Ellos no gustan mezclarse.

—No me refiero al sitio, sino al plan. No creo que vayan a darnos la información solo porque se la pidamos.

—Solo porque pidamos, no —dijo Andréi con malicia—. Debemos ser… ¿convenientes?

—Convincentes.

—Eso es. Tú policía y yo intérprete, deja a mí. —Abrió la puerta—. *Davai!*

El ruso salió con paso decidido, dejando atrás a su no muy convencido cómplice.

—Poner la placa para esto… —masculló Ángel mientras se soltaba el cinturón y seguía a Andréi.

Este lo esperaba junto a la entrada de la inmobiliaria, la primera que veía sin fotos ni anuncios de las viviendas que ofertaba. En cuanto cruzaron la doble puerta acristalada se hizo evidente que estaban fuera de lugar, pero eso no pareció amilanar al «intérprete», que se dirigió sin titubeos hacia la única mesa con un empleado.

Ángel lo seguía sin dejar de mirar a su alrededor, fascinado por los altos techos acristalados sobre los que se proyectaban las sombras del palmeral. Todo parecía aséptico, minimalista y extraordinariamente caro. El único matiz discordante lo aportaba un peculiar Papá Noel ataviado con túnica celeste y báculo, tan desubicado como ellos.

Andréi retiró la silla y se sentó con una expresión afable que, a ojos del guardia civil, resultaba más bien inquietante.

—Este es el teniente Ángel Lobo, de la Policía Judicial española —dijo en ruso por todo saludo—. Yo lo acompaño en calidad de traductor jurado.

El empleado los observó entre la prudencia y la suspicacia. Andréi carraspeó para dar pie a su acompañante, y este echó mano al bolsillo interior de la cazadora; con un suspiro, mostró al empleado su placa de la Guardia Civil.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre uno de sus clientes… —prosiguió Andréi.

—Me temo que toda la información relativa a nuestros clientes es confidencial —lo interrumpió el agente inmobiliario—. No puedo facilitársela sin una orden judicial.

La expresión de Andréi se ensombreció, cubierta por nubes de tormenta.

—¿Qué sucede? —preguntó Ángel, que había percibido cómo el ruso se envaraba.

—No colabora.

—Pregúntale si habla español o inglés.

Andréi observó en silencio al agente inmobiliario. Terminó por plantear la pregunta masticando las palabras.

—Lo siento —respondió el otro—, solo tenemos clientes eslavos.

—Solo ruso —dijo Andréi a modo de traducción.

—Dile que no vamos a comprometer la privacidad de sus clientes. —Y buscando el contacto visual con su interlocutor, trató de explicar con amabilidad—: Solo les estamos pidiendo colaboración, no les podemos obligar a que nos den ninguna información.

El empleado miró a Andréi con expresión confusa.

—El teniente dice que si le dais la información ahora, todo será discreto y confidencial. Pero si ha de volver con una orden, no pedirá información de un solo cliente. —E inclinándose sobre la mesa añadió—: Y hasta el último de ellos se enterará de que estáis colaborando en una investigación policial.

El hombre pegó la espalda contra la silla, inquieto.

—¿Es-está seguro de que ha dicho eso? Porque su tono era amable.

—¿Qué le has dicho? —terció Ángel—. Parece nervioso.

Andréi se volvió para mirar a Ángel. Asintió como si este le hubiera pedido traducir algo más.

—Dice que está deseando joderos a fondo.

El empleado se quedó clavado en su asiento.

—De… de verdad que no parece que esté diciendo eso.

Andréi negó con la cabeza antes de bisbisear en confianza:

—El tipo amenaza así, es un puto psicópata.

El otro, sin saber a qué atenerse, terminó por preguntar:

—¿Qué necesitan exactamente?

—Mijaíl Sharapov. ¿Qué residencias ha alquilado en el último año? Cualquier cosa. Apartamentos, chalés, locales…, todo.

—El señor Sharapov no es un cliente directo.

Andréi volvió a negar, como si la respuesta lo decepcionara.

—Será mejor que no juegues al gato y al ratón con este tío —le confió—. Lo he visto otras veces y no acaba bien.

—Pero…

—Danos todo lo que haya gestionado cualquiera de sus intermediarios. Buscan alquileres de larga temporada, especialmente si aún están vigentes.

Ángel asistía a una conversación ininteligible, pero parecía que el ruso estaba consiguiendo algo, así que se abstuvo de abrir la boca. Cuando el empleado le dedicó una mirada inquisitiva, el guardia civil se limitó a escudriñarlo con impaciencia y señalar con la barbilla hacia el teclado.

El agente inmobiliario obedeció y comenzó a teclear para filtrar la búsqueda.

—Esto es lo único que tenemos —dijo girando la pantalla hacia ellos—. El señor Sharapov nunca alquila por largas temporadas, una semana como mucho. Y actualmente no tiene nada alquilado.

Andréi se inclinó hacia Lobo:

—Eso casas de Sharapov este año. —En la pantalla del ordenador se listaban una docena de inmuebles entre apartamentos y chalés—. Alquileres cortos, ninguno ahora.

—Si tu información es cierta, la persona a la que buscamos se debió alojar en una de esas casas. —Ángel se aproximó al monitor. Solo entendía las cifras, el resto del texto estaba en cirílico—. Pero una estancia de pocos días no deja rastro, sobre todo si los inmuebles se volvieron a alquilar después. Es buscar una aguja en un pajar. —Miró a Andréi de reojo—. ¿Conoces la expresión?

—Conozco, pero esto más que nada. —Y dirigiéndose al agente inmobiliario—: Danos una copia.

Mientras la impresora trazaba líneas de tinta en el papel, Ángel se reclinó en la silla y sacó la peonza del bolsillo; la hizo bailar entre los dedos con expresión ausente. Tras unos minutos de incómodo silencio, el empleado recuperó los folios, los cuadró y se los entregó a Andréi con un clip.

—¿Puedo ayudarles con algo más?

—Eso es todo —respondió el intérprete para alivio de su interlocutor.

Andréi se dispuso a levantarse, pero Ángel no lo siguió. Tenía la impresión de que se les estaba escapando una oportunidad.

—Tengo una última duda. —Ocultó la peonza en el puño—. ¿Puedes preguntarle si han tenido algún cliente llamado Konstantin Arshavin?

Andréi volvió la pantalla hacia el empleado.

—Busca si habéis alquilado algo a un tal Konstantin Arshavin.

El otro, que creía haberse librado de ellos, se resignó a buscar el nombre en la base de datos. Se encogió de hombros.

—No aparecen alquileres, pero le vendimos un inmueble hace seis años. El contrato de compraventa lo firmó por poderes un despacho de abogados: Kumar, Graves & Associates.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ángel al identificar un nombre en inglés en la conversación.

El ruso se volvió hacia él, parecía satisfecho.

—Lo tenemos —resumió con una sonrisa torva.

Ángel enfiló la autovía hacia Málaga con la cabeza llena de dudas. Parecía progresar en una investigación en la que no debería estar implicado, pero de la que no podía desentenderse.

Toda su vida había escrito sobre renglones pautados, con cuidado y buena letra. Anclarse a las normas y a la rutina le daba seguridad; ahora, sin embargo, se salía del camino marcado y se aventuraba campo a través. Aquello agitaba un mar de fondo en su interior, un desasosiego turbulento que amenazaba con devenir en tormenta… Y aun así, sentía que estaba haciendo lo correcto.

Anochecía cuando dejó la moto en el garaje público de su calle. Guardó el casco y los guantes en el baúl y se encaminó hacia el apartamento, ansioso por darse una ducha y descansar. Al entrar en el portal, sin embargo, se topó con una escena inesperada: su pequeño vecino sentado en los escalones. Solo.

El niño, abrazado a sus rodillas, estaba descalzo y vestía pijama. Levantó una mirada llorosa al oír la puerta; comprobó quién acababa de llegar, se sorbió los mocos y volvió a hundir la cabeza entre los brazos.

Ángel permaneció en el umbral, indeciso ante una situación que no sabía cómo manejar. Terminó por aproximarse con pasos inseguros y sentarse junto a él. Apoyó las manos en el escalón y guardó silencio, hasta que el niño convulsionó con un sollozo.

—Te llamas Daniel, ¿verdad?

El crío asintió sin levantar la cabeza.

—Visité a tu madre en el hospital. ¿Ha vuelto ya a casa?

Daniel volvió a sorberse los mocos. Asintió. Ángel quiso apoyarle la mano en la espalda para reconfortarlo, pero terminó por devolverla a su rodilla.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Un encogimiento de hombros.

—¿Están tus padres en casa?

Daniel asintió.

—¿Por eso estás aquí? ¿Están discutiendo?

—Tengo miedo por mamá —musitó el pequeño.

—Comprendo.

Ángel se quitó la cazadora y cubrió los hombros de Daniel.

—Espérame aquí —dijo mientras se volvía para mirar escaleras arribas.

—¡No! —exclamó el niño, y se abalanzó entre sus brazos.

Rompió en un llanto furioso que le empapó la camisa, que le retumbó en el pecho. Tras la sorpresa inicial, Ángel lo estrechó, apoyó la mano sobre su nuca. Al cabo, él también comenzó a llorar. No recordaba la última vez que lo había hecho, y las lágrimas brotaron amargas, tumultuosas como una alfaguara que rompe desde las entrañas de la tierra.

Los dos niños se abrazaron para dejar el mundo fuera.

Se oyó un golpe amortiguado, un plato que estallaba. Daniel se estremecía con cada ruido y Ángel lo estrechaba aún más. Ambos tenían miedo, pero él era el adulto. Echó mano al bolsillo y sacó el teléfono. Debió limpiarse las lágrimas para ver la pantalla. Marcó el número de Somer.

—Respóndeme, por favor —susurró.

Interludio
El ciclo del karma

Samuel giró la llave de contacto y el motor diésel se detuvo con un estertor. Dejó las manos apoyadas sobre el volante.

—Última parada, fin de trayecto —dijo con patético sentido del humor.

El hombre sentado a su lado sonrió con afecto y le apoyó una mano en el hombro para reconfortarlo.

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora que he tomado una decisión, mejor.

—Bien… —dijo el otro, al tiempo que le palmeaba la espalda—. ¿Necesitarás esto? —Posó la mano sobre el bolsillo del abrigo.

Samuel eludió la pregunta mirando por la ventanilla. De tanto en tanto, el habitáculo cimbreaba al paso de un camión.

—¿Crees que hago lo correcto?

Viktor se reclinó con ademán de sopesar la respuesta. Terminó por encogerse de hombros.

—Correcto e incorrecto son constructos de nuestra mente —dijo con aquel acento que licuaba las eses—. Nuestras decisiones siempre serán lógicas para algunos y erróneas para otros, lo importante es que nosotros estemos en paz con ellas.

—Sé que le voy a hacer daño. No quiero hacerle daño.

—Ya le estás haciendo daño. Os lo estáis haciendo los dos.

Samuel asintió en silencio. Se secó una lágrima antes de que llegara a brotar.

—¿Entiendes el concepto de karma? —preguntó Viktor de improviso.

—¿Crees que estoy pagando por algo malo que he hecho?

Viktor negó con gesto afable.

—El karma no es la justicia cósmica equilibrando la balanza, Samuel; esa es una simpleza propia de estos tiempos. El karma es la soga que nos ata a la rueda del sufrimiento, al ciclo eterno de muerte y resurrección. —Viktor se explicaba con una intensidad que convencía y apaciguaba; a Samuel siempre le había parecido imposible no escucharlo—. Hay acciones que nos liberan de ese karma, y otras que nos atan más a nuestro sufrimiento. Decisiones que nos hacen crecer espiritualmente y otras que nos hacen aún más prisioneros de nuestro dolor. —Suspiró tratando de resumir lo que sentía—: Lo que quiero decir… es que debes identificar qué camino te hace avanzar y cuál retroceder. Solo quiero que te liberes de la rueda.

Samuel asintió con la mirada perdida.

—Tienes razón. Si sigo haciendo lo mismo, seguiré sintiendo lo mismo. —Puso su mano sobre la de Viktor, rio con tristeza—. Quizás lo haga mejor en la próxima vida.

Ambos se abrazaron, sinceramente conmovidos. Se miraron a los ojos con una sonrisa en los labios y paz en los corazones.

—Estoy listo —dijo Samuel.

—Lo sé.

26
Salto al vacío

Rigo llegó a la comandancia tras la puesta de sol, casi a hurtadillas, como un fantasma que regresa de la tumba para zanjar asuntos pendientes. No hacía tanto que había dejado de acudir allí a diario, pero la sensación fue la de volver atrás las hojas de un libro y hallarlas en blanco. Le sorprendió —y le entristeció— no echar de menos aquellos pasillos, aquellos rostros y aquellas rutinas.

Saludó a los escasos guardias con los que se cruzó. Todos le dedicaron sonrisas y asentimientos de cabeza, pero nadie la paró para conversar sobre su nueva vida ahora que había pasado a la reserva. Tras tantos años en el cuerpo, había dejado atrás compañeros, no amigos, y sabía que la culpa era suya en gran medida.

Bajó los escalones hasta el sótano y enfiló un lóbrego pasillo que desembocaba en una puerta de seguridad. La placa rezaba: «Equipo de Delitos Tecnológicos». Abrió sin llamar y la recibió aquella atmósfera seca y cargada de electricidad estática. No le gustó lo que encontró al otro lado.

Junto a la cabo Rubio, que ocupaba su sitio habitual, aguardaba una intrusa:

—Teniente Somerset —saludó Rigo.

—Capitán —corrigió la aludida.

—Tiene razón. Capitán. —Entró y cerró la puerta—. Le preguntaría qué hace aquí, pero imagino que Rubio le ha pedido que venga.

La cabo, toda culpabilidad tras sus gafas de cristal ámbar, se encorvó sobre el teclado e hizo por escabullirse entre documentos y correos electrónicos.

—Estoy aquí para que Rubio no se juegue el puesto —dijo Somer —. Una capitán en la reserva no debería disponer del tiempo y los recursos de sus antiguos subalternos.

—Así que ha venido a joderme —concluyó Rigo Díaz.

—He venido a ayudarle. —Somer introdujo su tarjeta de identificación en el lector del teclado—. Pídale a Rubio lo que necesite. Oficialmente, seré yo quien ha solicitado la investigación.

Rigo asintió sin suavizar el rictus. No le gustaba la supervisión de Emma Somerset, pero ya no era la superior de Rubio y la cabo había hecho bien en cubrirse las espaldas. No podía culparla por ello.

—¿Por qué me ayuda? —preguntó—. Le bastaría con prohibir a Rubio que siguiera colaborando conmigo.

—Por el teniente Lobo.

—Así que Lobo le ha estado contado lo nuestro —rio Díaz—. Veo que lo tiene bien amaestrado.

—Si eso fuera cierto, no se habría involucrado en una investigación sin permiso de su capitán. Una que, para colmo, puede reabrir catorce casos cerrados.

—¿Entonces?

—Entonces, confío en el teniente. Él cree que detrás de estas muertes hay algo más y estoy dispuesta a darle la oportunidad de investigarlo.

Somer retiró la tarjeta del lector.

—La sesión está validada con mi usuario. Procuren que no me arrepienta de mi confianza. —En ese momento sonó su teléfono. Echó un vistazo a la pantalla y arrugó el entrecejo—. Discúlpenme.

Y salió de la estancia dejándolas solas. Rigo no perdió un instante: arrastró una silla y la colocó junto a Rubio.

—Muy bien, quiero que le eches un vistazo a esto —dijo desbloqueando su teléfono móvil.

—Lo siento —se disculpó la joven—. Debería haberla avisado de que la capitán Somerset estaría aquí.

Rigo negó con expresión apacible.

—Soy yo quien debe disculparse. No he tenido en cuenta cómo podía afectarte esto. Has hecho lo correcto.

Y, para sorpresa de ambas, le alzó la barbilla con el dedo; un gesto cariñoso que Rigo solía reservar para su sobrina. Se descubrió extrañamente conmovida. Ahora que no tenía autoridad alguna sobre la joven cabo, descubría que esta la ayudaba por puro desinterés. Puede que, después de todo, sí hubiera dejado alguna amiga allí, aunque no hubiera sabido verlo en su momento.

Rubio sonrió con timidez y tomó el teléfono que la capitán sujetaba entre las manos.

—¿Quiénes son?

—Uno es Samuel Verdaguer, el hombre que se quitó la vida saltando desde la A-7. El otro, muy probablemente, es Lonewolf.

La cabo abrió los ojos de par en par y se apresuró a conectar el móvil al terminal que Somerset había validado. Descargó la foto y recortó el rostro del sospechoso.

—¿Crees que tiene suficiente definición?

—Ahora veremos. Estoy mejorándola con interpolación de píxeles por IA.

Rigo se perdía con la verborrea técnica, así que se limitó a observar cómo la barra de porcentaje se iba rellenando. Poco después, el programa mostró un rostro mucho más nítido en el que se podía identificar a un hombre de unos cuarenta años, atractivo, de mentón recto y pelo cobrizo.

—Es increíble —musitó la capitán, sinceramente admirada por aquella tecnología.

Pero la cabo no parecía tan satisfecha.

—No sé. Demasiado guapo para ser real.

Rigo enarcó una ceja y volvió a mirar la pantalla.

—Pero si parece una foto tomada con teleobjetivo.

—Pero no lo es —le advirtió Rubio—. Más de la mitad de los píxeles que está viendo ahí los ha puesto la inteligencia artificial. El modelo está entrenado con millones de rostros humanos, eso le permite «imaginar» los detalles que no están en la foto original; pero cuando el rostro resultante es demasiado guapo, tiendo a desconfiar.

La capitán era incapaz de entender aquella lógica.

—¿Cuál es el problema con que ese cabrón tenga una cara bonita?

Rubio suspiró e intentó argumentar lo que le decía su instinto:

—Las IA se entrenan con todo lo que se vomita en internet, e internet está llena de gente guapa. Incluso el que no lo es, procura parecer guapo en las fotos que sube, ¿comprende? Digamos que la belleza promedio de la humanidad es mucho más alta en las redes que en el mundo real. Cuando el resultado que me da el software es demasiado… armónico, tiendo a sospechar que ha tenido que

extrapolar demasiados detalles. Puede que el rostro de ese hombre se parezca poco a lo que tenemos delante.

Rigo no estaba segura de haberlo comprendido, tampoco le importaba.

—Da igual. Súbelo a Interpol y a ver qué nos muestra.

La cabo obedeció. Tras procesar la petición durante un rato, el servidor de Interpol arrojó un listado de más de mil delincuentes internacionales de entre treinta y cincuenta años, de pelo claro y mentón recto.

—Es lo que trataba de explicarle. La imagen no tiene suficiente calidad y el software ha recreado un rostro genérico.

—Filtra por ciudadanía y lugar de operaciones. Busca rusos que hayan sido vistos en la zona de Málaga.

Rubio refinó la búsqueda y la lista de resultados pasó a mostrar a unos cincuenta delincuentes. Prácticamente todos los rusos con antecedentes que habían actuado o se habían refugiado en la Costa del Sol. Rigo se echó atrás en la silla y negó con un suspiro.

—Me temo que no puedo hacer mucho más —se disculpó la cabo.

Rigo Díaz observó los rostros en la pantalla. Se incorporó para hacer girar la rueda del ratón y descendió por una sucesión interminable de rasgos caucásicos. ¿Era alguno de aquellos hombres, o ni siquiera eso?

—Probemos otra cosa —dijo—. ¿Tienes acceso a las cámaras de tráfico?

—¿A las cámaras en directo? Tendríamos que solicitarlo.

—En directo, no. A las grabaciones de la DGT.

Rubio se dio golpecitos en la barbilla, considerándolo.

—Podría intentarlo con credenciales de la Guardia Civil de Tráfico… —Repasó mentalmente las alternativas—. Pero las cámaras de tráfico solo se activan al detectar infracciones, no son cámaras de vigilancia.

—Algunas sí graban constantemente.

—En operaciones especiales o en tramos conflictivos, como túneles o pasos elevados… —Rubio calló. Acababa de entenderlo.

La capitán se abrió la chaqueta y sacó una copia del dosier que dejara en el cajón de Ángel Lobo. El mismo del que había jurado deshacerse tiempo atrás. Lo hojeó hasta hallar lo que buscaba:

—Necesito ver imágenes de la cámara del viaducto del Chíllar, en la A-7. Acota la búsqueda al 12 de octubre de 2022, entre las diez y las doce de la noche.

Rubio lo apuntó con bolígrafo y se dispuso a intentarlo.

—Lo normal sería solicitárselo a Tráfico. Si lo quiere ya, puede que tenga que hacer… trampas —advirtió.

—No te preocupes, tienes permiso expreso de la capitán Somerset —dijo Rigo. Y volvió a reclinarse para esperar.

Rubio sacó un portátil de su mochila, abrió la pantalla y accedió a la intranet de la Dirección General de Tráfico.

—Lo que imaginaba. Mis credenciales no me dejan acceder al histórico de archivos —murmuró mientras clicaba en diferentes vías de acceso.

—¿Tenemos que esperar, entonces?

—Yo no he dicho eso, mi capitán —respondió la cabo, abstraída en su arte.

Rigo no entendía nada de lo que hacía o decía aquella joven, pero le divertía que su actitud —incluso su carácter— cambiara tanto al

enfrentarse a un desafío.

Rubio ejecutó una aplicación de nombre impronunciable. Esta mostró un grafo de nodos interconectados, cuyas líneas seguían alargándose hasta hallar nuevos puntos.

—Estoy desplegando BloodHound para ver qué usuarios tienen acceso a la intranet y cuáles son sus privilegios.

—Ajá —musitó la capitán.

—¡Bingo! Tengo a un administrador —exclamó, al tiempo que abría una segunda aplicación de apariencia mucho más tosca.

Se ajustó las gafas y tecleó varios comandos en el terminal. Ejecutó la orden y esperó. El software no tardó mucho en arrojar un resultado.

—Lo tenemos —dijo con expresión triunfal, orientando el portátil hacia Rigo.

Esta se inclinó para ver mejor la pantalla. Solo distinguía líneas de texto blanco sobre fondo negro.

—¿Qué tenemos exactamente?

—Las credenciales del administrador. —Rubio amplió la ventana con la web de la DGT e introdujo el nuevo nombre de usuario y la clave. Funcionó sin problemas—. ¿Sabe? Me preocupa que haya resultado tan sencillo, ¿no deberíamos avisarles de lo vulnerable que es su intranet?

—Tenemos nuestros propios problemas. ¿Qué estás haciendo ahora?

—He ejecutado un *script* en Python para que busque archivos de vídeo. Ya sabe, extensiones mp4, avi y demás.

—Claro.

No tardó en desplegarse un listado con todos los vídeos almacenados en el servidor; Rubio filtró la lista usando los términos «A-7» y «Chíllar». La interfaz mostró tres carpetas, cada una con varios gigas de contenido.

—Parece que en ese tramo hay tres videocámaras instaladas.

Entró en cada carpeta y ejecutó algunos archivos al azar.

—Tenía razón, las cámaras están grabando constantemente. Esta está orientada hacia el viaducto. —Abrió un vídeo que mostraba el paso elevado sobre el valle del Chíllar; los coches atravesaban el plano fijo a toda velocidad—. Y estas dos, hacia el acceso y la salida del túnel que hay justo a continuación.

—Necesito que me muestres ese día y hora en esta cámara. —Rigo señaló la imagen del viaducto.

—Puedo hacer algo mejor.

Rubio sacó de la mochila un segundo portátil y una tablet. Los colocó junto al ordenador en el que estaba trabajando y los conectó; las tres pantallas mostraron el mismo escritorio. Abrió en cada una las imágenes correspondientes a una videocámara distinta, de modo que el vídeo se veía en continuidad. Como por arte de magia, los coches pasaban por el viaducto en la primera pantalla, saltaban a la entrada del túnel en la siguiente y desaparecían tras la salida del túnel en la tercera.

Ejecutó en paralelo los tres vídeos correspondientes al 12 de octubre de 2022. Arrastró las líneas de tiempo hasta las diez de la noche y comenzó a reproducir en avance rápido.

Ambas guardaron silencio mientras escudriñaban la sucesión de vehículos que volaban de una pantalla a otra. Al cabo de unos

minutos, la retahíla de luces se fundía en un rastro fugaz de contemplación hipnótica.

—¡Para! —exclamó Rigo, y la cabo se apresuró a pausar los vídeos —. Aquí.

Apoyó el dedo sobre un coche detenido en el arcén derecho del viaducto, en sentido Almería. Rubio reactivó la reproducción a velocidad normal y observaron el vehículo con las luces de emergencia parpadeando, ajeno al tráfico que lo rebasaba.

—Puede ser una simple avería —mencionó la cabo, pero Rigo le pidió silencio alzando un dedo.

Alguien había bajado por la puerta del conductor. La vía estaba bien iluminada y la cámara tenía suficiente definición como para leer la matrícula de un coche, así que pudieron identificar sin problemas a Samuel Verdaguer. Este rodeó el automóvil y se detuvo frente al quitamiedos azul que flanqueaba el paso elevado. Rubio pegó la espalda a la silla, intentando apartarse de lo que estaba a punto de suceder. El hombre miró hacia atrás.

—Hay alguien en el asiento del acompañante —dijo Rigo—. Están hablando.

Samuel terminó por escalar el quitamiedos. Mantuvo el equilibrio durante unos segundos. Saltó al vacío.

Rubio se llevó la mano a la boca para ahogar un gemido. Leer los hechos en un informe es muy diferente a ver cómo se desarrollan ante tus ojos. Alargó la mano para pausar el vídeo.

—No lo pares —le ordenó la capitán.

Debieron esperar un minuto hasta que el segundo ocupante bajó del vehículo. Vestía una gorra de golf que le ocultaba la nariz y los ojos. La cabo se aproximó a la pantalla con interés renovado.

—Sabe que las cámaras de tráfico enfocan desde un ángulo picado, por eso lleva la gorra.

Rigo se limitó a observar cómo el hombre echaba a andar por el arcén en dirección al túnel.

—No pretenderá llegar andando hasta Málaga —musitó Rubio.

La figura desapareció de la primera imagen y pasaron a verla de espaldas en el siguiente monitor, dentro ya del túnel. Caminaba con una despreocupación insultante, Rigo casi lo oía silbar mientras se alejaba de la escena del crimen. Llegó a los límites de la pantalla y aguardaron a verlo aparecer en la siguiente. No lo hizo. Se había desvanecido en el ángulo ciego que quedaba entre la cámara del interior del túnel y la que enfocaba su salida.

—Ha desaparecido —dijo Rubio, negando para sí.

Rigo la miró de soslayo:

—Los hijos de puta nunca desaparecen, cabo. Lo aprenderá con el tiempo.

La capitán se puso en pie y se dirigió a la salida. Había visto cuanto necesitaba.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Usted, por ahora, nada. Yo, algo que ya no se estila —dijo Rigo mientras abría la puerta—: trabajo de campo.

La puerta del ascensor se abrió con ímpetu y una vecina irrumpió en el portal. Miró de reojo al niño y al adulto en la escalera y, sin detener el paso, salió del edificio, decidida a desentenderse de aquella escena. El crío seguía abrazado a Ángel, que lo protegía con su cuerpo y lo mecía. Ambos tenían los ojos cerrados.

—Eh… —susurró una voz familiar.

Ángel levantó la cabeza. Tardó un instante en reconocer a la capitán Somerset.

—Has venido.

—En cuanto he escuchado tu mensaje. —Apoyó la mano en el brazo del pequeño—. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Daniel —dijo el crío, despegando por fin la cabeza del pecho de Ángel.

—Hola, Daniel. Yo soy Emma. —Señaló los pies descalzos del pequeño—: ¿No tienes frío?

Este asintió y la capitán se sentó junto a ellos para descalzarse. Se sacó los calcetines y se los puso con cuidado a Daniel.

—¿Tienes hambre? —le preguntó mientras volvía a anudarse las deportivas.

El niño asintió de nuevo.

—Muy bien. Lo primero es abrigarte bien. —Lo ayudó a enfundarse la cazadora que Ángel le había echado sobre los hombros; le cerró la cremallera—. Hey, mírate. Pareces un piloto de avión. —Daniel se observó envuelto en la chaqueta de cuero marrón. Sonrió—. ¡Eso es! Ahora vamos a cenar.

Lo levantó por las axilas y el crío la abrazó y apoyó la cabeza sobre su hombro. Ángel observaba fascinado la escena. Con su simple presencia, Somer parecía haber cambiado el estado de ánimo del pequeño.

—Superpoderes de hermana mayor —le susurró, al tiempo que le guiñaba un ojo.

Se encaminó hacia la calle con el chiquillo en brazos.

—¿Y mi mamá?

—Enseguida estará contigo, no te preocupes. —Y dirigiéndose a Lobo—: ¿Hay algún sitio donde sirvan bocadillos a esta hora?

Ángel asintió y abrió la marcha hacia el Hopper's, al otro lado de la calle. El local era justo lo que necesitaban: con calefacción, bien iluminado y con un camarero ocioso tras la barra.

—Jefe, ¿le puede poner un campero y un zumo a mi amigo Daniel? —preguntó la capitán.

—Tenemos la plancha apagada.

—Seguro que no tarda más de cinco minutos —insistió ella.

El camarero miró al crío en pijama, reparó en el rostro circunspecto de Ángel y comprendió que la situación requería que pusiera un poco de su parte.

—Lo tengo en cuatro —dijo metiéndose en la cocina.

Somer dejó al pequeño en una banqueta, le susurró algo mientras le removía el pelo y terminó por volverse hacia Ángel:

—Llama a los de Mujer y Menores y al IAM, que envíen a quien tengan de guardia a esta hora. Diles que necesitaremos un realojo inmediato. —Ángel asintió—. ¿Cuál es el piso de la familia?

—Voy contigo.

—No, tú te quedas con el niño. Le haces más falta a él que a mí. —Miró a Ángel con preocupación—. Dime el piso.

Él quiso replicar, pero terminó por responder:

—Tercera planta, la puerta de la izquierda.

—Muy bien. Cuida de Daniel y haz las llamadas. —Le palmeó el pecho y salió a la calle.

Según regresó al portal, echó mano a la pistolera oculta bajo la chaqueta y desabrochó el cierre. Subió con pasos rápidos, azuzada

por la voz ebria, violenta, que retumbaba por el hueco de las escaleras.

Con cada peldaño que pisaba, la rabia y el enfado iban sedimentando en su estómago.

No llamó al timbre, sino que golpeó la puerta con el puño cerrado.

—Abran. Guardia Civil.

Se hizo un silencio cauto al otro lado. Después, pasos titubeantes que, poco a poco, ganaron confianza. La puerta se abrió de golpe:

—¿Qué pasa?

Somer recibió la vaharada etílica con desagrado. Observó al hombre: camiseta de tirantes manchada, brazos como alambres, destilando mala hostia y alcohol por cada poro. La cara era un poema: entumecida por los golpes, con el labio cortado, la nariz aplastada y el arco ciliar remendado.

No quería creer que Ángel le hubiera hecho eso.

—¿Que qué pasa? —insistió con vehemencia.

Le jodía especialmente que fuera una mujer quien interrumpiera su pequeño reinado de terror, Somer podía leerlo en sus ojos, en su ademán. Sin apartar la diestra de la culata, le mostró la placa de la Guardia Civil.

—¿Sabe dónde está su hijo?

—El niño estará en su cuarto.

—Lo hemos encontrado fuera de casa. Solo.

La madre asomó desde las profundidades del piso como un alma en pena arropada entre sombras. Recorrió nerviosa el pasillo, apoyaba una mano en la pared y cojeaba de una pierna. Se detuvo a unos pasos de la puerta, sin aproximarse a su marido; aun así, la luz

del descansillo reveló los brazos magullados, la férula en los dedos, la equimosis que le estallaba en la mejilla y se extendía por el cuello.

—¿Dónde está mi hijo?

—Está bien, pero quiere ver a su madre.

La mujer alargó la mano y tomó un chaquetón.

—Voy con usted.

Él la aferró por la muñeca.

—¿Adónde te crees que vas? —la amenazó—. De aquí no sales, que traigan al niño.

Somer se envaró y dio un paso atrás para ganar distancia.

—La señora se viene conmigo. Suéltela.

—De aquí pa fuera mandará la Guardia Civil —masculló—, pero de esta puerta pa dentro mandan mis cojones.

Somer desenfundó y le plantó el cañón en la cara.

—He dicho que la sueltes.

El otro apretó el entrecejo y enseñó los dientes.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

—Ya veremos. —Ladeó la punta del arma—. A lo mejor con un tiro en el hombro es suficiente.

El hombre se lo pensó. Finalmente, gruñó y abrió la mano. Su esposa apartó el brazo de un tirón y salió al descansillo. Se colocó tras Somer, que adelantó el arma unos centímetros.

—Métase dentro y cierre la puerta.

Reacio a obedecer, el agresor se retiró poco a poco. Cerró la puerta despacio, desafiante, hasta que sus ojos inyectados en odio desaparecieron tras el clac de la cerradura.

—Sígame —dijo a la mujer, y la condujo escaleras abajo.

Solo entonces Somer se permitió desfallecer. El corazón le galopaba en el pecho y sentía las piernas de gelatina. «Puto animal», maldijo para sí.

Ángel observó a través de la cristalera el reencuentro de Virginia con su hijo. Fuera ya les esperaban una agente del EMUME y una asistenta del Instituto Andaluz de la Mujer. Virginia, con su hijo abrazado a una pierna, atendía las instrucciones y asentía. Finalmente, acompañó a la asistenta social y montaron en su coche.

Somer permaneció un rato más con la agente del Equipo de Mujeres y Menores. Tras despedirse de ella, entró en el bar y se sentó en la banqueta junto a Ángel. Apoyó los codos en la barra y hundió la cabeza entre los brazos. Exhaló su agotamiento.

—Joder, qué intenso.

—¿Servirá de algo?

—Ya veremos. Algunas reaccionan cuando descubren que pueden perder la custodia de sus hijos si siguen con el maltratador.

Ángel estiró la espalda y miró a uno y otro lado para desentumecer el cuello. Observó a Somer, que seguía derrumbada sobre la barra.

—Has estado muy bien.

Ella ladeó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Por qué? ¿Porque he llevado esto como una adulta funcional?

Se arrepintió al instante del reproche. Era evidente que Ángel había pasado por una experiencia de mierda con la que estaba tratando de lidiar. Y ahora que había tenido enfrente a aquel desgraciado, podía entender que le reventara la cara a golpes.

—Lo siento. Sigue sin gustarme lo que hiciste, pero no debería haberte juzgado a la ligera.

Él se puso en pie y sonrió, agradecido por aquella ráfaga de comprensión.

—No te disculpes, tenías razón en todo. —Se puso la cazadora recién recuperada—. Sé que aún me queda camino por recorrer. —Y llevándose dos dedos a la frente, añadió—: Buenas noches, mi capitán.

Somer lo observó cruzar la calle con las manos en los bolsillos. No se quitaba la maldita cazadora ni para dormir, pero lo cierto es que le quedaba bien. Suspiró y devolvió la vista al interior del local:

—Jefe, ¿aún tiene la plancha encendida?

27
Doble cerrojo

El agente de la Policía Portuaria lo saludó antes de levantar la barrera. Ángel le devolvió el saludo tocándose el visor del casco, embragó primera y aceleró hacia el interior del puerto de Málaga.

La luz de las farolas volaba sobre el carenado de la moto mientras callejeaba entre grúas y contenedores. Comenzaba a disfrutar del recorrido cuando alcanzó el depósito judicial de la Guardia Civil. Frenó en el interior del parking y esperó a que algún guardia le saliera al encuentro. Nada. Eran las nueve y diez de un miércoles, Real Madrid contra Paris Saint-Germain en la tele. La elección del día y la hora no habían sido casuales.

Paró el motor y se dirigió a las dependencias anexas al perímetro exterior. La noria del Muelle Heredia, que despuntaba sobre las naves y grúas portuarias, giraba sobre su cabeza y se sumaba a la cacofonía lumínica que emborronaba la noche. Al otro lado del enrejado, el centro de Málaga bullía de actividad navideña.

Ángel se asomó al vestíbulo y halló a dos agentes sentados de espaldas a la entrada, absortos en la contemplación del partido en un ordenador. Tocó con los nudillos sobre el mostrador:

—Teniente Ángel Lobo, de la judicial —dijo mostrándoles la placa.

Ambos se levantaron con rapidez para cuadrarse.

—Buenas noches, mi teniente. —El que estaba al cargo miró de reojo el partido, midiendo si había alguna posibilidad de que el recién llegado no se hubiera percatado—. Esto…

—No se preocupe, cabo. ¿Cómo va el partido?

—Sigue cero a cero.

—Vengo a revisar las armas incautadas la semana pasada en Estepona. Creemos que hay un número de serie mal anotado.

—Por supuesto, mi teniente. —El cabo le alargó el libro de control —. Si es tan amable.

Lobo rellenó la entrada y la firmó.

—¿Necesita que lo acompañe? —preguntó el cabo sin mucho entusiasmo.

Ángel miró el verde del Bernabéu en la pantalla y sonrió con fingida complicidad.

—Tranquilo. Me las arreglo.

Dio otro golpe de nudillo a modo de despedida y se encaminó hacia el depósito. Debió esperar a que le abrieran desde el vestíbulo; empujó la puerta al oír el zumbido y buscó el interruptor junto a la entrada. Los tubos de neón se desperezaron y la nave se fue iluminando por fases, revelando pasillos de interminables estanterías metálicas.

Cerró a su espalda y ubicó de reojo las cámaras de seguridad. Esperaba que los dos guardias no recuperaran de repente su diligencia profesional; aun así, disimuló dirigiéndose antes a la estantería donde Fernández había almacenado las incautaciones a la Mocro maffia. Localizó la caja y la llevó hasta una mesa al final del pasillo. La abrió, sacó las armas precintadas y anotó el número de

serie de cada una. Después volvió a embolsarlas y precintarlas, con cuidado de transcribir correctamente la identificación en cada bolsa.

Antes de devolver la caja a su sitio, extrajo un pósit del bolsillo. En él había anotado un número de diligencia y una ubicación. Reprimió el impulso de mirar hacia las cámaras y recorrió los pasillos buscando aquel estante en concreto. Cuando lo halló, revisó el número de cada caja hasta dar con la que necesitaba. Las manos le sudaban y la saliva se tornaba espesa; reacciones normales del sistema parasimpático cuando está en alerta, no podía luchar contra ello.

Sacó la caja de cartón y la depositó con cuidado en el suelo.

—¡¡¡GOOOL!!! —se oyó desde la entrada.

Ángel masculló una maldición. Respiró hondo para recuperarse del sobresalto y volvió a la caja: según el registro de SIGO, lo que buscaba llevaba ahí cinco meses a la espera de servir como prueba en un juicio. Levantó la tapa y contempló las herramientas requisadas a una banda de salteadores de viviendas de lujo. Rebuscó hasta dar con lo que Andréi Sokolov le había indicado: un pequeño cilindro negro de metal con un *display* en el lateral y una llave en su extremo.

Guardó el dispositivo en el bolsillo sin sacarlo del precinto. Después devolvió las cajas a sus baldas y salió de allí con cuanta calma le fue posible.

—¿Seguro de esto? —preguntó Andréi, mirándolo desde el asiento del conductor.

Se hallaban en la penúltima planta de un parking de paredes abiertas; a esa altura el viento enhebraba la estructura de lado a

lado y les restallaba en los oídos.

Ángel, de pie junto a su moto, no tenía claro si la pregunta era retórica o si el ruso verdaderamente esperaba una aclaración por su parte.

—Hace tiempo que no estoy seguro de nada —terminó por responder—. Solo intento tomar la decisión que me parece mejor en cada momento.

—¿Y venir conmigo mejor decisión?

—Dependerá de lo que encontremos. —Y tras palpar el bolsillo de la cazadora, añadió—: Además, mi obligación es custodiar esto y devolverlo al depósito cuanto antes.

Andréi se encogió de hombros y señaló el asiento del acompañante:

—Sube.

Lobo candó la moto y se metió en el coche. Apenas hubo cerrado la puerta, el ruso hundió el pie en el acelerador y comenzó a descender por la rampa curva. Las ruedas chirriaban mientras Ángel se abrochaba el cinturón y se agarraba al asiento. Parecía que su sino era ir de paquete con conductores temerarios.

—¿Qué esperas encontrar allí?

—No espero. Veremos.

—Crees que tu amiga puede estar allí retenida, ¿verdad?

Como respuesta, Andréi se incorporó a la calle desierta con un giro brusco y un rápido contravolante. El Mazda cimbreó antes de enderezar la trayectoria y lanzarse por la avenida de Andalucía hacia la MA-20.

La dirección que les habían facilitado en Korolevsky Real Estate correspondía a un chalé de una urbanización de Benalmádena. Ángel

había comprobado en el registro que la propiedad seguía a nombre del tal Konstantin Arshavin, y su nuevo socio se había encargado de rondarla para evaluar si era factible forzar la entrada. Su experta opinión era que el acceso estaba blindado con un sistema demasiado sofisticado para una simple casa de veraneo, en especial la cerradura. Necesitarían un inhibidor de señales para neutralizar las alarmas y una ganzúa inteligente para la puerta.

El inhibidor era relativamente sencillo de conseguir, pero la ganzúa… Para eso había lista de espera en el mercado negro.

—¿A qué te dedicabas antes de venir aquí? —preguntó Ángel de improviso.

El ruso se encogió de hombros.

—Chapuzas. —Vocalizó la palabra despacio y de forma precisa, como si se deleitara en su pronunciación.

—¿Chapuzas como robar casas?

Andréi sonrió sin apartar la vista de la carretera. Redujo a cuarta y se desvió al ramal que conectaba con la autovía.

—Nunca he robado. Pero si creces en puerto de Vladivostok, conoces gente, aprendes cosas. —Miró brevemente hacia Ángel—. Vida normal allí no es vida normal aquí.

—Comprendo. —Asintió con gesto abstraído, solo para insistir al cabo de un instante—: ¿A qué te dedicabas, entonces?

El ruso guardó silencio. Era evidente que no se trataba de su tema favorito de conversación.

—A algo que ya no quiero seguir haciendo. Por eso aquí.

Al entrar en la urbanización, Andréi redujo a tercera y circuló empujando el coche con breves toques al acelerador. Se detuvo

frente al chalé y apagó las luces.

—Es aquí —dijo mientras rescataba su bolsa de gimnasio del asiento trasero.

La abrió sobre el regazo y sacó dos pasamontañas.

—No voy a ponerme eso —respondió Ángel cuando le tendió uno.

—Esta noche eres ladrón, no policía.

Ángel sostuvo el trozo de tela entre las manos. Terminó por resoplar y calzárselo. Andréi le dio una palmada en el hombro a modo de consuelo. Después activó el inhibidor de señales y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta.

—¿Has traído arma?

—Por supuesto que no.

—Mala idea —lamentó el ruso—. Sígueme.

Andréi salió del coche, corrió hacia la valla metálica y la trepó con una agilidad que desmentía su casi metro noventa. Ángel lo siguió tras maldecir sus propias decisiones. Cuando cayó sobre la hierba, comprobó que Andréi ya lo esperaba en el porche, arrodillado junto a la puerta. Corrió hacia él y se agazapó a su lado.

Se rascó bajo el pasamontañas mientras observaba el entorno: el jardín se hallaba tapizado con césped artificial, pero no había ni mesas ni sillas a la vista; las persianas estaban bajadas, pero no cegadas del todo, solo lo justo para que no se pudiera atisbar el interior. No había caja de buzón, ni una ducha sobre el enlosado para refrescarse en verano, ni más puntos de luz que el aplique sobre la puerta principal. La vivienda no solo parecía vacía, daba la impresión de que nunca se había habitado.

—La ganzúa —dijo Andréi alargando la mano.

Ángel retiró el precinto de la bolsa y sostuvo el dispositivo entre los dedos. Reparó en que los dientes de la llave eran retráctiles, pequeñas piezas telescópicas que podían modificar su relieve. Se lo entregó a Andréi, que lo insertó cuidadosamente en la cerradura. Activó la ganzúa y esta comenzó a hacer su trabajo: en la pantalla del cilindro aparecieron cinco barras verticales, todas sombreadas. Crecían y decrecían hasta detenerse a una altura concreta, entonces se tornaban de color verde.

Cuando las cinco estuvieron iluminadas, el ruso giró la llave y la cerradura se abrió con facilidad.

—*Proshche parenoy repy* —murmuró satisfecho, y empujó la puerta.

Pasaron dentro y aguardaron con la respiración contenida y el oído aguzado. No se oía el menor ruido, ni siquiera el zumbido de una nevera. Intercambiaron una mirada antes de avanzar.

La vivienda era sobria en cuanto a mobiliario y decoración, pero no por ello austera. Ángel estaba seguro de que su sueldo de un mes no alcanzaría para pagar la mayoría de aquellas piezas. Le llamó la atención la ausencia de comodidades; era evidente que allí no vivía una familia…, ni siquiera una persona soltera. Parecía, más bien, un decorado inerte.

Comprobaron las habitaciones de ambas plantas sin descubrir nada relevante. La única puerta cerrada con que se toparon se hallaba en el distribuidor de la planta baja. Cuando hubieron revisado el chalé de arriba abajo, se reunieron allí.

—Misma cerradura que fuera —musitó Andréi antes de aplicar la oreja y golpear con el nudillo—. Puerta blindada.

Volvió a echar mano de la ganzúa eléctrica. Mientras esperaban a que la puerta cediera, ambos compartían un mismo pensamiento: ¿Qué había allí para guardarlo bajo dos cerrojos como aquellos? La cerradura se abrió con un chasquido repentino. Andréi extrajo la ganzúa con cuidado y se la devolvió.

—¿Preparado?

Ángel asintió y el ruso entornó la puerta. Al otro lado hallaron un pozo de negrura. Encendieron la linterna y el haz de luz se proyectó sobre los peldaños descendentes. La escalera, angosta y empinada, los obligó a avanzar con cautela. Para sorpresa de ambos, al llegar abajo pisaron suelo alfombrado. La linterna desveló que las paredes estaban forradas de madera y que algunos muebles poblaban el sótano.

Ángel buscó junto a la escalera hasta dar con el interruptor. Se hizo una luz tibia y acogedora, y descubrieron que se hallaban en una especie de estudio, bien iluminado y amueblado de forma exquisita. Había un sofá chéster de cuero en el centro de la estancia, columnas de alta fidelidad en cada esquina, un imponente escritorio de acero y madera y, tras este, una estantería que ocupaba casi toda la superficie de la pared. No contenía libros o documentos, sino pequeñas cajas de plástico.

Apagaron la linterna y se aproximaron para examinar el peculiar archivo. En el lomo de cada caja había una fecha escrita a mano, iban desde 2007 hasta 2025. Decenas y decenas de ellas; más de cien, calculó Ángel.

—Son minicasetes —comprobó, y observó la estancia a su alrededor: el aislamiento sonoro, las torres de altavoces, el sofá con la mesa auxiliar—. Parece el estudio de un melómano.

Andréi se aproximó al equipo de alta fidelidad encastrado en la estantería; reparó en que tenía un casete en la pletina. Pulsó el botón de reproducción, pero los altavoces solo emitieron el ruido blanco de la cinta magnética.

—Rebobina un poco —le indicó Ángel.

Lo hizo antes de volver a reproducir.

«… qué sentiré?».

«Nada. Te irás alejando poco a poco».

«¿Podrías hacerlo tú?».

«No. Es importante que seas tú quien dé el paso».

Hubo un silencio prolongado. Percibieron el rumor lejano del oleaje llenando la sala.

«Ahí está. Es tan hermoso».

Al cabo, la cinta crepitó y quedó en silencio. Los dos hombres se miraron.

—Esa era Elka —dijo Andréi con voz grave, consciente de que había escuchado sus últimos momentos.

Ángel negó, conmocionado al comprender qué tipo de santuario estaban profanando. Levantó la vista hacia el archivo y observó el muro de fechas encapsuladas en plástico. Después volvió la vista hacia su interior, hacia ese otro escritorio frente al que había pasado tantas horas. Allí estaba la carpeta de Rigo. La abrió y buscó el informe de Lucía. Lo hojeó hasta encontrar la fecha de su muerte: 14 de junio de 2021.

Su mirada volvió a enfocar el mundo ante sí y repasó las columnas de cintas ordenadas cronológicamente. Una de las últimas estaba datada con la fecha «14/06/21». Ángel la extrajo del estante con un

cuidado casi reverencial. Después abrió la pletina y cambió la cinta. Empujó la portezuela y contuvo el aliento. Comenzó a reproducir.

Las columnas reprodujeron un chasqueo magnético antes de que se escucharan las primeras palabras:

«En primer lugar, ¿podría decir su nombre completo?».

«Sí…, me llamo Lucía Guerrero Díaz».

28
Regalo de Navidad

Rigo trazó la curva a más de ciento cincuenta kilómetros por hora y basculó el peso del cuerpo para enderezarse. Su campo de visión se abrió al enfilar la recta y divisó el túnel a unos trescientos metros. Aminoró sin tocar la maneta del freno, le bastó con bajar de marcha para que la Triumph Rocket redujera la inercia como si un paracaídas se abriera a su espalda.

Entró en el túnel en punto muerto, puso el intermitente a la derecha y rodó sobre el arcén. Hasta que algo le llamó la atención y clavó los frenos. A treinta metros de la entrada halló un estrecho talud de tierra que mantenían despejado para desaguar las escorrentías.

Levantó la visera del casco y buscó la cámara en el extremo opuesto; no la divisó, estaba tras el vértice de la amplia curva que dibujaba el túnel. Miró a su espalda y constató que la otra cámara tampoco podía enfocar esa zona. Se hallaba justo en el punto ciego y esa era la única vía de escape posible. El truco de prestidigitación había quedado expuesto.

Se bajó la visera, giró el manillar y comenzó a descender por el talud. La suspensión de la moto absorbía los baches e irregularidades, pero Rigo comprendió de inmediato que no estaba montando una moto de cross. Comenzó a sudar bajo el casco

mientras forcejeaba con la dirección e intentaba mantener el peso de semejante bestia bajo control. Respiró aliviada cuando las ruedas volvieron a tocar asfalto.

Frenó y miró a ambos lados. Había desembocado en una antigua carretera regional que debía conectar las fincas y pedanías de la zona. A esa hora la oscuridad había engullido el paisaje y no había un alma que circulara por la zona, pero el resplandor de una gasolinera parecía intuirse tras la próxima curva. Embragó primera y se dirigió hacia allí.

Encontró una pequeña estación de servicio próxima al ramal que llevaba de vuelta a la autovía. Se detuvo en el carril de acceso y oteó las instalaciones: no había coches repostando, pero el *minimarket* permanecía abierto y una chica parecía atenderlo. Descubrió una cámara de seguridad instalada en el techo del cobertizo y aquello la animó a investigar.

Rodó entre los surtidores y rebasó a un solitario Volkswagen Golf estacionado cerca del local. Tres chavales sentados sobre el capó escuchaban música en la radio del coche; bebían Red Bull con un cigarrillo en los labios, probablemente esperando a que la chica terminara su turno.

Rigo notó sus miradas en cuanto detuvo la moto a unos metros de distancia. Optó por ignorarlos y caminar directamente hacia la entrada.

—¡Vaya cosa más guapa! —vociferó uno de ellos tras un largo silbido.

—¿La moto o la pava? —rio otro.

—A mí me valen las dos —dijo el primero—. ¡Niña, dame una vuelta! —le gritó a la recién llegada, que pasó frente a ellos

ignorando los cacareos.

Rigo cruzó el local y se sacó el casco frente al mostrador. Enseñó su antigua placa de la Guardia Civil a la dependienta —poco más que una adolescente—, que de inmediato demudó la expresión.

—Nosotros no hemos llamado a nadie.

—Tranquila, solo quiero hacerte unas preguntas. —Señaló hacia el exterior—. ¿Esa cámara funciona?

La joven desvió la vista hacia donde le indicaban. Tardó en ubicarla, como si recordara en ese momento que, efectivamente, allí había una cámara de seguridad.

—Sí, pero nosotros no podemos ver nada. Hay una empresa que se encarga.

—¿Qué empresa?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros, pero la mirada imperiosa de Rigo la obligó a añadir—: puede que en el despacho del encargado haya algún papel.

—¿Te importa mirar?

—Claro. —Titubeó—. Quiero decir que no me importa. —Y se apresuró a rescatar unas llaves—. Enseguida vuelvo.

Salió de detrás del mostrador, pero se detuvo al comprobar que la guardia civil no quitaba ojo a los chavales.

—No les haga caso. Se les va la fuerza por la boca.

—Como a la mayoría —dijo Rigo con una sonrisa, y la apremió con un cabeceo.

La muchacha se perdió en el despacho y Rigo permaneció acodada en el mostrador. Los tres jóvenes habían rodeado su moto y jugueteaban con los puños del manillar.

—¡Aquí tiene! —dijo la dependienta mientras regresaba. Se había dado prisa.

Le plantó delante una hojilla en la que había anotado el nombre y el número de la empresa de seguridad.

—¿Los conoces? —preguntó Rigo, señalando a los tres lumbreras.

La joven los miró, inquieta.

—Son del pueblo.

—¿Te están molestando?

Dudó antes de responder:

—Son unos chiquillos. No quiero que se metan en un lío —le pidió.

—Yo creo que ya están creciditos. —Se guardó la hoja de papel y deslizó sobre el mostrador una de sus viejas tarjetas de visita—. Por si un día decides que sí te molestan.

Rigo cruzó la puerta con el casco colgado del brazo. Cerró los ojos e inhaló el frío aire nocturno. Era una buena noche y no quería que ningún gilipollas se la jodiera.

Cuando se aproximó a la moto, uno de los chavales palmeó a su colega en el brazo.

—Ahí viene la motera.

—Pero ¡si es una vieja, hermano!

—Me da igual, son las que mejor la chupan.

—¿Qué dices, loco? —replicó el otro—. Será porque no tienen dientes.

El tercero coreó la ocurrencia con una carcajada exagerada.

—Yo no paro hasta que me calce ese culo —se juró el que lo tenía claro desde el principio.

Pasó una pierna sobre el sillín y se montó a horcajadas sobre la moto.

—No se asuste, señora. Venga con el Jony. —Se palmeó el interior de los muslos—. Seguro que ya no se acuerda de lo que es una polla dura de verdad.

Rigo sonrió y se colocó el casco, su mirada desapareció tras el visor ahumado. En lugar de encararse con ellos, se dirigió hacia uno de los surtidores. Los tres siguieron sus pasos con una sonrisa estúpida prendida en la boca, divertidos e intrigados a un tiempo.

La mujer deslizó una tarjeta por el datáfono y arrastró la manguera hacia el Volkswagen.

—El depósito ya está lleno —se burló el Jony—. Como estos. —Y se agarró la entrepierna.

Rigo se detuvo junto al coche y los miró por encima del hombro. Después metió la boca de la manguera por la ventanilla. Los tres saltaron en tensión, súbitamente conscientes de lo que se proponía, pero no se atrevieron a aproximarse más de dos pasos, como si temieran provocar a un animal impredecible.

Rigo rio bajo el casco y apretó el gatillo. El surtidor comenzó a vomitar gasolina sobre el volante, los asientos, el salpicadero…

—¡Puta loca de mierda! —se desgañitó el Jony, probable propietario del coche.

Continuó por el exterior, empapando las ruedas y el suelo alrededor del Volkswagen. Cuando los tres arrancaron hacia ella, Rigo abrió un mechero y rodó la piedra contra los vaqueros.

La pequeña llama los detuvo en seco.

—Tú lo has dicho, soy una vieja loca que tiene poco que perder.

Sin más explicaciones, colgó la manguera del surtidor y caminó hacia la moto con el mechero prendido en una mano.

—Te voy a matar —le escupió el Jony cuando pasó frente a ellos.

—Déjalo, hermano, esa tía trae ruina.

La lámpara se encendió tras el muro de cristal y Nadja levantó la cabeza, ansiosa y expectante. Era muy consciente de los nuevos automatismos grabados en su comportamiento, aun así no podía evitarlos. Él era luz, era presencia y era alimento, y ella acudía a su llamada puntualmente. Había logrado doblegarla mediante simple condicionamiento positivo, como a una rata de laboratorio.

Se sentó con las piernas cruzadas frente al cristal y esperó a que él se acomodara en el sillón.

—Falta poco para Navidad. No podré visitarte en los próximos tres días, así que será otra persona quien te alimente.

Ella asintió sin nada que objetar.

—Cuando vengan, mantente alejada de la luz. No quiero que nadie más te vea.

Un nuevo asentimiento.

—Has progresado mucho, Nadja. Tu comportamiento es intachable, por eso he decidido traerte algo. —Le mostró una pequeña caja cerrada con un lazo—. Te lo dejaré en la bandeja con la comida.

—Gracias.

—Solo es medio regalo —dijo el hombre—. Te daré la mitad que lo completa a mi regreso. Y hablaremos sobre lo que has de hacer con él.

Ella asintió con gesto calmo y él sonrió tras la máscara.

—Comienzas a estar en paz contigo misma y eso te confiere verdadera belleza. Tu rostro empieza a librarse de la capa de mentiras y fingimientos con la que os cubrís.

Ella se tocó la piel, seca y descamada.

—¿Cuándo podré ver yo tu rostro? ¿Por qué nunca te muestras sin la máscara?

—Este es mi verdadero rostro, Nadja. Si me lo quitara, sería la máscara lo que verías.

—¿Es porque temes que te traicione?

Él rio con indulgencia.

—No temo nada de ti, pequeña. ¿Cómo podrías traicionarme? Este es todo tu mundo ahora, un limbo en el que expiar tus pecados.

Ella bajó la cabeza.

—Aún no estás preparada, pero lo estarás. Entonces podremos mirarnos directamente a los ojos, despedirnos como es debido.

El lobo depositó las raciones de comida y su regalo en el cajón de metacrilato. Lo empujó y cerró la escotilla.

—Feliz Navidad, pequeña Nadja.

Recogió el teléfono móvil de la mesilla de lectura y apagó la lámpara.

Nadja escuchó los pasos alejarse mientras aguardaba a que sus pupilas se adaptaran a la oscuridad. Tiró del cajón y apiló los paquetes de comida —había aprendido a racionárselos—. Después sacó la cajita alargada y la olisqueó. Era algo nuevo, una disrupción en aquella infinita monotonía.

Deshizo el lazo, destapó la caja. La punta de metal reflejó el fulgor difuso que habitaba en los límites de su mundo. Desencajó el escalpelo y lo sostuvo ante sus ojos, cautivada por la fina llamarada de plata. Quiso acariciarla, percibir su calor en la yema de los dedos, pero los retiró en cuanto el olor oxidado de la sangre estalló en su pituitaria.

29
Ejercitar la paciencia

Ángel Lobo —mirada ausente, manos en los bolsillos— esperó a que las puertas del ascensor se abrieran por completo. En cuanto puso el pie en la oficina, buscó a Somer con la vista.

—Buenos días, teniente —lo saludó un brigada que jamás le había dirigido la palabra.

Ángel tardó en reaccionar y devolvió el saludo cuando el suboficial ya se alejaba. Extrañado por aquella interacción, avanzó entre los escritorios tratando de localizar a la capitán, solo para descubrir que otros compañeros insistían en saludarlo al pasar, ya fuera con un lacónico asentimiento o con un amable buenos días.

Se detuvo junto a su mesa como quien arriba a puerto seguro. Todo continuaba tal como lo había dejado, con los cuadernos alineados junto al teclado y el reloj de seis dígitos bajo el monitor. Eran las 113206. Volvió a buscar a Somer y la divisó entre las lamas de una sala cerrada. Parecía mantener una reunión con gente de la judicial y de criminalística.

Contuvo el impulso de interrumpirla y se apostó junto a la puerta con la mirada gacha, rehuyendo aquellos saludos que tan desconcertantes le resultaban. No pudo evitar sobresaltarse cuando la puerta se abrió con ímpetu.

Sus compañeros de unidad abandonaron la reunión entre conversaciones triviales. Algunos repararon en su presencia al salir: «¿Ya está aquí, teniente?», «Felices fiestas, Lobo», «¿Cuándo se incorpora, teniente?». Hubo incluso alguna palmada en el hombro.

Trató de corresponder con una sonrisa, con alguna respuesta atropellada, pero nadie parecía interesado en lo que tuviera que decir.

Se asomó al interior y encontró a Somer ultimando algún asunto con Fernández.

—¿Qué haces aquí? —le espetó la capitán al reparar en él—. No deberías volver hasta dentro de dos semanas.

Ángel señaló hacia atrás, al grupo de guardia civiles que se dispersaba por la oficina.

—¿Por qué está todo el mundo tan amable de repente?

—Será el espíritu navideño —gruñó ella.

—¿Es que nadie te lo ha dicho? —intervino Fernández—. Cuando se supo que estabas «de vacaciones» por partirle la cara a un maltratador, de repente empezaste a caerle bien a todo el mundo.

Ángel levantó las cejas y se volvió para mirar al conjunto de la oficina.

—Fernández, haga el favor de largarse —lo despidió la capitán—. Sospecho que Lobo tiene algo que contarme.

—A todo el mundo menos a Somer —añadió el de criminalística—. Con ella lo tienes crudo, muchacho. —Le palmeó el hombro antes de salir y cerrar la puerta.

—¿Por qué has venido? —preguntó cuando se quedaron a solas—. No deberías tocarle los cojones a Riquelme, estás al filo de una suspensión.

—¿Sabías que en logística aún guardan grabadoras de minicasetes? —Sacó del bolsillo una grabadora portátil para mostrársela—. Estoy seguro de que en ese almacén deben tener hasta algún magnetofón.

Ángel retiró una silla y se sentó a la mesa de reuniones. La capitán lo observó con los brazos cruzados, a la espera de una explicación.

—Necesito que escuches algo —aclaró por fin.

Apretó el botón de Play y la expresión de Somer comenzó a mutar según avanzaba la reproducción. De la severidad a la confusión. Después a la perplejidad. Por último, a la preocupación.

«¿Crees que ella estará al otro lado, esperándome?».

El altavoz quedó en silencio. La respuesta tardó en llegar:

«Nadie sabe qué nos aguarda al otro lado, *dorogáya.* Solo estamos seguros de lo que dejamos atrás».

Ángel alargó la mano y detuvo la reproducción.

—¿De verdad es…? —comenzó la capitán.

—Lucía Guerrero, la sobrina de Rigo Díaz.

Somerset negó consternada, intentando asimilar lo que había escuchado. Tomó aire para decir algo, pero lo reconsideró y comenzó a caminar alrededor de la mesa. Necesitaba ordenar las preguntas que se agolpaban en su mente, aunque había una que descollaba sobre las demás:

—¿De dónde coño lo has sacado? —le espetó por fin.

—De un informante anónimo.

—¿Te lo ha pasado Díaz?

—La capitán Díaz no sabe nada de esto.

Apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia él:

—¿De dónde sale, entonces?

Ángel guardó silencio.

—Esa cinta no vale una mierda si no me dices cómo la has conseguido.

—Eso no es cierto —respondió el teniente—. Estoy seguro de que si la mandas a analizar, un perito te dirá que esa es la voz de Lucía Guerrero y que la grabación no ha sido manipulada.

Sacó la cinta del aparato y se la ofreció. Somer lo miró de hito en hito, reacia a aceptar el ofrecimiento. Terminó por alargar la mano y arrebatarle el pequeño casete.

—Hay algo más —dijo Ángel—. Según mi fuente, hay más cintas de donde salió esta. Cada una correspondería a una desaparición o suicidio.

—¿Cómo?

—Tengo la dirección. —Colocó el pósit amarillo sobre la mesa—. Es de un chalé de Benalmádena. Deberías solicitar un registro.

—¡No me jodas, Ángel! —exclamó ella—. Dime quién es el informante.

—Mi fuente es anónima. Si su identidad se revela, dejará de colaborar.

—¿Es anónima o no quieres decirme quién es? Porque son dos cosas distintas. No puedes negarte a revelar información a un superior.

Él volvió a callar, como si tuviera la potestad de ignorar las preguntas que lo importunaban, y ella se dijo que jamás había tratado con alguien tan exasperante.

—Teniente Lobo… —comenzó a encenderse la capitán.

—He investigado la propiedad de la casa —la interrumpió—. Pertenece a un tal Konstantin Arshavin. El mismo nombre figura como administrador de la web que frecuentaba Lucía Guerrero antes de quitarse la vida.

«*Fuck!* —maldijo Somer en su cabeza—. *Fuck, fuck, fuck!*». El muy cabrón había montado un caso por su cuenta y riesgo. Y era consistente. Se frotó la sien, tratando de poner en orden las prioridades.

—¿Me estás diciendo que si la juez manda a Franganillo a esta dirección —apoyó el dedo sobre el pósit—, encontraremos pruebas de más casos de… lo que coño sea esto?

Ángel asintió.

—¿Cómo de fiable es tu información?

—Muy fiable.

—*Fuck!* —volvió a maldecir, esta vez en voz alta.

—¿Cuántos casos, Ángel?

—Más de cien.

Somer tuvo la impresión de precipitarse hacia un abismo. Terminó por apartar una silla y sentarse, pues temía que las piernas no la sostuvieran. Apoyó la cabeza entre las manos.

—No me jodas —gimió.

—Si te sirve de algo, no creo que todos sean de jurisdicción española.

Ella lo miró con ánimo asesino y él se encogió de hombros.

—¿Y dices que Díaz no sabe nada de esto?

—No, y no sé hasta qué punto puede ser conveniente que lo sepa.

—Estamos de acuerdo. Lo último que necesitamos es tenerla presionando durante una investigación como esta.

—Entonces ¿tenemos una investigación en curso?

Somer suspiró.

—Lo primero será presentarle esto a la juez y solicitar el permiso de registro. Luego ya se verá qué tenemos.

Ángel asintió y se puso en pie.

—Perfecto —comenzó a despedirse—. Nos vemos mañana por la noche, entonces.

Ella levantó la mirada.

—¿Mañana?

—Me invitaste a pasar la Nochebuena en tu casa.

Somer titubeó.

—Sí…, pero no sabía si te seguía apeteciendo.

—¿Por qué no iba a apetecerme?

—Bueno…, hemos tenido nuestras diferencias… Quizás habías cambiado de opinión.

—No he cambiado de opinión.

Ahora fue ella la que guardó silencio. ¿Qué coño estaba sucediendo exactamente? Él no parecía darle mucha importancia, así que ella tampoco se la daría:

—Muy bien. Hasta mañana, entonces.

Andréi deslizó la cinta en su radiocasete Aiwa, pulsó el botón de reproducción y «Midnight Pretenders» comenzó a sonar en los altavoces. Tarareó los primeros acordes antes de sentarse a la mesa. Se encajó las gafas de cerca sobre la nariz y removió la infusión recalentada en el microondas, a la espera de que su viejo portátil cargara el sistema operativo. El escritorio apareció tras unos minutos

de crujidos y ventilaciones; de inmediato, la gata saltó sobre el teclado y se ovilló al calor de la CPU.

—Ven aquí, Ruby —dijo el ruso, y se la colocó sobre el regazo.

Dio un sorbo a la taza mientras le rascaba bajo la barbilla. Cuando el ordenador por fin estuvo operativo, abrió el navegador y buscó en Google «Kumar, Graves & Associates». La firma tenía tres despachos: uno en Londres, un segundo en Málaga y otro en Marbella. Entró en la web. El contenido estaba en inglés, español, árabe y ruso. Clicó en la bandera de su país y todo el contenido cargó en cirílico. Contempló la página principal; mostraba una elegante sala de reuniones con un grupo de abogados posando alrededor de una mesa ovalada. Todos miraban a cámara, sonrientes y seguros de sí mismos.

—¿Quién de vosotros firma contratos a nombre de alguien que no existe? —murmuró mientras deslizaba el cursor sobre los rostros.

Presidían la mesa dos abogados veteranos, probablemente los socios fundadores. Uno tenía aspecto relajado y cuerpo de jugador de golf. El otro, sin embargo, era enjuto y de hombros fuertes; llevaba el pelo blanco cortado a cepillo y se distinguía una cicatriz en su mentón. Andréi supo de inmediato que tenía pasado militar.

Buscó la sección «¿Quiénes somos?» de la web. Encontró allí a los dos socios principales: al distendido Arthur Kumar y a un Walter Graves de ojos acuosos y porte marcial. Si ese despacho llevaba los asuntos del hombre al que buscaba, no eran sus asociados los que se encargaban de ello. A ojos de Andréi, Graves era el principal candidato.

Abrió Google de nuevo para buscar algún vídeo de Walter Graves. Lo primero que encontró fue una conferencia sobre derecho

internacional impartida en la Universidad de Málaga en 2018. La reprodujo y adelantó el vídeo hasta que el conferenciante tomaba la palabra. Graves hablaba un español preciso, metódico en la gramática y cuidadoso en la pronunciación. Subió el volumen desde el teclado y escuchó con atención mientras rascaba el cuello de la gata.

No se había equivocado. Era la misma voz que se oía en las cintas.

Desbloqueó el móvil, activó la VPN y llamó al número que había memorizado dos décadas atrás. Como siempre, la conexión se estableció al quinto tono.

—Egorov —saludó Andréi.

—Casi una década muerto y ahora me llamas dos veces en una semana.

—Necesito que me hables de un hombre llamado Walter Graves.

Ángel cerró el entrenamiento con el kata Yantsu. Se detuvo en *yoi dachi*, exhaló y su conciencia regresó a la realidad inmediata. Se hallaba en el parque próximo a su casa, sobre una explanada de hierba donde la gente solía hacer pícnic los fines de semana. No era la mejor superficie para practicar, pero disfrutaba del frescor del césped entre los dedos.

Se dirigió a su bolsa y reparó en que un grupo de estudiantes lo había estado observando. Lo miraban sin disimulo y cuchicheaban entre risas. Se sintió torpe y azorado, como siempre que era el centro de atención, así que se apresuró a secarse con una toalla y guardó los lastres que utilizaba para los ejercicios de calistenia. Fue al abrir la bolsa cuando reparó en la llamada perdida: Andréi Sokolov.

Miró fijamente el número en pantalla, indeciso sobre la conveniencia de devolver la llamada, pero el móvil volvió a vibrar antes de que pudiera tomar una decisión. Contestó.

—Sé quién es abogado que habla en cintas —disparó el ruso a bocajarro—. Se llama Walter Graves. Mismo que arregló papeles de la casa. Es su hombre de confianza aquí.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Haciendo vuestro trabajo —respondió Andréi—. Voy a hacer visita, quiero que sepas.

—Espera, espera, espera… —Ángel recogió sus cosas y se alejó de los cuchicheos y las miradas indiscretas—. No puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Si estás en lo cierto y ese hombre trabaja para Volk, Arshavin o como se llame…

—Arshavin solo máscara. Arshavin no existe.

—Muy bien, pero si trabaja para el tipo al que buscamos, sea cual sea su nombre, en cuanto lo visites informará a su cliente.

—Hemos hecho preguntas, hemos entrado en su casa y nos hemos llevado la cinta. Es probable que ya lo sabe.

—O quizás no. Quizás ni siquiera esté en el país y no sepa que hay alguien tras su pista. Pero si hablamos con su abogado, lo pondremos en alerta. —Se detuvo en medio del parque y se pegó el micrófono a la boca—. Por fin he conseguido que la investigación se ponga en marcha, pero necesito tiempo.

—Investigación da igual. No es hombre como nosotros, teniente; leyes no afectan.

Ángel giró sobre sí mismo, buscando argumentos para que el ruso no echara por tierra el trabajo policial antes de que diera comienzo.

—Andréi, sé por qué no quieres esperar. Tienes esperanzas de encontrar con vida a tu amiga. Pero han pasado semanas. —Hubo un silencio prolongado al otro lado—. Sabes que las posibilidades…

—*Ya ne durák*, teniente. Pero ella no merece desaparecer sin más. Debo saber.

—La mejor forma de averiguar qué le pasó es siendo cuidadosos.

El ruso tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz sonó resignada, sin el cariz acuciante:

—Daré tiempo para hacer tus cosas de policía, pero cuando hables con abogado, yo iré contigo. Graves es más de lo que parece.

30
Sorbete de naranja

Rigo abrió los ojos y contempló la luz que lanceaba la oscuridad del dormitorio. Era tarde y no importaba. Se volvió hacia Judith, la observó mientras dormía un sueño sereno. El pelo rubio, los labios finos, sus pómulos marcados… En la penumbra era indistinguible de la guapa universitaria que la enamoró treinta años atrás.

Hacía días que estaba de mejor humor. Por fin sentía que estaba aproximándose a algo, que existía una posibilidad de hacer justicia a su sobrina, y aquello le hacía sentirse viva. Judith no cuestionaba el motivo de su buen humor, tampoco por qué habían hecho el amor dos noches seguidas, parecía bastarle con verla de nuevo así. Probablemente sabía que, si preguntaba, la respuesta no le gustaría.

Deshizo el abrazo con cuidado y se deslizó fuera de la cama. Se puso las bragas del día anterior y una vieja camiseta de los Guns N'Roses. Bajó descalza por las escaleras y agradeció en secreto el suelo radiante de la casa. A ella le parecía una aberración tener calefacción en Málaga, pero Judith, como buena niña pija, había hecho lo que le daba la gana. Con el tiempo había terminado por agradecerla, pero jamás lo reconocería ante su mujer. Sabía que así era como Judith le ganaba todas las batallas: sin discutir, consciente de que, tarde o temprano, olvidaría por qué estaba enfadada. Ventajas de las guapas.

Sacó de la nevera leche, mantequilla y huevos para hacer unos *pancakes*. Le apetecía agasajarla con su desayuno favorito, así que puso la mermelada casera al baño maría y se dispuso a batir los huevos en un cuenco. Tocaron al timbre.

Rigo miró el reloj de pared: las diez y media pasadas. ¿Un repartidor? Activó la videocámara y se sorprendió de ver a Sandra Rubio en la pantalla. La joven cabo, mochila negra al hombro, contemplaba la finca entre el asombro y la duda, preguntándose si se había equivocado de dirección. Se sobresaltó con el zumbido eléctrico de la cerradura.

Rigo salió al porche a recibirla, pero la joven se detuvo al ver a su capitán en bragas y camiseta.

—¿Vengo en buen momento?

—Tan bueno como cualquier otro —replicó Rigo—. Entra de una vez, niña, me estoy helando.

Rubio pasó con la cabeza gacha, intentando no mirarle las piernas.

—No hagas ruido, a alguien se le han pegado las sábanas.

La cabo asintió un tanto descolocada. No conocía la faceta distendida de Rigo Díaz.

—¿Quieres un café? —le preguntó mientras cruzaban el salón.

—Gracias, pero acabo de beberme un Monster.

—Un Monster… —murmuró Rigo con espanto—. Si no te importa, yo voy a prepararme uno mientras me explicas qué haces aquí.

Rubio la siguió hasta la cocina sin perder detalle de la casa. Abrió el portátil sobre la encimera y observó cómo Rigo se estiraba para alcanzar su vieja cafetera moka.

—¿No tiene café de cápsula?

—Café y cápsula son dos palabras que jamás deberían ir en una misma frase —respondió Rigo, al tiempo que desenroscaba su pequeña cafetera—. ¿Qué me quieres enseñar?

—Suelo echarle un vistazo al correo de la comandancia a primera hora. —Sus dedos volaron sobre el panel táctil del ordenador—. Me he encontrado con la respuesta de la empresa de seguridad.

La capitán, que trasteaba tras la barra de la cocina, se detuvo en seco.

—¿Tan pronto? —preguntó sin volverse.

—Hay buenas y malas noticias. —Rubio pulsó el botón y giró el portátil—. Estas son capturas del vídeo de la gasolinera.

Rigo se sentía a punto de cruzar un umbral sin retorno. Dejó la cafetera a un lado y se aproximó al ordenador. Las fotos mostraban al hombre de la gorra subiendo a un coche. Otras tomas más cercanas lo mostraban al volante, con el rostro por fin al descubierto. Su apariencia coincidía con las fotos que habían visto antes, pero estas eran mucho más nítidas.

—Tenía un coche preparado en la estación de servicio —indicó la cabo—. Fue a recogerlo tras el suicidio de Samuel Verdaguer.

—¿Cuáles son las malas noticias?

—He subido su imagen al servidor de Interpol y no hay coincidencias. Seguimos sin saber quién es. —Se sacó el móvil del bolsillo trasero—. Pero sí he descubierto que el coche está matriculado a nombre de esta empresa. —Le mostró la pantalla con la web de Kumar, Graves & Associates—. Es un despacho de abogados.

Rigo sopesó las implicaciones de aquella información.

—¿Lo ha visto alguien más?

—No, he venido directamente aquí. Pero tarde o temprano tendré que subir la información a SIGO.

La capitán frunció el entrecejo.

—¿Por qué a SIGO?

—Ahora esto forma parte de una investigación oficial. Tengo que ponerlo a disposición…

—¿Hay una investigación abierta? —se sorprendió.

Rubio guardó silencio. Terminó por asentir, como si constatara una sospecha.

—No sabía si se lo habrían dicho. Somerset y Lobo han encontrado nuevas pruebas y la juez ha decidido instruir el caso. No sé mucho más.

Rigo se sentó en una banqueta y extendió las manos sobre el mármol. Respiró hondo para tranquilizarse.

—Envíame todo esto, pero no lo subas aún.

—No puedo dejar…

—Te lo ruego —suplicó la capitán, mirándola directamente a los ojos—. No voy a esconderlo, pero quiero ser yo quien se lo muestre a Somerset. Debe comprender que tienen esta información gracias a mí, que me necesitan en el caso.

La cabo asintió.

—Se lo enviaré desde mi correo personal.

Rigo relajó los hombros.

—Lamento pedirte tantos favores.

La joven apoyó su mano sobre la de Rigo, aún crispada.

—No tiene que disculparse. Lo que le hicieron no estuvo bien.

La capitán bajó la mirada, se pasó el pulgar por la mejilla. ¿Cuándo se había vuelto una llorona?

—Le informaré si me entero de algo más —dijo por último Rubio, metiendo el portátil en la mochila y saltando de la banqueta.

—Puedes quedarte a desayunar —le ofreció mientras la acompañaba a la puerta.

—Gracias, pero no quisiera interrumpirlas.

La joven levantó la vista hacia la escalera y saludó con una sonrisa. Rigo siguió la dirección de su mirada para hallar a Judith aferrada al pasamanos. Sonreía a su invitada, pero ella veía el mar de fondo que se agitaba en sus ojos.

—Que pasen un buen día —se despidió Sandra Rubio, y cerró la puerta con cuidado.

Las dos mujeres permanecieron en silencio, observándose desde orillas opuestas.

El agente de la UEI cubrió la lente del videoportero con cinta aislante y se arrodilló junto a la puerta. Introdujo la broca en la cerradura y comenzó a taladrar. Franganillo, de pie junto a él, miró el reloj e indicó al resto que mantuvieran la posición. En total había cinco operativos más de la Unidad Especial de Intervención repartidos por el jardín. Era noche cerrada y el vecindario dormía.

La broca continuaba girando con un ruido sordo, pero no conseguía perforar la cerradura de seguridad. El capitán volvió a mirar el reloj. Así no iban a conseguir nada. Dio dos palmadas en el hombro del agente para indicarle que se retirara; después hizo otro gesto con la mano. Se escuchó el zumbido de un motor eléctrico.

Las orugas del robot policial aplastaron el césped, se elevaron para subir al porche y rodaron sobre el entarimado. Franganillo se apartó de la puerta e hizo un gesto para que el equipo de asalto se

preparara. Se bajaron las últimas viseras y se quitaron los seguros de las armas.

El robot apoyó el ariete contra la puerta y comenzó a percutir. A la sexta arremetida, los goznes cedieron y la puerta cayó con estruendo.

—¡Vamos, vamos! —gritó el capitán, y avanzaron por parejas hacia el interior.

Fuera, a doscientos metros de distancia, Somer lo observaba todo desde un coche camuflado de la Policía Judicial.

—¿Qué coño ha sido eso? —Se giró hacia Fernández, señalando la pantalla por la que seguían el asalto en directo.

—El último juguetito de Franganillo —respondió encogiéndose de hombros—. Estaría deseando probarlo.

Somer se hundió en el asiento, desesperada. Había recalcado la importancia de una operación discreta para no alertar a posibles curiosos.

Los agentes se desplegaron dentro de la casa con rapidez y eficacia. Tras despejar las dos plantas en superficie, el robot derribó la puerta que conducía al sótano. No tardaron más de seis minutos en completar la intervención.

Poco después, el capitán de la UEI salió del chalé retirándose el casco.

—Todo despejado —dijo por el walkie—. Turno de los empollones.

Somerset se abalanzó fuera del coche.

—Que comience el espectáculo —masculló Fernández antes de seguirla.

La capitán cruzó el jardín a grandes zancadas y se plantó frente a Franganillo:

—¿Qué coño entiende por una operación discreta?

—No había manera de romper la cerradura.

—Y una mierda. No ha esperado porque estaba deseando sacar a pasear esa puta Roomba. —Señaló al robot, que cruzaba de nuevo el jardín de regreso al furgón.

—Cuando lidere un grupo de asalto, podrá tomar las decisiones operativas. Mientras tanto, ¡aquí se hacen las cosas como yo diga!

—¡No si va a joder una investigación que dirijo yo! —Señaló con la mano abierta a la calle; había luces encendidas y algunos vecinos asomados a las ventanas—. ¡Esto es justo lo que quería evitar!

—Bueno, haya paz, que casi estamos en Navidad —medió Fernández—. ¿Algo importante que debamos saber, capitán?

Franganillo se obligó a bajar el tono y las pulsaciones para hablar con el de criminalística.

—El sitio parece el picadero de un psicópata. —Se pasó la mano por la nuca, tenso por la discusión—. Creo que en el sótano está lo que buscáis.

Dicho eso, fulminó con la mirada a Somerset y se marchó sin despedirse.

—Gracias, capitán —canturreó Fernández, al tiempo que se colocaba los guantes de nitrilo. Después se dirigió a Somer con una sonrisa beatífica—. ¿Ves? Preguntas simples. Todo lo demás no sirve de nada.

—Acabemos pronto —masculló la capitán—. Si Lobo tiene razón, nos queda trabajo por hacer.

Fernández dejó que se adelantara y levantó la vista hacia el cielo.

—La guarida de un psicópata. —Sonrió a las estrellas—. Gracias, Papá Noel.

Ángel, con las manos cargadas de bolsas, debió tocar el timbre con el codo. Mientras esperaba contó doce puertas en aquel descansillo con forma de claustro, multiplicadas por cinco plantas, daban un total de sesenta viviendas reunidas en torno al gran jardín interior con palmeras y piscina. El edificio —uno de esos residenciales que conforman el distrito de Teatinos— tenía su encanto, pero prefería su barrio en la periferia del centro, con menos salas de yoga y cafeterías de especialidad, pero con un doble *shot* de realidad.

Somer abrió la puerta en vaqueros y jersey, con el pelo suelto y ligeramente maquillada. Ni tan informal que pareciera un mero encuentro entre compañeros ni tan arreglada que pareciera una cita, sino en un meditado término medio.

Ángel se envaró cuando lo abrazó y le plantó dos besos.

—¿Qué traes ahí?

—Lo que necesito para preparar la cena.

Ella levantó las cejas.

—Cuando dijiste que te encargabas de la cena, pensé que ibas a comprarla.

—Mi abuela no me lo perdonaría.

Le hizo pasar y él se entretuvo en echar un vistazo a la vivienda. Era acogedora, amueblada casi íntegramente de Ikea, pero con detalles personales y una buena elección de colores. Le sorprendió encontrarla tan ordenada, aunque unas deportivas aplastadas bajo el sofá delataban una limpieza a rebato.

—¿Entras o prefieres seguir poniendo nota a mi apartamento?

—Lo siento —se sonrojó él, y se descalzó pisándose los talones.

—No hace falta que te quites los zapatos —dijo Somer mientras cerraba.

Ángel reparó en que ella llevaba sus habituales Puma, y estuvo tentado de advertirle sobre la inmensa cantidad de gérmenes y alérgenos que los zapatos extienden por una casa. No lo hizo. Una de las primeras lecciones de su abuela fue que «solo se opina cuando te piden opinión».

—Estoy más cómodo así, si no te importa. —Y levantando las bolsas—: ¿Dónde dejo esto?

—La cocina es toda tuya. —Señaló el espacio tras la barra americana—. ¿Cuál es el menú, teniente?

—Ensalada templada, lubina al horno y sorbete de naranja.

Mientras Ángel distribuía los ingredientes sobre la encimera y buscaba los utensilios, la anfitriona sacó una botella de tinto y la descorchó.

—¿Vino?

—Creía que lo sabías. No bebo.

—¿No bebes? —se extrañó—. ¿Nunca?

—Nunca. No me gusta el alcohol ni las sensaciones que me provoca.

Somer se encogió de hombros y se sirvió una copa.

—Muy bien, beberé sola y miraré los toros desde la barrera. —Se acomodó en una banqueta.

—Una expresión muy castiza para una inglesa —observó él.

—¡Eh, ya te lo he explicado! Mis padres son los ingleses, yo soy muy malagueña.

Ángel asintió con expresión ausente, concentrado en el horno que ella solo utilizaba para las pizzas congeladas. Lo puso a precalentar.

—De verdad que no pensé que fueras un cocinillas.

—Solo sé preparar cosas sencillas, pero procuro comer bien.

—Mi abuela solo me enseñó a jugar al *bridge* y a maldecir en galés.

—Por fin una explicación para tu encantador vocabulario —dijo él mientras pelaba las patatas.

—¿De verdad digo tantas palabrotas? —se sorprendió—, pues deberías escucharme en galés. —Alzó la copa hacia el techo—. Va por ti, abuela.

Ángel no pudo evitar una sonrisa. Estaba más cómodo de lo que esperaba. Tener algo entre manos lo relajaba, le permitía no centrar todo su esfuerzo en la conversación; y con ella los silencios no resultaban incómodos.

—Cuando me dijiste que no tenías familia…, ¿iba en serio? —preguntó Somer—. ¿Nadie con quien pasar las fiestas? ¿Ni unos amigos?

—Ya habrás comprobado que no le caigo muy bien a la gente.

—¡Eso no es verdad! —saltó ella—. Es cierto que no te esfuerzas en lo más mínimo…, y que a veces estarías mejor calladito, pero a la larga le caes bien a todo el mundo.

Él asintió sin ánimo de rebatirle.

—¿Y tú?, ¿no estarías mejor con tu familia?

—Nooo, créeme que no —rio tras la copa de cristal—. Bastante tengo con aguantar a esa panda de tarados en *New Year's Eve*.

Ángel enjuagó las patatas y las secó con una servilleta. Comenzó a picar la cebolla.

—Oye, empiezo a sentirme culpable —dijo Somer, saltando de la banqueta—. Dame algo que hacer.

—¿Sabrás arreglártelas con el sorbete?

—Por favor, ¿por quién me tomas?

—¿Por alguien que no ha cocinado en su vida? —la miró desde el hombro, esperando su respuesta.

Ella hizo un mohín ofendido.

—Eso no es cierto. Me preparo el desayuno.

Ángel tuvo que reír ante una defensa tan pobre.

—Por favor, te he visto desayunar de la máquina de *vending*.

—Me refiero a los fines de semana —zanjó ella, empuñando una naranja y un cuchillo—. Bueno, ¿las exprimo y qué más?

—Pon a calentar un cuarto de litro de agua y cuatro cucharadas de azúcar.

Charlaron y cocinaron durante la hora siguiente, y Ángel tuvo la sensación de que nunca le había resultado tan fácil comunicarse con alguien. Se daba cuenta, no obstante, de que tras la alegre conversación de Somer había pasos medidos y espacios calculados. Era extrovertida, pero sin avasallarlo; sabía preguntar sin que se sintiera presionado; escuchaba con atención y siempre interpretaba lo que él decía de forma positiva, nunca se ofendía o incomodaba, pues sabía que esa no era la intención de sus palabras. No tardó en comprender que Somer tenía experiencia con personas en el espectro.

Cuando hubieron dado cuenta del pescado, sacaron el sorbete del congelador y se sentaron en el sofá.

—Esto me ha quedado de puta madre —dijo ella tras la primera cucharada.

—¿Te ha quedado? Prácticamente te he dictado cada paso.

—¿Quieres dejarme disfrutar de mi triunfo, por favor?

Somer se sacó las zapatillas y subió los pies al sofá. Aquel pequeño gesto de intimidad lo cohibió, pero Ángel se obligó a actuar

con naturalidad. Y pensó que hablar de trabajo era la mejor forma de lograrlo:

—No me has dicho aún qué encontrasteis en la casa.

—¿De verdad quieres hablar de eso? —preguntó ella con la cuchara en la boca.

—Es mi investigación, tengo derecho a saberlo.

—Estás de vacaciones, así que, técnicamente, la investigación es mía.

Él la miró en silencio, esperando una respuesta. Somer puso los ojos en blanco y se dejó caer en el sofá.

—¡Aaah, está bien! ¡Hablemos de trabajo! —Se incorporó para dejar la copa sobre la mesa de centro—. Encontramos justo lo que me dijiste.

—¿Cuántas cintas?

—Ciento ocho. Hemos estado todo el día escuchándolas…, y lo que nos queda. —Volvió a tenderse y se aplastó un cojín contra la cara—. Es un puto quebradero de cabeza, he tenido que solicitar traductores jurados para las cintas que no están en español o inglés. —Se quitó el cojín para mirarlo a los ojos—: Ahora mismo no le gustas a nadie en la judicial, quiero que lo sepas.

—¿No decías que termino por caerle bien a todo el mundo?

—Eso era antes de que pusieras catorce homicidios sobre la mesa. Más lo que saquemos de esas grabaciones.

Él asintió, intentando abstraerse de sus pies desnudos. Somer tenía las piernas encogidas, pero cada vez que se movía estaba a punto de rozarlo. Ella no parecía darle importancia a aquella proximidad, pero Ángel no conseguía sacársela de la cabeza.

—¿Crees que podamos demostrar la inducción al suicidio? —preguntó para reencauzar su atención.

Somer se pensó la respuesta.

—No lo sé. Hay una premeditación en la forma en que los contacta…, casi los seduce. Y lo de que grabe esas cintas en el momento del suicidio, que parezca coleccionarlas… Es el *modus operandi* propio de un psicópata, pero eso no lo convierte en un homicida. —Suspiró con aire valorativo—. Cooperación al suicidio, seguro; sobre todo si probamos que les facilitaba la droga. Y si eran menores, sería un agravante. Veremos qué dice la juez.

—Hay otro problema —apuntó Ángel—: no tenemos ni idea de quién es nuestro sospechoso.

—Puede que saquemos algo de las cintas.

Él negó, convencido de que no sería así.

—He escuchado la grabación de Lucía Guerrero, no se menciona nada que pueda conducir hasta él. Pasará lo mismo con el resto. —Hablaba con la mirada abstraída—. Incluso si los suicidios se hubieran tratado como escenas de un crimen, creo que tampoco habríamos encontrado nada.

—Tenemos la casa.

—Un decorado a nombre de alguien que no existe. —Miró a Somer —. Ese hombre es un fantasma que ha pasado desapercibido a todo el mundo. Si no fuera por la obstinación de la capitán Díaz, seguiría sin existir.

Ella suspiró y se dejó caer hacia atrás. En esta ocasión, sus pies rozaron el muslo de Ángel. No los retiró.

—¿Tenemos que hablar de esto? —rezongó cubriéndose los ojos con el antebrazo—. Quisiera olvidarme del trabajo por una noche.

Él sentía nítidamente sus dedos apoyados contra él, un pequeño epicentro que irradiaba calor por toda su pierna, por todo su cuerpo. No sabía qué significaba aquello, no sabía si estaba leyendo correctamente la situación o si su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Se puso en pie abruptamente.

—Tienes razón, está fuera de lugar hablar de esto ahora.

Somer se incorporó sobre el codo, confundida.

—Está todo recogido —dijo Ángel—. Si te parece bien, me llevaré la basura.

—Espera…, ¿ya te vas?

—Sí. Ha sido una noche estupenda, de verdad. Me lo he pasado mejor de lo que esperaba. —Ella se sentó en el sofá mientras él seguía balbuceando—. No es que no esperara pasármelo bien, es que suelo estropear estas cosas. Como estoy haciendo ahora, creo.

Cogió su cazadora, sacó la bolsa de basura del cubo y se detuvo junto a la entrada.

—Gracias por la cena.

—La has preparado tú —dijo ella, siguiéndolo hasta la puerta.

—Ya, quiero decir…, por todo. Hacía tiempo que no me lo pasaba bien con alguien.

Ella estuvo tentada de decirle: «Pues quédate», pero intuyó que eso no mejoraría la situación.

—Bien…, nos vemos pronto —dijo Ángel mientras abría—. Feliz Navidad. —Y cerró al salir.

Somer se quedó plantada frente a la puerta. Terminó por apoyar una mano y agachar la cabeza.

—*Bravo, girl* —murmuró para sí—. *Truly masterful*.

31
Pajarillo de alas rotas

Ángel dormitaba con la vergüenza sobrevolando su duermevela. Se agitaba en sueños, atormentado por algo que no lograba aprehender… Hasta que abrió los ojos y su estrepitosa despedida de la noche anterior se desplomó sobre él.

Se sentó en la cama y apoyó la cabeza entre las manos. Volvió a sonrojarse. ¿Por qué no era capaz de comportarse como un adulto funcional en aquellas situaciones? ¿Por qué no se limitó a esperar que los acontecimientos se desarrollaran? Cualquier cosa hubiera sido mejor que lo que hizo.

No soportaba estar dentro de su mente, así que apartó el edredón, se cepilló los dientes y salió a correr. Correría hasta que la cabeza se vaciara de pensamientos y los músculos se llenaran de ácido láctico.

La mañana de Navidad lo recibió con aire gélido. Trotó entre contenedores a rebosar de cajas de juguetes y transeúntes abrazados a cartones de churros. Una vez en el parque, dio rienda suelta a su desahogo; corrió a un ritmo más alto de lo habitual, buscando ese estado de no consciencia que se alcanza por encima de las ciento sesenta pulsaciones. En su enésima vuelta a la pista, reparó en la figura junto a la cancela que vedaba el recinto.

Aminoró la marcha hasta detenerse. Apoyó las manos en las rodillas y las gotas de sudor salpicaron la tierra. Observó a la figura aproximarse mientras la sangre le palpitaba en los oídos. La capitán Rigo Díaz se plantó frente a él con los brazos cruzados.

—¿Qué habéis encontrado?

Ángel levantó la vista. Aún no había recuperado el resuello.

—Llevo años intentando que se abra una investigación por la muerte de Lucía y vosotros lo habéis conseguido. ¿Cómo?

Ángel se incorporó y sostuvo la mirada de la capitán. Era una mirada extraña la que le prendía en los ojos, entre el enfado y la esperanza.

—Ahora es una investigación oficial de la Guardia Civil —respondió con el poco aliento que había recuperado—. No puedo compartir esa información… —volvió a llenar los pulmones— sin el permiso de mi capitán.

Rigo dio un paso hacia él y le clavó el dedo en el pecho.

—Escúchame bien, muchacho, si tú y Somerset creéis que vais a dejarme fuera de esto…

—Nadie quiere dejarla fuera de nada, pero no voy a desautorizar a mi capitán.

Ella apoyó una mano en la cadera, lo observó de arriba abajo.

—Dile a Somerset que tengo algo que puede ayudar a identificar a ese cabrón. Colaboraré si me incluís en la investigación.

Él suspiró y terminó por asentir. Satisfecha, Rigo levantó la mirada y observó el parque vacío, la pista de tierra baldía.

—Su Navidad es aún más triste que la mía, teniente. Intente ponerle remedio ahora que está a tiempo.

La observó marchar hasta que desapareció tras la cancela de hierro. Al cabo, el fragor de un motor de dos mil quinientos hizo que los pájaros desbandaran desde los árboles.

Volk bajó los escalones metálicos del búnker mientras se colocaba la máscara. Se ató la cinta a la nuca y se desabrochó el botón de la americana. Durante las interminables fiestas y compromisos, saber que ella le esperaba había sido su consuelo y su alimento. Había moldeado la arcilla como hacía siempre, con paciencia y con firmeza, presionando donde era necesario hasta que el pájaro había cobrado forma. Ahora estaba listo para levantar el vuelo, y un escalofrío de pura anticipación lo estremecía según se aproximaba el momento.

Llegó a la sala de estar y se sentó en el sillón de lectura. Silenció el móvil sobre la mesilla y encendió la luz. Esperó a que el pajarillo revoloteara hasta su mano.

No lo hizo.

Volk sonrió con indulgencia y se puso en pie.

—Vamos, Nadja, no seas tímida. —Apoyó el antebrazo contra la pared de cristal y esperó—. Traigo la otra mitad de tu regalo. —Acarició la pluma inyectable en el bolsillo de la chaqueta.

La oscuridad no se agitó, ningún sonido llegó desde el otro lado. Volk golpeó el cristal con la base del puño:

—¡Nadja!

A ese primer impulso colérico siguió el atisbo de una revelación. Una sospecha que había germinado en su consciencia tiempo atrás y que ahora florecía: ¿Y si la había juzgado mal? Echó a caminar junto al muro de cristal. ¿Y si ella había estado ocultando su auténtica determinación? Apresuró los pasos. No lo creía posible, no había

detectado en ella ningún impulso autolesivo. Seguía alimentándose, seguía aseándose, seguía aferrándose a la mínima dignidad que él le permitía. Pero pudiera ser que el pajarillo no hubiera desesperado, sino que hubiera desafiado a su captor. Quizás hubiera decidido que la única victoria posible era arrebatarle la gloria de su vuelo. Alcanzó la pared y subió el conmutador. Decenas de focos disiparon al instante la oscuridad que ella había creído eterna.

La luz, fría y lacerante, reveló un sótano de techos altos y paredes de hormigón. Un bunker construido por un viejo alemán ochenta años atrás, uno de los primeros que decidió quedarse. El muro de cristal aislaba el último tercio, conformando una jaula tan grande como inhóspita. Y allí, sobre el suelo gris, vio a su pajarillo de alas rotas, el albornoz embebido del rojo estrepitoso de la sangre.

—Puta estúpida —maldijo Volk, al tiempo que pulsaba con el puño el botón que abría la jaula.

La puerta de plexiglás comenzó a deslizarse y él la empujó con impaciencia. Corrió hasta ella y la halló inerte. Levantó uno de sus brazos y tiró de la manga: se había cortado las muñecas.

—¡Puta estúpida! —Se desahogó reventándole el labio de un bofetón—. ¡No tenías derecho!

Antes de que pudiera volver a golpearla con el dorso de la mano, Nadja le clavó el escalpelo en el muslo. Tiró hacia abajo y desgarró el tejido muscular.

Volk se desquició bajo la máscara. Gruñó y bufó saliva, arrebatado por el engaño, pero el dolor terminó por imponerse a cualquier otra emoción: cayó de lado al tiempo que profería un alarido. Nadja se arrastró sobre las rodillas, se incorporó apoyándose en las manos y corrió hacia la salida.

Se precipitó hacia el teléfono que él siempre dejaba en la mesa de lectura. Cuando tu trabajo consiste en quedarte a solas con desconocidos, una de las primeras cosas que aprendes es que si pulsas cinco veces el botón de bloqueo de un móvil, realizas una llamada de emergencia. Nadja se llevó el teléfono al oído mientras veía cómo él se incorporaba.

Concluyó la cuenta atrás y sonó el primer tono. Deben atender en menos de cinco segundos, se recordó. Volk ya cojeaba hacia ella con la cuchilla clavada en la pierna.

—¡Suelta eso! —rugió el lobo.

Nadja retrocedía apretando el teléfono contra la cara. Le temblaban las manos, los labios. Dos tonos, tres tonos…

—112, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sí, me llamo Nadja Vakhitova —dijo con voz temblorosa—. Me tienen encerrada, pero no sé dónde.

Volk apretó el paso, pero la sangre manaba profusamente de su muslo.

—Manténgase al teléfono, por favor, trataremos de localizar…

El móvil se deslizó fuera de su mano y la llamada se interrumpió. Al girarse, Nadja descubrió a un hombre a su espalda; debía haber acudido al escuchar el grito de su amo. Solo pudo fijarse en la barba que le perfilaba el mentón y en el arma que empuñaba. Le estrelló la culata contra la sien y la oscuridad volvió a engullirla.

32
Al otro lado de la MA-20

«Hay pocos momentos únicos en la vida de una persona. Y los que lo son, siempre lo son a posteriori; mientras los vivimos están contaminados por nuestra falta de perspectiva. Incluso el moribundo conserva la esperanza de vivir un día más, un aliento más, tan incapaz de asumir lo definitivo. Para la mente vulgar, solo hay una forma de alcanzar la plena consciencia del momento presente: la muerte voluntaria. Una vez tomada la decisión, tienen la certeza de que no habrá nada más; es el momento de mayor verdad en sus vidas. En ese instante, hasta el más simple de los hombres percibe el *mono no aware* que buscaban los poetas. Contemplar ese momento de revelación, de singular belleza, es una búsqueda a la que merece la pena consagrarse…».

Somerset detuvo la cinta y subrayó el párrafo en la traducción. Le desagradó el mero roce del rotulador, pero ese estremecimiento manaba de una fuente más profunda. Pocas veces puedes escuchar los delirios de un psicópata por su propia voz.

Levantó la vista y observó a sus compañeros de la judicial: seis oficiales inclinados sobre sus mesas, más otros diez agentes que habían instalado en una sala de reuniones, todos escuchando y tomando notas.

Cada cinta correspondía a una persona que se había quitado la vida en presencia de aquel hombre. En casi todas las grabaciones había tres actores: el hombre de acento británico al que habían decidido llamar «el abogado» —no sabían si realmente lo era, pero hacía las funciones de intermediario legal—; después intervenía la víctima —casi siempre una mujer joven— y, por último, Lonewolf. O Volk, si atendían a la misteriosa fuente del teniente Lobo.

Pero no todas las grabaciones contenían un último testimonio. Esa mañana habían comenzado a llegar las primeras traducciones de las cintas que no estaban en español o inglés, y en ellas habían descubierto una suerte de manifiesto. Fragmentos íntegramente en ruso donde Volk disertaba sobre su «búsqueda». Consideraba a sus víctimas «polillas atraídas por su fuego», un fuego que las elevaba en su corriente térmica, que les permitía «brillar antes de caer devoradas por las llamas».

Somerset se quitó los auriculares y se reclinó en su silla. Aquello comenzaba a pasarle factura. Más que por confrontar la visión de un monstruo narcisista, por la aparente asunción de sus víctimas. No había miedo ni sufrimiento en sus voces, tan solo melancolía y alivio. La liberación de dejar atrás una vida que les deparaba tormento. ¿Era, entonces, tan terrible lo que Volk les hacía?

El timbre de un teléfono la sacó de sus oscuras elucubraciones. Sonaba en la mesa del teniente Lobo. Se levantó mientras se masajeaba el cuello y respondió con voz hastiada:

—Policía Judicial.

—¿Podría hablar con el teniente Ángel Lobo? —preguntó una voz de mujer.

—Está de días libres. Soy la capitán Somerset.

—Sí…, verá, no sé cómo explicárselo…

—Pruebe por empezar diciéndome quién es.

—Claro. Llamo del Centro de Coordinación de Emergencias. Ayer recibimos una llamada que no sabíamos si era real, pero ahora creemos que podría estar relacionada con una investigación en curso.

Somer frunció el ceño y se sentó en la silla de Ángel.

—¿Podría ser más precisa?

Su interlocutora pareció consultar algo antes de responder:

—La llamada se realizó ayer a las ocho y treinta y cuatro de la tarde. La persona se identificó como Nadja Vakhitova y dijo estar retenida contra su voluntad. Se cortó antes de que recibiéramos el SMS con la geolocalización.

—Un momento. —Somerset rescató un bolígrafo y le quitó el capuchón con los dientes—. ¿Puede repetir el nombre?

La voz al otro lado de la línea se lo deletreó.

—A nosotros también nos ha costado. Hemos probado todas las combinaciones posibles en la base de datos hasta dar con el nombre correcto. La sorpresa ha sido comprobar que, efectivamente, alguien denunció su desaparición hace dos semanas. El teniente Ángel Lobo se hizo cargo de la investigación.

La capitán anotó todos los datos en uno de los cuadernos que tan pulcramente alineaba Ángel en su escritorio.

—Lo pondré al corriente. ¿Podría enviarme el audio de la llamada?

—¿A la dirección de Ángel Lobo?

—No, a Emma Somerset, unidad orgánica provincial de la Policía Judicial en Málaga.

Despidió la llamada y regresó a su escritorio. Al cabo, ya tenía en su correo el archivo de audio y una copia de la denuncia. Había sido interpuesta el 8 de diciembre en el puesto de Mijas, el denunciante era un tal Andréi Sokolov.

Somerset leyó aquel nombre mientras clicaba el bolígrafo contra la mesa, cada vez más rápido. Finalmente, descolgó el teléfono e hizo otra llamada:

—Sí, hola. Soy la capitán Emma Somerset, de la judicial de Málaga. —Comenzó a dibujar garabatos sobre la cuartilla—. Necesitaría consultar las imágenes de vuestras videocámaras… Sí, del interior del puesto… No, solo las del 8 de diciembre de madrugada. Necesitamos identificar a alguien.

Ángel se cerró la cazadora mientras bajaba las escaleras. Al salir del portal, se encontró el coche de Somer justo en la puerta, con dos ruedas sobre la acera y la sirena magnética destellando sobre el techo. Sacudió la cabeza con resignación antes de ocupar el asiento del acompañante.

—No puedes hacer esto.

Ella lo miró de reojo y bajó el freno de mano.

—Habla con propiedad, teniente. —Metió primera—. Lo que quieres decir es que no debería hacer esto.

El habitáculo se sacudió cuando las ruedas bajaron de la acera. Somer avanzó por la calle atestada hasta toparse con una cola de vehículos. Conectó la sirena y el aullido hizo que los demás coches se hicieran a un lado.

Ángel no daba crédito.

—¿Qué quieres? —se defendió ella—. Esto es culpa tuya por vivir en pleno centro.

—No vivo en pleno centro —precisó—. Y podríamos haber quedado en cualquier otro sitio. O podrías haber citado a Díaz en la comandancia.

—No quiero darle tanta oficialidad a su participación.

—¿Por qué no? Es una capitán en la reserva, no tiene nada de extraño consultarle.

—Es una capitán que está llevando una investigación paralela por su cuenta y riesgo —matizó Somerset—. No sé qué ha averiguado ni cómo. A nivel procesal puede que nos interese mantenerla como fuente anónima.

Ángel apartó la vista de la calzada para mirarla.

—¿Te preocupa que alguien pueda pensar que necesitas la ayuda de la anterior capitán?

Ella esbozó media sonrisa mientras hilvanaba carriles por la avenida de Andalucía.

—Mira que eres tocahuevos —murmuró.

—Si es eso lo que te preocupa, puedes estar tranquila. Nadie piensa que no estés capacitada.

Somerset volvió a mirarlo de reojo. Activó la sirena y aceleró para saltarse un semáforo en rojo.

—¿Puedes dejar de hacer eso?

—Cuando dejes de ponerme de los nervios —respondió ella.

Ángel se reclinó en el asiento y se cruzó de brazos. No hacía falta ser el rey de la empatía para comprender que Somer no estaba de humor.

La iluminación navideña se fue difuminando a medida que se alejaban del centro, hasta desaparecer por completo al llegar a las barriadas más humildes y periféricas. La capitán embocó el paso elevado que saltaba sobre la MA-20 y llevaba al Palacio de Ferias y Congresos.

—Esta mañana han llamado del Centro de Coordinación de Emergencias —dijo Somer—. Tenían información sobre un caso que estás llevando.

Ángel separó la cabeza de la ventanilla.

—Alguien que se identificó como Nadja Vakhitova hizo una llamada de emergencia. Dijo estar retenida contra su voluntad, pero no pudieron localizar la llamada. —Miró hacia él—. Puede que le interese a tu confidente.

Ángel no reaccionó.

—Porque ese es tu informador, ¿verdad? El hombre que denunció la desaparición de las dos *escorts*.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que no me respondas ya es una confirmación. —Redujo para aproximarse al edificio de ondulantes formas metálicas.

Ángel volvió a la ventanilla y sonrió para sí. Somer no había necesitado mucho hilo del que tirar para averiguar lo que quería. Mejor tenerlo en cuenta si volvía a escatimarle información.

El coche rodó por el aparcamiento vacío hasta detenerse. Allí, desde la orilla opuesta de la MA-20, Málaga no era más que una mancha de contaminación lumínica contra el cielo nocturno. Las calles que rodeaban el auditorio acogían la feria en verano, pero ahora aparecían vacías de forma e intención, como líneas arbitrarias sobre un plano. Somer apagó los faros y la explanada quedó sumida

en la penumbra. Ambos callaron, a la espera de algún movimiento. Al cabo, un foco de luz destelló en el espejo retrovisor.

Salieron del coche y esperaron a que la motorista llegara hasta ellos. Rigo bajó el caballete y paró el motor, pero mantuvo los faros encendidos.

—Así que habéis venido los dos, Batman y Robin —constató mientras se quitaba el casco.

Somer sonrió:

—Me parece bien siempre que yo sea Batman.

—Tiene que estar aquí, ella es quien dirige la investigación —se excusó Ángel.

—A efectos burocráticos, quizás —respondió Díaz—, pero sospecho que hubiera preferido librarse de este marrón.

Se abrió la chaqueta para sacar una carpeta similar a la que Ángel encontró el primer día en su cajón. Se la tendió a Somerset, que la hojeó con curiosidad.

—¿Qué estoy mirando?

—Lobo me sugirió que interrogara a la pareja de Samuel Verdaguer, una de las víctimas. Y acertó. La mujer estaba deseando desahogarse. Me contó que su novio estuvo viendo a un hombre antes de quitarse la vida. Llegó a fotografiarlos juntos. —Señaló las primeras fotos—. Son demasiado lejanas, pero nos puso sobre la pista. Las siguientes corresponden a la noche en que Verdaguer se quitó la vida; las de la autovía son de las cámaras de tráfico, las más cercanas son de una gasolinera.

Batman y Robin observaron las fotos al detalle. En las últimas, el rostro era plenamente reconocible: pelo claro, cuarenta y tantos, atractivo. Somer miró a Ángel:

—Lo tenemos.

—Tenemos su cara, pero seguimos sin saber quién es —dijo el teniente.

—Eso ya es cosa vuestra —intervino Rigo—. Obtener las imágenes por la vía legal será fácil: Rubio os dará el día y la hora exactos que tenéis que comprobar. En cuanto a la identificación, puede que el amiguito de Lobo sirva de ayuda.

Somer esperó a que Ángel se pronunciara.

—Lo intentaré —se limitó a decir.

—Bien, ahora os toca a vosotros —exigió Rigo—: ¿Cómo habéis conseguido abrir la investigación?

—Gracias a su amiguito —respondió Somerset, y sacó del bolsillo un *pendrive*—. Aquí hay una copia de…, de una grabación. Quizás quiera escucharla en privado. —Y tras un titubeo, añadió—: Aunque no sé si se lo recomiendo.

Lo depositó en la mano de Rigo Díaz.

—¿Qué es? —quiso saber.

Somer tomó aire. Intentó verbalizarlo… No lo logró.

—El sospechoso mantenía un encuentro con sus víctimas antes de que se quitaran la vida —explicó Ángel sin más rodeos—. Grababa esas conversaciones. Esta es la de su sobrina.

Su capitán lo amonestó con la mirada. Rigo se limitó a cerrar el puño en torno al *pendrive*; una máscara de piedra había caído sobre su rostro.

—¿Está segura de que…? —comenzó Somer.

—Gracias. —Se llevó el puño al pecho—. Seguiremos en contacto.

Rigo Díaz les dio la espalda, montó en la moto y se perdió en la húmeda noche invernal.

33
Servicio de té

Andréi, arrodillado junto a la antena parabólica, ajustó el convertidor LNB milímetro a milímetro hasta alcanzar los menos seis grados. Volvió a comprobar la señal en la pantalla portátil: Russia Today se captaba ahora en alta definición y sin interferencias. Suspiró por lo absurdo del trabajo; en plena era de internet, aquellos dinosaurios insistían en ver los canales rusos vía satélite, refractarios a cualquier cambio posterior a la «edad dorada». Su edad dorada era, por supuesto, los años noventa, cuando coparon con sus armas, su influencia y su dinero negro el vacío de poder que se produjo tras la caída del comunismo.

Andréi desconectó el *satfinder* y recogió las herramientas, pero antes de bajar se concedió un instante para contemplar las vistas: más allá de los jardines y los campos de golf, de las urbanizaciones en terraza y los oscuros arenales, el Mediterráneo se mecía sereno e inabarcable. Bajo aquella luz cerúlea Rusia parecía muy distante. Su influjo, sin embargo, llegaba fácilmente hasta esas costas.

El móvil vibró en el bolsillo interior del mono de trabajo. Se bajó la cremallera y comprobó quién lo llamaba. Respondió de inmediato:

—Teniente.

—Hay algo que deberías saber —dijo Ángel Lobo sin mediar saludo—: es posible que la mujer a la que buscas esté viva.

Andréi se esforzó por contener el hálito de esperanza que acababa de estallarle en el pecho. No podía dejar que se extendiera, debía aislar el núcleo, impedir que permeara y lo contaminara todo.

Cerró los ojos y respiró largamente antes de preguntar:

—¿Cómo sabes?

—Hace dos días alguien llamó al 112 y se identificó como Nadja Vakhitova. Dijo estar retenida contra su voluntad. La llamada se interrumpió y no se pudo geolocalizar.

El ruso se frotó los ojos con el índice y el pulgar.

—¿Por qué me dices?

—Intento hacer lo correcto. O quizás sea un romántico.

Andréi sonrió por un instante.

—Sabes que esto cambia todo. Ya no más paciencia, ya no esperar más.

—Lo sé. Iremos los dos.

—¿Estás seguro?

—Ya te dije que no estoy seguro de nada. Pero el tiempo se nos acaba y el abogado quizás sea el atajo que necesitamos.

Andréi ojeó las fotografías. Aquel hombre no le sonaba de nada.

—Nunca he visto este hombre, pero tampoco he visto Volk. Podría ser él.

Ángel asintió y se guardó las fotos. Observó el despacho de abogados desde la ventanilla del Mazda. Era un local esquinero de dos plantas que se asomaba a la muy marbellí avenida del Mar. El sol de la tarde alargaba las sombras e incidía sobre la fachada acristalada; un desconcierto de risas y chillidos infantiles corría entre las palmeras y naranjos de la rambla.

—¿Preparado? —preguntó.

El ruso asintió y salieron del coche. Sobre la puerta de cristal, unas letras de acero proclamaban: «Kumar, Graves & Associates». Traspasaron el ostentoso umbral para ser recibidos por suelos de mármol y una atmósfera calefactada. Pasaban las seis de la tarde y faltaba menos de una hora para el cierre; aun así, había clientes esperando en los sofás del vestíbulo central.

Fue Ángel quien tomó la iniciativa al dirigirse a la secretaria de recepción. Se quitó las gafas de sol —simple atrezo para construir un personaje— y se las guardó en el bolsillo de la camisa:

—Buenas tardes, necesitamos reunirnos con el señor Graves.

—¿Tienen cita? —preguntó la mujer con fría amabilidad.

Ángel miró a Andréi, que, manos a la espalda, observaba cuanto lo rodeaba con un asomo de disgusto.

—Esperábamos que pudiera hacernos un hueco.

—Eso no será posible. El señor Graves tiene ocupada su agenda de las próximas semanas, pero quizás pueda darles cita con alguno de sus asociados. —Movió el ratón para consultar el calendario.

Ángel volvió a mirar a Andréi y este se limitó a negar con la cabeza.

—Verá, mi amigo vuela mañana de regreso a Moscú y necesita dejar un asunto zanjado. —Ángel se sentó a la mesa y se inclinó para bajar el tono—: Le preocupa que, sin residencia aquí, no le permitan entrar de nuevo, y un buen amigo…

—Sharapov —concretó Andréi sin dejar de estudiar el local, como si sopesara su compra.

—El señor Sharapov —continuó Ángel— le ha sugerido que el señor Graves es de plena confianza para estos asuntos. —Se

aproximó para agregar en tono confidencial—: Y créame si le digo que les interesa tenerlo como cliente.

La mujer se bajó las gafas y escrutó a Andréi: zapatillas deportivas, pantalones de chándal, sudadera llamativa… Como tantos millonarios rusos de la Costa del Sol.

—Por favor, esperen un momento. —Les indicó uno de los sofás libres.

Ángel asintió con una sonrisa y se llevó a Andréi a la zona de espera. Se acomodaron en el sofá, donde el ruso adoptó una actitud ligeramente impaciente, moderadamente ofendida.

Tras una breve conversación telefónica, la secretaria se aproximó a ellos. Se inclinó para hablarles con discreción:

—Como les decía, la agenda del señor Graves está completa, pero hoy se quedará hasta tarde. Si no les importa esperar una hora aproximadamente, los atenderá cuando hayamos cerrado.

Ángel miró de reojo a Andréi y este asintió.

—Dígale al señor Graves que esperaremos. Gracias.

Una vez a solas, Andréi se inclinó hacia él:

—Empiezas ser bueno en esto.

—Dímelo cuando hayamos llegado hasta Graves.

—Cuando dentro, haz tus preguntas de policía. Después márchate. —Al ver que Ángel no respondía, añadió—: Mejor para todos.

—No puedo permitir que amenaces a un civil.

—Volk sabrá todo en cuanto nosotros fuera. Sin respuestas, se acabó tiempo.

Ángel se cruzó de brazos y miró el reloj que presidía el vestíbulo. No le gustaba lo que el ruso le proponía, pero en algo tenía razón: aquella visita activaría una cuenta atrás. Si se iban de manos vacías,

Volk volvería a desaparecer entre las sombras. Necesitaban su auténtico nombre para emitir cuanto antes una orden de detención internacional… Y rezar porque no se hallara en Rusia, pues ningún país extradita a sus nacionales.

La noche cayó en el exterior y el bufete se fue vaciando. La última en despedirse fue la recepcionista, que les pidió un poco más de paciencia antes de apagar las luces del vestíbulo. Al cabo de un cuarto de hora, Walter Graves se asomó a la barandilla de la planta superior.

—Disculpen la espera. —Su voz resonó en el lobby vacío—. Suban a mi despacho. —Señaló la escalera que conectaba la entrada con la planta superior.

El despacho de Graves era el único con la puerta abierta y la luz encendida; el abogado los esperaba en su escritorio, sorbiendo una taza de té. La estancia se encontraba en el mismo vértice del edificio, y a su espalda se extendía la larga avenida peatonal que desembocaba en el mar.

—¿Les apetece un té? —ofreció removiendo su infusión.

Ambos negaron mientras tomaban asiento.

—Muy bien, hablen.

Graves sabía desenvolverse con autoridad sin llegar a ser brusco. Ángel intuyó que debía ser duro e intimidante en la negociación, una cualidad subrayada por la cicatriz en el mentón.

Colocó las fotografías sobre la mesa y las extendió con un barrido de la mano. Graves frunció el ceño y recogió una de ellas. Aceró la mirada.

—¿Qué es esto?

—Creemos que este hombre es cliente suyo.

—No me suena de nada.

—El coche que aparece en las últimas imágenes está a nombre de su empresa.

Graves arrojó la fotografía sobre la mesa.

—¿Quiénes son ustedes?

—Quiénes somos no importa —dijo Andréi—. Quién es hombre en fotos, eso importa.

—Sabemos que ha asesorado a este hombre en la compra de inmuebles en la Costa del Sol y que ha sido su intermediario en algunos asuntos escabrosos. Necesitamos que nos dé su nombre, la lista de sus propiedades y su paradero actual.

—Repito: no conozco de nada a esa persona.

—Tenemos cintas con su voz —intervino Andréi—. Pruebas de su implicación.

El abogado se reclinó en la silla, los midió con la mirada. Ángel reparó en que no le temblaba el pulso, en su respiración mesurada. Comenzaba a sospechar que aquello había sido un error.

—No sé quiénes son ustedes. No sé si son investigadores privados o… —movió la mano, buscando las palabras en un idioma ajeno— emisarios de algún tipo de organización. Pero les diré que si yo trabajara para ese hombre, tal como aseguran, estaría protegido por el privilegio abogado-cliente, así que no les diré una mierda.

—El secreto profesional no lo exime si colabora en un delito —dijo Ángel.

—¿Qué delito? En esas cintas solo hay entrevistas con personas que deseaban quitarse la vida, ellas mismas lo reconocen. No hay inducción al suicidio, si es lo que está sugiriendo.

—Eso lo decidirá un juez.

Graves sonrió, como si lo hubiera sorprendido en un renuncio.

—¿Acaso es usted agente de la ley?

Andréi exhaló con disgusto, aquello no iba a ningún lado. Se puso en pie y miró al teniente Lobo. Este se mantuvo sentado durante un instante, tratando de tomar una decisión. Finalmente, se levantó de la silla y salió del despacho.

Andréi cerró la puerta y se volvió hacia Graves. El abogado ladeó la sonrisa:

—¿Ahora qué? ¿Va a darme una paliza?

—¿Cuándo comenzó a traicionar a su país? —preguntó Andréi en ruso.

—Me temo que no entiendo su idioma.

—Sí lo entiende —insistió—. Todos los agentes al servicio del Centro durante la Guerra Fría hablaban ruso con fluidez.

Graves calló.

—Se está preguntando quién soy, ¿verdad? —prosiguió Andréi, mientras sacaba su Glock 19 y enroscaba el supresor en el cañón—. Yo sí sé quién es usted. Capitán del ejército británico en la reserva, sirvió en la guerra de Afganistán y en las embajadas de Estonia y Bielorrusia. No sé en qué momento lo captó el KGB, pero estuvo colaborando con ellos durante bastante tiempo, primero como infiltrado en el ejército y luego como abogado desde su despacho en Londres. Cuando el bloque cayó, buscó un nuevo amo al que venderse. Y ahí estaban los *voriv zakone*. —Lo encañonó—. ¿Me dejo algo?

—No voy a decirle nada, sé que me pegará un tiro igualmente —le espetó el otro, por fin en ruso.

Andréi sacó una pequeña bolsa y se la arrojó al pecho. Contenía un puñado de presillas de plástico.

—¿Qué quiere que haga con esto?

—Átese la mano derecha al brazo de la silla.

—Váyase a la mierda.

El ruso movió el cañón para señalarle el hombro.

—Hay dos formas de inmovilizarle el brazo: atándoselo a la silla o disparándole en el plexo braquial. Personalmente, me es indiferente una u otra.

Graves le sostuvo la mirada. Terminó por colocarse una presilla en la muñeca y atársela al reposabrazos. Andréi rodeó la mesa, fijó mejor la cincha y ató también la otra mano.

—No es la primera vez que me torturan. Nunca hablé. Me adiestraron bien.

El ruso volvió a su silla y se sentó. Dejó la pistola sobre la mesa.

—Yo también tuve un instructor, un tipo que estaba convencido de que la tortura es un arte. —Tomó la taza de té y la olió—. En Vladivostok bebíamos té *sencha*. Nunca entenderé este veneno que os gusta a los británicos. —Devolvió la taza a la mesa—. Como le estaba diciendo, este hombre dedicó mucho tiempo a meditar sobre su arte y llegó a la conclusión de que infligir dolor era la forma de tortura más rudimentaria. Él prefería torturar la mente. Buscaba generar un trauma rápido y devastador, y descubrió que la mejor forma de lograrlo era cercenando partes del cuerpo.

—Sabe que tenemos cámaras de seguridad, ¿verdad?

—Me temo que no. —Le mostró el pequeño inhibidor que llevaba consigo—. Si me permite, quisiera terminar de explicarle cómo este hombre perfeccionó su técnica. La guerra de Chechenia fue su

campo de pruebas, y lo aprovechó a fondo. —Negó como si no le gustara nada de aquello—. Descubrió que nada daba tan buenos resultados como los ojos. Si te extirpan los ojos, no solo pierdes una parte de tu cuerpo, te extirpan el mundo tal como lo conoces. El problema es que sacar un ojo sin material quirúrgico es más difícil de lo que pudiera parecer. Imposible con los dedos, pues tienden a hundirse dentro del cráneo. Probó con herramientas sencillas como ganchos, ventosas… Hasta que un domingo, desayunando con sus hijas, tuvo una revelación.

Andréi tomó la cucharilla y golpeó la taza de porcelana, que reverberó con nitidez. Se puso en pie.

—Mi primera pregunta es: ¿dónde está ella?

Ángel, sentado en una terraza de la avenida, observaba el despacho en la segunda planta. La luz permanecía encendida, pero los cristales tintados no permitían ver lo que sucedía en el interior. Al cabo de media hora, Andréi salió a la calle con las manos en los bolsillos de la sudadera. Caminó directamente hacia la terraza y se sentó a la mesa. Su gesto era por completo inexpresivo.

—¿Y bien?

—Está vivo, si es lo que preocupa. He llamado urgencias y he salido.

—Un detalle por tu parte.

—En otro tiempo, con otro Andréi, quizás no tan amable.

Ángel se revolvió en la silla. Realmente no sabía quién era aquel hombre, solo sabía que le era útil. Que se eran útiles el uno al otro.

—¿Qué te ha dicho?

—No ha dicho nombre. Dice que nunca dijeron y él nunca quiso saber, así que todas operaciones firmadas como Konstantin Arshavin. —Se encogió de hombros—. No sé si dice verdad, para saber tendría que ir más allá. No he querido.

Ángel asintió. Aliviado, pero también frustrado.

—No manos vacías. Me ha dicho que Volk ahora en Londres, pero pronto volverá aquí.

La sirena de una ambulancia atravesó la avenida.

—Eso será si él no lo avisa antes.

—No creo que Graves esté despierto en próximos días.

La ambulancia frenó junto a la entrada del bufete. Los paramédicos bajaron una camilla.

—También ha dicho que Volk expulsado de Rusia. Dejaron marchar, pero no quieren de vuelta.

Al escuchar aquello, Ángel apartó la vista de los médicos.

—¿Qué significa eso?

—Ya te dije que Volk no es persona norma. Leyes no para ellos. Rusia crea monstruos que después deja libres.

34
Confidencial

Somerset observaba desde un pasillo lateral el desembarco de los pasajeros procedentes del aeropuerto de Gatwick. Vio desfilar a familias, estudiantes de intercambio, parejas que venían a pasar el Fin de Año y, por fin, al hombre que estaba esperando. Levantó los brazos para captar su atención:

—¡Oficial Galkin! —lo llamó en inglés.

El hombre —de mofletes rubicundos y bigote afable— sonrió al verla. Abrazó su equipaje de mano y se abrió camino entre disculpas. Ella levantó la cinta para permitirle salir del redil.

—Capitán Somerset, qué placer volver a verla.

Le estrechó la mano.

—Gracias por venir en persona.

—Ya sabe que cualquier excusa es buena para escapar a Málaga —dijo él, dejándose guiar a través del pasillo acristalado—. Una mañana de trabajo y dos días de golf. —Le guiñó un ojo.

—Puede que en esta ocasión lo deje libre incluso antes. Nos han preparado una sala de reuniones aquí mismo, en el aeropuerto.

—Entiendo que quieran moverse rápido. Han dado con un pez exótico y escurridizo.

—Eso parece, pero mejor no hablarlo aquí —respondió ella—. ¿Qué tal por la NCA[5]?

—Insoportable. El *brexit* nos ha complicado la vida a todos. Lo que antes eran dos clics de ratón ahora requiere semanas de papeleo con Europol.

Dos guardias civiles de uniforme aguardaban junto a una puerta de cristal esmerilado. Se cuadraron para saludar a Somerset:

—Estaremos fuera por si necesita algo, mi capitán.

Ella agradeció el gesto antes de abrir la puerta. La sala, uno de esos espacios anodinos al servicio de la burocracia, resplandecía bajo el blanco de los fluorescentes. Retiró una silla y se la ofreció a su colega británico, después se sentó al otro lado de la mesa.

—Así que lo ha encontrado.

—No ha sido fácil —dijo Galkin, colocando la maleta sobre su regazo.

Abrió el cierre con su huella y recuperó una carpeta negra con el membrete de la NCA. CONFIDENCIAL, rezaba en la portada.

—Pero lo ha encontrado —repitió ella, admirada—. El tipo no aparece en la base de datos de Interpol, pero usted lo ha identificado.

—Lo ha hecho mi equipo en realidad. Sin esos chicos yo sería un dinosaurio sepultado entre papeles. Subieron la foto a mi archivo, ellos se encargaron de digitalizarlo hace años, ¿sabe? Después el software la cotejó con los miles de fotos reunidas desde los años setenta. —Empujó la carpeta hacia ella—. No debería entregarle esto sin un requerimiento judicial, pero qué demonios.

Somerset deshizo el nudo que cerraba el cartapacio. Lo primero que halló fue una foto impresa en un A-4; en ella se veía a seis jóvenes posando junto a un trofeo, vestían polos y botas de montar. No tardó en reconocer a su sospechoso.

—¿Es él? —Señaló al que se hallaba en el centro, apoyado sobre la copa.

—Viktor Volkov en 1998, por aquel entonces estudiaba Relaciones Internacionales en la Universidad Lomonosov. Uno de los príncipes de la oligarquía moscovita, su familia está muy bien conectada con el Kremlin.

—¿Y por qué hay un niño pijo de Moscú en su base de datos?

Daniel Galkin, el mayor especialista del Reino Unido en crimen organizado ruso, se reclinó en la silla y resopló.

—Eso, querida, es una larga historia de terror.

—He venido a escucharla.

Galkin se tomó un instante para limpiar los cristales de sus gafas con la corbata. Cuando hubo decidido por dónde empezar, volvió a colocárselas. La miró y asintió satisfecho.

—Hará unos diez años, un amigo de la Policía federal rusa se puso en contacto conmigo. Quería advertirme de la llegada a Londres de Viktor Volkov, un ciudadano ruso sin antecedentes, de clase acomodada, sin contactos con el crimen organizado… Nada de mi incumbencia en principio. Pero según mi fuente, llegaba al Reino Unido «exiliado» de su propio país, y creía que lo menos que podía hacer era advertirnos. Junto con su advertencia llegó este archivo. —Apoyó la mano en el documento que había entre ambos—. Aquí encontrará la historia del joven Viktor, un chico inteligente, atlético y seductor llamado a ser uno de los líderes de la Rusia empresarial. Lamentablemente, en la universidad no se dedicó solo a jugar al polo. Formó una especie de logia que jugueteaba con las profecías de Nostradamus, Aleister Crowley y demás tonterías *new age*. Un entretenimiento inofensivo —Galkin torció los labios—, de no ser por

que el 31 de diciembre de 1999 celebraron un evento privado para darle la bienvenida al nuevo milenio. Alquilaron una iglesia desacralizada, participaron diez chicos y ocho muchachas; todos se quitaron la vida esa noche. Todos excepto Viktor, que sobrevivió al veneno.

Pasó las primeras hojas del dosier hasta mostrarle otra fotografía impresa: un grupo de cuerpos desnudos repartidos por la nave central de una capilla. Sobre el altar, una pancarta con el texto: приветствуем новое тысячелетие. La policía científica caminaba entre ellos colocando marcadores.

—La investigación se zanjó sin acusados —explicó el hombre de la NCA—. Dieciocho jóvenes sugestionados por las drogas y por todo el ruido sobre el fin del mundo que proliferó con el cambio de milenio. Un trágico suicidio colectivo. Punto.

—Lobo les habría dicho que el nuevo milenio no comenzaba hasta 2001.

—¿Quién?

—Da igual —dijo Somerset—. La cuestión es que el patrón ya estaba ahí: víctimas sin victimario.

—Después de aquello, su familia envió a Viktor fuera de Moscú. Quizás no se le acusara de nada, pero los jóvenes que se habían suicidado pertenecían a la clase alta moscovita. Es de suponer que no sería bien recibido en los cócteles benéficos. —Galkin avanzó algunas páginas antes de detenerse—. Lo próximo que se supo de él es que se había establecido en San Petersburgo, en una de las mansiones de su familia. Allí convivía con cuatro chicas con las que mantenía una relación polígama. —Galkin pasó la hoja para mostrarle una nueva foto impresa, esta en blanco y negro: tres

mujeres desnudas colgaban de las vigas de un salón de altos techos —. Las cámaras de seguridad mostraron que lo hicieron ellas mismas. Él solo observó. —Pasó a la siguiente foto: un espacio diáfano de hormigón pulido; había restos de comida y excrementos por el suelo—. La Policía encontró a la cuarta mujer encerrada en el sótano; fue la única superviviente de aquella pequeña comuna, la única que no estuvo dispuesta a quitarse la vida. Según contó, Viktor la castigó aislándola de las demás hasta que recapacitara. —Galkin cerró la carpeta y la dejó sobre la mesa—. La noticia saltó a los medios, así que nuestro amigo tuvo que volverse más cuidadoso…, pero no paró. Hasta el punto de que el gobierno ruso debió intervenir, pues algunas de sus víctimas pertenecían a familias relevantes. El arreglo al que llegaron fue enviarlo a Londres con pasaporte diplomático. Sin antecedentes, pero sin fecha de retorno.

Somerset negó, anonadada por la historia.

—Y ha terminado aquí, en mi puta jurisdicción.

—Nosotros llevamos años sin quitarle el ojo de encima, pero no hemos conseguido pruebas incriminatorias. Sois los primeros en armar un caso contra él.

—Ya solo nos hace falta saber dónde está —ironizó la capitán.

—En cuanto tenga la orden judicial, cada agente de fronteras del Reino Unido tendrá una foto suya en la garita. La colaboración será máxima, pero deberá ser extremadamente pulcra y cuidadosa. El tipo está protegido por la santísima trinidad: dinero, política y prensa —enumeró con los dedos—, que son trino y uno. No es fácil encerrar a alguien así.

Somerset asintió con gesto grave.

—Se lo agradezco mucho. Si todo va bien, no será la última consulta que le haga. —Se puso en pie y le tendió la mano—. No lo entretengo más, el green le espera.

—Siéntese, querida. Tengo otra historia de terror que contarle. La que realmente me ha traído aquí.

Su interlocutora frunció el entrecejo, tratando de ubicarse.

—La otra foto que me envió, ¿de dónde la ha sacado?

Comprendió a qué se refería.

—De la Guardia Civil de Mijas. Ese hombre fue a denunciar dos desapariciones que podrían estar relacionadas con el caso. Se identificó con su pasaporte: Andréi no sé qué.

—Andréi Sokolov, según el correo que me envió.

—No tiene antecedentes, pero no sé… —Arrugó la nariz, como si algo no le cuadrara—. Os lo pasé por si sabíais algo de él.

—Sé que ese hombre no se llama Andréi Sokolov y sé que los fantasmas no existen, aunque usted parece haber fotografiado a uno.

—Sospecho que ahora viene la otra historia de terror —suspiró Somerset.

Galkin sonrió con afecto.

—Mi mujer dice que hablo demasiado sobre rusos, así que intentaré no extenderme. Básicamente, hay seis organizaciones criminales que se reparten Rusia, todas con fuertes vínculos territoriales. Las dos hermandades moscovitas, Solntsevskaya e Izmailovskaya; el sindicato de San Petersburgo; la hermandad de los Urales; la familia Vassalovska, la más transversal de todas, y un conglomerado de mercenarios chechenos y georgianos al que llamaremos la liga del Mar Negro. Todas dicen respetarse y regirse

por el código de los *voriv zakone*, pero lo cierto es que llevan décadas traicionándose unas a otras. En los ochenta y noventa, con la Unión Soviética en descomposición y un gobierno democrático débil, estas organizaciones fueron, literalmente, a la guerra. Cada una formó su propia milicia, nutrida en gran medida con militares y oficiales del extinto Ejército Rojo. ¿Comprende lo que esto significa? —Somerset solo tuvo tiempo de negar—. Mientras otras mafias operaban con matones y pandilleros, los rusos adiestraban a sus hombres con técnicas depuradas durante años de Guerra Fría. Y como en cualquier ejército, tenían fuerzas de élite…, y a quienes las comandaban. A esos hombres los llamaban *bessmertnye*, «los inmortales», estrategas y ejecutores con todos los recursos tácticos que estas organizaciones podían proveer.

»El hombre que aparece en su foto es Alexander Fedorov, conocido como Koschéi, el inmortal de la familia Vassalovska. Supuestamente, falleció hace diez años en el Mar Caspio. Se le imputan veintisiete muertes, aunque estoy seguro de que el número real multiplica esa cifra; entre ellas, varios operativos del MI5. Es un individuo sumamente peligroso e imprevisible, y su detención resulta prioritaria para nosotros.

Andréi dejó caer un puñado de migas secas a sus pies. Después se reclinó en el banco y se subió el cuello de la chaqueta. El primer gorrión se posó a una distancia prudencial. Se aproximó con saltos cortos y livianos, atrapó una miga con el pico y se elevó en un revoloteo.

Andréi sonrió al observarlo. Quedaban pocos gorriones, cada vez más desplazados por las palomas y las cotorras. Allí, sin embargo, a

la sombra de los palmerales que recorrían el paseo marítimo, habían encontrado un último refugio. Otras aves menos escurridizas temían a las gaviotas, territoriales y tiranas con cuanto se acercaba al litoral. Pero los ligeros gorriones, de alas cortas y vuelo vertiginoso, no estaban al alcance de las temibles omnívoras, así que se limitaban a ignorarlos.

Miró la hora. Aún debería esperar unos minutos. Tras el primer aventurero llegaron otros, hambrientos y desconfiados. Picotearon las migajas con premura. Súbitamente, todos alzaron el vuelo.

—No puedes hacer eso —dijo una voz.

Andréi levantó la vista y observó a la mocosa.

—¿Quién dice?

—Mi mamá lo dice —respondió la niña con seriedad—. No está bien tirar cosas al suelo.

El ruso sonrió.

—Tu mamá tiene razón.

—Entonces ¿por qué lo haces?

Andréi se encogió de hombros.

—Cada vez menos gorriones. Pájaros más grandes echan, les quitan comida. —El hombre seguía con las manos en los bolsillos—. ¿Qué te parece eso?

—Me da pena, supongo.

—A mí también, por eso doy pan. A veces, hacer algo mal está bien.

La niña sopesó aquellas palabras con una gravedad impropia de su edad.

—Lo siento mucho —irrumpió la madre, al tiempo que agarraba a la cría de la mano—. Estás molestando al señor. —Y tras una

disculpa, se la llevó lejos de aquel extraño.

—No molestia —dijo sin que nadie lo escuchara.

Volvió a mirar el reloj: había llegado la hora. Marcó el número de memoria y se acomodó el teléfono contra la oreja. Cinco tonos hasta que se estableció la conexión. Silencio.

—Egorov —saludó—, soy yo, tu viejo amigo del más allá.

—Te estás exponiendo. Darán contigo.

—Agradezco tu preocupación. Necesito apoyo táctico para una operación.

Hubo un silencio incrédulo al otro lado de la línea.

—No hablas en serio.

—Como en los viejos tiempos: yo sobre el terreno y tú como un Pepito Grillo hablándome al oído. Después desapareceré para siempre.

—¿Por qué haría semejante estupidez, amigo mío?

—Porque después de esto, no volveré a molestarte. Y porque si no me ayudas, lo haré de todos modos. La única diferencia es que me matarán.

Una risa queda crepitó en el auricular. Andréi sonrió a su vez.

—Dime qué necesitas y decidiré si puedo dártelo.

—Acceso al ojo, esta noche. Necesito saber a qué hora orbitará sobre Europa Occidental.

—Así que ahí es donde estás. Dame una ubicación más precisa.

Andréi negó para sí. Egorov tenía razón, estaba arriesgando demasiado. Terminó por responder:

—Sur de España.

Hubo un breve silencio. Al cabo, Egorov respondió:

—A las once y dieciséis será cuando el ojo esté más abierto. Catorce minutos de cobertura, después desaparecerá en la órbita polar.

—Catorce minutos es todo lo que necesito. —Colocó el dedo sobre la pantalla para colgar. Se demoró un instante—. Gracias —le dijo por primera y última vez.

Cortó la comunicación y se puso en marcha.

Ángel llevó la última serie de dominadas pliométricas al fallo. Tras quince repeticiones supo que, si intentaba una más, acabaría estrellando la barbilla contra la barra, así que se descolgó hasta el suelo, se quitó el chaleco lastrado y se acuclilló junto a su bolsa. Levantó la vista mientras se secaba con la toalla: allí seguía el grupo de adolescentes instaladas en su banco. Parecía que ese día eran más, y continuaban con su molesto hábito de observarlo entre risas. Decidió dar por concluido el entrenamiento. Cerró la bolsa y se la echó al hombro.

En otras circunstancias habría practicado algún kata, pero esa tarde el parque estaba más concurrido de lo habitual. Niños con sus regalos, corrillos de padres, estudiantes de vacaciones y algún corredor intentando quemar los excesos navideños.

Subió las escaleras de casa con el móvil en la mano. Tenía dos llamadas perdidas de Somer. «¿Es urgente o puedes esperar a que me duche?». Envió el mensaje y se echó el teléfono al bolsillo antes de abrir… Descubrió que la puerta estaba entornada.

Su primer impulso fue echar mano al arma ausente. Después intentó racionalizar la situación, contemplar las posibilidades. Sencillamente, no existían. Nadie más tenía llaves de su piso; quien

hubiera entrado, lo había hecho forzando la puerta. Empujó la hoja y asomó la cabeza. Se aseguró de que no hubiera nadie tras la puerta antes de avanzar hacia el salón.

Encontró al intruso sentado en una silla. Vestía traje y se cubría el rostro con una máscara de lobo. Un bastón descansaba cruzado sobre sus muslos, y entre las manos sujetaba algo que no era suyo: la peonza de titanio que Ángel había dejado sobre la mesa de noche.

—Bienvenido a casa, teniente —saludó el extraño.

—Lo conozco —respondió Ángel con cautela—. Usted es Volk.

—Yo también lo conozco. —Le mostró la peonza sujetándola entre el índice y el pulgar—. Puede llamarme Viktor.

35
«Stay With Me»

La puerta del semisótano se abrió de golpe y los cuatro agentes de Delitos Tecnológicos levantaron la cabeza.

—Rubio, venga conmigo —dijo Somer desde el umbral.

La cabo se puso en pie de inmediato.

—Coja el otro equipo —le indicó.

—¿El otro equipo, mi capitán?

Somer señaló con la mirada la mochila; la joven se apresuró a sacar su portátil antes de seguirla. Enfilaron el pasillo hacia las escaleras, fuera de aquel inframundo de calor seco y electricidad estática.

—Necesito saber si estos hombres han salido del país. —Le entregó un pósit con dos nombres: Viktor Volkov y Andréi Sokolov—. Ambos son rusos.

—La poli es la que tiene acceso al SES[6] —respondió Rubio tras leer la nota—. Habría que enviarles un oficio con…

Somer la miró por encima del hombro y la cabo calló de inmediato.

—No tenemos tiempo para un oficio.

—Comprendo.

—¿Qué es lo que comprende?

—Quiere que la ayude como he estado ayudando a la capitán Díaz.

—Chica lista —constató Somer.

Entraron en una sala de interrogatorios y cerraron la puerta. Rubio colocó el portátil sobre la mesa, se ajustó las gafas de cristal ámbar y se zambulló en el vasto océano que tan bien navegaba.

Somer la observó mientras se preguntaba qué hacía una hacker tan competente en la Guardia Civil; estaba segura de que había otros sitios —legales y alegales— donde podría explotar mejor su talento. No conocía bien a la joven, pero tuvo la impresión de que era una de esas personas que realmente quieren ayudar.

Al cabo de media hora, Rubio se permitió una sonrisa satisfecha. Miró a su capitán:

—Lo tengo. No hay registros de Andréi Sokolov en los últimos años, ni en el SES ni en el API. El otro, Viktor Volkov, llegó a Málaga hace dos días en un jet privado.

—¿Estaba fuera y ha regresado? —se sorprendió Somer.

Durante días había trabajado con la certeza de que el trasiego de la investigación, sobre todo el asalto a la casa, habría alertado al sospechoso. Tenía la esperanza de que Volkov se hubiera refugiado en el Reino Unido, desde donde podrían intentar extraditarlo, pero ¿regresar a España? O no sabía que iban tras él o, sencillamente, se sentía intocable.

—Vamos a cubrirnos las espaldas: grabe un señalamiento solicitando que lo retengan si intenta cruzar de nuevo la frontera. No quiero que lo detengan, solo que le impidan volar y que se pongan en contacto conmigo.

—De acuerdo, pero ¿por qué no pueden detenerlo directamente los de fronteras?

—Porque hay algo que me mosquea y quiero aclararlo antes con un juez —respondió.

Consultó la hora en el móvil: pasaban las seis de la tarde, ya no habría nadie en los juzgados. Se sentó al filo de la mesa y llamó al juez de guardia. Debían estar preparados si Viktor Volkov era tan insensato —o tan arrogante— como para intentar cruzar de nuevo la frontera. La llamada se interrumpió al sexto tono. Volvió a intentarlo… En vano.

—Puta Navidad —maldijo.

Andréi consultó una vez más el reloj: las once y once de la noche. Un pellizco de impaciencia le contrajo el estómago; no intentó librarse de aquella sensación, sabía que lo ayudaría a mantener los sentidos alerta y la mente lúcida.

Metió el brazo por la ventanilla y recuperó los binoculares. Volvió a otear la casa desde su posición. Había apurado la tracción a las cuatro ruedas del Mazda 323 GT-R para escalar aquel cerro próximo al enclave. Subir hasta allí sin revolucionar el motor no había sido sencillo, pero, desde que vio el terreno en las tomas del satélite, supo que aquella era la posición más ventajosa para lo que tenía planeado.

La casa se hallaba donde le había dicho el abogado: en un pequeño valle entre altozanos próximo a la carretera de Istán. La ubicación tenía el atractivo de su relativo aislamiento, además de unas portentosas vistas del litoral marbellí, que se desplegaba en cascada hasta zambullirse en el Mediterráneo. A esa hora, no

obstante, el valle era un pozo de oscuridad donde solo despuntaban las luces de la mansión.

Egorov le había enviado imágenes obtenidas esa misma tarde: según la huella térmica, había siete personas en la finca. Una de las trazas era más débil y no se había desplazado en las horas sucesivas. Su teoría era que dicho rastro pertenecía a la cautiva, y que su huella era más débil por hallarse bajo el nivel del suelo. No sabía nada del resto de los ocupantes de la casa, así que debía considerarlos hostiles armados.

El teléfono vibró en su bolsillo a las once y catorce. Respondió desde el auricular encajado en la oreja derecha.

—Describe visual —dijo la voz en su oído.

—Dos hostiles junto a la entrada, probablemente armados. Sin más movimientos en el exterior. Una luz en el interior, planta baja, sin visual desde mi posición. Los vehículos están ubicados en el jardín frontal, donde los mostraba el satélite; sin visual del vehículo objetivo.

—Muy bien, mantén tu posición.

Andréi programó un temporizador de catorce minutos en su reloj de muñeca. Después desenfundó el arma, se aseguró de que el supresor estuviera bien acoplado y el seguro puesto; volvió a enfundar.

—El ojo está abierto —dijo su apoyo táctico.

Andréi activó la cuenta atrás y comenzó a descender por el talud.

—Inicio la extracción. Actualiza posiciones —solicitó.

—Confirmo dos huellas térmicas en el porche. Cinco en el interior: tres en la parte frontal de la casa, una en la parte trasera, probablemente en cocina o zona de servicio. El rehén sigue bajo el

nivel del suelo. Confirmo cuatro coches estacionados en la esquina sureste, a unos doscientos metros de tu posición. El vehículo objetivo es un Land Rover Defender con motor de combustión.

Andréi se deslizó hasta el nivel del suelo y cruzó los jardines de la finca en dirección a los aparcamientos.

—Koschéi, te aconsejo despejar la zona.

—Negativo, control. Usaré maniobras de distracción.

—Tengo visual clara de los dos hostiles en la entrada. Puedes abatirlos sin que se percaten en el interior.

Andréi miró hacia la entrada sin dejar de moverse. El porche estaba iluminado por un punto de luz y una lámpara antimosquitos; los dos hombres fumaban con los subfusiles colgados al hombro. Probablemente fueran los que estaban mejor armados y, efectivamente, eran blancos accesibles.

—Negativo, control. Informa si hay movimiento —zanjó, al tiempo que se agachaba entre los coches y desenfundaba el cuchillo.

Rajó los neumáticos que estaban a su alcance, manteniéndose siempre entre los vehículos. El perímetro de la mansión no estaba iluminado, pero no quería arriesgarse a que un súbito claro de luna lo delatara. Por último, se aproximó al Land Rover, un viejo modelo de los años 80. Buscó la boca del tanque de combustible y descubrió que estaba en el lado izquierdo, justo el que lo dejaba expuesto si alguno de los vigías decidía mirar hacia allí.

Levantó la vista al cielo y contempló el resplandor lunar tamizado por las nubes; después miró hacia la entrada, tratando de calcular si sería visible desde esa distancia. Daba igual, no tenía tiempo de contemporizar. Debía avanzar constantemente hasta que las cosas

dejaran de salir como había previsto. A partir de ese momento, tendría que improvisar.

Se descolgó la mochila y extrajo de ella una manguera de goma y un paquete envuelto en un trapo. Se acuclilló junto al depósito de gasolina y forzó la tapa con el cuchillo; cuando hubo conseguido retirar el tapón, introdujo la manguera por la boquilla y aspiró hasta que el sabor de la gasolina le alcanzó la lengua. Escupió y orientó la manguera hacia el suelo. El combustible comenzó a desparramarse, saturando el aire con el olor del benceno. Interrumpió el vertido antes de que el depósito se vaciara y sopló por la manguera para llenar de oxígeno el espacio desalojado.

Retiró la manguera y desanudó el paño. En el interior había una carga de termita de fabricación casera, una bengala de magnesio y una mecha de combustión lenta. Fijó la mecha a la bengala y lo envolvió todo en papel de aluminio. Deslizó el paquete por la boca del depósito, con cuidado de que no cayera al fondo; después tiró entre las ruedas tres metros de mecha. Lo necesario para una detonación retardada de diez minutos.

Prendió la mecha y salió de su parapeto para flanquear la casa por la fachada este.

—Actualiza posiciones —solicitó.

—Todo sigue igual. En nueve minutos te quedarás a ciegas.

—¿El hostil en la parte trasera?

—Dentro, apenas se ha desplazado. Hay una escalera exterior que te debería llevar hasta él.

Andréi desenfundó el arma y corrió en cuclillas, con la cabeza por debajo del nivel de las ventanas. Se cubrió al llegar a la esquina, se

asomó para comprobar que no hubiera nadie y localizó las escaleras que le había indicado Egorov. Volvió a ponerse en marcha.

—¿Por qué no has abatido a los guardias? —preguntó la voz mientras él avanzaba de una posición a otra—. Habrías despejado la ruta de escape.

—Demasiado arriesgado —mintió.

Llegó a la escalera exterior y la subió con sigilo. Conducía a una puerta acristalada atravesada por luz blanca. Andréi se detuvo junto al umbral y se asomó al interior: mobiliario de acero y suelo porcelánico. Se inclinó un poco más, tratando de ubicar a la persona que había dentro. La localizó frente a los fogones; vestía uniforme y guantes negros de látex: un empleado de cocina.

Andréi alargó la mano y colgó dos dedos de la maneta exterior. Tiró suavemente hasta comprobar que la cerradura no estaba bloqueada. No abrió. Si lo hacía en ese momento, el cocinero se percataría. Miró el reloj: le quedaban siete minutos de apoyo táctico.

—¿Por qué no avanzas, Koschéi? —preguntó Pepito Grillo.

Pinocho no le respondió.

—No tienes tiempo de esto, debes avanzar eliminando a los hostiles —insistió.

Andréi seguía aguardando el momento idóneo, y este llegó cuando su objetivo entró en la cámara frigorífica. Aprovechó para abrir la puerta con cautela, deslizarse al interior y parapetarse tras la isla de mármol en el centro de la sala.

El cocinero regresó con una bolsa de carne envasada al vacío. Apenas la hubo colocado en la encimera, sintió una presión en la sien derecha. Miró de reojo y vio el cañón de la Glock 19 apoyado

contra su cabeza. Lo sostenía un intruso embutido en ropa negra que se llevaba un dedo a los labios.

—¿El sótano? —preguntó en ruso.

El hombre entendía el idioma, pues señaló con la mirada hacia una puerta de seguridad junto a un panel de fusibles.

—¿Hay alguien abajo?

—Una mujer. Yo preparo su comida —agregó, por si aquello le hacía merecedor de algún tipo de clemencia.

—¿La puerta está cerrada?

Negó con la cabeza.

—Muy bien. Muerde la cinta.

El cocinero no le entendió, hasta que el intruso le entregó un rollo de cinta carrocera. Desplegó un palmo de cinta y la mordió. Andréi recuperó el rollo y terminó de amordazarlo con varias vueltas alrededor de la cabeza. Enfundó el arma y lo maniató con una presilla.

No ofreció resistencia en ningún momento, ni siquiera cuando lo condujo dentro de la cámara frigorífica y lo tumbó bocabajo para atarle los pies con otra cincha. Una vez neutralizado su único testigo, cerró la nevera y se dirigió a la puerta de seguridad. Flexionó los dedos de la mano derecha antes de volver a empuñar el arma; empujó la barra roja y cruzó el umbral.

—Bajo al sótano —informó.

—Demasiado lento. Cinco minutos y el ojo se cerrará.

Egorov tenía razón: desde un punto de vista táctico estaba tomando decisiones irracionales. Pero Egorov no era quien sostenía el arma ni quien tiraba del gatillo. En su mundo no existían las

víctimas, solo las bajas, y jamás había confrontado una mirada que se extingue, solo huellas térmicas que desaparecen de una pantalla.

Sujetó la linterna con la zurda y apoyó el arma sobre el antebrazo. La escalera repicó con un eco metálico bajo sus botas. A cada escalón la atmósfera se tornaba más calurosa, tuvo la impresión de estar descendiendo a una cripta de espacios amplios y retumbantes. Llegó al suelo de cemento y continuó adentrándose en la oscuridad, hasta dar con lo que parecía un enorme sillón de cuero.

Lo rodeó con cautela, solo para descubrir una sala de estar absurda y por completo descontextualizada, como atrezo en un escenario sin función. Al barrer la oscuridad con la linterna, halló que esta se reflejaba sobre una superficie vertical. Se aproximó hasta tocar el muro transparente. No veía qué había al otro lado, la linterna solo le devolvía un reflejo cegador, así que avanzó deslizando la mano sobre el vidrio laminado.

El haz de luz terminó por alcanzar la puerta de plexiglás, la pared de hormigón y el conmutador. Lo accionó y la electricidad recorrió la planta revelando cuanto lo rodeaba: el búnker subterráneo —enorme, gris, vacío—; el espacio tras la pared de cristal, con solo un inodoro de acero en medio de la nada; el cuerpo derrumbado sobre el suelo, cubierto con andrajos que en algún momento pudieron ser blancos.

Golpeó el botón junto a la puerta y esta se deslizó despacio, casi renuente. Por primera vez desde que comenzó la infiltración, su corazón se aceleró. Empujó la puerta hasta pasar de lado y avanzó con cautela, tratando de dominar el impulso de correr hacia el cuerpo. Se arrodilló junto a ella y le apoyó los dedos bajo el mentón; encontró su pulso y sintió que el alivio estallaba en su pecho como

una ola contra la rompiente. Al apartar los cabellos apelmazados, no obstante, la halló irreconocible: las facciones descarnadas, la mirada vacua, su chispa casi consumida.

El alivio se fundió con el miedo y la rabia. Un crisol de emociones que ahora no se podía permitir.

—Nadja.

No reaccionó. Andréi le apoyó la cabeza contra su pecho, acunó su rostro con la mano.

—Nadja, mírame.

Sus párpados temblaron. Al abrirlos, enfocó el rostro de Andréi. Sonrió.

—Sé que no estás aquí —le dijo—, pero gracias por visitarme.

Él se apresuró a abrir un bolsillo del pantalón, sacó una bolsa de gel y arrancó el cierre con los dientes. Se lo puso en los labios.

—Bebe.

Nadja volvió a cerrar los ojos, pero terminó por sorber de la bolsa.

—No pares —le ordenó.

Ella lo miró de hito en hito. Retiró los labios.

—¿De verdad eres tú?

—Escúchame, Nadja. Sé qué estás cansada y confundida, más cansada de lo que has estado jamás, pero no puedo sacarte de aquí si no eres capaz de caminar. ¿Lo has comprendido?

Una chispa de determinación ardió en sus ojos. Aproximó los labios al gel y lo ingirió entero.

—Eso es, muy bien. ¿Eres capaz de levantarte?

Ella apoyó las manos en el suelo, luchó por incorporarse. Consiguió mantenerse en pie.

—Me siento mareada.

—Es por la deshidratación. —Andréi abrió una segunda bolsa y se la puso en la mano—. Bebe.

Mientras Nadja se esforzaba por ingerir el gel, él se sacó los calcetines y se los puso en los pies. Estaba deshidratada y había perdido mucha masa muscular, pero si conseguía reactivarla, sería capaz de caminar por sí sola. Quizás incluso de correr. La cubrió con su chaqueta táctica y cerró la cremallera. La agarró de la mano.

—¿Estás preparada?

—¿De verdad estás aquí? —respondió ella.

Pero en su pregunta había incredulidad, no confusión. Estaba volviendo en sí misma.

—Estoy con el objetivo —dijo Andréi mientras la conducía fuera de la jaula—. Comienzo la extracción.

No obtuvo respuesta. Quizás allí abajo no había cobertura, quizás Egorov lo había abandonado. Apresuró el paso hacia la escalera; a Nadja le costaba seguirle el ritmo, pero él no le dio tregua y ella no se quejó.

Al llegar a la planta superior, le indicó que permaneciera tras la puerta mientras él se asomaba a la cocina. Miró el reloj: dos minutos para perder la conexión con el satélite.

—Control, ¿sigues ahí?

Silencio. Voz entrecortada.

—…¿Koschéi?

—Aquí Koschéi. Estoy con el objetivo, inicio la extracción.

—Te vuelvo a ubicar. Aún no se ha producido la detonación. Mantén tu posición.

—Negativo. Voy a ponerlos a bailar.

Andréi abrió la caja de fusibles y comenzó a bajar todos los conmutadores. Fundido a negro salvo por las tenues señales que indicaban las salidas. Oyó movimiento y voces en el interior de la casa. Antes de continuar, descerrajó tres disparos contra el cuadro eléctrico. Volvió hasta Nadja:

—¿Puedes seguir?

Ella asintió y le asió la mano. Andréi la condujo al exterior, a la parte trasera de la mansión.

—Control, estoy fuera. Flanqueamos la casa por la fachada opuesta. Actualiza posiciones.

—Dos se desplazan hacia la cocina, tres en el exterior, cubriendo la entrada. Vigilan el jardín frontal y tirarán a matar.

Le indicó a Nadja que avanzara junto a la pared y con la cabeza baja. Miró el reloj: ¿por qué no se había producido aún la detonación?

—Koschéi, el ojo está saliendo de tu posición. Te quedarás ciego en un minuto.

—Recibido —respondió Andréi, mientras bordeaban la piscina instalada en el ala oeste de la finca.

La explosión iluminó el cielo y provocó ondas en el agua. Nadja se sobresaltó y cayó al suelo de rodillas.

—Tranquila. —Andréi la ayudó a ponerse en pie—. No te detengas.

Continuaron por el jardín entre tumbonas y sombrillas enfundadas.

—El avispero está revuelto —dijo la voz de Egorov—. Tres se desplazan a la parte delantera, dos flanquean la casa. Repito…

La voz se apagó y Andréi quedó a ciegas, pero las últimas palabras de Egorov podían salvarles la vida. Si aquellos hombres

actuaban como un comando militar, la fuerza principal protegería el acceso mientras dos flanqueaban el enclave para reencontrarse en la parte trasera. Eso significaba que un hostil avanzaba sobre su posición y que se lo encontrarían cara a cara.

Tumbó una de las hamacas y le pidió a Nadja que se escondiera detrás. Después se alejó de la casa para ganar ángulo visual sobre la esquina. Sabía que su adversario se cubriría en el recodo antes de seguir, así que se apresuró a ocultarse tras una encina desde donde lo tendría a tiro.

Aguardó en la penumbra, mirando alternativamente hacia la posición de Nadja y hacia la esquina. Al otro lado de la casa, el cielo nocturno palpitaba con el resplandor del fuego; era probable que el incendio se hubiera extendido a los otros coches. Al bajar la vista, descubrió al tirador aproximándose. Este activó la linterna de su fusil antes de girar, y Andréi comprobó que iba armado con un AS Val. Era imposible que sobreviviera a un tiroteo directo contra un fusil de asalto, debía neutralizarlo con el primer disparo.

Apretó el hombro contra el árbol y esperó mientras su enemigo barría la zona con la linterna. Se le heló la sangre cuando el haz de luz se detuvo sobre la hamaca; la certeza de que aquel hombre tiraría contra el improvisado parapeto lo alcanzó como un relámpago. No dudó: salió a terreno abierto y esprintó para tener distancia de disparo. Echó rodilla a tierra y encañonó al enemigo, pero a cada gesto su seguridad se iba deshilachando, sus instintos se apagaban. Cuando el sicario se volvió y lo deslumbró con la linterna, Andréi no pudo tirar del gatillo. No pudo segar la vida que terminaría de precipitarlo hacia el abismo.

Aguardó a que la ráfaga lo despedazara. Sin embargo, antes de que las balas retumbaran en su pecho, la voz de Nadja retumbó en su conciencia. Primero como un eco lejano, después como una sacudida:

—¡¡¡Andréi!!!

Disparó a ciegas, con el foco de la linterna en los ojos. Supo que había acertado cuando a su disparo no siguió un aguacero. El haz de luz rodó sobre el césped mientras su enemigo se derrumbaba, el cerebro desmenuzado por nueve milímetros de plomo.

—¡¡¡Andréi!!!

Miró a Nadja, que había abandonado su cobertura y corría hacia él. Tardó una fracción de segundo en comprender que su grito no era una advertencia, sino una llamada de auxilio. Al otro lado de la piscina se hallaba el segundo tirador; había flanqueado el perímetro de la casa más rápido de lo previsto.

Andréi se desplazó hacia un lado para sacar a Nadja del ángulo de tiro, levantó el arma, calculó la caída en un disparo de más de cincuenta metros y tiró dos veces. La primera bala atravesó el cuello de aquel hombre, la segunda le acertó en el rostro. Lo que cayó al suelo fue un cadáver.

Nadja corrió hasta Andréi, él volvió a tomarla de la mano y continuaron hacia el jardín delantero. Al salir a terreno abierto, vio los cuatro coches ardiendo y a dos hombres debatiéndose con extintores. Un tercero permanecía guardando la entrada, armado también con un subfusil, aunque más preocupado de la evolución del fuego que de vigilar posibles incursiones.

Apoyó la mano sobre la cabeza de Nadja para que corriera agachada y la condujo hacia la falda del promontorio. La inclinación

del terreno no era tan pronunciada como para tener que escalarlo, pero el ascenso sería difícil, sobre todo para unas piernas débiles y entumecidas. Andréi corrió ladera arriba arrastrando a Nadja, que terminó por soltarle la mano para poder aferrarse a las hierbas y las rocas. No se iba a dar por vencida, cubriría aquellos últimos metros aunque se dejara las uñas y los dientes rascando tierra y mordiendo grava.

Un disparo levantó una nube de polvo junto a ellos. Otro perforó la roca sobre sus cabezas. Andréi miró atrás, hacia el centinela en la puerta, y maldijo a Egorov por tener razón. No disparó al tirador, las posibilidades de acertarle eran ínfimas; tiró contra las ventanas, pues sabía que el ruido de cristales haciéndose añicos lo obligarían a ponerse a cubierto. Después se aproximó a Nadja.

—¿Te ha dado?

—Creo que no.

Sin mediar más palabra, se la colgó del cuello y ella lo rodeó con las piernas. Corrió ladera arriba empujando con los pies y tirando con las manos, desgarrándose la piel y torciéndose los dedos. Dos balas más impactaron en el talud antes de que lograran coronar la cima. Metió a Nadja en el coche.

—Ponte el cinturón —le indicó, al tiempo que giraba el contacto y la voz de Miki Matsubara irrumpía en el habitáculo.

Derrapó con «Stay With Me» vibrando en los altavoces, después condujo ladera abajo por la cara opuesta. Su pecho ardía con una mezcla de rabia y euforia. Miró hacia Nadja, que temblaba en el asiento del copiloto. Le acarició el pelo greñudo y ella le devolvió una sonrisa desfallecida.

Mataría a quien le había hecho aquello, ese fue el primer pensamiento que le cruzó la mente. El segundo fue que semejante decisión no le pertenecía. Ella había sobrevivido al monstruo, lo había derrotado en su juego… Aun así, lo mataría si ella se lo pedía.

El coche irrumpió en la pista de tierra al final del descenso. Andréi derrapó para embocar el camino y se apresuró a enderezar la dirección entre bandazos. Se adentró en la noche levantando una nube de polvo tras ellos.

Volvió a mirarla. Estaba viva, se maravilló. Dos vidas y un alma a cambio de la de Nadja era un precio que estaba dispuesto a pagar.

36
Perfecto equilibrio

Ángel miró de soslayo hacia la puerta del dormitorio. Volvió a centrarse en el hombre sentado en la penumbra del salón. ¿Qué sentido tenía que hubiera irrumpido en su casa? ¿Trataba de intimidarlo? ¿O pretendía algo más?

—Comprendo su inquietud —dijo Viktor con su leve acento del este—, pero no tiene nada que temer, solo deseo conversar. —Se retiró la careta tallada en madera—. Me disculpo por la teatralidad del gesto. —Observó la máscara de lobo, la depositó sobre la mesa —. Creí que lo apreciaría; al fin y al cabo, esta máscara le encaja tan bien como a mí.

—Tenemos pruebas contra usted.

—¿Eso cree?

—Inducción al suicidio, homicidio por omisión, delito contra la salud pública…

—Sabe que todos ellos habrían intentado quitarse la vida incluso sin mi participación. —Se inclinó hacia delante, apoyándose en el bastón—. Mi papel, en todo caso, fue ofrecerles el sosiego necesario, garantizarles cierta dignidad.

—Su papel fue darles el último empujón.

Volvió a mirar hacia el dormitorio, comenzó a desplazarse sin perderle la cara. No sabía si el intruso estaba armado.

—¿Busca esto? —Viktor se abrió la chaqueta y le mostró su arma reglamentaria, la misma que debería estar en su armario—. ¿Para qué? ¿Pretende detenerme?

Ángel comprendió que había registrado el apartamento, probablemente para averiguar cuánto sabían sobre él. Sacó el móvil del bolsillo y, sin apartar la vista del intruso, marcó el número de Somer.

—Queda detenido por su presunta implicación en la muerte de catorce personas —dijo mientras se llevaba el teléfono al oído—. Tiene derecho a no declarar, tiene derecho a designar a un abogado de su elección…

—Me decepciona, teniente —suspiró Viktor Volkov, y golpeó el suelo con el bastón.

Algo se movió a espaldas de Ángel; antes de que pudiera revolverse, una bolsa le cubrió la cabeza y lo estranguló. El móvil rodó por el suelo mientras él se debatía por zafarse de una presa que se cerraba más y más.

—Tranquilícese —oyó decir a Volk, que se aproximó para recoger el teléfono—. Kirill es un maestro de la estrangulación, sabe hasta dónde debe llegar.

La bolsa lo sumió en un mundo de oscuridad y angustia, amplificó sus sensaciones, saturó su percepción. La sangre atronaba en los oídos, la respiración se volvía cacofónica bajo el plástico negro. Se vio arrojado a su antiguo dormitorio, a sus momentos de mayor indefensión. Sintió los dedos que lo aferraban por el tobillo, sintió cómo era arrastrado desde debajo de la cama. Quiso gritar, pero el plástico asfixiaba su voz.

Se supo al borde del colapso e hizo un esfuerzo por compartimentar sus sensaciones. ¿Cuáles estaban fuera y cuáles dentro? La bolsa, el hombre a su espalda, la falta de oxígeno eran su enemigo externo. El monstruo que lo arrastraba era el enemigo interno. Uno era real y perentorio, el otro era el daño que él mismo se provocaba. Dejó de forcejear y cerró los ojos; se sintió mareado por la falta de oxígeno, pero no cejó. Imaginó la peonza girando en el centro de su pecho, manteniendo su mundo en equilibrio frente al vértigo de cuanto lo rodeaba.

Deslizó los dedos bajo la soga que cerraba la bolsa, dio un paso al frente para ganar distancia y golpeó con la mano derecha hacia atrás. El primer golpe le sirvió para ubicarse, el segundo impactó de lleno en los genitales del estrangulador y aflojó la presa. Antes de que el asaltante pudiera recuperarse, Ángel giró la cadera en sentido opuesto y le clavó el codo en el rostro.

Sintiéndose libre, se apresuró a desembarazarse de la bolsa y encarar a su oponente. Este se apartaba con la mano en la nariz; la sangre goteaba por la barba que le perfilaba el mentón. Kirill sonrió y desenfundó el arma, plantó el cañón frente al rostro de Ángel.

—Ah, ah —le advirtió Volk desde su posición—. Nada de armas contra el teniente Lobo, solo quiero que lo reduzcas —dijo en ruso.

Ángel alcanzó a entender su propio nombre. Para su sorpresa, el sicario sacó el cargador y vació la recámara. Dejó la pistola en el suelo y sobre ella colocó su chaqueta, doblada con cuidado. Al remangarse la camisa, reveló los tatuajes e inscripciones en cirílico que cubrían sus antebrazos. Ángel solo reconoció el naipe con la calavera cruzada por un cuchillo y una pistola, con una K adornando cada esquina de la carta. La marca de un asesino.

—*Ey, ment, poshlí drátsya!* —masculló su oponente, y levantó los puños para indicarle que iban a pelear. Escupió un salivazo sanguinolento contra el suelo y comenzó a flanquearlo.

Ángel echó un pie atrás y armó la guardia. Cuando el primer puñetazo voló tras un amago, lo bloqueó con el antebrazo y alejó a su adversario con tres golpes consecutivos en el plexo solar. Kirill retrocedió, sorprendido y sin resuello. Rio con un asentimiento y se abalanzó con un directo seguido de un croché. Ángel ladeó la cabeza para esquivar el primer puñetazo y atrapó el golpe circular con las manos, prolongando su impulso con un giro de las piernas. El sicario no pudo evitar que la propia inercia de su ataque lo lanzara por los suelos. Antes de que pudiera incorporarse, Ángel le clavó una patada en la cabeza con el empeine.

Kirill se apresuró a rodar para retirarse. Un zumbido le perforaba el oído; se llevó la mano a la mandíbula y la movió para volver a encajarla. Levantó la vista hacia Volk, que permanecía sentado detrás del joven policía.

—Jefe, este cabrón sabe kyokushin o algo similar.

—¿Qué significa eso?

—Que no sé si podré reducirlo sin pegarle un tiro.

—Por el amor de Dios —masculló Viktor Volkov al tiempo que se ponía en pie.

Ángel giró, preparado para defenderse de un nuevo ataque, pero no pudo evitar la pluma de pentotal sódico que le clavó en el hombro.

Abrió los ojos al entarimado de su apartamento. Lo estaba pisando con sus zapatillas deportivas. ¿Por qué había entrado en casa sin

descalzarse?, se preguntó. El salón se hallaba a media luz, iluminado por el resplandor difuso de las farolas. Al intentar ponerse en pie, descubrió que tenía las manos y los pies atados a la silla.

Miró a su alrededor y halló a los dos hombres que lo observaban. Uno de ellos se apoyaba sobre un bastón, como si necesitara descargar el peso de su pierna izquierda; en la otra mano sujetaba la peonza de Ángel.

—Suelte eso —murmuró con voz pastosa.

—Por fin despierta, teniente.

El hombre se aproximó con paso renqueante; apenas podía apoyar la pierna, como si lidiara con una lesión reciente. Ángel se obligó a llenar los pulmones, a oxigenar su cerebro. Los detalles comenzaban a deslizarse en su consciencia.

—He tenido tiempo de revisar sus notas —dijo mostrándole el dosier de Rigo Díaz—. Me sorprende su audacia. Ha hecho un gran trabajo para encontrarme.

Ángel sonrió y sacudió la cabeza.

—No ha sido tan difícil.

Viktor arrastró una silla y se sentó frente a él. Parecía divertido por la pulla.

—Quizás no lo crea, pero me ha caído bien desde el principio. Desde que supe de su interés por mí y decidí investigarle.

—¿Quién le ha dado mi nombre?

—Nadie. No tengo topos entre los suyos, si es lo que le preocupa. —Se reclinó con una sonrisa—. Pero su visita a Korolevsky en busca de direcciones, seguido del asalto a mi archivo… Digamos que usted y su amigo no se han preocupado de cubrir su rastro. —Cerró el

puño en torno a la peonza—. Por qué hacerlo, ¿verdad? Al fin y al cabo, los cazadores no suelen recibir la visita de sus presas.

—Tiene razón, pocos están tan locos como para asaltar el domicilio de un guardia civil.

—Prácticamente ha sido una invitación, teniente. Su amigo, sin embargo, sabe ocultarse mucho mejor.

—¿Qué pretende conseguir con esto? —La voz de Ángel sonaba cada vez más despejada—. ¿Asustarme? ¿Disuadirme?

—Como ya le he dicho, quería conocerle —respondió Viktor, con la paciencia que se emplea con los niños atolondrados—. Y, para serle honesto, también tenía curiosidad por saber cómo habían dado conmigo. —Le entregó el dosier a su sicario—. Sinceramente, me ha resultado más interesante conocer al hombre que me investigaba. Descubrir cuánto nos parecemos.

—En serio, ahórremelo.

—Puede que le incomode, pero lo cierto es que hemos recorrido un camino similar —dijo con afectación—. Ambos perdimos a nuestras madres demasiado pronto, ambos a manos de quien debía cuidarnos… Me temo que nadie sobrevive a eso, teniente. Cuando te arrancan de cuajo el amor más incondicional que existe, sientes su ausencia durante el resto de tu vida, como un miembro fantasma. —Se llevó la mano al pecho—: Donde debería haber algo, no hay nada, y reconoces ese vacío cuando lo ves en otros ojos.

Ángel levantó la cabeza y se obligó a confrontar aquella mirada afín, compasiva…

—Sé que tengo mis rarezas, pero usted es un psicópata. Y lo digo como definición, no como insulto.

—¡No lo soy! —se revolvió Viktor, como si el calificativo lo persiguiera desde hacía tiempo—. Escucho a las personas que acuden a mí, comparto su sufrimiento…

—Se recrea en él.

—No negaré que hay una pulsión violenta en mí, al igual que la hay en usted. Ambos debemos convivir con el daño que nos hicieron, pero intentamos canalizar esos impulsos de la forma más humana posible.

Aun atado, drogado y a merced de ese hombre, aun sabiendo que confrontarlo no era lo más inteligente, Ángel se sintió repugnado por su intento de igualarlos, por su afán de incluirlo en su gran visión de las cosas.

—Puede que los dos estemos dañados —respondió—, pero eso no nos hace iguales. Yo no soy lo que me hicieron, e intento que cada uno de mis actos sirva para alejar a otros de un dolor similar. —Miró con desprecio hacia la máscara del lobo—. El monstruo que se pone esa máscara busca a personas vulnerables, no para salvarlas, sino para empujarlas al abismo. —Volvió a mirar a Viktor—. No es alguien poderoso ni compasivo, solo es un ser insignificante y cruel que se ceba con los más débiles.

Ángel sostuvo la mirada de Volk y encontró en ella un odio que amenazaba con calcinar cuanto tocaba. Pese a todo, su oponente no perdió las formas. Se limitó a inclinarse desde la silla y apoyar la peonza en el suelo. La hizo bailar con un giro de muñeca. Se puso en pie ayudándose del bastón.

—Ha sido interesante conocerle, teniente Lobo, pero este juego ha terminado.

La bolsa cayó sobre su cabeza y lo arrojó de nuevo a una oscuridad sorda y opresiva. Esta vez la soga no le ciñó el cuello, pero oyó cómo alguien amartillaba un arma a su espalda. El cañón presionó sobre su nuca y lo obligó a doblar la cerviz.

Ángel cerró los ojos y exhaló hasta vaciar los pulmones. Le hubiera gustado tener más tiempo, pero eligió irse sin miedo. Recordó la serena presencia de su madre, las caricias de su abuela, la risa limpia de Somer… Presionaron el gatillo y la corredera saltó con un chasquido. En lugar de una detonación, oyó la risa queda de Kirill.

Los pasos se alejaron y la puerta se entornó con un crujido. Después solo quedó la vibración continua y cadenciosa de la peonza a sus pies, girando en perfecto equilibrio.

37
Complicarse la vida

Emma Somerset —pijama de verano y calefacción a tope— bajaba vertiginosamente por el menú de la televisión. De tanto en tanto miraba de reojo el teléfono móvil, apoyado sobre los cojines del sofá. Había llegado a las catacumbas de la aplicación y seguía sin encontrar ninguna serie o película que le resultara apetecible.

Con un suspiro, arrojó el mando a un lado y desbloqueó el teléfono. Volvió a leer el mensaje de Ángel: «¿Es urgente o puedes esperar a que me duche?». Lo había llamado varias veces a lo largo de la tarde para contarle lo que había averiguado. Que no respondiera al teléfono era algo habitual en él, no era una de esas personas que se sienten obligadas a estar siempre disponibles —ni siquiera cuando se trata de un superior—. Le inquietaba más la extraña llamada tras el mensaje: Somerset solo alcanzó a escuchar una voz que no parecía la de Ángel, seguida de la fricción crepitante del micrófono y un tableteo, como si el móvil hubiera caído al suelo. Después se interrumpió la llamada.

Había intentado contactarlo tres veces desde entonces, pero el teléfono aparecía desconectado. Así que ahora la atormentaba la siguiente duda: ¿cuán paranoico resulta tocar a la puerta de un subordinado a las diez y media de la noche?

Lo más probable era que no hubiera sucedido nada. Quizás la había llamado sin querer y había colgado al percatarse; quizás la estaba llamando y el teléfono se le había caído y estropeado.

Volvió a intentarlo. Una última vez, se prometió… «El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

—A tomar por culo.

Apagó la televisión, se cambió los pantalones cortos por un chándal y se colgó la pistolera a la cintura. Cerró de un portazo.

Somer encontró la puerta del piso entreabierta. Volvió a tocar con los nudillos, a la espera de una respuesta. Por fin se decidió a pasar y cerrar tras de sí.

—¿Ángel? —llamó mientras avanzaba por el recibidor en penumbras.

Oyó un leve movimiento y desenfundó el arma. Continuó con la espalda pegada a la pared, intentado que el entarimado no crujiera a cada paso. Se asomó al salón con la Beretta amartillada y orientada hacia el suelo. Halló a Ángel en el centro de la sala, atado a una silla y con la cabeza cubierta. Sintió que el miedo le contraía el estómago y le desbocaba el pulso, pero no gritó su nombre ni se precipitó a liberarlo. Pasó junto a él, hacia el fondo de la vivienda. Solo cuando hubo comprobado que el resto de las estancias estaban vacías, guardó el arma y corrió junto a Ángel.

Se apresuró a quitarle la bolsa y lo miró a los ojos. Los mantenía cerrados, como si quisiera negar la misma realidad. Corrió tras la barra de la cocina en busca de unas tijeras, cortó las presillas de plástico y sostuvo su cuerpo cuando se venció. Lo tendió en el suelo,

con la cabeza sobre los almohadones que rodeaban la mesa de centro.

—Ángel…, soy yo, Emma.

Intentó apartarle el pelo apelmazado de la frente, enjugarle el sudor, pero él se lo impidió de un manotazo. Comenzó a negar con los ojos cerrados.

—Está bien, tranquilo —dijo dándole espacio—. Estaré aquí contigo.

Ángel se ovilló en el suelo y se cerró al mundo. Somer se sentó junto a él, preparada para una larga espera. Lo observó en silencio, resistiendo el impulso de abrazarlo mientras él temblaba y respiraba con ansiedad.

Pasaron más de veinte minutos antes de que la crisis comenzara a remitir.

—¿Prefieres que te deje solo?

Ángel negó con la cabeza y ella apoyó la nuca contra la pared. Sabía que se sentía muy expuesto, en uno de sus peores momentos; aun así, la quería allí con él. Aproximó la mano lentamente y la apoyó sobre su espalda. Ángel no la rechazó. Su respiración comenzaba a serenarse.

—Estoy harto de todo esto —murmuró, sin abrir aún los ojos.

—¿Te pasa muy a menudo?

Él negó.

—Hacía años que no me pasaba.

—Nueva ciudad, nuevo trabajo…, acaban de asaltarte en tu casa. Diría que puedes permitirte una crisis.

Ángel suspiró y se tendió bocarriba. Abrió los ojos para observar a Somer. Ella le sonrió con ternura.

—Lo siento —se disculpó él.

—¿Por qué lo sientes?

—No quería que me vieras así, sé que no es agradable.

—He visto crisis peores, créeme.

—Te creo. —Se sentía un poco avergonzado, pero también aliviado por su reacción—. Parece que se te da bien.

—No siempre ha sido así. Durante años fui una hermana de mierda.

Ángel se incorporó y ella le trajo un poco de agua. Volvió a sentarse contra la pared mientras él apuraba el vaso.

—Estoy intentando mantener la calma —comenzó la capitán—, pero necesito saber qué coño ha pasado.

—Nuestro sospechoso ha venido a hacerme una visita. No estaba solo. —Se masajeó la frente—. Te sonará extraño, pero creo que solo quería despedirse… Como si esperara encontrar en mí… —negó buscando la palabra—, no amistad, pero sí afinidad.

—He escuchado horas de grabaciones de ese tío. No es lo más raro que ha hecho.

Ángel se pasó la mano por la cabeza, despeinándose aún más.

—Por lo menos he averiguado que se llama Viktor. Y que, efectivamente, es el de las fotos de la capitán Díaz.

Somer hundió la cabeza y exhaló su culpa.

—Debería haber venido antes, en cuanto se cortó la llamada.

—Por suerte no lo hiciste. Si te los hubieras encontrado aquí, no habría acabado bien.

—¿Y a esto lo llamas acabar bien?

Lo miró con gesto serio. Había algo en él que le hacía sentirse responsable, que le provocaba el impulso de protegerlo.

—Su nombre completo es Viktor Volkov —dijo por fin—. Tengo todo un informe sobre él que quería mostrarte. —Ángel frunció el ceño y ella se explicó—: Conozco a alguien en la NCA, un experto en crimen organizado ruso. Resulta que los británicos llevan años detrás de nuestro sospechoso. —Somer puso los ojos en blanco—. Pero ¿qué hago hablándote de esto?

—¿Qué más has averiguado?

Ella negó con una sonrisa.

—Necesitas descansar. Esta noche no vamos a solucionar nada y en control de fronteras ya tienen los datos de ese cabrón, no va a salir del país sin que nos enteremos. Mañana te dejaré echarle un vistazo al informe. —Comenzó a ponerse en pie, pero se detuvo de rodillas—. ¿Seguro que estás bien? ¿Puedes quedarte solo?

—Mi psiquiatra me desaconsejaría quedarme solo.

Ella titubeó, un tanto desconcertada. ¿De verdad estaba hablando de una prescripción médica…, o estaba sugiriéndole otra cosa?

—Solo por que me quede claro —comenzó a decir—, porque no es que seas un genio con los dobles sentidos, ¿estás pidiéndome…?

Él se aproximó y la besó en los labios. Se retiró a la espera de su reacción. Somer guardó silencio, sorprendida.

—Disculpa si me he excedido. En Navidad creí entender que…

Somer le apoyó un dedo sobre los labios, después lo atrajo hacia ella. Esta vez no fue un beso esquivo.

—¿Estás seguro de querer complicarte la vida?

Él asintió sin dudar y ella enredó los dedos en su pelo para volver a besarlo. Le levantó la sudadera y se la sacó por la cabeza. Somer se detuvo en seco y se separó de él. Lo escrutó con un punto de perplejidad.

—¿Por qué no había sido informada de esto? —le espetó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no me habías dicho esto? —insistió, señalándole el pecho y el abdomen.

—¿Esta es tu técnica de seducción?

—Joder, si llego a saber que estás tan bueno no te hubiera dejado escapar en Navidad —bromeó con picardía.

Lo tendió entre los cojines y se colocó sobre él. Se quitó el jersey y Ángel reparó en el arma enganchada a la cintura.

—¿Me estabas besando con eso encima?

—Cállate —replicó ella besándolo en el cuello. Desenganchó el clip de la pistolera y la dejó sobre la mesa de centro.

—No me parece seguro dejarla ahí…

Somer se incorporó para soltarse el sujetador, que se deslizó por sus brazos hasta caer a un lado. Ángel no fue capaz de articular palabra.

—Por fin consigo que te calles. —Rio y se inclinó de nuevo sobre él.

Ángel apenas pudo pegar ojo. No dejaba de darle vueltas a la que, sin duda, había sido la noche más intensa de su vida. Tener a Somer desnuda junto a él tampoco ayudaba. Al primer polvo en el salón, un tanto torpe e impulsivo, siguió otro en el dormitorio mucho más premeditado, mucho más íntimo. Del primero podrían haber escapado al día siguiente —«ha sido un desliz, las emociones se confunden con sentimientos»—; del segundo no había forma de escapar. Y tenía la sensación de que ninguno de los dos pretendía hacerlo.

Observó a Somer en la penumbra, contempló su sueño plácido, libre de toda duda o incertidumbre, y tuvo el impulso de volver a besarla. La vibración de un teléfono móvil lo impidió. Ella levantó la cabeza y miró a su alrededor, sonrió al ver a Ángel despierto. Lo agarró por la barbilla y le plantó un beso en los labios. Después salió de la cama y buscó sus pantalones. Recuperó el teléfono y, tras mirar la pantalla con gesto ceñudo, respondió.

—Dígame.

Ángel la observó pasear por su habitación. Le asaltó un súbito pudor, como si no tuviera derecho a ver desnuda a su compañera, a su capitán. Ella, sin embargo, parecía ajena a cualquier tipo de recato. Se apoyó contra el quicio de la puerta y continuó escuchando lo que le decían. La interrogó con la mirada, pero Somer levantó un dedo para indicarle que esperara. Volvió a asentir ante lo que le decían, recogió los pantalones de Ángel y se los lanzó; después sujetó el teléfono con el hombro mientras se ponía las bragas.

—De acuerdo. Aguantadlo hasta que lleguemos, nosotros nos encargamos de la detención.

Colgó y miró a Ángel con una mano en la cadera.

—Vístete —dijo con una sonrisa triunfal—. Tenemos a ese cabrón retenido en el aeropuerto.

Él se incorporó como un resorte, los pantalones sujetos contra el pecho.

—Yo iré a los juzgados a hablar con la juez —continuó Somer—, tú ve al aeropuerto y asegúrate de que no se monte en su puto jet privado.

38
Terminal

Eran las siete de la mañana y no había ningún motivo para que estuviera despierta, pero lo estaba. Rigo bajó las escaleras bostezando como una leona; en la planta baja Judith revoloteaba con una taza de té en la mano y una torta de arroz entre los dientes. Vestía traje de falda y medias negras, su atuendo habitual como directora financiera de la red de clínicas de su familia.

Se apoyó en el pasamanos y la contempló mientras apuraba el desayuno sobre el fregadero. Cuando Judith se volvió para recoger la chaqueta, descubrió a la espía en la escalera.

—¿Qué haces levantada?

—Me despierto en cuanto sales de la cama.

Judith se tomó un instante para observarla. Negó para reafirmarse en una opinión que venía de largo:

—No deberías haberte jubilado tan pronto.

Rigo se aproximó a ella para colocarle bien el cuello de la camisa. Estuvo a punto de decirle que el problema no era su retiro anticipado, sino que ella siguiera trabajando cuando no lo necesitaba. Podrían viajar, disfrutar de la vida juntas, aprovechar que no estaban viejas y cansadas. Pero sabía que aquello iniciaría una discusión, así que se limitó a apuntar:

—No estoy jubilada, solo he pasado a la reserva.

—Lo que sea, pero búscate algo que hacer. Porque te conozco y la casa se te cae encima.

—Entrenaré más.

—No necesitas entrenar más. —La besó y aprovechó para pellizcarle el culo—. Lo que necesitas es aprender a desconectar. —Se dirigió al recibidor y se calzó los tacones—. Vente conmigo a yoga.

—Lo haré si tú entrenas conmigo. Que estés delgada no quiere decir que estés en forma.

Judith rio mientras abría la puerta.

—Estoy dispuesta a negociarlo. —Le lanzó un beso e hizo amago de cerrar; volvió a abrir—: Por cierto, tienes una llamada perdida de Sandra Rubio. —Señaló el móvil sobre la encimera—. ¿No es la chica que vino a casa?

—¿De Rubio? ¿A qué hora?

El deje de ansiedad en su voz puso a Judith en alerta.

—De hace unos minutos —respondió con resquemor—. ¿Por qué te llama tan temprano?

Rigo no respondió. Había arrancado el teléfono del cargador y se apresuraba a comprobar el registro de llamadas.

—Cariño… —insistió Judith, pero su esposa ya no estaba allí con ella. Aferraba el teléfono contra la oreja, mordiéndose el pulgar mientras esperaba que sonaran los tonos.

Conocía bien aquella inquietud febril, esa mirada levemente desquiciada. Era como ver a un yonqui recayendo en su adicción.

—Soy yo… —dijo la capitán cuando se estableció la conexión—. Sí…, comprendo. ¿Cuándo ha sido? —Daba vueltas por el salón,

ajena a la desesperanza en el rostro de su mujer—. ¿Lo sabe alguien más…? De acuerdo, gracias por avisarme.

Rigo colgó y miró por fin a su esposa:

—Lo tienen.

Judith titubeó.

—El hombre que mató a Lucía, el hombre que estaba con ella en esa habitación —dijo Rigo con voz átona—. Lo tienen en el aeropuerto y nos lo van a entregar.

—Cariño… —comenzó Judith, pero no pudo evitar el rictus preocupado, temerosa de cómo pudiera afectar aquello a su mujer —. Es una buena noticia, pero tú no formas parte de la investigación. Deja que hagan su trabajo.

—Tengo que ir.

—Cariño, por favor… —le suplicó.

—Tengo que ver cómo acaba esta historia, lo necesito.

—No quiero que te hagas más daño.

Rigo se aproximó a ella y la abrazó con ternura. Había paz en su gesto.

—Al contrario. Por fin podré pasar página.

Judith la estrechó a su vez y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—¿Estás segura?

—Nada de lo que haga la traerá de vuelta, lo sé desde hace tiempo. —Rigo descubrió que estaba llorando; intentó secarse las lágrimas, pero la piedra de sal se había deshecho en su interior. Terminó por entregarse al llanto—. Por fin vamos a hacerle justicia —lloró—. Podré mirar a ese hombre a los ojos, ver cómo se lo llevan…, descansar de una vez.

Judith asintió sin desprenderse de su abrazo. También había lágrimas en sus ojos: lágrimas por el dolor compartido, pero también lágrimas de esperanza, pues por fin terminaba un largo duelo.

Ángel aceleró por el carril que conducía a la terminal de vuelos privados del aeropuerto de Málaga. Eran las siete y media de la mañana del 29 de diciembre; concluía un año que había puesto su vida patas arribas.

Sorteó la barrera que daba acceso al aparcamiento y rodó con la moto hasta el gran pórtico de chapa metálica que se proyectaba desde la fachada acristalada. Junto a la entrada había otra moto, una Triumph Rocket tan espectacular como excesiva. La había visto antes, sabía a quién pertenecía, así que se preparó para manejar una situación aún más complicada de lo previsto.

En el vestíbulo, iluminado aún con luz artificial, le esperaba un oficial del Servicio Fiscal y de Fronteras de la Guardia Civil.

—Teniente Lobo, Policía Judicial —se presentó.

—Buenos días, mi teniente, soy el sargento García. —Lo saludó con mano a la sien—. Tenemos al sospechoso aislado en una sala de embarque, pero no podremos retenerlo mucho más. El comandante al cargo viene de camino, está informado de la situación y ya le adelanto que no le gusta.

—Comprendo sus reparos —dijo Ángel mientras se quitaba los guantes—. La capitán Somerset llegará en breve con una orden de arresto. Solo necesitamos un poco de tiempo.

—Haré lo que pueda. Venga por aquí.

Lo condujo a través de un pasillo hacia la zona de embarques.

—He visto que alguien ha llegado antes que yo.

—La capitán Díaz llegó hará quince minutos —confirmó el sargento—. Creí que estarían al tanto.

—¿Por qué íbamos a estarlo? Es una oficial en la reserva, ya no forma parte de la Policía Judicial.

—No lo sabía, mi teniente —se disculpó García, y tras una breve vacilación, añadió—: Si quiere, puedo…

—No se preocupe, yo hablaré con ella.

Llegaron a un largo pasillo acristalado que se asomaba a las pistas de vuelos privados. Los jets, ligeros y afilados, refulgían bajo el incipiente amanecer. Se les unió otro agente de fronteras; tras el pertinente saludo militar, los guio hacia una zona más reservada:

—Lo tenemos en una sala vip —informó—. No se ha mostrado nervioso ni agresivo en ningún momento, pero no ha parado de usar el teléfono. Debe haber llamado a un batallón de abogados.

Llegaron al pasillo que daba acceso a la sala. Junto a la puerta, acompañada de otros dos oficiales, se hallaba Rigo Díaz. Conversaba con ellos en un tono casual y a Ángel le sorprendió la distensión de su gesto, la relajación de sus hombros. Casi parecía en paz consigo misma, y aquello no hizo sino aguzar aún más su escepticismo.

Saludó a los oficiales y se la llevó a un aparte.

—¿Qué hace aquí?

—Os pedí que no me apartarais de la investigación.

—Y no lo hemos hecho. ¿Cómo ha llegado aquí antes que nosotros?

—Llevo toda la vida en el cuerpo, teniente. Si algo me sobran son contactos.

—Ha sido Rubio, ¿verdad?

Ella ladeó la sonrisa y señaló hacia la puerta de cristal opaco.

—Está ahí dentro. Solo vigilaba que no se os escapara.

—Muy considerada de su parte —respondió Ángel, y se giró para regresar con los de fronteras.

Ella lo retuvo por el brazo.

—Quiero estar presente en el momento de la detención. Quiero que me vea cuando os lo llevéis.

Ángel sostuvo su mirada durante un instante. Después le dio la espalda para dirigirse hacia los oficiales.

Somerset, con el pelo recogido y las manos hundidas en los bolsillos del chándal, daba vueltas frente a la entrada de la Ciudad de la Justicia. Vestía el viejo jersey con el que salió de casa la noche antes, había dormido poco y no había tenido tiempo de ducharse. Desde casa de Ángel había ido a la comandancia para recoger los informes; de allí, directa a los juzgados para intentar hablar con la juez de guardia antes de que se enclaustrara en la sala. Nunca nadie había tenido peor aspecto en el momento más trascendente de su vida personal y profesional. Así era ella.

Oyó un repicar de tacones sobre la escalinata y se volvió para ver llegar a la juez. Cargaba con un bolso enorme al hombro, un café en la mano y más carpetas y clasificadores bajo el otro brazo.

Somer se echó el aliento en el hueco de las manos, se peinó con los dedos y bajó varios escalones para interceptarla.

—¡Señoría!

La juez dio un respingo y estuvo a punto de echarse el café encima. Durante un instante la miró con extrañeza.

—¡Capitán Somerset! —la reconoció por fin—. Ya le he dicho que el «señoría» se queda dentro de la sala. Aquí soy señora jueza, o

señora Gutiérrez. O Juana, si deja de darme estos sustos.

—Lamento el ímpetu, señoría…, señora, pero tenía que hablar con usted antes de que entrara en la sala. —Abrió una bolsa de supermercado y sacó el dosier sobre Viktor Volkov—. Necesitamos una orden de arresto contra este hombre. Se trata de un ciudadano ruso, aquí está toda la investigación que hemos llevado a cabo hasta el momento. Tenemos indicios de que es el responsable de, al menos, catorce muertes en la provincia de Málaga.

La juez se recolocó las gafas y observó el dosier que le tendía. No llevaba mucho tiempo trabajando con Somerset, pero la consideraba una investigadora cabal y competente.

—¿Y para qué necesitan una orden de detención? Si hay indicios, vayan a por él.

—No es tan sencillo, señoría. Es alguien bien posicionado, con muchos contactos… Revise el informe y entenderá mis cautelas. No quiero quedarme sin caso por un error en el procedimiento.

—De acuerdo, esta tarde le echaré un vistazo.

—Lo siento, pero necesito que lo compruebe ahora. El sospechoso está en el aeropuerto a punto de tomar un vuelo privado.

Su señoría suspiró y volvió a subirse las gafas con la mano que sostenía el café.

—Está bien, ponga aquí su informe —le indicó, separando el brazo con que sujetaba los clasificadores.

Somer deslizó la carpeta con cuidado y la juez la sujetó con el antebrazo.

—Ahora, si me permite —se despidió escaleras arriba.

—Es urgente, señoría.

—¡Al menos déjeme llegar al despacho!

—¡Por supuesto!

La despidió con la mano. Después corrió en dirección a su coche.

Somer clavó los frenos frente a la terminal de vuelos privados. Ángel, con el pelo revuelto por el viento y la placa al cinto, la esperaba junto a la entrada; su aliento se condensaba en fumarolas al escapar entre los labios. Lo vio más guapo que nunca, pero percibió su nerviosismo incluso antes de bajar del coche.

—¿Cuándo podremos detenerlo? —le preguntó en cuanto puso un pie en el suelo.

—La juez me llamará cuando haya revisado el caso.

—¿Por qué no lo arrestamos sin más? —insistió mientras la seguía al interior—. Tenemos pruebas suficientes.

Somerset cruzó el vestíbulo con pasos largos. La luz de la mañana incidía sobre el suelo y las columnas de mármol, dotando de una extraña iridiscencia al edificio.

—Ten paciencia. —Miró a Ángel, que caminaba junto a ella—. No quiero que se nos escurra por un resquicio legal porque alguien la cague durante la detención.

—A ese respecto, hay algo que deberías saber: Rigo Díaz está aquí.

—¿Qué?

—Alguien la ha avisado de que teníamos al sospechoso retenido.

—¿Quién?

—Tengo mis sospechas, pero no te lo voy a decir.

Somerset rio, demasiado cansada y somnolienta como para discutir.

Llegaron a la zona de embarques y se dirigieron a la sala vip. Encontraron a los agentes de fronteras congregados junto a la puerta; era evidente que comenzaban a impacientarse. Rigo Díaz esperaba al margen, sentada en un banco metálico.

La capitán se dirigió a los agentes:

—¿Quién es el oficial al cargo?

—Sargento García a sus órdenes, mi capitán —se presentó—. Estoy al cargo hasta que llegue mi comandante.

Somerset le hizo un gesto para que la acompañara a un lugar retirado:

—Necesito que llame a su comandante y le diga que no tenga prisa por venir. Ese hombre es sospechoso de catorce homicidios y hay alto riesgo de fuga. La juez emitirá la orden de detención de un momento a otro, solo necesito que usted me consiga tiempo.

García, más acostumbrado a trámites burocráticos que a la investigación criminal, asintió sin mucha convicción.

—Se lo agradezco, sargento —dijo Somerset, zanjando la conversación.

Después miró hacia Rigo Díaz. Apoyó las manos en las caderas y tomó aire, mentalizándose para una conversación mucho más áspera. Nada era fácil con aquella mujer. Cruzó el pasillo en su dirección.

—Capitán Díaz —la saludó.

—Capitán Somerset —respondió su antecesora en el cargo, al tiempo que se ponía en pie—. Entiendo que no le guste verme.

—¿Qué hace aquí?

—Se lo he dicho a Lobo: solo quiero ver cómo le ponéis las esposas y os lo lleváis. Después me iré a mi casa y podré descansar

de una vez.

Somer se frotó los ojos para alejar el dolor de cabeza.

—No puedo permitirle estar aquí. —Negó para reafirmarse—. Pero eso ya lo sabe y le da igual.

—Sin mí no habríais llegado hasta aquí —se reivindicó Rigo—. Durante años he sido la única que buscó a ese hijo de puta, la única que sabía que ese monstruo se había llevado a mi niña —dijo con la voz a punto de quebrarse—. Me merezco estar aquí… Merezco poder ponerle un punto final a todo esto.

Somer contempló su súbita fragilidad, su necesidad de terminar con tanto dolor. Agachó la cabeza y resopló por la nariz. Estaba tan cansada. Volvió a contemplar a la mujer frente a ella y terminó por decir:

—Levante los brazos.

Tras un instante de duda, Rigo obedeció. Somer la cacheó bajo las axilas, alrededor de la cintura, por los muslos. No estaba armada.

—Permanecerá detrás de los agentes y en ningún momento interactuará con el sospechoso.

Rigo Díaz asintió en silencio.

—¡Vamos a entrar! —anunció Somerset, dirigiéndose a su improvisado equipo—. Lobo y García, vengan conmigo. Quiero tres agentes junto a la puerta. —Señaló a Rigo—: Y a usted tras ellos.

Todos se prepararon. Somerset apoyó la mano en el pomo y abrió.

Viktor Volkov estaba sentado en uno de los sillones de la sala vip, solo, contemplando la pista de aterrizaje a través del gran ventanal al fondo de la estancia. Se volvió hacia los recién llegados.

—Teniente Lobo, confieso que no esperaba volver a verle —lo saludó con afecto, como si el reencuentro en verdad le fuera grato

—. Me temo que no conozco al resto.

—Señor Volkov, soy la capitán Emma Somerset. ¿Sabe por qué está aquí retenido?

—Sospecho que por su ridícula investigación sobre esas personas que se quitaron la vida.

—Así que admite estar implicado en la muerte de catorce personas —tanteó.

—Estoy seguro de que el teniente Lobo la ha puesto al corriente de nuestra conversación. Me temo que están perdiendo el tiempo, pero, sobre todo, me lo están haciendo perder a mí.

—¿Eso cree? —dijo la capitán—. Tenemos varios cargos contra usted, solo en el último día: allanamiento, privación de libertad y agresión a un agente de la autoridad.

Volkov se reclinó y cruzó el bastón sobre las piernas.

—Si tan segura está, ¿a qué espera para detenerme? —preguntó, ofreciéndole las muñecas.

Sabía que la estaba provocando, quería que cometiera un error. Aun así, sintió el impulso de ponerle las esposas y sacarlo a rastras. Su teléfono vibró en ese momento. Intercambió una mirada con Ángel y se retiró para atender la llamada de la juez. El teniente tomó su lugar frente al sospechoso.

—¿Sabe lo que más me gusta de usted? —le interpeló Viktor Volkov—, que parece un tipo formal, incluso aburrido, pero está decidido a saltarse las normas para conseguir lo que quiere. Como mandar al hospital a su vecino…, o asociarse con un criminal de guerra para darme caza.

—No sé de qué me habla.

—Oh, por favor. Puede que no conozca el pasado de Andréi Sokolov, pero no es idiota. Si no ha indagado sobre él es porque prefería no constatar lo que ya sospechaba. Para detenerme, se ha asociado con alguien mucho peor que yo.

—No creo que exista nadie mucho peor que usted.

Volk se encogió de hombros, como si su opinión careciera de importancia.

En el otro extremo de la sala, Somer bajó la mano que sostenía el teléfono. Guardó silencio con la mirada clavada en el hombre del sillón; este le dedicó una sonrisa amplia, hiriente.

La capitán se obligó a hablar. Lo hizo con el rictus contraído, como si saboreara una cucharada de pura hiel:

—Puede marcharse.

—¿Cómo? —exclamó Ángel, atónito.

Somer señaló a Volkov con el teléfono.

—La juez ha hablado con la embajada rusa. Tiene inmunidad diplomática. —Apretó los labios para no gemir de frustración—. No podemos arrestarlo, solo expulsarlo del país.

Todas las miradas confluyeron en el hombre al que habían ido a detener. Este recorrió cada uno de sus rostros, satisfecho de ver la impotencia en sus ojos.

—Les advertí que estaban perdiendo el tiempo —dijo mientras se apoyaba en el bastón para ponerse en pie. Comenzó a sacudirse las arrugas de la chaqueta—. Ese es mi verdadero castigo, vivir rodeado de seres mediocres que nunca aprenden.

La primera bala lo lanzó contra el sillón; la segunda estalló en su pecho con un rojo fulgurante, como una flor que brotara entre las costillas.

Tras un silencio breve y atronador, los acontecimientos se sucedieron en cascada: todos se volvieron hacia la persona que sostenía el arma. El agente al que le había arrebatado la pistola se abalanzó sobre ella, sujetándola por las manos para obligarla a levantar el cañón. Rigo dejó que el arma se deslizara entre sus dedos; no se resistió cuando la arrojaron al suelo y la inmovilizaron.

Mientras todos vociferaban y corrían hacia la autora de los disparos, Ángel contempló en silencio la muerte de Viktor. Este yacía desparramado sobre el asiento. Su vida escapaba a borbotones por los agujeros de bala, pero se esforzaba por seguir respirando, por inhalar y exhalar con un estertor sibilante. Sus pulmones encharcados pugnaban por arrancar un poco más de oxígeno a cada bocanada, por prolongar aquella agonía. No había serenidad ni aceptación en su forma de morir, no había rastro de la belleza que buscaba en la muerte ajena, solo un intento desesperado por aferrarse a la vida. Aunque solo fuera un instante más.

Epílogo
Vida nueva

Andréi cortó un trozo de tortilla con el tenedor y se lo aproximó a la boca. Ella se incorporó y tomó la porción con los dientes.

—Creo que podré hacerlo por mí misma —dijo después de tragar.

—¿Estás segura?

Nadja tomó el plato y se lo apoyó en el regazo; de inmediato, Ruby saltó sobre la cama y maulló con gesto lastimero. Su dueña sonrió y le ofreció un trozo que la gata devoró con fruición. Antes de que pudiera escaparse, le rascó bajo la barbilla.

Llevaba tres días con fiebre y calambres musculares, postrada en una cama que solo abandonaba para ir al baño o caminar por el piso franco donde se habían ocultado. Andréi la obligaba a aquellas breves caminatas para rehabilitar su tono muscular, pero al segundo día comprendió que la recuperación de Nadja no podía ser solo física. Tras decirle que estaría una hora fuera, regresó con Ruby en brazos. Desde que la gata estaba allí, Nadja sonreía sin tristeza y afrontaba los ejercicios con ánimo redoblado.

—Hoy me encuentro mucho mejor —lo tranquilizó Nadja, cortando una nueva porción de tortilla; se llevó el trozo a la boca y masticó—. ¿Ves?

Comenzó a toser con fuerza y Andréi se apresuró a acercarle un vaso de agua. Ella negó con la mano y terminó de toser. Por fin dio

un sorbo.

—¿Por qué eres tan dulce conmigo?

Por un momento, él pareció sonrojarse.

—Creo que lo sabes.

Nadja le apoyó una mano en la mejilla, lo acarició con el pulgar.

—Lo que has hecho por mí… Aún no me lo explico.

Andréi rehuyó su mirada, no respondió. Ella continuó contemplándolo:

—Me has sacado del infierno, pero sigues sin ser capaz de algo mucho más fácil.

—No es más fácil —dijo sin mirarla—. Para mí no lo es.

—¿Por qué?

—Porque si te cuento mi historia, te alejarías de mí. Quizás no ahora, pero terminarías por hacerlo.

—Deja que eso lo decida yo —replicó Nadja.

Sostuvo las manos de Andréi y buscó su mirada.

—Estoy segura de que ya no eres ese hombre. Quizás nunca lo fuiste. —Le apretó las manos—. Pero he de escucharlo si queremos que esto tenga sentido.

Él cerró los ojos y contrajo el gesto; sus manos se estremecieron, pero ella siguió sujetándolas entre las suyas. Cuando abrió los ojos, la herida comenzó a supurar:

—He matado a muchos, Nadja. A muchos más de los que podrías imaginar. Algunos se lo merecían, pero muchos otros no. Los maté porque es lo que me enseñaron a hacer, porque se me daba bien, pero también porque era cruel y egoísta. Sabía que, si dejaba de hacerlo, mi vida se volvería complicada, así que pagué por aquella vida fácil con decenas de vidas ajenas. —Sus labios se torcieron, su

voz se vino abajo—. Hasta que al final solo ha quedado un cascarón vacío. —Las lágrimas comenzaron a aflorar—. No soy mejor que los hombres que te robaron la vida, Nadja. Puede que sea el peor de todos ellos.

Andréi rompió en un llanto silencioso y ella tiró de él para que apoyara la cabeza en su hombro. Abrazó a aquel ser roto y vacío, a aquel hombre que se encorvaba sobre ella como un niño, incapaz de soportar el dolor que había provocado y el que le habían infligido.

—Te perdono —le susurró al oído, y él la estrechó aún más, incapaz de frenar el torrente que comenzaba a desbordarlo—. Ahora debes aprender a perdonarte a ti mismo.

Judith dejó el bolso y la chaqueta sobre la cinta del escáner y pasó bajo el detector de metales. Pese a que la alarma no se activó, una funcionaria de prisiones le pidió que separara los brazos y las piernas. Contuvo el aliento mientras la cacheaban de arriba abajo, tanteando con los dedos bajo su melena, deteniéndose en cada recoveco de su cuerpo. Cuando la funcionaria se dio por satisfecha, le indicó que la acompañara. Jamás la habían cacheado ni registrado sus pertenencias. Se sintió vejada y violentada. Se sintió como la mujer de una delincuente.

La guiaron a través de un pasillo sin ventanas hasta una segunda puerta de seguridad. La reja se abrió con un graznido y franqueó el acceso a un corredor salpicado por decenas de puertas metálicas; cada una, umbral de una triste historia. La funcionaria se detuvo junto a la número doce, la abrió con un pesado llavero sujeto al cinto y le mostró el interior.

—Tienen dos horas —informó mientras cerraba la puerta a su espalda.

Judith se aventuró en la sala con pasos tímidos. Contempló el espacio que la rodeaba: el catre con sábanas blancas, el aseo sin paredes, la mesa atornillada al suelo. Se sentó en la silla más próxima.

Al cabo, la puerta en la pared opuesta se abrió y por fin vio a su mujer. Vestía la misma chaqueta deportiva que usaba en casa los fines de semana; por algún motivo, aquello le atravesó el corazón. Rigo titubeó antes de entrar en el vis a vis conyugal, como si no tuviera derecho a estar en el mismo lugar que su esposa. Apenas dio un par de pasos, la puerta se cerró y echaron la llave desde el exterior. Judith no se levantó a recibirla.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó cuando se hubo sentado frente a ella.

—Bien, por ahora me tienen separada del resto de las reclusas. Ya veremos después del juicio.

Judith asintió y apoyó las manos sobre la mesa. Rigo reparó en que no se había quitado el anillo de casada.

—La abogada vendrá mañana y te explicará la estrategia que estamos preparando. Su principal preocupación es que quieran dar ejemplo contigo. En ese caso el fiscal podría pedir una condena por asesinato; alegarían que querías estar presente durante la detención para aprovechar el estado de indefensión de la víctima.

Ahora ese monstruo era «la víctima», pensó Rigo.

—Pero lo más probable es una condena por homicidio —la tranquilizó Judith—. Habría sido distinto si hubieras llevado el arma contigo, pero se la quitaste a un agente al saber que ese hombre se

iría libre del país. Todo apunta a homicidio con atenuante por arrebato emocional. La abogada cree que tiene una defensa sólida.

Rigo sintió que Judith se aferraba a aquella versión con todas sus fuerzas. No solo por ella, sino porque necesitaba creer que su mujer no era una asesina capaz de matar a sangre fría. Necesitaba demostrar que no había cometido un error tan grande.

—¿Y Lobo, Somerset y los demás? ¿Han dicho algo de ellos?

—¿Ahora te preocupa lo que pueda pasarles? —Judith la miró con enfado, la primera grieta en su actitud de esposa abnegada—. Quizás deberías haberlo pensado antes. Tus actos también tienen consecuencias para los demás.

Rigo asintió ante el reproche, consciente de que no se refería a los guardias civiles. Agachó la cabeza.

—Haré lo que me digas —concedió finalmente—. No pondré ninguna objeción si me pides el divorcio.

Judith apretó la espalda contra la silla, como si tratara de apartarse de lo que acababa de escuchar.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo entendería, ¿vale? No soy tan egoísta. Este va a ser un caso mediático, tienes derecho a protegerte. Tu familia va a querer protegerte. Te van a presionar.

—¿Qué coño me importa lo que quiera mi familia?

Rigo calló. No recordaba la última vez que había escuchado maldecir a su mujer.

—Dime, Rigo, ¿idesde cuándo me ha importado lo que piense mi familia!? —le gritó—. ¡Ese es tu puto problema, no el mío! Siempre has creído que te dejaría de un momento a otro, que un día cedería a las malas caras de mis padres, o que me daría cuenta de que no

eras lo suficientemente buena, como si para mí solo fueras un capricho. ¿Treinta años de capricho, Rigo? ¿De verdad? ¿Qué más necesitas para darte cuenta de que te quiero?

La capitán tembló en su silla, húmedos los ojos. Le hirieron sus palabras certeras, su reproche descarnado. Tenía razón, nunca se había entregado de verdad a ella. No porque su trabajo la absorbiera, no porque necesitara hacerle justicia a Lucía, sino por simple cobardía.

—Lo siento, amor mío…, la he cagado a lo grande —se desesperó —. No quiero que pases por esto, no puedes…

—Sí puedo. Puedo y lo voy a hacer. Te esperaré el tiempo que haga falta. Aunque me hayas quitado años de estar juntas, aunque se me rompa el corazón por verte aquí, te estaré esperando. Porque conozco a la mujer con la que me casé, porque sé que eres una buena persona que ha tomado una decisión horrible.

Rigo asintió con lágrimas en los ojos, hundió la cabeza entre los brazos. Judith alargó la mano en un intento de acariciar a su mujer, pero descubrió que no podía hacerlo. Se limitó a observarla con los ojos secos y el puño en el pecho, allí donde cristalizaba una piedra de sal.

Andréi volvió a mirar el reloj de la terminal: pasaban las diez y media de la mañana. Se inclinó en el banco y comenzó a talonear con el pie. Nadja alargó la mano y entrelazó sus dedos con los de él; luego apoyó la otra mano sobre su rodilla para detener el gesto nervioso.

—Cálmate, todo irá bien.

Andréi asintió y levantó la vista hacia el panel que anunciaba las puertas de embarque. Solo había cuatro vuelos con salida prevista,

el suyo no tenía aún puerta asignada. Habían decidido volar desde Jerez, a doscientos kilómetros de Málaga. Era un aeropuerto mucho más pequeño, mucho menos vigilado.

Nadja apoyó la cabeza sobre su hombro y él la besó, respiró el olor de su pelo. Estaban cerca de conseguirlo. De improviso, la puerta de embarque apareció en el monitor; Andréi observó el número con el corazón encogido, como si lo que se hubiera anunciado fuera la fecha de su juicio.

—Vamos.

Nadja apretó con fuerza la mano de Andréi y ambos se pusieron en pie. Tiraron de las maletas hasta incorporarse a la cola del control de pasaportes; allí se mezclaron con el resto de los pasajeros del vuelo a Tánger.

Cuando les llegó el turno, Andréi se adelantó y entregó su documento. El policía lo escaneó y lo puso a un lado con gesto rutinario. Listo, eso había sido todo. Era libre, comprendió mientras lo embargaba una sensación a medio camino entre el alivio y la euforia.

Sin embargo, tras escanear el pasaporte de Nadja, el policía levantó la cabeza. Los escrutó un instante y volvió a mirar a la pantalla.

—Salgan de la cola, por favor.

Nadja se colocó delante de Andréi, como si quisiera protegerlo.

—¿Sucede algo? —preguntó con un español mucho mejor que el de su acompañante.

—Solo vamos a comprobar un par de cosas, señora.

Les retuvieron los pasaportes y los acompañaron a una habitación cerrada. El único mobiliario era un banco metálico con tres sillas,

como los instalados en cualquier otra zona del aeropuerto. Tras indicarles que debían esperar allí, cerraron la puerta con llave. Ambos se miraron a los ojos.

—¿Qué crees que ha pasado? —musitó Nadja.

—No lo sé. No hables, podrían estar escuchando.

—No creo que entiendan ruso —dijo cubriéndose la boca—. El problema no ha sido tu pasaporte. Ha sido el mío el que ha hecho saltar las alarmas. Creía que lo habíamos solucionado.

El día antes Nadja se había personado en un puesto de la Guardia Civil, se había identificado y, tras las excusas pertinentes, había anulado la denuncia por su desaparición. El trámite debería haber limpiado su pasaporte, mientras que el de Andréi, aunque falso, no era una falsificación; estaba emitido por funcionarios del Departamento de Migración ruso y seguía vigente; era un pasaporte válido a todas luces.

Pero quienquiera que lo estuviera buscando no solo habría puesto una alerta sobre Andréi Sokolov, también lo habría hecho sobre Nadja Vakhitova ante la posibilidad de que viajaran juntos. Y solo una persona podía saber que viajaban juntos.

La puerta se abrió y el policía de fronteras entró con un teléfono inalámbrico. Se lo tendió a Andréi:

—Debe contestar algunas preguntas.

Andréi asintió y se llevó el auricular al oído.

—¿Es usted Andréi Sokolov? —preguntó la voz del teniente Lobo.

—Creo que confundido. Mi nombre es Alexander Vasiliev. Lo pone en pasaporte.

—Tiene razón. —Un breve silencio—. Veo que no viaja solo.

—Así es.

—¿Cómo está ella?

—No bien, pero estará. Es fuerte.

Tuvo la impresión de que su interrogador sonreía al otro lado de la línea.

—Espero que no volvamos a vernos, señor Vasiliev.

—Nunca sabe. Vida es extraña.

—Tiene razón —asintió la voz—, es muy extraña. ¿Podría pasarle el teléfono al agente de fronteras?

Andréi se puso en pie y entregó el aparato al policía. Tras un breve intercambio, este cortó la llamada y les devolvió sus pasaportes.

—Les están esperando para cerrar el embarque. Que tengan buen viaje.

Ángel colgó el teléfono y se reclinó en la silla. Era 31 de diciembre y la comandancia estaba bajo mínimos. Aun así, el Papá Noel del árbol seguía torturándolos con su mecánico «jo, jo, jo» cada vez que alguien cometía el error de pasar cerca.

Riquelme se asomó desde su despacho y lo buscó con la mirada. Ángel se envaró cuando lo señaló con el dedo, después señaló hacia Somer e hizo el gesto de que fueran dentro. Capitán y teniente se miraron desde la distancia de sus mesas, después se pusieron en pie al unísono.

—Con permiso, mi comandante —saludó Somer mientras entraba en la boca del lobo.

Ángel la siguió y cerró la puerta.

—Siéntense —dijo Riquelme, sin dejar de hojear un documento.

Tras ignorarlos durante un minuto, levantó la vista. Se quitó las gafas y los miró alternativamente.

—¿En qué coño estaban pensando?

—Fui yo el primero en llegar donde estaba retenido el sospechoso —intervino Ángel—, no debería haber permitido…

—¿Qué está haciendo, teniente? ¿No ve que está su capitán en la sala?

—Lo siento, mi comandante.

—¿Cómo es que desde que está usted aquí no deja de caerme mierda encima, Lobo?

Ángel se encogió en la silla.

—La capitán Díaz llegó antes que nosotros al aeropuerto —explicó Somer—. Quería estar presente durante la detención y fue una cagada permitírselo, aunque nos aseguráramos de que estuviera desarmada. Pero la decisión de que entrara en la sala fue exclusivamente mía, yo era la oficial al mando.

Riquelme levantó la mano para que se callara.

—Estoy hasta los cojones de Díaz y de ustedes dos. —Exhaló largo y cansado—. Nadie va a presentar cargos contra ustedes y la juez de instrucción no va a investigarlos. Hicieron lo necesario para garantizar la seguridad del sospechoso, aunque incumplieran el procedimiento. No hay responsabilidad penal, pero otra cosa es la sanción interna que les va a caer. Se la notificaré a su debido momento.

—Gracias, mi comandante —dijo Somerset.

—Bien, ya pueden largarse de aquí —los despidió mientras volvía a colocarse las gafas y regresaba a su informe.

Lobo y Somer permanecieron en su sitio. Riquelme bajó la cabeza para mirarlos por encima de la montura:

—¿Qué coño pasa ahora?

—Que conste que yo no pensaba decirle nada —comenzó la capitán—, pero Lobo ha insistido.

—¿Decirme nada sobre qué?

La capitán abrió la boca para explicarse, no halló las palabras. Terminó por alargar la mano y tomar la de Ángel. Riquelme observó las manos entrelazadas, después los miró a la cara. Se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz.

—No me jodan —terminó por mascullar—. ¿Es que no pueden echar un polvo y llevarlo con discreción, como hacen todos los demás? ¿De verdad me van a obligar a mover papeles?

—Lo lamento —se disculpó Somer—. Ya ve, he tenido que decírselo a usted antes que a mis padres.

—Ella es mi superior directa y estamos en la misma unidad —argumentó Ángel—, el código de conducta nos obliga a informarle.

Riquelme lo miró como si fuera tonto. Terminó por negar con la cabeza.

—Miren, hagan lo que les dé la gana mientras no se besuqueen en el trabajo. Dentro de seis meses volvemos a hablar y, si siguen juntos, se lo notificaremos a personal.

—A sus órdenes, mi comandante —dijo Somerset, y le hizo un gesto a Ángel para salir de allí cuanto antes.

Al dejar el despacho, tuvieron la sensación —real o imaginada— de que todos los ojos estaban sobre ellos. Se encaminaron juntos hacia sus respectivas mesas.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —le preguntó Ángel.

—A las seis. —Lo miró sin detenerse—. ¿Por qué?, ¿vas a venir a despedirme? —bromeó.

—Puedo llevarte al aeropuerto.

Ella sonrió con ironía, hasta que comprendió que lo había dicho en serio. Quiso replicarle con algún sarcasmo, pero no le vino ninguno a los labios; solo pudo observar cómo se alejaba con gesto despreocupado. Lo cierto es que quería que la llevara al aeropuerto, descubrió. ¿De verdad iban a tener ese tipo de relación?

—¿A qué viene esa sonrisa, capitán?

Sintiéndose descubierta, se volvió con brusquedad hacia Fernández.

—¿De qué sonrisa hablas?

—De ninguna. Habrá pasado un ángel —dijo el de criminalística con malicia—. Lamento joderte la mañana, pero tenemos la dirección del otro ruso. Rambo y sus muchachos se están preparando, más vale que nos demos prisa si no queremos que me jodan hasta la última huella.

—Está bien —suspiró ella—. Dile a Lobo que salimos en quince.

Ángel se apoyaba sobre el capó del coche con los brazos cruzados. Se hallaban en un viejo barrio residencial tras la autovía, nichos baratos en los que se amontonaba el turismo de garrafón. Aquella era la última dirección conocida de Andréi Sokolov. Al otro lado de la calle, montada sobre la acera, se hallaba la furgoneta de la Unidad Especial de Intervención.

Somerset salió del coche y se sentó junto a él. Ángel la miró de reojo, pero en cuanto sus miradas se cruzaron, se apresuró a volver la vista al frente. Ella rio, divertida por lo mal que lo llevaba.

—Se te acaban las vacaciones antes de tiempo, bronca para desayunar —comenzó a enumerar Somer—, Nochevieja de guardia y encima te endosa el papeleo de lo que incautemos… —Negó con la cabeza—. *Oh, boy*, Riquelme te ha tomado la matrícula.

—No vas a ponerme nervioso. Soy el único sin planes esta noche, es normal que haga la guardia y me encargue del papeleo. Nadie «me ha tomado la matrícula».

Ella se encogió de hombros.

—Si estás más tranquilo diciéndote eso…

Franganillo apareció en el portal y se encaminó hacia ellos. El resto de su unidad salía detrás. Estaban relajados, quitándose el equipo táctico y charlando entre ellos, lo que prácticamente les decía cuanto necesitaban saber.

—Nada —corroboró Franganillo—. Algunas pertenencias, pero ni dinero ni drogas ni armas. —Se colocó el casco bajo el brazo—. Hemos encontrado un hueco en el alicatado de la cocina, puede que hubieran ocultado algo dentro, pero está vacío. Ya podéis entrar a hacer lo vuestro.

Somerset se volvió y golpeó con los nudillos en el parabrisas. Fernández, sentado en el asiento de atrás, levantó la vista del teléfono móvil.

—¿Ya?

La capitán asintió y el de criminalística salió del coche con sus maletines.

—Adelántate —le indicó—, Lobo y yo te seguimos en un momento.

Fernández amagó el saludo militar y se dirigió al edificio junto con Franganillo. Somerset esperó a que se hubieran alejado antes de mirar a Ángel.

—Los británicos no van a estar contentos.

—Imagino —respondió el teniente.

—A ti, sin embargo, parece no importarte.

—Si te digo la verdad, no era mi prioridad en este caso.

—Ya veo.

—Que sepamos, ese hombre no ha cometido ningún delito en territorio español. Si lo atrapamos, bien, pero tampoco voy a perder el sueño por no hacerle el trabajo a los ingleses.

—No son ingleses, son… Oh, ya veo. Lo dices para joderme.

—Para joderte ¿por qué? —dijo Ángel mientras se alejaba del coche—, si tú eres de Málaga.

Ella rio y lo empujó por el hombro. Ambos se obligaron a adoptar un gesto serio antes de entrar en el edificio.

Agradecimientos

La vida no tiene lógica narrativa ni solución de continuidad. Al día más espléndido puede seguir la noche más oscura, y no hay forma de prepararte para ello. Solo puedes asumirlo. Creo que por eso los autores nos diluimos en las historias que escribimos: son pequeños mundos —pequeñas vidas— que sí podemos controlar. Podemos infundirles una lógica y una intención, hacerlas justas o injustas, tristes o felices para siempre. Para un escritor, la historia que está contando es como la peonza de Ángel Lobo: algo que gira y gira en el centro de su mente, ajeno al caos de la vida real. Es tu refugio en la tormenta y, si lo haces bien, también puede convertirse en el refugio de otros.

Pero he de confesar que el demiurgo no controla por completo el microcosmos que ha creado. El pequeño big bang que lo genera suele escapar a su control; al menos, ese es mi caso. La idea aterriza un día en tu vida y exige —ahora es ella la tirana— ser contada. Quizás no es lo que tenías previsto; quizás te has hecho un nombre, digamos, escribiendo novela histórica japonesa, y lo más sensato para tu carrera no es escribir un thriller policiaco. Pero sabes que es la historia correcta. Puedes posponerla cuanto quieras, desviarte con otros proyectos, pero tarde o temprano tendrás que contarla —en cierto modo, exorcizarla—. Así he escrito todas mis novelas y así he escrito *Ciudad de sal*, la única historia posible durante los tres años que he invertido en ella.

Así que mi primer agradecimiento es para aquellos que, cuando escucharon la historia que quería escribir, no intentaron disuadirme, sino que me apoyaron y me dijeron que estaban deseando leerla. Y eso incluye no solo a mis seres queridos, sino también a mi agente y a mis editores, que entendieron que esta historia merecía la pena y decidieron darle todo el apoyo y todo el cariño que necesitaba.

Ciudad de sal ha sido difícil de escribir no solo por el cambio de género y de voz narrativa, también porque requería de un trabajo de investigación y documentación distinto al que suelo hacer. Así que gracias a los policías y guardias civiles que han leído el manuscrito y me han señalado sus imprecisiones (por discreción, obvio sus nombres); gracias a Leticia Galeote, amiga y psicóloga, por su orientación en neurodivergencia y conductas autolesivas en jóvenes; gracias a Antonio Fernández por revisar las escenas de hackeo informático; y gracias a mi grupo de betalectores (más nutrido que nunca para esta novela), entre los que he tenido el lujo de contar con compañeros de oficio como Carlos Bassas, Sergio Vega, Lluís Salart y Mario Villén; además de cómplices habituales como Mamen Sosa, Vori García, Antonio Montilla, Laura Rodríguez, Aritz Moreno o Àlex Bartolí.

Gracias a la persona con la que comparto los días, que nunca me dice qué debo escribir, pero que siempre sabe si está bien escrito. Sé que la historia va por buen camino cuando ella la está disfrutando.

Y, por último, gracias a ti, lector, que has visto esta novela con mi nombre en la cubierta y has decidido darle una oportunidad, pese a no ser el tipo de viaje que sueles hacer de mi mano. Espero haber compensado tu confianza.

«Busco a alguien que esté dispuesto a acompañarme». Un mensaje, dos semanas y una vida en juego…



Recién aterrizado en la Policía Judicial de Málaga, el teniente Ángel Lobo descubre que, tras una serie de muertes aparentemente casuales, se oculta un patrón de asesinatos que ha pasado inadvertido durante años. Junto con la capitán Emma Somerset, Lobo inicia una investigación que da un vuelco al hallar la nota de suicidio publicada por una adolescente en la deep web «Bosque de sal».

Andréi, un inmigrante que subsiste limpiando las mansiones rusas de Marbella, se ve obligado a abandonar la sencilla existencia en la que se ha recluido para buscar a una mujer desaparecida, la única persona que lo ha tratado como a un ser humano en mucho tiempo.

A medida que avanzan en sus pesquisas, Ángel y Andréi son arrastrados a una búsqueda desesperada por una Costa del Sol nocturna y peligrosa, un paraíso marchito convertido en el coto de caza de un tipo muy particular de monstruo.

Después del éxito de sus anteriores novelas, David B. Gil regresa con un thriller psicológico que explora el lujo y sus sombras en la Costa del Sol. Una historia que nos habla de crimen organizado, de la violencia contra las mujeres y de la impunidad de aquellos que viven por encima de las leyes. Incisiva, tensa e introspectiva, Ciudad de sal hace que nos adentremos en territorio hostil tras los pasos de unos personajes que luchan por redimirse.

¿Es posible atrapar a un asesino que no mata a sus víctimas?

David B. Gil (Cádiz, 1979) es licenciado en Periodismo. Ha trabajado como redactor editorial para DC Comics en España y en Latinoamérica y ha sido responsable de comunicación en diferentes organizaciones políticas, además de redactor en varios medios de comunicación. Autopublicó *El guerrero a la sombra del cerezo*, que fue finalista del Premio Fernando Lara y primera obra autoeditada en ganar un Premio Hislibris a mejor autor novel. Actualmente publicada por Suma (2017), continúa siendo la ficción histórica mejor valorada por los lectores de Amazon España. Su segundo trabajo, Hijos del dios binario (Suma, 2016), fue fi nalista del premio Ignotus y elegida como la mejor obra de ciencia ficción en español de 2016 por publicaciones como Xataka o Hobby Consolas. *Ocho millones de dioses* (Suma, 2019), su tercera novela, ha sido galardonada con el X Premio Hislibris de Novela Histórica (mejor novela en español). *Forjada en la tormenta* (Suma, 2022), el thriller histórico con el que el autor regresaba al Japón feudal, se alzó con el Premio Hislibris a mejor novela y el premio del Certamen Internacional de Novela Histórica de Úbeda. *Ciudad de sal* es su primera incursión en el policiaco más puro.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, David. B. Gil por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Fotografía de portada: © Stills; © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9129-843-4

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras

Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] *Voriv zakone*: Literalmente, «ladrones de ley». Nombre con el que se autodenominan las organizaciones mafiosas surgidas de la Unión Soviética. A diferencia de los delincuentes comunes, los *vory* están sujetos a un código de conducta y una estricta organización jerárquica.
[2] SIGO: El Sistema Integrado de Gestión Operativa es la plataforma informática de gestión policial de la Guardia Civil. Es un registro centralizado de diligencias, atestados, incautaciones, personas investigadas, etc.
[3] UEI: Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil.
[4] FSB: Servicio Federal de Seguridad, nombre actual de los servicios de espionaje y contrainteligencia rusos, anteriormente KGB.
[5] NCA: La National Crime Agency es la única agencia policial de ámbito estatal en el Reino Unido, centrada en combatir el crimen organizado y el terrorismo. Sus funciones y organización son similares a las del FBI estadounidense.
[6] SES: El Sistema de Entradas y Salidas de la Unión Europea es una plataforma que controla el acceso de ciudadanos extracomunitarios al espacio Schengen.

Índice

Ciudad de sal
Prólogo. El monstruo en la biblioteca
1. Llamada nocturna
2. Teniente Lobo
3. Mar calmo
4. Tres batallas
Interludio. Débil
5. Lobos entre corderos
6. La guarida del dragón
7. Llamada perdida
8. Un mismo odio
Interludio. La dignidad de las hormigas
9. Pura Life Beach Club
10. Novelas de espías
11. Simple mala suerte
12. Crueldad fortuita
13. No ser nadie
Interludio. No hay más ley que nuestra voluntad
14. Desagravio
Interludio. Bosque de sal
15. Telaraña
16. El asceta en la montaña
17. La decimocuarta pieza
18. Emisario
Interludio. Walter Graves
19. La calma y la tormenta
Interludio. Inmersión
20. Ojos que han visto demasiado
21. Un fantasma de la Guerra Fría

22. Violencia meditada
23. El hijo de Iván el Terrible
24. Equilibrar la balanza
25. Campo a través
Interludio. El ciclo del karma
26. Salto al vacío
27. Doble cerrojo
28. Regalo de Navidad
29. Ejercitar la paciencia
30. Sorbete de naranja
31. Pajarillo de alas rotas
32. Al otro lado de la MA-20
33. Servicio de té
34. Confidencial
35. «Stay With Me»
36. Perfecto equilibrio
37. Complicarse la vida
38. Terminal
Epílogo. Vida nueva
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre David B. Gil
Créditos
Notas